LIBROS DE TEXTO PARA ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Una historia económica argentina: de la etapa agroexportadora a la caída del peronismo (1880-1955)

EdUNLPam

Federico MARTOCCI
Leonardo LEDESMA

[2018] LIBROS DE TEXTO PARA ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Una historia económica argentina: de la etapa agroexportadora a la caída del peronismo (1880-1955)

Federico Martocci
Leonardo Ledesma

Martocci, Federico
Una historia económica argentina : de la etapa agroexportadora a la caída del peronismo 1880-1955 / Federico Martocci ; Leonardo Ledesma. - 1a ed. - Santa Rosa : Universidad Nacional de La Pampa, 2018.
226 p. ; 18 x 25 cm. - (Libros de texto para estudiantes universitarios ; 14)

ISBN 978-950-863-337-8

1. Historia Económica Argentina. I. Ledesma, Leonardo II. Título
CDD 330.0982

LIBROS DE TEXTO PARA **ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS**

Una historia económica argentina: de la etapa agroexportadora a la caída del peronismo (1880-1955)
Federico Martocci y Leonardo Ledesma

Junio de 2018, Santa Rosa, La Pampa

Imagen de tapa: Óleo “Remate feria”, de Andrés Arcuri.

Edición: Melina Caraballo - Asist. de Edición EdUNLPam

Diseño y Maquetado: DCV Gabriela Hernández - Dpto. Diseño-UNLPam

Impreso en Argentina
ISBN 978-950-863-337-8

© Cumplido con lo que marca la ley 11.723

EdUNLPam – Año 2018
Cnel. Gil 353 PB – CP L6300DUG
SANTA ROSA – La Pampa – Argentina

UNLPam
Rector: Oscar Daniel Alpa
Vicerrectora: Nilda Verónica Moreno

EdUNLPam
Presidente: María Claudia Trotta
Director: Rodolfo Rodríguez

Consejo Editor:
Daniel Buschiazzo
María Marcela Domínguez
Victoria Aguirre
Ana María T. Rodríguez / Stella Shmite
Celia Rabotnikof / Santiago Ferro Moreno
Lucia Colombato / Rodrigo Torroba
Paula Laguarda / María Silvia Di Liscia
Graciela Visconti / Alberto Pilati
Mónica Boeris / Ricardo Tosso
Griselda Cistac / Patricia Lázaro

ÍNDICE

PALABRAS PRELIMINARES: ¿para qué una obra de estas características?
Federico Martocci y Leonardo Ledesma 11
Bibliografía citada 16

PRIMERA PARTE. Los procesos económicos a nivel nacional 19

CAPÍTULO 1. La Argentina agroexportadora: consolidación y límites (1880-1930)
Federico Martocci 21
Introducción 23
1.1. La integración económica: el gran boom exportador 24
1.1.1. Breve caracterización del orden oligárquico 24
1.1.2. La expansión económica: desplazamiento de la frontera productiva y conformación de un mercado nacional ... 26
1.1.3. Las bases del crecimiento económico 29
1.1.3.1. Población e inmigración masiva. 29
1.1.3.2. El sector agropecuario y sus transformaciones. 32
1.1.3.3. La inversión extranjera y los ferrocarriles 38
1.1.4. El mercado interno y el nuevo sector industrial 41
1.1.5. La moneda, el crédito y las instituciones financieras ... 42
1.1.6. La crisis de 1890: consecuencias económicas y financieras 45
1.1.7. La expansión del consumo 47
1.2. La economía argentina entre la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión 49
1.2.1. El impacto de la Primera Guerra Mundial 49
1.2.2. La situación política y la ley Sáenz Peña. Las presidencias radicales 50
1.2.3. El final de un ciclo en el agro pampeano: los conflictos sociales y el desarrollo de la ganadería 53

1.2.4. Políticas económicas, inversiones extranjeras y relaciones triangulares 56
1.2.5. El desarrollo industrial y los inicios de la sustitución de importaciones 59
1.2.6. Las economías del interior 61
Bibliografía citada 66
Bibliografía sugerida 70

CAPÍTULO 2. La economía argentina entre 1930 y 1943: efectos de la crisis y avance del Estado
Leonardo Ledesma 71
Introducción 73
2.1. El mundo entra en crisis: Estados Unidos y la depresión mundial 74
2.2. La sociedad argentina en crisis I: golpe de Estado y las consecuencias políticas 77
2.3. La sociedad argentina en crisis II: impacto de la crisis económica internacional 81
2.4. Las medidas económicas: control de cambios, política monetaria y política fiscal 83
2.5. El Banco Central 87
2.6. El Pacto Roca-Runciman: "comprar a quien nos compra" 89
2.7. La intervención estatal: producción, juntas reguladoras y comercio interno 93
2.8. La industria en los años treinta 97
2.9. El Plan Pinedo y la Segunda Guerra Mundial 100
2.10. A modo de cierre 104
Bibliografía citada 106
Fuentes 109
Bibliografía sugerida 109

CAPÍTULO 3. La economía política del primer peronismo (1943-1955)
Federico Martocci 111
Introducción 113
3.1. El golpe de Estado de 1943 y el ascenso político de Juan Domingo Perón 114
3.2. La situación económica luego de la guerra 116
3.3. La primera presidencia de Perón (1946-1952) 117
3.3.1. La política económica y la transformación del Estado 117
3.3.2. El Primer Plan Quinquenal (1947-1952) 119
3.3.3. Las nacionalizaciones de los servicios 121

3.3.4. La política social 123
3.3.5. La política industrial peronista 125
3.3.6. El sector agrario y la creación del IAPI 128
3.3.7. Dos problemas de gobierno: la inflación y las sequías 129
3.4. La segunda presidencia de Perón (1952-1955) 131
3.4.1. La solución a la crisis: el Plan de Estabilización de 1952 131
3.4.2. La vuelta al campo, o cómo se redefinió la política agraria 133
3.4.3. El Segundo Plan Quinquenal (1953-1957) 136
3.4.4. La Ley de Inversiones Extranjeras y la cuestión del petróleo 138
3.4.5. Los conflictos políticos y la caída de Perón 139
Bibliografía citada 141
Bibliografía sugerida 143

SEGUNDA PARTE. Problemáticas económicas en clave regional 145

CAPÍTULO 4. La pampa en producción: productores y trabajadores rurales, c. 1890-1930. Una mirada desde el consumo
Leonardo Ledesma 147
Introducción 149
4.1. El Territorio Nacional de La Pampa y su incorporación a la economía capitalista 151
4.2. El mundo de los productores: estructura y orientaciones productivas en la pampa temprana 157
4.3. Trabajadores rurales y estructura ocupacional 160
4.4. Consumos diferenciados en el mundo rural 164
4.4.1. El consumo de los productores 165
4.4.2. El consumo de los trabajadores rurales 167
4.4.3. Mujeres que trabajan y consumen 169
4.4.4. Género y trabajo en los ámbitos rurales 170
4.5. Palabras finales 175
Bibliografía citada 177
Fuentes 181
Bibliografía sugerida 182

CAPÍTULO 5. ¿Cómo mejorar la producción agrícola en el interior argentino? El rol del Estado y de las empresas ferroviarias en la extensión rural durante las décadas iniciales del siglo XX
Federico Martocci 183
Introducción 185

5.1. Los vínculos entre ingenieros agrónomos estatales y productores agrícolas 191
5.2. Cuando el conocimiento circulaba sobre rieles: el rol de las oficinas privadas 199
5.3. Palabras finales 205
Bibliografía citada 207
Bibliografía sugerida 212

ANEXO: actividades 213
Actividades para el capítulo 1 215
Actividades para el capítulo 2 216
Actividades para el capítulo 3 217
Actividades para el capítulo 4 219
Actividades para el capítulo 5 220

PALABRAS PRELIMINARES: ¿para qué una obra de estas características?

Federico Martocci y Leonardo Ledesma

Al presentar el voluminoso libro titulado *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y perspectivas*, el historiador Jorge Gelman advertía sobre cómo la historia económica pasó de ser "la niña mimada de los estudios históricos" entre la década central del siglo XX y la del setenta a convertirse en una rama en cierta medida marginal dentro de la disciplina. Eso se lo atribuía a los cambios experimentados por la propia historiografía, así como al triunfo del pensamiento único a nivel internacional, es decir, a un proceso que excedía el marco disciplinar y las fronteras nacionales y tenía como fundamento la preponderancia de un modelo socioeconómico determinado. Pero, además, planteaba allí que se estaba ante un "punto de inflexión" y que dicha situación comenzaba progresivamente a revertirse (Gelman, 2006, pp. 9-14). De hecho, como se verá más adelante, muchos trabajos publicados en ese libro se convirtieron en verdaderas hojas de ruta para quienes emprendieron estudios sobre diferentes temáticas económicas a partir de ese momento. Si bien la historia económica no recuperó el lugar de antaño, y la historia política y cultural tienen un peso notable en Argentina, es cierto que la escasa incidencia del neoinstitucionalismo y la cliometría en la historiografía de nuestro país contribuyeron a despojarla de las tensiones ocurridas en otros lugares respecto de la utilización de métodos cuantitativos. Con todo, en lo que va del siglo XXI es claro que la historia económica argentina se nutrió de nuevos enfoques y renovadas temáticas. El objetivo del libro que los lectores tienen en sus manos es presentar los procesos que tuvieron lugar a nivel económico en la Argentina entre las décadas finales del siglo XIX y mediados del XX, recortando específicamente la etapa que va de 1880 a 1955. La gran complejidad de los temas y la prolífica producción historiográfica al respecto, como así también la propuesta de vincular distintas escalas de análisis, obliga en cierta forma a concluir el abordaje en la caída del peronismo, con la intención de

retomar desde allí y avanzar sobre la segunda mitad del siglo XX en otra oportunidad.

En esta obra encontrarán, en esencia, un resumen que intenta sistematizar de la manera más completa posible los procesos económicos que tuvieron lugar en el período mencionado. En contraposición, redujimos adrede a su mínima expresión los numerosos debates que se generaron en torno a dichos procesos, ya que la propuesta tiene más bien el objetivo de favorecer un primer acercamiento a la historia económica argentina. Para poder profundizar en algún tema determinado o en discusiones más específicas, muchas de las cuales continúan abiertas y no han logrado el consenso de los investigadores, los lectores podrán acceder en cada capítulo a un listado de bibliografía sugerida y también a recomendaciones de los autores en el cuerpo del texto para profundizar la búsqueda. A sabiendas de que, según la expresión de Michel de Certeau (2007, p. 187), los lectores son "cazadores furtivos", no pretendemos otra cosa que ofrecer un panorama procesual que permita, individual o colectivamente, potenciar la autonomía que ponemos en juego a la hora de leer un texto. Las guías de actividades que se incluyen al final del trabajo no son más que un recurso para orientar los acercamientos y motivar la reflexión crítica a partir del análisis de otros autores o de breves selecciones de fuentes documentales. Para decir tal vez lo mismo con otras palabras, ante la vastedad de los clásicos y nuevos abordajes sobre la historia económica argentina, esperamos que estas páginas sirvan, al menos, para ordenar los procesos y motorizar futuras búsquedas. Entre la etapa de crecimiento *hacia afuera* y la economía política del peronismo ocurrieron muchas cosas, con cambios y a su vez continuidades en materia económica, pero además con notables diferencias entre las regiones (sin entender por ello necesariamente los límites político-administrativos) del país. ¿Cómo pensar más allá de los *a priori*? ¿Argentina fue desde un primer momento el "granero del mundo" o para llegar a esa situación fue preciso expropiar tierras, atraer capitales y mano de obra abundante e incluso invertir en investigación agrícola? ¿Cómo explicar que un fenómeno como la quiebra de la Bolsa de valores en Estados Unidos fue de tanta magnitud para la economía argentina? ¿La industrialización en el país comenzó durante el peronismo o tiene una historia que se remonta mucho más atrás en el tiempo? O mejor, ¿la situación económica fue uniforme entre 1946 y 1955 o experimentó algún sobresalto que obligó al gobierno nacional a tomar cartas en el asunto? Si el interesado que se aproxima a esta obra logra desentrañar estos simples interrogantes, nosotros por nuestra parte habremos cumplido el cometido.

Los destinatarios del libro son los estudiantes universitarios, aunque también fue concebido para un público general, no necesariamente familiarizado con los procesos y debates de la historia económica argentina. Además, cabe agregar que tampoco aquellos estudiantes que se acerquen a la obra estarán inmersos en los tópicos aquí tratados, ya que nuestra actividad docente excede el ámbito de la Historia y contempla otras carreras académicas de la UNLPam, entre ellas la Licenciatura en Administración de Negocios Agropecuarios (Facultad de Agronomía) y la carrera de Comunicación Social (Facultad de Ciencias Humanas). Por ende, los potenciales lectores presentan disímiles grados de conocimiento sobre la historiografía, en general, y la historia económica, en particular. La propuesta que ofrecemos permite conjugar a nivel analítico procesos nacionales y regionales, con el fin de problematizar especialmente algunas temáticas mediante la reducción de la escala de análisis.

Como señaló hace ya unos años Susana Bandieri en una entrevista, aunque la historia regional en la Argentina es una práctica historiográfica "relativamente consolidada", todavía no es entendida y analizada como una "opción epistemológica en sí misma". Esa historia, tal como agrega dicha historiadora, permite complejizar y poner en cuestión cronologías establecidas por la historia nacional así como comprender la propia constitución de la(s) región(es) a partir de procesos de estructuración social que tienen lugar en un tiempo y un espacio particulares. Pese a los aportes específicos que en las últimas décadas brindó la historia regional, aún carece del espacio necesario en los planes de estudio de Historia, incluso en las universidades del interior argentino (Bohn Martins, 2009). En esta oportunidad, presentamos un acercamiento a la historia económica en clave nacional y regional, por tal razón los tres primeros capítulos hacen hincapié en los procesos económicos acaecidos en Argentina en el período 1880-1955 y los dos últimos capítulos focalizan en temáticas que contribuyen a explicar los procesos económicos a partir de abordajes específicos.

Desde nuestra perspectiva, consideramos que ofrecer un panorama sucinto de los procesos económicos en Argentina entre las postrimerías del siglo XIX y mediados del XX puede contribuir al acercamiento de un público heterogéneo y a la formación de los estudiantes en una visión crítica y de largo plazo respecto de la economía argentina. La iniciativa, a todas luces modesta, obedece a la necesidad de ofrecer al público lector que referimos una síntesis de las principales investigaciones sobre una etapa importante del pasado nacional, que va desde el Estado liberal al intervencionismo peronista en materia económica. Esta empresa resulta obligada en un contexto en el que los estudios sobre la historia

económica se han expandido significativamente en la Argentina, situación que resulta evidente si consideramos las diversas especialidades. Para citar solo unos pocos ejemplos, mencionemos que en 2004 la Red de Estudios de Historia de Empresas sacó su primer *Boletín virtual*, que se convertiría en un fructífero ámbito de colaboración, discusión e intercambio de información entre colegas argentinos y latinoamericanos.[1] Al año siguiente se realizó el seminario organizado por la Asociación Argentina de Historia Económica (AAHE) en el Instituto Ravignani de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, cuyos debates dieron lugar al libro compilado en 2006 por Gelman, al que nos referimos previamente. En 2007, Bandieri (que en ese momento era la presidenta de la AAHE) recurrió a la imagen del "ave fénix" para caracterizar a la historia económica argentina y, sin dejar de resaltar los "pródigos" resultados obtenidos por dicha historiografía desde la posdictadura, se mostraba muy optimista respecto de la situación investigativa en ese momento (Bandieri, 2007). En ese mismo año se llevaron a cabo las Primeras Jornadas de Historia de la Industria y los Servicios y se publicaron las conferencias inaugurales y de cierre de ese evento. El espacio en el que aparecieron dichas contribuciones fue *H-industri@ Revista de historia de la industria argentina y latinoamericana*, que en el segundo semestre de 2007 sacó su número inicial. En lo que refiere a la historia de la industria argentina son notables los avances realizados en los últimos años, y recientemente Claudio Belini (2017) publicó *Historia de la industria en la Argentina*, un libro en el que analiza la situación del sector en el largo plazo.

Otras muestras de la revitalización historiográfica en el siglo actual se vinculan con la emergencia de pesquisas sobre regiones de trascendencia en los planos agrícola e industrial, que vienen a renovar y/o complementar interpretaciones precedentes (Frid y Lanciotti, 2012 y Martirén, 2016), así como la aparición de novedosas líneas de estudio, entre ellas el consumo y la intermediación (Lluch, 2015), la distribución del ingreso y la evolución de la riqueza en etapas preestadísticas (dossier coordinado por Djenderedjian, 2012 y más referencias en Bértola, Gelman y Santilli, 2015) o la relación existente entre alternativas productivas regionales y experimentación agrícola, tema este último que, tal como advirtió Noemí Girbal-Blacha (2006, p. 423), estaba vacante en los abordajes que se concentraban en el agro desde una perspectiva regional.[2] El desarrollo de la historia rural en el último medio siglo llevó a un historiador

1 Véase https://redhistoriaempresas.files.wordpress.com/2012/01/boletin-virtual-1-20041.pdf
2 En ese sentido, y para citar solo algunos ejemplos, ver el dossier coordinado por Djenderedjian (2014).

de referencia en el tema a plantear que, en líneas generales, el programa de investigación esbozado decenios atrás cumplió sus objetivos y, por ende, sería preciso quizás afrontar tareas de síntesis que trasciendan el ámbito académico y avanzar en la delimitación de una nueva agenda de investigación para la historia agraria (Míguez, 2017). La historiografía económica en La Pampa no permaneció ajena a este fenómeno, aunque es evidente que, a pesar del extraordinario despliegue de las investigaciones en las últimas décadas, los trabajos se focalizaron más en el período territoriano que en el provincial, aspecto que de manera progresiva en la actualidad comenzó a revertirse mediante nuevas pesquisas (ver Lluch, 2017).

Este libro no se asume como una contribución original para la explicación de los procesos económicos argentinos, sino que pretende ser una herramienta útil para que los estudiantes de grado de diversas carreras académicas de la UNLPam accedan al material y, de manera sintética, se familiaricen y comprendan procesos históricos complejos. En el primer capítulo se desanda el período 1880-1930, aunque para explicar el desarrollo de la ganadería y la agricultura retrocedemos a mediados del siglo XIX, que en términos económicos se caracterizó por el crecimiento *hacia afuera*. En el capítulo siguiente, ese último año oficia de punto de partida para analizar el impacto de la Gran Depresión, sin duda la crisis económica más profunda hasta ese entonces del sistema capitalista, como así también las políticas implementadas por el gobierno argentino para intentar resolver los principales problemas que generó dicha crisis. El segundo capítulo culmina en 1943, con lo cual es evidente que el tercero se abre con un acontecimiento político, a saber, el golpe de Estado que catapultó a Juan Domingo Perón al poder y, luego, a la presidencia de la Nación. El análisis de la política peronista entre 1946 y 1955 permite demostrar no solo el rol del Estado interventor y planificador, sino también las ingentes dificultades y el cambio de rumbo que afrontó el gobierno desde fines de los años cuarenta, temas que, por lo general, la memoria popular suele pasar por alto. Los capítulos cuarto y quinto, tal como adelantamos, apelan a la historia regional para abordar aspectos que en las últimas décadas adquirieron mayor relevancia en la historia económica. En el primero de ellos, son examinadas las pautas de consumo de los trabajadores y los productores rurales de la franja Este del Territorio Nacional de La Pampa entre 1890 y 1930. Allí se propone, considerando al consumo como un nexo que permite relacionar la historia económica y la historia social, un abordaje que privilegia la demanda de productos básicos y pretende conocer aspectos claves de la materialidad, como las condiciones de vida, tema que pese a su relevancia ha tenido escaso

desarrollo en los estudios regionales. En el segundo de ellos, que es el último capítulo del libro, el foco está puesto en el papel asumido por el sector privado y el Estado en la difusión de conocimientos orientados especialmente a la producción agrícola, en un espacio cuya actividad económica dominante en las décadas iniciales del siglo XX era la agricultura cerealera.

Colocamos así en manos del heterogéneo público lector una obra que aspira a ser no más que un acercamiento inicial a las temáticas desarrolladas, por eso, como hemos mencionado, en cada uno de los capítulos se incluye un listado de bibliografía sugerida (ya sea por *clásica* o reciente) a los efectos de que así puedan ampliar la búsqueda y profundizar a partir de otras lecturas. Es nuestro más ferviente deseo que las páginas de este libro sirvan más como disparador de inquietudes que como verdades absolutas, ya que consideramos que el incremento de la autonomía es esencial para desempeñarse en la vida universitaria, así como para estimular el interés de los potenciales investigadores de la historia económica. Sin más, dejamos entonces al lector que explore *Una* (no *La*) *historia económica argentina* escrita con fines didácticos y en clave nacional/regional.

Bibliografía citada

Bandieri, S. (2007). Como el "ave fénix": la historia económica argentina en tiempos de crisis. En *Boletín de Historia Económica*, V (6), diciembre, pp. 6-13.

Belini, C. (2017). *Historia de la industria en la Argentina. De la independencia a la crisis de 2001*. Buenos Aires: Sudamericana.

Bértola, L, Gelman, J. y Santilli, D. (2015). Income Distribution in Rural Buenos Aires, 1839-1867. En *Revista Uruguaya de Historia Económica*, V (8), noviembre, pp. 14-28.

Bohn Martins, M. C. (2009). A história regional e a historiografia Argentina: entrevista com Susana Bandieri. En *História Unisinos*, 13 (1), janeiro-abril, pp. 96-102.

De Certeau, M. (2007). Leer: una cacería furtiva. En M. De Certeau *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer* (pp. 177-189). México: Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

Djenderedjian J. (2012). Presentación al dossier: Nuevas aproximaciones a la historia económica regional. Crecimiento económico, riqueza y distribución de factores productivos en la Argentina del siglo XIX. En *Quinto Sol. Revista de Historia*, 16, pp. 13-17.

Djenderedjian, J. (2014). Introducción al dossier: Nuevas miradas sobre la innovación tecnológica en la agricultura argentina, 1880-1940. En *Mundo Agrario. Revista de Estudios Rurales*, 15 (29), pp. 1-4.

Frid, C. y Lanciotti, N. (Coords.) (2012). *De la expansión agraria al desarrollo industrial: la economía de Santa Fe entre 1850 y 1970*. Rosario: Prohistoria.

Gelman, J. (2006). Introducción. Un balance con luces y sombras. En J. Gelman (Comp.) *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y perspectivas* (pp. 9-22). Buenos Aires: Prometeo.

Girbal-Blacha, N. (2006). La historia regional hoy: balances y perspectivas con enfoque agrario. En J. Gelman (Comp.) *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y perspectivas* (pp. 411-423). Buenos Aires: Prometeo.

Lluch, A. (Ed.) (2015). *Las manos visibles del mercado. Intermediarios y consumidores en la Argentina*. Rosario: Prohistoria-EdUNLPam.

Lluch, A. (Ed.) (2017). *Desarrollo, políticas públicas e instituciones. La experiencia de La Pampa en una visión de largo plazo*. Santa Rosa: EdUNLPam.

Martirén, J. L. (2016). *La transformación farmer. Colonización agrícola y crecimiento económico en la provincia de Santa Fe durante la segunda mitad del siglo XIX*. Buenos Aires: Prometeo.

Míguez, E. J. (2017). Del feudalismo al capitalismo agrario: ¿el fin de la historia… agraria? En *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, 46, primer semestre, pp. 180-204.

PRIMERA PARTE

Los procesos económicos a nivel nacional

CAPÍTULO 1

La Argentina agroexportadora: consolidación y límites (1880-1930)

Federico Martocci

Introducción

En 1908 Godofredo Daireaux (París, 1849 – Buenos Aires, 1916) publicó en la capital argentina una novela titulada *Las dos patrias*, en la que relata la experiencia vital de un inmigrante francés que trabajando afanosamente el campo pampeano logró alcanzar una fortuna realmente considerable: cincuenta mil hectáreas de campo en diferentes zonas de la región pampeana, más de treinta mil vacunos y miles de ovinos. Este joven francés se llamaba Andrés Sterner y había zarpado hacia Buenos Aires, con solo veinte años, en enero de 1866. De buena posición económica en su Francia natal, al llegar al Río de la Plata él comenzó realizando actividades comerciales con su propio capital, tarea que no lo favoreció económicamente puesto que carecía de experiencia en el rubro y la moneda había sufrido cambios considerables en cuanto a su valor. Luego Sterner invirtió en las tierras aledañas a Buenos Aires, especulando con el aumento del valor, hasta que por razones económicas se vio forzado a vender, conservando solo unas pocas propiedades, entre ellas una de 7.500 hectáreas cercanas a la localidad de Azul en la que finalmente se radicará.[1] Lo que destaca en definitiva Daireaux, un francés que conocía mucho el agro y llegó a escribir obras como *La cría del ganado en la República Argentina* (1900) y *Manual del agricultor argentino* (1901), es el tesón de aquellos inmigrantes que dejaban la atractiva vida porteña para trasladarse a la campaña rural, confiados en que allí podrían obtener el anhelado éxito económico.

El lector podrá preguntarse ¿qué características presentaba la Argentina en ese momento? ¿Era la experiencia de Sterner un caso excepcional o muchos como él siguieron un derrotero similar? La vida del propio autor de la novela, por cierto, no se aleja demasiado de la del protagonista principal. En este capítulo se desarrollarán los aspectos

1 En este trabajo utilizamos una edición reciente de *Las dos patrias* (Daireaux, 2005).

económicos más importantes para entender no solo este tipo de experiencias, sino además el espectacular despliegue económico argentino entre las postrimerías del siglo XIX y las primeras décadas del XX. En definitiva, este primer capítulo se abre con la inserción de la Argentina al sistema económico mundial, el que se articulaba a partir de la división internacional del trabajo y estaba signado por una impronta claramente liberal. En ese marco, la joven nación sudamericana aprovechó de manera notable sus ventajas comparativas, tal como recomendaba entonces la teoría económica en boga. De ese modo, Argentina se incorporaba al concierto económico internacional como un país productor de alimentos y (en menor medida) materias primas que debía importar bienes manufacturados a las principales potencias capitalistas. Dicha posición implicó una gran dependencia del mercado internacional, así como también ingentes beneficios derivados de la puesta en producción de las tierras disponibles, lo que dio lugar, sin embargo, a una estructura económica más rica que la de una mera economía agraria. La inserción que se mencionó antes permitió el despliegue del crecimiento *hacia afuera*, situación que (pese a las alteraciones existentes) recién se modificará con la crisis del capitalismo a inicios de la década de 1930, momento en el que concluye este capítulo.

El trabajo se organiza en dos grandes apartados. En el primero de ellos nos detendremos en el período que va desde la consolidación del Estado nacional (1880) al comienzo de la Gran Guerra (1914) en el viejo continente. En el segundo analizaremos los procesos económicos más relevantes acaecidos entre dicha conflagración mundial y la crisis de los años treinta. A lo largo del texto nos centraremos en los aportes historiográficos vinculados a la temática, apelando en ocasiones a la evidencia cuantitativa reconstruida por especialistas de la disciplina en los últimos años.

1.1. La integración económica: el gran boom exportador

1.1.1. Breve caracterización del orden oligárquico

En 1880 Julio A. Roca accedió a la presidencia nacional, luego de haber liderado las operaciones militares contra las sociedades indígenas y de derrotar a Buenos Aires. La base política utilizada fue el Partido Autonomista Nacional (PAN), que hizo las veces de canal de reclutamiento de los dirigentes y sirvió como espacio de comunicación política entre las figuras más relevantes del interior. A su vez, la Liga de Gobernadores brindó sustento al poder político, el cual descansaba en

un sistema de representación basado en la llamada lista completa, recurso que le garantizaba al PAN la unanimidad en el Congreso y la exclusión de las minorías políticas. Asimismo, las intervenciones federales le permitían al Poder Ejecutivo incidir directamente en la vida política de las provincias, a fin de mantener o suplantar a los gobernantes electos. En definitiva, durante el primer gobierno de Roca adquirió forma el complejo diseño que garantizaba al presidente, los gobernadores y los miembros del Senado un rol decisivo en la sucesión presidencial, mecanismo que comenzó a funcionar ya en la elección del hombre que sustituyó a Roca y gobernó entre 1886 y 1890: Miguel Juárez Celman. Así, los presidentes fueron sucediéndose en un marco caracterizado por la exclusión, mediante el fraude y la violencia, de las facciones políticas opuestas. Juárez Celman fue reemplazado por Carlos Pellegrini (1890-1892), Luis Sáenz Peña (1892-1895), José E. Uriburu (1895-1898), Julio A. Roca (1898-1904), Manuel Quintana (1904-1906) y José Figueroa Alcorta (1906-1910).

En el gobierno de Roca, la principal figura política del período, se sancionaron leyes importantes. En materia educativa, se aprobó la Ley de Educación Común (1420), que establecía la escolaridad primaria, obligatoria y laica. A nivel jurídico, se dictaron los códigos de Comercio y de Procedimientos en Materia Civil y Comercial, ambos fundamentales para garantizar el accionar económico de los individuos. En cuanto a lo económico, se fundó el Banco Hipotecario Nacional. A estas se le suman las medidas de secularización, que llevaron al conflicto con la Iglesia y fueron continuadas en el gobierno de Juárez Celman, por ejemplo con la Ley de Matrimonio Civil y del Registro Civil de las Personas. La gestión de este último terminó en un contexto de crisis económica, como veremos más adelante, y política. En 1890 se creó la Unión Cívica (de la que se escindió en 1891 la Unión Cívica Radical) y se llevó a cabo la llamada Revolución del Parque, movimiento organizado por civiles y militares que era heterogéneo y reunía a católicos, nacionalistas y autonomistas. Lo significativo es que con la renuncia de Juárez Celman se inició un proceso que acabaría, finalmente, con la reforma de la ley electoral en 1912, tema que trataremos en el segundo apartado.

Resulta paradójico que justamente la elite liberal que impulsaría la inserción de Argentina al mercado mundial como exportador de productos primarios, no se mostrara tan predispuesta para adoptar una postura liberal en cuanto a lo político. La toma de las decisiones en esta última esfera se hallaba restringida a un acotado grupo de personas, a las que se solía denominar *notables*, mientras que la mayoría de la población no tenía una activa participación política. Para decirlo de otro modo,

el liberalismo económico no tuvo su correlato a nivel político, situación que se modificó, en parte, luego de 1912. En detrimento de las interpretaciones que identificaban solo a los grandes terratenientes pampeanos y a los capitalistas extranjeros entre la base política del orden oligárquico, las investigaciones más recientes apuntan en otro sentido: la competitividad política de la época fue más importante de lo que *a priori* puede suponerse. La presencia de grupos políticos opuestos al oficialismo adquirió notoriedad en las instituciones republicanas. No obstante, las diferencias a nivel político no se tradujeron en críticas de la oposición sobre la política económica oficialista. Además, para rebatir ciertas ideas tradicionales muy instaladas en el sentido común, vale advertir que el PAN le otorgó una importancia para nada desdeñable a la industria, como se evidencia por ejemplo a través del aumento de la protección arancelaria en relación con épocas precedentes (y en contra a veces de los intereses del sector exportador). La producción industrial permitía dos cosas: en primer lugar, poner a disposición de los sectores urbanos una fuente de empleo considerable y, en segundo lugar, dinamizar el crecimiento económico en el interior argentino, aspectos que retomaremos a lo largo del capítulo.

1.1.2. La expansión económica: desplazamiento de la frontera productiva y conformación de un mercado nacional

La situación económica de la Argentina hacia 1880 no puede comprenderse si se descuidan una serie de aspectos que fueron esenciales para el naciente Estado y tuvieron lugar en las cinco décadas precedentes: cabe mencionar al respecto la apertura mercantil hacia el exterior (que contribuyó a la diversificación de importaciones y exportaciones), el desarrollo de la ganadería (primero vacuna y luego lanar), los cambios en la actividad agrícola, las mejoras en el rubro de transportes, la consolidación de un sistema de derechos burgueses de propiedad, la creciente llegada de inmigrantes europeos que se concentraban en las actividades más dinámicas y, por último, el avance sobre las fronteras, cuyo corolario fue el sometimiento de las sociedades indígenas entre 1878 y 1883/85. Desde luego, estas transformaciones no ocurrieron de manera apacible, ya que las nuevas pautas desafiaban muchas prácticas consuetudinarias relacionadas con el empleo de los recursos: la ocupación de tierras sin títulos, el libre acceso a montes y aguadas o el desarrollo de actividades que de ninguna manera podían competir con la producción en gran escala (Djenderedjian, 2011, pp. 126-128).

Sin duda, dos de los pilares que sustentaron el crecimiento económico a fines del siglo XIX fueron la ocupación de nuevas tierras y la unificación de un mercado nacional a partir de fragmentados espacios comerciales precedentes, procesos ambos que fueron prolongados y complejos. En lo que respecta al primero, que tenía como antecedentes del período independiente las campañas de Martín Rodríguez en la década de 1820 y las de Juan Manuel de Rosas en 1833, el acontecimiento más significativo fue la llamada "conquista del desierto", oxímoron que encubre un accionar genocida contra los pueblos originarios y el despojo de sus tierras. Esto no hubiera sido posible sin la consolidación del Estado y el afianzamiento del ejército, cuya fuerza militar se había fortalecido mucho (tanto desde la disciplina como del equipamiento) durante la guerra del Paraguay (1865-1870). La puesta en producción de esas tierras, no obstante, llevaría décadas. Lo que se hizo en un principio fue privatizarlas rápidamente: a comienzos de la década de 1880 esta acción prácticamente ya se había consumado. De hecho, la última campaña militar se financió a partir de una emisión de bonos con derechos sobre las tierras, hecho que favoreció la concentración de grandes superficies en muy pocas manos. Así, en un breve período de tiempo cerca de veinte millones de hectáreas fueron transferidas al dominio privado en inmensas parcelas.

Esas tierras que ingresaban en la producción agrícola activaron un mercado de tierras que se tornó cada vez más dinámico pero que en sus inicios tuvo limitaciones físicas, jurídicas y económicas (Cortés Conde, 1979). Debido a su abundancia, en un principio el precio de la tierra era muy bajo. Sin embargo, a partir del avance de la frontera productiva, su valor comenzó a incrementarse y entre 1883 y 1913 el precio promedio de la tierra pampeana se multiplicó por diez (Rocchi, 2000, p. 23). Así, para 1890 se advierte, de acuerdo a algunas interpretaciones, la conformación de un mercado con escasas restricciones y muy activo, en el que los precios oscilaban de acuerdo con los factores que afectaban a la economía, las expectativas de crecimiento a largo plazo y las circunstancias coyunturales.[2] La formación de un mercado de tierras (actualmente los investigadores hablan más bien de mercados, en plural) resultó de la expansión de la frontera, la transferencia de las tierras públicas

2 En lo que respecta a la legislación sobre tierras y a la dinámica de los mercados de tierras en diferentes lugares del país, la historiografía avanzó notablemente en los últimos años. Para ampliar en este sentido, se pueden consultar los trabajos reunidos en el dossier coordinado por Banzato (2007) y en los libros que compilaron Blanco y Banzato (2009) y Banzato (2013). El lector interesado allí podrá encontrar estudios sobre Buenos Aires, Córdoba, Santiago del Estero, Entre Ríos, Santa Fe, Chaco, Mendoza, Jujuy y ciertos Territorios Nacionales patagónicos en un período comprendido entre los siglos XVIII y XX.

a manos privadas y la construcción de una red de transportes (Cortés Conde, 1979). Ahora bien, para que esas tierras pudieran explotarse económicamente, como veremos, faltaban dos cosas: que fueran pobladas y que las atravesaran vías férreas para garantizar la comunicación con los mercados.

Los ferrocarriles habían cumplido en otras zonas y cumplirían en las tierras de reciente ocupación un rol central: unificar espacios que hasta ese momento permanecían incomunicados por las grandes distancias y condenados al aislamiento. La expansión del riel en las tierras de frontera entre fines de la década de 1880 y principios del siglo XX contribuyó a la conformación de un mercado nacional, tanto como lo habían hecho la supresión de aduanas interiores (en la década de 1850), la Ley de Creación del Banco Nacional (1872) y la unificación monetaria (1881) (ver Regalsky, 2011, pp. 156-157). Cabe señalar que, si bien la conformación de dicho mercado no fue un proceso mecánico y el interior argentino se insertó en este de manera desigual, el tendido de líneas férreas fue un jalón decisivo en tal sentido. No es casual que al menos desde la década de 1970 las investigaciones sobre la historia económica del período abordado se hayan concentrado en la formación y características de los mercados de factores de producción. Tal como ha planteado el historiador Roy Hora (2010, pp. 115-117), con estos estudios el capitalismo comenzó a ser concebido como el producto de un proceso de cambio social que afecta a toda la sociedad, cuyo despliegue, además, convierte a la tierra y la fuerza de trabajo en mercancías pasibles de ser vendidas y compradas en el mercado. Estas temáticas no han perdido vigencia en la actualidad,[3] pero es válido señalar que la historiografía incluyó en su agenda de análisis, como veremos más adelante, otras problemáticas vinculadas al proceso de formación de la economía capitalista: la historia del consumo y la historia de las empresas son dos buenos ejemplos.[4]

En lo que refiere al mercado interno, cabe decir que para este período arroja una imagen bastante dinámica. Si bien para los productos tradicionales de exportación (cuero, sebo, tasajo y lana) era poco relevante, no ocurría lo mismo en otros rubros donde tuvo un rol importante en la evolución de la demanda: ello se advierte en la producción de trigo, carne, azúcar, tabaco, yerba mate, vino, algodón y oleaginosas. Esto le otorga una cierta particularidad al caso argentino, que lo diferencia de otras economías latinoamericanas de la época: el abasto de la creciente demanda interna estuvo estrechamente vinculado a la fuerte renovación

3 De ello da cuenta el libro compilado recientemente por Banzato (2013).

4 En relación con estos temas, véase Barbero y Rocchi (2004) y Barbero (2006).

que experimentaron las actividades orientadas a la exportación. En este proceso la conformación de un mercado nacional jugó un papel esencial. Las serias restricciones que, desde la etapa colonial, le imponían a los intercambios interregionales las aduanas interiores, la inseguridad y el elevado costo de transporte, desaparecieron de modo progresivo a partir de la consolidación del monopolio estatal de la violencia, de la eliminación de las fronteras internas, de la instauración de una moneda nacional de uso generalizado y de la evolución del ferrocarril, con la consecuente reducción de los costos de transporte. De esta manera, no solo los diferentes espacios regionales funcionaban de modo más integrado, sino que además los comerciantes y productores estaban en condiciones de afrontar la actividad económica teniendo como horizonte los mercados distantes (Míguez, 2008, pp. 187-189). Sin embargo, como sugeríamos antes, la conformación de un mercado interno no se dio de manera lineal en la totalidad del espacio argentino. Por el contrario, las investigaciones han demostrado que la penetración del Estado nacional en la Patagonia, por ejemplo, se completó recién entre las décadas de 1930 y 1940, en un marco signado por la necesidad de "argentinizar" esos territorios. Hasta entonces, las principales relaciones a nivel económico (pero también cultural y social) de las regiones patagónicas se daban con el Sur de Chile, situación que da cuenta de la persistencia de corrientes centrípetas de intercambio hasta entrado el siglo XX. Esa situación, que no es exclusiva de la Patagonia y se replica en otras áreas andinas fronterizas, jaquea de modo contundente las periodizaciones establecidas por la historiografía "nacional" y coloca en un primer plano la vigencia (y dinamismo) de circuitos económicos pretéritos y también la tardía orientación atlántica de algunas regiones (véase Bandieri, 2001). Fue a raíz de estas evidencias que Susana Bandieri (2005), una referente en el estudio de la temática, planteó que la historia regional puede contribuir a complejizar la historia nacional.

1.1.3. Las bases del crecimiento económico

1.1.3.1. Población e inmigración masiva

Al promediar el siglo XIX una buena parte de la elite letrada, el más renombrado será Juan B. Alberdi, coincidía en que la inmigración europea constituía un elemento de vital importancia para alcanzar el cambio económico, en un país que todavía carecía de estabilidad política (Halperin Donghi, 2005). Dicho siglo atrajo contingentes numerosos de inmigrantes, en un contexto en el que la sucesión de guerras acaecidas

en la primera mitad de la centuria había diezmado a la población, y por ende reducido la cantidad de brazos que se encargaran de las diferentes labores. La región pampeana se constituyó en una de las principales receptoras de inmigrantes, llegando a adquirir entre 1880 y 1914 proporciones realmente notables: se estima que entre esos años ingresaron alrededor de cinco millones de personas, cifra que duplicaba la población total de Argentina a fines del siglo XIX. En este sentido, tal como ocurrió con la inversión de origen externo, el ciclo migratorio se tornó más álgido durante los años 1880 y en la década anterior a la Primera Guerra Mundial. Para 1914 los datos censales arrojan una cifra cercana al treinta por ciento de población del país nacida en el exterior, guarismo que asciende en la región pampeana al cincuenta por ciento (Hora, 2010, pp. 173-174). La llegada de los inmigrantes favoreció el crecimiento poblacional, situación que se evidencia claramente entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX, como se observa en siguiente cuadro.

Cuadro 1: Cantidad de población en la Argentina (1869-1930)

Año	Total de habitantes
1869	1.737.000
1895	3.955.000
1914	7.885.000
1915	8.072.000
1016	8.226.000
1917	8.374.000
1918	8.517.000
1919	8.672.000
1920	8.861.000
1925	10.358.000
1930	11.869.000

Fuente: elaborado a partir de Díaz Alejandro (1975, p. 387).

Junto con Brasil y Estados Unidos, Argentina fue uno de los países de América que más inmigrantes recibió. En cuanto al origen de estos últimos, cabe señalar que fue variando en el transcurso del siglo: en principio predominó una migración procedente de los países del centro

y norte de Europa y desde las islas británicas, en tanto que luego se tornó dominante el flujo desde Italia (primero del norte y luego del sur), España y, en menor proporción, Francia. En estas aventuras atlánticas los amigos y parientes, muchos de ellos ya instalados en Argentina, jugaron un rol central: la historiografía ha mostrado que las redes familiares y sociales facilitaron no solo el desplazamiento hacia el lugar de destino, sino además la inserción social y laboral de los migrantes. Claro que estas redes no lo explican todo, puesto que la evolución de los transportes, la presión demográfica en Europa y los atractivos salarios ofrecidos en el país adoptivo resultan aspectos que de ningún modo pueden soslayarse a la hora de explicar la decisión tomada por millones de personas de trasladarse a la Argentina.[5]

Aunque el nivel de información en muchos casos resulta esquivo, puede afirmarse que los salarios pagados en Argentina eran superiores a los que se pagaban en los países de origen, ya que la falta de mano de obra había sido y era (junto a la de capital) una gran problemática en el Plata. Para los inmigrantes también poseían gran significación los elevados salarios nominales, hecho que volvía atractivo el traslado para aquellos que ansiaban una mejor calidad de vida, como así también para los que optaban por la migración temporal con el objetivo de acrecentar sus ahorros y volver a su tierra natal luego de un tiempo con el producto obtenido. Esta última era una alternativa válida para muchos migrantes, al menos si atendemos a la cantidad de personas que retornaban a sus países de origen. Sin embargo, el salario no en todos los casos constituía el motivo determinante a la hora de cruzar el Atlántico: en muchas ocasiones, la afinidad cultural de los inmigrantes del sur de Europa y las posibilidades de ascenso social que ofrecía la Argentina permitían, por un lado, una rápida integración a la sociedad, y por otro lado, trascender las barreras de clase a que estaban sujetos en las jerárquicas sociedades del viejo continente.

A su vez, la relevancia de esta búsqueda de oportunidades es central para explicar por qué los migrantes llegaban al país mayormente en períodos expansivos de la economía, aún si ellos no iban acompañados de una mejora en los salarios. En esa misma línea, cuando la economía se desaceleraba este flujo se contraía, llegando incluso a revertirse en épocas de crisis. En los años analizados el ritmo migratorio fue marcado por tres ciclos económicos: se expandió en gran medida durante la década de 1880, se contrajo (y llegó a revertirse) con la crisis de 1890 y volvió a crecer al calor de la expansión económica acaecida entre principios del siglo

5 Para ampliar sobre esta temática, véase Devoto (2003).

XX y la Gran Guerra. En este último ciclo, no obstante, las percepciones de la elite comenzaron a modificarse en relación con los inmigrantes: así lo demuestran las leyes de Residencia (1902) y de Defensa Social (1910), que fueron promulgadas para frenar el avance del conflicto social, motorizado en particular por la proliferación de ideas anarquistas y socialistas.

Pero la incidencia de los inmigrantes en la economía no se redujo a solucionar el gran problema de la escasez de brazos prestos a trabajar. Asimismo, la llegada de hombres y mujeres desde Europa favoreció el crecimiento de la economía debido a que muchos poseían una elevada calificación laboral, llegaban a las costas del Plata muy motivados y con ánimo de emprender, estaban en edad propicia para el trabajo y optaron por incorporarse en los sectores más dinámicos de la economía. Así, como veremos en lo que respecta a la labor ganadera y agrícola, se incorporaba a trabajadores con habilidades laborales diversas y conocimientos técnicos poco usuales entre la población nativa del país receptor. Debido a los motivos que expondremos en el próximo apartado, no fue homogéneo el flujo migratorio en Argentina: la presencia de extranjeros fue más predominante en aquellas zonas con mayor demanda laboral, es decir en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y, en menor medida, Córdoba y Mendoza.

1.1.3.2. El sector agropecuario y sus transformaciones

Como la historiografía se ha encargado de evidenciar, la espectacular expansión de las exportaciones argentinas en las postrimerías del siglo XIX fue un proceso cuyas bases se construyeron en las décadas previas, especialmente a partir de transformaciones significativas en el sector agropecuario. En este apartado pasaremos revista de manera sucinta sobre los principales cambios ocurridos tanto en la producción ganadera como en la agrícola, a fin de poder comprender mejor la situación de las exportaciones entre 1880 y 1914.

En el período que va aproximadamente de 1830 a 1880 la producción agraria en Argentina aumentó de manera notable, al tiempo que en ese lapso se trazaron diferentes sectores dinámicos. En función de dichos sectores tuvo lugar un intenso cambio técnico que impactó en los bienes exportables: mientras que a inicios del siglo XIX los cueros vacunos ocupaban una posición preponderante, a fines de la centuria el rubro se había expandido e incluía harina, extractos tintóreos y carne congelada (y luego enfriada). Sin duda, entre los cambios más relevantes resaltan los ocurridos en las empresas agrarias, y en ese sentido la producción de

lana jugó un rol central. La cría de ovinos demandaba más fuerza de trabajo que la cría de vacunos, pero además una mano de obra con mayor calificación y el tiempo suficiente para cuidar a estos animales, que por cierto eran más delicados que el vacuno (las ovejas debían ser bañadas, marcadas, esquiladas y, además, protegidas contra la sarna, la lluvia, el viento y los animales salvajes).

La estancia ovina organizó su funcionamiento en torno a puestos, atendidos por pastores que cuidaban majadas de entre 1000 y 2000 ovejas, en muchos casos ayudados por sus respectivas familias. Estos pastores, usualmente de origen vasco o británico, se encargaban de organizar la producción y recibían un porcentaje de las ganancias, lo que les permitía muchas veces independizarse en un breve lapso de tiempo. Además, con la esquila se alteró el papel de las mujeres en las tareas rurales, un espacio que hasta ese momento estuvo dominado por los hombres. En función de la demanda de los países industrializados de Europa (y, por ende, del alza en los precios), los rebaños de ovinos criollos que habían sido mejorados a través de la selección natural desde los albores del siglo experimentaron la introducción de reproductores finos, al menos desde el decenio de 1820. Al respecto, se destacaba un grupo de estancieros de origen británico radicados en las provincias de Buenos Aires y Entre Ríos que llevaron a cabo cruzas adaptativas. En torno a fines de los años 1840 existían ya establecimientos de cría y cabañas muy especializadas provistas de cercos de madera (y luego alambrados), molinos, aguadas, galpones e instalaciones para realizar baños antisárnicos.

En una de las investigaciones más conocidas sobre el tema, se ha advertido la existencia de un *boom* de la actividad entre 1850 y 1865, situación favorecida por el ciclo de precios altos que marcó al período (Sabato, 1989, pp. 33-50). En los años que van de 1850 a 1890 la exportación de lana desplazó al cuero vacuno en el rubro para adquirir una posición central: la venta de dicho producto llegó a representar aproximadamente la mitad del valor total exportado por Argentina. Con el aprovechamiento más intenso del lanar se sumaron luego a los rubros exportables el sebo, las pieles y la carne congelada. Esta situación elevó la demanda laboral en los distritos ovejeros bonaerenses, con el consecuente incremento de los salarios y la aparición de excelentes oportunidades de crecimiento económico para aquellos que se iniciaban en la actividad. En este sentido, la aparcería jugó un rol importante como instrumento que permitió a muchos humildes ovejeros convertirse en productores independientes o en propietarios. Esta modalidad contractual, que no era novedosa en la región, les permitía a los trabajadores compartir los beneficios de la actividad, como así también los riesgos. Los contratos en

muchos casos estipulaban que los dueños de la tierra tenían que ceder al aparcero un porcentaje de la producción de lana y una parte de los corderos recién nacidos. Durante los albores de la expansión ovina aumentó la importancia de esta modalidad y ello benefició a los que ingresaban a la actividad sin más recursos que su fuerza de trabajo. Entre las muchas experiencias de este tipo, en las que se inscribe en parte la del vasco francés Juan Elordi (un personaje de la citada novela de Daireaux), se destaca por ejemplo la del irlandés Tomás Duggan, que pasó de ser un simple ovejero emprendedor a convertirse en un pródigo terrateniente cuyo capital nada le envidiaba al que poseían los Anchorena o los Unzué (Hora, 2010, p. 107). No obstante, las oportunidades de ascenso económico para aquellos sectores con menos recursos no se extendieron *ad infinitum*: la continua llegada de inmigrantes revirtió la escasez de trabajadores, al tiempo que el incremento del precio del suelo y la incorporación de costosas tecnologías cobraron mayor relevancia en la organización de las empresas ovinas.

Sin embargo, la expansión de la actividad lanar no eliminó a la ganadería vacuna tradicional, sino que forzó su desplazamiento hacia el sur y el oeste, donde la tierra era más barata y de inferior calidad ecológica. A su vez, se renovó la ganadería vacuna y en gran medida apoyándose en las experiencias y los recursos generados en función de la producción ovina. La transformación del vacuno, a diferencia de lo que había sucedido con las ovejas, se debió en gran parte al accionar de estancieros pertenecientes a la elite nativa, dotados de competencias empresariales y de vastos recursos económicos, en su mayoría nucleados en la Sociedad Rural Argentina (creada en 1866). Esta *vanguardia ganadera*, como la denomina Carmen Sesto (2005), introdujo y aclimató reproductores importados (Shorthorn, Hereford y luego Aberdeen Angus), creó registros genealógicos para los animales de raza, instaló cabañas y llevó adelante innovaciones productivas. En sus comienzos (que se retrotraen a mediados de la década de 1850), este proceso de renovación hallaba en la expansión de la demanda interna su principal estímulo, en tanto que al finalizar el siglo XIX, como veremos enseguida, a esta motivación inicial se le sumó la posibilidad de colocar el producto en el mercado externo, en un contexto en el que aumentaban los embarques de ganado en pie hacia Gran Bretaña. De este modo, la segunda mitad de esa centuria había sido testigo también del refinamiento del vacuno y la implantación de una genética en carnes de alta productividad, proceso que le permitió a las carnes argentinas acceder a mercados de gran selectividad.

En lo que respecta a la producción agrícola, es necesario remarcar la centralidad que tendrán en el período analizado las transformaciones

acaecidas en la agricultura pampeana durante la primera mitad del siglo XIX, en un contexto institucional en el que la inestabilidad política transmitía muchísima incertidumbre a los actores económicos. Al menos desde la década de 1840, ciertos cambios llevarían a una etapa expansiva de la agricultura pampeana. Así, el descenso de la conflictividad política y el alza sostenida de los precios de los cereales fueron aspectos que motivaron el avance de la agricultura sobre las fronteras, la búsqueda de técnicas de cultivo adecuadas para tierras más duras y secas, la introducción de nuevas variedades de trigo (como el *Barletta*), la orientación mercantil de las explotaciones, la incorporación de mejores instrumentos de trabajo y la fundación de colonias agrícolas que, pese al fracaso inicial, servirían de ejemplos para las experiencias posteriores.[6] Mientras que en las tierras bonaerenses la producción de trigo iba muy a la zaga de la dinámica ganadería ovina, en zonas de frontera de Santa Fe se inició una importante experiencia productiva: empresarios privados comenzaron a fundar colonias agrícolas, contando para ello con cierto apoyo de los gobiernos locales. Estas fueron evolucionando desde simples puestos de avanzada que pretendían emular a las granjas del viejo continente, a colonias de producción especializada que se destinaba a mercados externos. Luego de superado el complejo período inicial, que comprende las décadas de 1860 y 1870, este fenómeno experimentó en Santa Fe una expansión cada vez más notoria, llegando la producción de trigos y harinas en 1877 a desplazar de los mercados citadinos a sus similares importados (Djenderedjian, 2011, pp. 161-162).

El avance de la agricultura entre fines del siglo XIX y comienzos del XX resulta elocuente si prestamos atención a las cifras. Hacia la década de 1880 las exportaciones ganaderas representaban cerca del 95 por ciento de las ventas al exterior, en tanto que para 1914 su incidencia en el valor de las exportaciones descendió a menos de la mitad del total en ese rubro.[7] Tal situación fue el resultado del espectacular crecimiento

6 Es esencial para ampliar sobre esta cuestión consultar Djenderedjian (2008a).

7 Cabe señalar que existen estudios recientes sobre las exportaciones de lanas y cueros en el período que va desde 1890 a 1913 que obligan a realizar ciertas aclaraciones. Si bien los productos pecuarios entre los años mencionados sufrieron cambios ante la exportación de trigo, lino, maíz y otros productos ganaderos (animales en pie y carnes frigoríficas), no todos los artículos del rubro descendieron en las exportaciones de manera homogénea: las lanas y los cueros, a diferencia del sebo, el tasajo y otros derivados (cenizas de huesos, cerda, grasa, astas, huesos), aunque decrecieron en términos relativos siguieron siendo una parte importante de la canasta de bienes exportados. Hasta principios del siglo XX las lanas continuaron siendo el principal artículo vendido al exterior, e incluso entre 1890 y 1913 aumentó el volumen comerciado con diferentes países, entre ellos Francia, el principal comprador, a quien le seguían Bélgica y Alemania. Si a las lanas se le suman los cueros, ambos alcanzaban en esos años el 35 por ciento del valor exportado, una porción que se acercaba a la participación relativa que tenían el trigo, el maíz y el lino (37 por ciento). Al respecto, se recomienda ver Rayes (2014).

de la agricultura, que en las exportaciones pasó de representar menos del 5 por ciento a más del 50 por ciento. A comienzos de los años 1880 la producción cerealera se concentraba en ciertos puntos del norte y el oeste bonaerense, a poca distancia del mercado porteño, en las colonias que rodeaban Rosario y en el centro de la provincia de Santa Fe. El gran crecimiento de la agricultura santafecina fue posible a partir del arribo de inmigrantes y de la existencia de tierras de escaso costo, conectadas a través del ferrocarril con los mercados de consumo y los puertos del Paraná. En el período 1880-1895 la superficie cultivada creció diez veces en Santa Fe, provincia que se convirtió en el distrito agrícola más importante del país, con casi 1,7 millones de hectáreas sembradas. Posteriormente, la agricultura se extendió a otras zonas, entre ellas la provincia de Buenos Aires, el sur de Córdoba y el este del Territorio Nacional de La Pampa. En las últimas décadas desde la historiografía se revisaron las notables diferencias existentes entre las producciones a nivel regional, y ello se analizó tanto respecto de Buenos Aires como hacia el interior de otras provincias y el litoral. En esta línea, una de las temáticas que mayor debate suscitó y más riqueza analítica produjo es la vinculada con la colonización agrícola. Si bien no podemos aquí abordar esta cuestión en profundidad por razones de espacio, cabe señalar que en la actualidad se conocen mejor las particularidades de dicho proceso en Buenos Aires y Santa Fe, donde la expansión de la agricultura moderna fue más temprana, pero también en Córdoba y Entre Ríos, con características por cierto diferentes.[8]

En la década de 1890 la actividad agrícola se extendió de modo considerable en el espacio bonaerense, más precisamente en las áreas ganaderas, pobladas por vacunos refinados. Allí el cultivo de cereales se tornó complementario de la ganadería, puesto que las razas que reemplazaron al vacuno criollo requerían mejores pasturas, con lo cual las praderas artificiales (especialmente la alfalfa) se difundieron de manera notable. En contraposición a lo que se creyó durante mucho tiempo, los ganaderos tuvieron un rol muy importante en la difusión de la agricultura en sus estancias. A fin de suplir la falta de brazos para trabajar, los dueños de la tierra extendieron el cultivo en las estancias del siguiente modo: establecieron acuerdos con familias de agricultores que se dedicaban a sembrar cereales durante tres o cuatro años a cambio de concederle al propietario un porcentaje de la cosecha. Una vez concluido el plazo estipulado, las familias tenían que abandonar el predio y dejarlo sembrado con forrajes. El transcurso del tiempo llevó a que la agricultura se independizara de la

8 En cuanto a este tema, para ampliar se pueden consultar los trabajos de Djenderedjian (2008b; 2008c), Djenderedjian, Bearzotti y Martirén (2010) y Martirén (2016), entre otros.

ganadería. En el período que va de 1888 a 1914 la superficie sembrada se multiplicó once veces en la región pampeana, situación que permitió el desarrollo de empresas cerealeras que no tenían relación con la ganadería y operaban ya sea en tierras propias o arrendadas.

El extraordinario aumento de la superficie cultivada con cereales, en particular con trigo, maíz y lino, fue posible a partir de la introducción de nuevas tecnologías que permitieron la mecanización de las labores de siembra y cosecha. La incorporación de maquinaria agrícola moderna en gran escala fue esencial para que se pudieran explotar las enormes reservas de tierras, hecho que posibilitó el desarrollo de una agricultura extensiva, cuyos costos de producción eran inferiores a los de sus competidores en otras partes del mundo. Muchas veces los agricultores optaron por expandir la escala de la producción (que favorecía el enriquecimiento en el mediano y corto plazo), y no por acceder a la propiedad de la tierra, superando de esa manera el desafío de organizar explotaciones que excedían ampliamente las escalas usuales en la agricultura del viejo Continente (que se medían en acres y no en cientos de hectáreas). Ello explica que los productores, incluso el pequeño arrendatario, se convirtieran en grandes consumidores de implementos agrícolas, sea que fueran importados de Estados Unidos y Canadá o producidos localmente a partir de la adaptación de modelos foráneos.[9]

El sector agrícola que se constituyó entre 1880 y 1914 fue muy diverso, e incluía desde chacras pequeñas a empresas capitalistas que empleaban trabajo asalariado. En el contexto mencionado, eran mayoritarias las explotaciones familiares medianas, es decir, aquellas comprendidas entre las 150 y 600 hectáreas arrendadas. Las estimaciones que existen para 1914 dan cuenta de que dos tercios de las explotaciones de carácter agrícola en la región pampeana se realizaban sobre tierras ajenas, con un máximo y un mínimo que iban desde el 74 al 50 por ciento, en Santa Fe y Entre Ríos, respectivamente (Hora, 2010, p. 195). Sin duda, la dinámica de la ocupación de las tierras de frontera resultó vital en tanto que permitió la expansión económica. A la vez que ello ocurría, el costo de la tierra se elevó: su precio se multiplicó por diez entre 1880 y 1913, con lo cual la presión sobre el ingreso de los agricultores que arrendaban fue más significativa. Esa situación llevó a algunos autores a señalar que hacia 1910 se terminó de cerrar la posibilidad económica que representaba la frontera (y que ese cierre coincidió con el fin de la gran expansión económica del país), en tanto que otros estudiosos plantearon la existencia de continuidades hasta 1930, cuando los cambios se impondrían por

9 En lo que respecta a los cambios técnicos en la producción agrícola pampeana durante la segunda mitad del siglo XIX, véase Djenderedjian, Bearzotti y Martirén (2010, pp. 739-837).

la coyuntura externa y los efectos de las políticas económicas (Míguez, 2008, p. 163).

Desde luego que no pretendemos agotar aquí la discusión en torno a la temática, sino simplemente indicar que existían, antes de que se desatara la Gran Guerra, algunos elementos que daban cuenta de las limitaciones para el crecimiento de la economía. En primer lugar, el agotamiento de las tierras de frontera, a lo que se sumaba la necesidad de incorporar nuevas tecnologías para incrementar la productividad agraria, más aún en aquellas tierras de inferior calidad. En segundo lugar, la estrecha dependencia con los mercados externos y, por ende, con la sujeción al carácter oscilante de la demanda de productos primarios. A diferencia de lo que ocurría con la producción azucarera y vitivinícola, que contaban con el apoyo estatal y tenían gran participación en el mercado interno, los cereales y las carnes permanecían mucho más atados a la exportación. Así, al contexto internacional desfavorable abierto con el conflicto bélico mundial se le suma todo un conjunto de limitaciones, al que se podría añadir el modesto mercado interno, su incipiente sistema institucional y la escasa capacidad científico-tecnológica, incluso en áreas vinculadas a la producción agropecuaria.

1.1.3.3. La inversión extranjera y los ferrocarriles

Para dotar al país de la infraestructura necesaria al momento de poner la tierra en producción y movilizar los recursos obtenidos de ella, fue esencial contar con fuentes de financiamiento. Si bien el mercado de capitales conformado entre las décadas de 1860 y 1870 había cubierto ciertos requerimientos financieros de la economía ovina, no contaba con la escala precisa para afrontar compromisos tan considerables. Por ello, el capital externo fue el encargado de sustentar el ciclo de inversiones del período 1880-1914. Las principales provinieron de Londres, el centro financiero más importante del mundo por ese entonces, en tanto que luego se incorporaron, como plantearemos enseguida, otros inversores europeos.

Cuadro 2: Principales destinos de la inversión británica en América Latina (En millones de libras esterlinas)

País	1875	1885	1895	1905	1913
Argentina	22,6	46,0	190,9	253,6	479,8
Brasil	30,9	47,6	93,0	124,4	254,8
México	28,4	40,8	93,6	119,5	132,1
Chile	10,0	10,1	32,4	42,1	76,1
Uruguay	6,2	16,0	33,6	39,2	47,3
Perú	36,2	36,6	22,3	22,5	29,7
Total en América Latina	174,6	250,5	552,5	688,5	1179,5

Fuente: elaborado a partir de Hora (2010, p. 171).

A partir de los años 1880 la afluencia de capital externo creció notablemente, tal como se advierte en el cuadro a partir del caso británico, y lo siguió haciendo en las décadas siguientes. Esto tuvo que ver con la expansión de los mercados de capital en el viejo Continente, pero además con las garantías jurídicas que los inversores foráneos obtuvieron a raíz del andamiaje institucional que brindaba el Estado. De este modo, a la migración de trabajadores desde Europa se le sumaba la llegada de capitales de ese mismo origen, con lo cual se resolvía el problema referido al déficit de esos factores productivos.

El flujo del capital externo tuvo un carácter cíclico, cuyas particularidades a su vez se ajustaban a la coyuntura internacional y a la realidad político-económica local. Los especialistas en el tema identifican tres grandes fases: la primera desde 1862 hasta la crisis de 1873-1876, la segunda desde la década de 1880 hasta la crisis de 1890, y la tercera desde comienzos del siglo XX hasta el inicio de la Gran Guerra. En la primera de ellas se cree que ingresaron al país algo más de 100 millones de dólares corrientes, provenientes de Gran Bretaña y colocados en títulos públicos y en valores de compañías ferroviarias (en un 60 y un 30 por ciento, respectivamente). En las dos fases siguientes la cantidad aumentó: 800 millones de dólares corrientes en la segunda, que procedían en su mayoría de Gran Bretaña (con Francia ocupando un segundo lugar) y 2.000 millones de dólares corrientes en la tercera, cuyo origen continuaba siendo británico en un 50 por ciento, seguido por las inversiones francesas, alemanas y belgas. Desde los albores del siglo XX, además, se comenzó a hacer notar el arribo del capital de Estados Unidos. Es evidente que, a partir de la procedencia, los capitales se dividieron las

esferas de acción. Los ingleses dominaban en los ferrocarriles y compartían con los franceses el campo de los empréstitos públicos, los belgas y franceses poseían preeminencia en las compañías financieras y territoriales, los alemanes se distinguían en la generación de electricidad y los servicios urbanos, mientras que los norteamericanos se impusieron en la industria frigorífica (Regalsky, 2011, pp. 160-162).

En lo que refiere a la gran renovación de la infraestructura de transportes, vale señalar la enorme importancia que tuvo la extensión del sistema ferroviario, sin dejar de lado la modernización de algunos puertos y la construcción de otros. Los suelos aptos para la agricultura cerealera carecían de ríos que ofrecieran una buena alternativa para movilizar la producción. Por ese motivo, el aporte del ferrocarril fue vital en cuanto a la expansión de la actividad agrícola y la reducción de los costos de traslado, en especial si observamos el lugar destacado que comenzaba a ocupar ese sector en las exportaciones. Como resultado de las inversiones británicas en el rubro, la red ferroviaria argentina se quintuplicó entre 1880 y 1892: pasó de 2.300 a 12.500 kilómetros. Hacia 1914 esa cifra superó los 30.000 kilómetros, dos tercios de los cuales surcaban la región pampeana. De acuerdo con lo que plantea Hora (2010, pp. 168-169), en el período 1880-1914 el ferrocarril creció a una tasa que superaba el 8 por ciento anual, llegando a ser para este último año una de las redes viales más extensas (y económicas) de América Latina y el mundo. Ello fue posible no solo por las características del terreno, con escasos obstáculos de carácter natural, sino además porque las compañías ferroviarias priorizaron la expansión de la red por sobre la inversión en infraestructura para almacenaje, cuestión esta que provocó reiteradas críticas especialmente durante la época de cosecha.

El tendido férreo también atravesó diferentes etapas. En la primera se localizó en espacios diferenciados, respondiendo a situaciones específicas, como por ejemplo el Ferrocarril del Sud a la producción lanera del sur bonaerense, el Ferrocarril a Campana y el Este Argentino a la emergencia de rutas comerciales en torno a los ríos Paraná y Uruguay, los Ferrocarriles Norte y Ensenada a la expansión del mercado urbano porteño y el Central Argentino a la circulación entre el interior y el litoral. En esta etapa el rol que tuvieron el Estado nacional y el de la provincia de Buenos Aires en la construcción de líneas fue considerable, como así también en la promoción de la inversión extranjera a través de la desgrabación impositiva y la garantía de beneficios mínimos por un plazo determinado, entre otras iniciativas. El incremento de la magnitud en las inversiones fue notable en la segunda etapa, a la vez que muchas de las líneas estatales se privatizaron: de los 12.500 kilómetros existentes en

1892 menos del 10 por ciento representaba a ese sector. La competencia fue en aumento entre las compañías que se asentaron en las mismas áreas, como podían ser el centro y sur de las provincias de Buenos Aires y Santa Fe, una excelente vía de acceso esta última a Tucumán, en un momento de auge azucarero. La tercera etapa, en particular luego de la crisis de 1890, se caracterizó por la concentración empresaria (compañías fueron absorbidas por otras más grandes) y por la gran inversión realizada en la región pampeana a raíz del crecimiento agropecuario. En 1914 las empresas más importantes, el Ferrocarril del Sud, el Central Argentino y el Oeste, conformaban sistemas que, en conjunto, casi llegaban a los 15.000 kilómetros, cifra que representaba más del 40 por ciento de la totalidad de la red.

1.1.4. El mercado interno y el nuevo sector industrial

Las características mencionadas de la economía argentina hicieron posible la formación de un importante mercado interno. El tendido de líneas ferroviarias no sirvió solo para avanzar sobre la frontera agropecuaria, sino que además permitió la conexión entre los diferentes espacios y, por consiguiente, la unificación de dicho mercado. La creciente urbanización y el aumento demográfico a su vez favorecieron el consumo, en una coyuntura signada por el aumento del producto por habitante. Una parte sustancial de los recursos generados por el sector agroexportador se orientaron hacia el consumo, que en muchos casos no alcanzaba a ser cubierto por las importaciones. Ello estimuló la producción de bienes y servicios en el medio local, motivo por el cual un naciente sector industrial comenzó a abastecer al mercado interno con sus productos. Las cifras resultan esclarecedoras: este crecimiento fue del 500 por ciento en el período 1880-1900 y llegó a rondar el 140 y el 160 por ciento entre 1900-1914, según las fuentes empleadas en el análisis (Regalsky, 2011, p. 177). Dicho sector se concentró en las ciudades más grandes, en especial en Buenos Aires, por su cercanía con los mercados y por la ubicación que detentó en cuanto al tendido ferroviario.

Hacia 1914 esta industria estaba liderada por el sector que producía alimentos y bebidas, estrechamente vinculado con la producción pampeana y con la explotación del azúcar y la vid. En este sentido se destacaban la industria frigorífica y de mataderos, la harinera (y sus derivadas: fábricas de fideos y panaderías), la láctea y la cervecera. A su vez, adquirieron importancia la industria de la madera, la textil y la metalmecánica. En el caso de la producción textil, más específicamente de la confección, el crecimiento fue notorio luego de la crisis de 1890 debido

al encarecimiento de la ropa importada. En lo que respecta a la metalmecánica, observable a partir de la proliferación de herrerías y fundiciones, es necesario advertir la influencia de los inmigrantes italianos que conocían el oficio y, en ciertos casos, llegaron a convertirse en destacados empresarios. Si bien fueron muchos los que transitaron este último camino y acumularon un gran capital, lo que predominó fueron los pequeños talleres que daban trabajo a un acotado número de personas.[10]

El complejo accionar del Estado ante la economía ayuda a explicar la evolución del sector industrial en esta etapa. Tal como planteó Fernando Rocchi (2000, pp. 62-67), las interpretaciones que pensaban a un Estado dominado por la ideología del *laissez-faire*, por ende limitado a garantizar el marco jurídico-político, hace tiempo ya que perdieron terreno frente a las posturas que ven en el proceder económico estatal una combinación de flexibilidad y pragmatismo. Por ello, resulta difícil pensar la problemática a partir de los modelos rígidos del librecambismo o el intervencionismo.[11] ¿Qué pasaba por ejemplo con la política fiscal? La mayoría de los ingresos estatales provenían de los impuestos a las importaciones, es decir, se gravaba al consumo. Los impuestos a las exportaciones, que por cierto eran muy escasos, desaparecieron en la década de 1880 debido a que se creía que obstaculizaban el comercio exterior. Estos últimos volvieron a implementarse, aunque por un período muy breve, solo después de la crisis de 1890. De este modo, la política fiscal contribuía a proteger, de manera selectiva, a la industria local. Esta etapa de crecimiento económico *hacia afuera* permitió así que proliferaran diversas empresas, muchas de ellas dirigidas por inmigrantes emprendedores, que no reclamaban por una estricta política de librecambio (porque afectaba sus producciones), ni tampoco por una de exclusivo tono proteccionista (ya que incidía en sus importaciones). Cuando la Gran Guerra se desencadenó, alterando por completo la situación internacional, el sector de la industria argentina había dado ya sus primeros pasos y se preparaba, como analizaremos en el segundo apartado, para acelerar su marcha.

1.1.5. La moneda, el crédito y las instituciones financieras

Ya hemos afirmado que la consolidación de un andamiaje institucional resultó de suma importancia para alcanzar el crecimiento económico

10 Un claro ejemplo al respecto es el de Juan Bautista Bellini, un italiano que llegó a la Argentina en 1892 e instaló un taller metalúrgico en una colonia santafecina. Véase Priamo (2005, pp. 131-163).

11 Para ampliar sobre esta temática, se recomienda consultar Caravaca (2011).

en este período. Pero aún no tratamos las características de la fiscalidad y del sistema monetario, cuya evolución no fue en absoluto lineal y ascendente, motivo por el cual estuvo marcada por algunas fluctuaciones derivadas, en muchos casos, de la realidad política local. En la década de 1880 el Estado pudo imponer una moneda de curso obligatorio en toda su jurisdicción (la Ley de Unificación Monetaria, de 1881, fijó el peso moneda nacional), a la vez que fomentó de manera activa la inversión externa, expandió la banca pública, otorgó garantías que aseguraban el derecho de propiedad y ofreció incentivos a aquellos que afrontaban emprendimientos económicos riesgosos.

Como señala Andrés Regalsky (2011, p. 181), en el plano monetario y financiero el período aquí analizado se puede dividir en dos etapas. La primera de ellas coincide con la década de 1880, en la que predominó una tendencia expansiva en materia monetaria, vinculada en principio al ordenamiento general del sistema, que posteriormente tendió a desligarse de las bases ortodoxas del patrón oro que componían entonces el fundamento doctrinario. Con el sistema de créditos sucedió igual: estuvo apoyado en la banca estatal y mixta, al tiempo que priorizó la acción de fomento por sobre los criterios de solvencia y liquidez. La segunda etapa, abierta con la crisis de 1890 y sus fuertes derivaciones, se caracterizó por la marcada ortodoxia de las instituciones que permanecieron en pie y por la férrea restricción monetaria, al menos hasta cuando se restableció la convertibilidad en 1899. Desde 1902-1903, en una nueva coyuntura expansiva generada por el aumento de las exportaciones y de la inversión externa, dicha ortodoxia coexistió con una ampliación de la base monetaria y una oferta mayor (y más flexible) en las condiciones de los créditos. En el sector financiero empezó a gestarse en 1911 la crisis que eclosionó finalmente en 1914, acarreando serios problemas para la banca privada y un aumento inédito en el protagonismo de la banca oficial, cuestión esta última que signó los años posteriores.

Ahora bien, pero ¿a qué nos referimos cuando decimos ortodoxia? La ortodoxia económica entonces se basaba en las ideas clásicas del equilibrio fiscal y el patrón oro. En resumidas palabras: el Estado tenía que ajustar los gastos a sus ingresos, a fin de no generar un déficit que, por ende, debiera cubrirse mediante la emisión de deuda o la expansión monetaria. De ese modo, a diferencia de lo ocurrido en décadas anteriores, el circulante monetario estaría respaldado en los bancos por las reservas y la expansión de la oferta monetaria se daría a partir de la acumulación de reservas por saldos favorables en la balanza de pagos. La reducción de dichas reservas estaba asociada a la contracción monetaria, que acarreaba a su vez la de la economía. Si ello sucedía, los precios y la demanda

bajarían, con lo cual se favorecían las exportaciones y eso contribuía a superar los problemas hasta tanto se restablecieran los saldos favorables en el comercio exterior y el arribo de capitales foráneos. Estos mecanismos, se creía, podían ajustarse de modo automático y con ello se lograban evitar las crisis profundas.

Como lo indican Gerchunoff y Llach (1998), la "cuestión monetaria" constituyó el área más inestable de la política económica. El descontrol monetario había sido común desde la Independencia, en un contexto de permanente crisis institucional y estancamiento económico. Pero, una vez establecida la autoridad federal, las dificultades para establecer un patrón monetario confiable continuaron vigentes. Recién en 1881, con la mencionada Ley de Unificación Monetaria, se solucionó un problema acuciante para la historia monetaria argentina: la creación de una moneda auténticamente "nacional". El nuevo billete de curso fiduciario, el "peso oro", de un valor similar al peso fuerte, sería acuñado por una flamante Casa de la Moneda. Este fue, en efecto, uno de los avances más importantes del primer gobierno de Roca (1880-1886). Pero, la década de 1890 marcó un revés significativo en ese terreno, puesto que a la exacerbada política fiscal de Juárez Celman se sumó una débil estructura monetaria producto de la implementación del régimen de Bancos Nacionales Garantidos que culminó en el desplome del valor del peso oro. La sensación de inseguridad monetaria se extendió al sistema bancario y los retiros de depósitos provocaron la caída de los bancos Provincia, Nacional e Hipotecario. La solución provino de la mano de un sugerente ajuste que comprometía a las políticas monetarias y fiscales. La emisión debía reemplazarse por un manejo deflacionista y el resultado presupuestario del Estado tendría que cambiar de signo. En este derrotero se tomaron medidas que tendieron a disminuir el presupuesto de los ministerios, los sueldos de los empleados estatales y las pensiones y jubilaciones. Más tarde se crearon impuestos, a ciertas exportaciones y al consumo de algunos bienes, y se dispuso un claro aumento de los aranceles (Gerchunoff y Llach, 1998, p. 51). También la política monetaria giró hacia la ortodoxia. El sistema de emisión de los Bancos Nacionales Garantidos fue reemplazado por una entidad única, la Caja de Conversión, comprometida a una reducción gradual de la base monetaria. Además se creó el Banco de la Nación Argentina como un medio de paliar la desconfianza en el sistema financiero nacional y se pusieron límites estrictos al crédito del banco estatal al gobierno.

Estas políticas económicas restrictivas surtieron efecto: mejora en la situación fiscal, contención monetaria y valorización del peso empezaron a retroalimentarse. Los gobiernos de la década de 1890 mostraron

una inclinación al equilibrio fiscal y la prudencia monetaria. Contaron para ello con el empuje invalorable de la producción agropecuaria que hacia 1890 comenzaba su edad de oro. Así, cuando se cerraba el siglo XIX los préstamos del exterior se reanudaron y la Argentina se reintegraba al sistema mundial de patrón oro después de quince años. En 1903 la Caja de Convertibilidad empezó a acumular oro gracias al restablecimiento de la confianza y la mejora en los precios de los productos exportables, aunque las reservas, hasta avanzada la primera década del siglo XX, lograron respaldar sólo una proporción de la base monetaria que alcanzó un máximo del 64% en 1913 (Gerchunoff y Llach, 1998, p. 52). Entonces, las cuentas estaban en orden. Los superávits comerciales eran mucho más frecuentes que los déficits: solo cuatro años dentro del período 1900-1914 terminaron con un saldo negativo en la balanza comercial. Las exportaciones se triplicaron en diez años, el oro en manos de la Caja de Conversión crecía sin pausa, la inmigración se hacía más intensa y el ingreso nacional se duplicaba.

En el interior del país, que permanecía bastante al margen de lo sucedido en el área pampeana, el Banco Nacional (dependiente del poder central) fue el encargado de realizar la acción de fomento. Por su parte, el Banco de la Provincia de Buenos Aires se ocupó de direccionar el crédito en dicha provincia, con mucho la más dinámica de todo el país. La escasa coordinación entre estas instituciones, y entre las que se crearon en 1887 con la Ley de Bancos Garantidos, derivó en un endeudamiento externo muy acentuado, el cual se tornó problemático a raíz de la sostenida caída de los precios de los productos exportables y del consecuente aumento del déficit en la balanza de pagos. Tal situación, a la que se sumó el cierre del crédito externo, llevó al país a la crisis de 1890, tema que abordaremos a continuación, de la cual logró recuperarse casi una década después.

1.1.6. La crisis de 1890: consecuencias económicas y financieras

El crecimiento económico del país se combinó a la brevedad con un marcado accionar especulativo, el cual fue férreamente cuestionado por algunos sectores sociales. De un momento a otro todo se desplomó: la desconfianza de los inversores los llevó a refugiarse en el oro y, por ende, el peso moneda nacional cayó de manera espectacular a la vez que subía el precio del oro y el ingreso de los capitales externos disminuían. Los problemas económicos generados en 1889 se acentuaron en 1890, cuando estalló la crisis. Ante esa situación el presidente Juárez Celman renunció y en noviembre la Casa Baring Brothers quedó al borde de la

quiebra (con una cartera llena de títulos argentinos invendibles): la devaluación monetaria se aceleró en Argentina, puesto que la institución que se esperaba salvaría a la Argentina había tenido que ser sostenida por un consorcio de bancos constituido mediante el accionar del ministro del Tesoro y del Banco de Inglaterra. El Banco Provincia y el Banco Nacional, seguidos por otras entidades, se vieron forzados a cerrar sus puertas a raíz del retiro de depósitos en la primera mitad de 1891.

Las interpretaciones sobre esta crisis han sido disímiles entre los historiadores. En algunos casos, se centró la atención en el contexto internacional y en la inserción del país en la economía mundial. Esta línea de análisis sostenía que la fragilidad del sector externo tenía su punto débil en la entrada de capitales: cuando los inversores extranjeros optaron por retirar su dinero se produjo una fuerte crisis en la balanza de pagos. En otro orden, ciertos historiadores hicieron hincapié en el rol de los factores internos: para ellos el origen de la crisis radicaba en la imprudente política monetaria expansiva, que a su vez provocó inflación y brindó créditos inadecuados (Rocchi, 2000, pp. 58-59).

El presidente que tomó el timón para afrontar la tempestad fue Carlos Pellegrini, cuyo gobierno canceló de inmediato el sistema de bancos garantidos y lo sustituyó por la Caja de Conversión, un organismo estatal que en los años iniciales debió emitir sin respaldo. Además, se elevaron las tarifas a las importaciones (por ende, estas cayeron y el consumo disminuyó) y se renegociaron los compromisos con los acreedores externos. La contracción monetaria y crediticia contribuyó a frenar la crisis cambiaria, por ello desde 1895 descendió de manera progresiva el tipo de cambio. Si bien desde mediados de la década se advertían indicios de recuperación, en 1897 una nueva crisis se apoderó del escenario económico argentino. Mientras se comenzaba a pagar la vieja deuda que se había renegociado, el conflicto fronterizo con Chile desaceleró el otorgamiento de créditos (por temor a la guerra) y la sobreproducción industrial, que era el resultado de las elevadas tarifas, redujo los beneficios de muchas fábricas y las colocó al borde de la ruina.

En la primera década del siglo XX el peso de la deuda disminuyó, al tiempo que crecían las exportaciones e ingresaban capitales externos, en un marco signado por los saldos favorables en la balanza de pagos. Estos últimos, eran convertidos en billetes por la Caja de Conversión, con lo cual era posible aumentar la emisión con amplio respaldo en metálico. De este modo, la economía pudo desplegarse como lo había hecho durante el decenio anterior, solo que ahora sobre una base más sólida. Si a comienzos del siglo XX los bancos privados nacionales eran los que más se habían expandido, estos a partir de 1911 se vieron seriamente

afectados tanto por la retracción de los flujos financieros externos como por la disminución de los depósitos. En esa coyuntura, el Banco de la Nación Argentina, institución oficial creada luego de la crisis, comenzó a expandirse por todo el país, a concentrar los depósitos y a flexibilizar su sistema de crédito.

1.1.7. La expansión del consumo

El crecimiento del mercado interno merece un lugar tan importante como el del incremento en las exportaciones. Las cifras hablan por sí solas: según las apreciaciones de Rocchi (2000, pp. 50-51), considerado como producto total, en 1916 el mercado interno era nueve veces mayor que en 1881, un incremento que entonces era extraordinario y que se distinguía incluso al compararlo con países de economías muy dinámicas como por ejemplo Gran Bretaña y Estados Unidos. En el crecimiento del producto total, desde luego, dos fenómenos tuvieron un rol central al conjugarse para impulsar la demanda: el aumento de la población y el del ingreso per cápita, llegando este último a guarismos tan elevados que posicionaban a la Argentina a la cabeza de sus pares latinoamericanos. No obstante, cabe agregar que la distribución del ingreso resulta muy poco conocida, ya sea a nivel regional o social, aunque es evidente que la región pampeana concentraba la mayor parte del producto, con ciudades que poseían una demanda considerable.

Las clases sociales más altas, que por lo general intentaban emular los estilos de vida del viejo Continente, apelaban al consumo suntuario que incluía en mayor medida productos importados (muchas veces comprados por ellos mismos en Europa). Durante la etapa comprendida entre fines del siglo XIX y comienzos del XX ganó relevancia la oferta local de servicios y productos destinados a los sectores de más altos recursos. Sin embargo, si nos referimos a los consumidores de artículos nacionales, hay que hablar de las clases sociales medias y bajas. La expansión de las clases medias fue el resultado del despliegue de una economía más compleja, en la que se llevó a cabo la especialización y la división del trabajo. En ese contexto, aparecieron nuevos emprendimientos en la producción primaria, el comercio, la manufactura y los servicios. Si bien este fenómeno se dio a nivel nacional, adquirió mayor relevancia en Buenos Aires. Además, el notable crecimiento del sector público incrementó la importancia de los sectores medios, puesto que demandaba trabajo calificado a la vez que ofrecía mejores salarios. Entre el período 1895-1914 la cantidad de empleados de la administración pública creció dos veces más rápido que la población del país: de 24.000 ascendió a 109.000. En

ese mismo lapso los profesionales pasaron de ser 6.800 a ser 16.000. En síntesis, todo esto explica cómo se duplicaron los sectores medios, que entre esos años alcanzaron el 30 por ciento de la población en la región litoral (Hora, 2010, pp. 218-219).

El poder adquisitivo de dichos sectores contribuyó a generar un segmento muy importante de consumidores, al tiempo que se dilataba la oferta de productos y veían la luz sistemas novedosos de venta y distribución. Así, los nuevos negocios proliferaron en las calles porteñas, sin duda las más representativas eran Florida y Avenida de Mayo, y las grandes tiendas jugaron un rol central en la expansión del consumo. La casa Gath y Chaves, por ejemplo, incrementó el giro comercial a partir de sus precios atractivos, la promoción de artículos de marca y sus técnicas de venta. No obstante, en otras áreas del país los pequeños negocios familiares, muchas veces basados en la venta al menudeo, fueron menos afectados por la innovación de los estilos comerciales y el incremento del consumismo fue más limitado.

En lo que respecta al Territorio Nacional de La Pampa, para mencionar un caso que ha sido estudiado, el modelo minorista que predominó fue el almacén de ramos generales, caracterizado por la gran oferta de productos en venta, pero además por la diversidad de funciones: la expansión de estos actores en el medio rural estaba asociada a su rol como facilitadores de crédito, no solo de insumos para la producción sino además de alimentos y vestido. La importancia que tuvo en las zonas rurales la financiación a base de cuentas corrientes, se pone en evidencia al observar la escasa relevancia que alcanzaron las ventas en cuotas, fomentadas por los fabricantes-importadores, al menos hasta fines de la década de 1920 y los albores de la siguiente (Lluch, 2006). Si bien los cambios en los sistemas de comercialización y la utilización progresiva de marcas por parte de comerciantes y productores contribuyeron a expandir la oferta de productos disponibles en Argentina, ello no autoriza a asociar la proliferación de marcas comerciales solo con prácticas "modernas" ni a generalizarlas para todos los espacios geográficos del país. En la zona rural mencionada ciertos periódicos incluían avisos enormes en la primera década del siglo XX de empresas como Gath y Chaves y A la Ciudad de Londres, a la vez que las marcas ocupaban, veinte años después, un lugar destacado en las estrategias de comercialización y en la definición de pautas de consumo. No obstante, para ese entonces aún era bastante usual la venta de productos con etiquetas privadas, las cuales no pretendían generar un nuevo nexo entre demanda y oferta ni tampoco eran objeto de campañas publicitarias (Lluch, 2013).

En el país el aumento de los salarios llevó incluso a los trabajadores a acceder con más frecuencia a productos como café, cacao, cerveza, jabón y cigarrillos, cuyo consumo se multiplicó al menos tres veces en el transcurso de la primera década del siglo XX. A su vez, la expansión del empleo femenino fue importante en el avance del consumo, ya sea que se considere su presencia en los sectores administrativo y educativo o en las fábricas y el servicio doméstico, estos últimos por cierto más significativos. Los rubros del vestido, la perfumería y el calzado estaban orientados a cautivar a ese público femenino, en una época en la que la relación entre productores y consumidores se modificaba a través del empleo intensivo de la publicidad. Como ha planteado Rocchi (2000, p. 52), la participación de diferentes sectores de la población en el consumo, con la jerarquización impuesta por la distribución del ingreso, fue también una característica de este período.

1.2. La economía argentina entre la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión

1.2.1. El impacto de la Primera Guerra Mundial

En principio, hay que señalar que la Gran Guerra tuvo un efecto ruinoso en la economía argentina, dando por tierra con el período de crecimiento anterior y abriendo la senda para los cambios importantes que sobrevendrían en las relaciones económicas internacionales. Como ha sugerido Eduardo Míguez (2008, p. 286), la crisis de la guerra se puede ver como "el anuncio de un punto final" (que llegó efectivamente en 1929-1930) antes que como una "mera inflexión" en el camino. En efecto, el retorno a la normalidad luego del conflicto bélico fue un errático espejismo. El inicio de la guerra en 1914 alteró el orden económico y financiero internacional y provocó un incremento en cuanto a la intervención del Estado en la economía, cuestión esta última que se mantendrá vigente por mucho tiempo, como se analizará en el próximo capítulo. En concreto, los efectos más inmediatos de la conflagración fueron los siguientes: la suspensión del patrón oro (con la consecuente alteración del mercado cambiario), la limitación de los movimientos internacionales de capitales (que luego comenzaran a depender de Estados Unidos), la retracción de las migraciones de personas y, como resultado de todo ello, la contracción del comercio internacional, que también se veía obstruido a raíz de las dificultades para navegar en ultramar.

Si bien el orden se restableció en el segundo lustro de la década del veinte, este se caracterizó por la elevada inestabilidad (a diferencia de la situación de preguerra) y la marcada tendencia deflacionista. Dicha tendencia se advertirá con mucha claridad en el rubro de productos agrícolas, problemática que afectará a países como la Argentina. El comienzo de la guerra volvió a colocar en un primer plano la estrecha dependencia de la economía argentina con la evolución de los mercados externos y la inversión extranjera, problemática que causaba convulsiones derivadas de situaciones no controlables y que impactaban fuertemente en el sector primario. La directa articulación de la producción argentina con el mercado mundial se aprecia en las siguientes cifras: de la producción agrícola local en el período 1911-1913, se exportaba el 82,4 por ciento de avena, el 81,8 por ciento de semillas de lino, el 77,1 por ciento del maíz y el 60,6 por ciento del trigo. La excesiva oferta de cereales a nivel internacional y la fuerte necesidad del transporte marítimo se combinaron con deficiencias de carácter local, como las precarias formas para movilizar las cosechas y la inadecuada infraestructura para el almacenamiento (que obligaba al productor a desprenderse rápidamente del cereal) y provocaron dificultades en los años venideros. En esa coyuntura, los efectos de la guerra se sumaron a aquellos derivados del desequilibrio estructural del agro. A pesar de que hacia 1917 el período depresivo había pasado, la economía agropecuaria local ingresó en un declive relativo del ritmo de crecimiento que finalizó con la crisis económica de la década del treinta (Barsky y Gelman, 2005, pp. 221-223).

Pero además, es necesario plantear el disímil accionar de Estados Unidos como país prestamista en comparación con la experiencia británica previa a la Gran Guerra. En este sentido, la estructura económica norteamericana no permitía que los deudores colocaran sus productos en Estados Unidos a fin de obtener los recursos indispensables para afrontar los pagos correspondientes, tema sobre el que volveremos más adelante. Esta situación potenció la dependencia de los países deudores respecto de los continuos flujos financieros norteamericanos. El frágil contexto económico de posguerra, signado por la volatilidad de los capitales y las elevadas tasas de interés, culminó con el *crack* de 1929 y la posterior depresión.

1.2.2. La situación política y la ley Sáenz Peña. Las presidencias radicales

El presidente José Figueroa Alcorta fue sucedido en el cargo en 1910 por Roque Sáenz Peña, un opositor al roquismo, que sería el principal

artífice de la ley electoral de 1912, más conocida como ley Sáenz Peña. Los cambios sucedidos entre 1880 y 1912 en la sociedad argentina, cuyo tamaño y complejidad eran notorios, contrastaban de modo significativo con el rígido orden político, del cual numerosos ciudadanos permanecían excluidos (las mujeres votarían recién en 1951). Esa situación llevó a ciertos miembros de la elite a pensar que la reforma era necesaria, por un lado, para crear un ciudadano menos sujeto a las presiones de las diferentes facciones, y por otro, para que los partidos políticos ganaran preeminencia sobre los grupos personalistas. La iniciativa política de Sáenz Peña coincidía en este punto con las que pregonaba la Unión Cívica Radical (UCR) en torno a la transparencia del sufragio. La ley electoral de 1912 estableció el voto universal masculino, secreto y obligatorio, como así también la representación de las minorías a partir del sistema de lista incompleta.

Los sectores conservadores no ocultaron sus preocupaciones ante el avance de la oposición. Ya evidentes en elecciones anteriores, los comicios de 1914 acentuaron una tendencia: el Partido Socialista y la UCR alcanzaron la mayoría y la minoría en Buenos Aires, la UCR y la Liga del Sur lo hicieron en Santa Fe, en tanto que la UCR obtuvo la mayoría en Entre Ríos y la minoría en Córdoba, Corrientes, Mendoza y Buenos Aires. En ese contexto se crearon agrupaciones nuevas, como por ejemplo la Liga del Sur y el Partido Demócrata Progresista (que pretendía reunir partes diseminadas del PAN). En la contienda electoral de 1916 se presentaron el Partido Demócrata Progresista, el Partido Socialista, los conservadores (cuyo candidato era Marcelino Ugarte) y la UCR. La que se impuso fue la fórmula de esta última fuerza política, integrada por Hipólito Yrigoyen y Pelagio Luna. El radicalismo triunfó en Capital Federal, Entre Ríos, Santiago del Estero, Córdoba, Tucumán y Mendoza, a la vez que alcanzó la minoría en Buenos Aires, San Juan, Corrientes, Catamarca, La Rioja, Santa y Jujuy. De ese modo, la UCR llegaba al gobierno después de ser oposición durante mucho tiempo, e Yrigoyen se convertía en el primer presidente elegido por el voto universal masculino.

Entre 1916 y 1930 se sucedieron gobiernos radicales: la primera presidencia de Yrigoyen culminó en 1922, cuando fue reemplazado por Marcelo Torcuato de Alvear, que gobernó hasta 1928 y le entregó otra vez el cargo a Yrigoyen. El segundo mandato del líder radical fue interrumpido el 6 de septiembre de 1930, fecha en la que ocurrió el primer golpe militar de la historia argentina, liderado en este caso por José F. Uriburu. El presidente Yrigoyen empleó métodos nuevos de conducción política a fin de influir en las clases medias y bajas urbanas, apelando en muchos casos al patronazgo político y a la utilización de los cargos

burocráticos y profesionales para ganar adeptos. Esta era una forma de relacionar al gobierno con los comités radicales y sus caudillos, pero tuvo como contracara la crítica de los sectores de oposición, entre ellos el socialismo, puesto que la excesiva creación de cargos impactó considerablemente en el gasto público. Pese a que con Yrigoyen emergió un estilo novedoso de intervención en los conflictos entre la patronal y los trabajadores (llegando en algunos casos a participar personalmente), cuando tuvo que reprimir al movimiento obrero lo hizo sin reservas, como por ejemplo en la Semana Trágica (1919) y las huelgas de la Patagonia (1921). La férrea oposición de los grupos conservadores, que controlaban la Cámara de Senadores y obstaculizaban los proyectos del Ejecutivo, como así también las presiones de los sectores empresarios y de la extrema derecha (nucleada en la Liga Patriótica Argentina), colocaron vallas en el accionar de los radicales en el gobierno. En lo que refiere a la orientación económica, cabe señalar que no se modificó el perfil agroexportador, a pesar de que la Gran Guerra colocó en evidencia, como indicamos, las debilidades que acarreaba la posición del país en el escenario económico internacional. Como advirtieron algunos autores, las débiles convicciones en materia económica de Yrigoyen y Alvear se debían a que ellos tuvieron que afrontar la completa tarea de navegar "entre dos mundos": por un lado, el del patrón oro y el *boom* agroexportador; por otro, el del despegue industrial (véase Gerchunoff y Aguirre, 2006, p. 48).

El gobierno de Alvear, a diferencia del anterior, se desarrolló en un momento de recuperación económica y de retracción del conflicto social. No obstante, los problemas se trasladaron al seno del radicalismo: el alejamiento entre Yrigoyen y Alvear se tradujo en el conflicto entre personalistas (yrigoyenistas) y antipersonalistas (alvearistas), cuyo desenlace fue la ruptura partidaria en 1924 y la creación de la UCR Antipersonalista. Si bien Alvear trató de colocar el gasto público bajo el control directo del Parlamento, para restarle así control partidario a Yrigoyen, los resultados no fueron los esperados. Lo que sí logró reducir fueron las intervenciones federales, que no solo habían sido el blanco de severas críticas de la oposición durante el mandato de su antecesor, sino además motivo de conflictos internos en la UCR. A pesar del contundente triunfo electoral de Yrigoyen en 1928, donde derrotó con claridad a los antipersonalistas, su gobierno fue endeble y no mostró una orientación definida, situación que se agravó con la feroz oposición que recibía desde los sectores políticos, el Ejército y los intelectuales de derecha. La crisis económica mundial, a su vez, impactó con crudeza y contribuyó a erosionar las bases de apoyo del mandatario, en especial por el aumento

de la inflación, la reducción del gasto público y el notorio crecimiento de la desocupación.

1.2.3. El final de un ciclo en el agro pampeano: los conflictos sociales y el desarrollo de la ganadería

La inestabilidad de la etapa que comenzó en 1914 se combinó con un proceso de gran importancia: la puesta en explotación de la región pampeana alcanzó los límites de su frontera productiva (para algunos autores incluso antes del inicio de la guerra). Para decirlo con otras palabras, la expansión horizontal de las tierras cultivables era cada vez menos relevante, a diferencia de lo acontecido en el período previo. Al mismo tiempo, la construcción de líneas férreas en dicha región, un rubro que desde fines del siglo XIX atrajo grandes volúmenes de capitales, se redujo notablemente. Mientras esto ocurría, la tierra destinada a la producción cerealera experimentaba una explotación más intensiva y la frontera agropecuaria se ampliaba hacia otras regiones, como se verá más adelante, entre ellas el nordeste y la Patagonia. Pero además, la Gran Guerra acentuó en el sector agropecuario una tendencia que ya era evidente: las tierras de pastoreo y la producción ganadera (cuyos precios eran elevados), especialmente vacuna, ganaron terreno ante la agricultura cerealera, sector este último en el que se posicionaron con éxito Canadá y Estados Unidos, ya que su escasa distancia con Europa facilitaba el tráfico marítimo. La situación del sector agropecuario argentino se hace manifiesta en las cifras. En 1914 los embarques de carne vacuna congelada eran de 330.000 toneladas y en 1918 alcanzaron las 500.000. Antes del conflicto bélico el sector ganadero aportaba algo más del 40 por ciento, mientras que entre 1918-1920 ascendió a casi el 50 por ciento. Por su parte, los cereales que habían rondado el 55 por ciento, retrocedieron cerca de diez puntos en su participación. El *stock* de vacunos en la región pampeana aumentó el 60 por ciento en el período 1914-1922, al tiempo que la alfalfa alcanzó su máximo histórico en cantidad de hectáreas sembradas (Regalsky, 2011, pp. 190-191).

Cuadro 3: Evolución de los precios de la ganadería en pesos (1913-1919)

Años	Novillos (por cabeza)	Vacas (por cabeza)	Terneros (por cabeza)	Ovinos (por cabeza)
1913	124,84	90,88	48,13	13,36
1914	134,43	97,50	48,97	15,59
1915	142,92	101,77	46,67	16,50
1916	153,23	111,04	48,26	16,35
1917	137,08	110,41	47,98	26,06
1918	154,38	117,13	55,39	24,60
1919	181,25	142,26	79,56	26,31

Fuente: elaborado a partir de Barsky y Gelman (2005, p. 237).

Como puede advertirse, la guerra afectó notablemente la producción de carnes, en particular por la demanda europea de carne congelada y enlatada. En un contexto en el que los fletes se habían encarecido mucho, la opción de comprarle a la Argentina era mejor que hacerlo con Australia (la otra gran proveedora) debido a la menor distancia entre esas naciones. Pero además, a nivel local el auge de la exportación cárnica originó una fiebre especulativa que se vio estimulada por la política crediticia: mientras que los créditos otorgados directamente a los ganaderos por el Banco de la Nación Argentina en 1912 se duplicaron en un breve período de tiempo, los créditos para los agricultores en ese mismo lapso descendieron de 78 a 49 millones de pesos. Esta situación llevó a que algunos sectores urbanos (profesionales y comerciantes) invirtieran en la ganadería a fin de obtener ganancias rápidas y elevadas (Barsky y Gelman, 2005, pp. 236-237).

Sin embargo, esta situación no se extendió *ad infinitum*, ya que al comenzar la década de 1920 los valores de los productos cárnicos bajaron y la ganadería retrocedió, a la vez que se recuperaba la actividad agrícola. A partir de este momento la marcada inestabilidad en los volúmenes y en los precios de las exportaciones se convertiría en un fenómeno singular del sector externo, que se sumaba así a las notorias oscilaciones de los términos de intercambio, cuyo deterioro era evidente si lo cotejamos con la situación previa a 1914. En algunas ocasiones la caída de los precios de los productos exportables (o también los fracasos productivos) se combinó con la oferta poco flexible de tierras (situación que elevó su valor y potenció la lucha redistributiva entre los actores rurales) para causar

profundos conflictos en el agro. Esto había ocurrido incluso antes de la Gran Guerra: la compleja realidad rural de la primera década del siglo XX culminó en 1912 con una huelga de arrendatarios, más conocida como el Grito de Alcorta, suceso que dio origen a la Federación Agraria Argentina (FAA). Pero estos conflictos se volvieron a reiterar entre fines de la década de 1910 y comienzos de la siguiente, a raíz de los cuales se sancionó una legislación específica que brindaba cierta protección a los arrendatarios. En este sentido, la ley 11170 (de 1921) reguló los arrendamientos agrícolas, estableció un plazo mínimo de cuatro años a los contratos de arrendamiento de unidades de hasta trescientas hectáreas, declaró nulas las cláusulas que obligaban a vender los productos, a asegurar los cultivos o cosechas y a utilizar maquinaria de empresas o personas determinadas. El objetivo esencial de esta normativa era garantizar la estabilidad de los arrendatarios y asegurar el uso pleno de las libertades capitalistas para llevar a cabo la producción, cuestiones que no siempre se cumplieron (Barsky y Gelman, 2005, p. 235).

En lo que respecta a la agricultura cerealera, se puede advertir que con el inicio de los años veinte volvió a encabezar las exportaciones, revirtiendo la tendencia previa: entre 1922-1924 alcanzó el 54 por ciento del valor total de las exportaciones, cifra que para 1927-1929 ascendió al 60 por ciento. Ello se reflejaba además en la superficie que ocupaba el cultivo de cereales, en detrimento de la alfalfa y ante la reducción relativa de los rodeos de vacunos y ovinos, muchos de estos últimos ubicados en zona patagónica. Pero en la ganadería vacuna también se dieron algunas modificaciones a tener en cuenta durante esos años. Al caer las exportaciones de bovinos congelados a comienzos de esa década, adquirirá preponderancia la carne enfriada (*chilled-beef*), que se vendía a muy buen precio en el mercado británico. Si bien los embarques de carne congelada sufrieron un descenso progresivo durante el decenio, la caída de su valor en relación al del *chilled* fue mucho más abrupta. Asimismo, la exportación de carne enfriada trajo aparejada otra modificación, ya que el producto se tenía que consumir más rápidamente que la carne congelada y, por ende, obligaba al abasto permanente de vacunos engordados a lo largo de todo el año. Ello, a su vez, llevó a la especialización. Los productores que tenían menos recursos y no podían arrendar campos de invernada se veían forzados a vender su ganado a los invernadores (para su terminación), o bien inclinarse por destinarlo a la exportación de carne congelada (obteniendo un precio menor) o al mercado interno. En cambio, los grandes estancieros que poseían buenos campos para invernada estaban en condiciones no solo de disponer permanentemente de

forrajes, sino además de combinar la cría (es decir, el inicio del proceso) con el engorde o de crear importantes cabañas de reproductores.

La diferencia entre criadores e invernadores (aliados con los frigoríficos) acarreó considerables pujas entre ellos por la distribución de las ganancias, las cuales tuvieron resonancia en el interior de la Sociedad Rural Argentina (SRA). Los frigoríficos, por su parte, llevaron adelante prácticas monopólicas: restringían artificialmente la exportación de *chilled* y congestionaban la oferta de novillos en el mercado de Liniers, logrando así abonar precios exiguos a los productores y alcanzar precios excelentes en el mercado inglés. Este accionar contribuía a empeorar la situación de los productores, que por cierto ya padecían el descenso de los precios a nivel internacional. Para mitigar esa realidad, el gobierno radical de Alvear decretó precios mínimos para la carne, pero tuvo que suspender su aplicación debido a la presión que ejercieron los frigoríficos. Diversos sectores coincidían en que las ganancias de estos últimos eran excesivas, motivo por el cual solicitaron la intervención del Estado casi todos los productores de la SRA (Barsky y Gelman, 2005, pp. 238-239).

1.2.4. Políticas económicas, inversiones extranjeras y relaciones triangulares

Hace poco menos de diez años, Pablo Gerchunoff y Horacio Aguirre (2006, p. 10) plantearon que entre 1918 y 1928 la economía argentina creció casi tan pujantemente como en la etapa del auge agroexportador. Para validar la afirmación examinaron, entre otras cosas, el rol de la política económica en esos años de profundas transformaciones en el escenario internacional. Durante la guerra una de las problemáticas más acuciantes que experimentó Yrigoyen fue el desabastecimiento de insumos, pero su gobierno jamás percibió que la industria sustitutiva podía ser una opción válida para resolver ese tema. A diferencia de él, Alvear al menos desde lo discursivo hizo referencia a la importancia de la industria como una forma de diversificar la producción mediante la transformación de las materias primas locales. No obstante, para ese presidente era tan (o más) urgente como eso el impulso de la producción agropecuaria, por ello promovió la colonización agrícola a partir de proyectos específicos y recontrató al inglés Guillermo Backhouse (quien trabajó para el Ministerio de Agricultura entre 1912-1917) para que retomara sus investigaciones sobre genética vegetal. La promoción de Alvear a la actividad industrial estaba muy alejada del proteccionismo, al tiempo que favorecía la inversión pública con el objeto de apuntalar a la producción agrícola (Gerchunoff y Aguirre, 2006, pp. 48-51).

El proceder en la esfera fiscal también le dio un carácter ambiguo a las políticas públicas implementadas por las administraciones radicales. La política arancelaria, por ejemplo, se regía por una ley de 1905 que fijaba los precios de referencia (o aforos) de los bienes importados. Sin embargo, el aumento de precios posterior a 1914 los desactualizó y, como resultado de ello, la recaudación aduanera sobre el valor real de las importaciones cayó: en 1913 era del 17,5 por ciento, mientras que en 1920 lo era de 7,5 por ciento. Fue justamente en ese último año cuando se propuso un primer reajuste, el cual fue completado en 1923 con otro del 60 por ciento. Fue finalmente en 1927-1928 cuando el porcentaje sobre el valor real de las importaciones volvió a los niveles previos a la Gran Guerra (Regalsky, 2011, p. 201).

Resulta bastante evidente que los gobiernos radicales no tuvieron una tendencia económica definida. Para decirlo parafraseando a Gerchunoff y Aguirre, ello se explica porque (aunque sus rasgos esenciales todavía predominaban) ya no resultaba tan diáfano el modelo agroexportador, pero también porque (si bien el esbozo ya existía) aún no era el momento de que se echara a andar el modelo que lo reemplazaría (2006, p. 69). En otras palabras, la economía que hasta 1914 había crecido *hacia afuera* todavía no estaba preparada para cerrarse sobre sí misma. A partir del conflicto bélico la economía argentina soportó alteraciones de magnitud, como vimos hasta aquí, pero la inversión directa europea y la radicación de empresas extranjeras mantuvieron una tendencia creciente hasta finales de la década de 1930, como sugieren algunos estudios recientes.

En relación con esto último, hay investigaciones que dan cuenta de que la fase de inversión europea iniciada a fines del siglo XIX no finalizó durante la Gran Guerra ni tampoco a raíz de los efectos de la crisis de 1930. Por el contrario, la evidencia indica que los cambios tecnológicos en el sector agrícola, el crecimiento de las actividades en el ámbito urbano y la diversificación de la economía local permitieron, en conjunto, que luego de la Primera Guerra Mundial se radicaran en el país nuevas empresas extranjeras, como así también que algunas de las ya existentes se reorganizaran con el objetivo de aprovechar las oportunidades que brindaba el mercado interno. Así, la radicación de las empresas europeas en la Argentina de entreguerras, un tema escasamente analizado para dicho período desde la historiografía, se caracterizó por la reorientación geográfica y sectorial de las inversiones. Si antes de la Gran Guerra las empresas extranjeras tuvieron como actividades principales las finanzas (bancos, seguros, compañías hipotecarias), el comercio de importación y exportación, la producción agropecuaria, la explotación de especies forestales, la manufactura de alimentos y bebidas, el transporte, los

servicios públicos y las actividades inmobiliarias; a partir de la primera posguerra ellas invirtieron en la comercialización de productos manufacturados y en la elaboración de bienes de consumo para el mercado interno. Asimismo, en la década de 1920 diversas empresas extranjeras se organizaron como sociedades anónimas domiciliadas en Argentina y se crearon algunos *joint-ventures*.[12] Estos cambios organizativos, a los que se denomina "argentinización" de empresas, se consolidaron en el decenio siguiente a causa de las ventajas que otorgaba (evitaban la imposición fiscal sobre las ganancias y la confiscación de sus activos externos en los países de origen, a la vez que competían con otras empresas por el mercado local), en un contexto caracterizado por la creciente restricción de las importaciones, el aumento de los controles del tipo de cambio y la creciente protección de la industria local (Lluch y Lanciotti, 2012, pp. 119-122 y 143-145).

El rol de Estados Unidos como inversor externo luego de la guerra sin duda veló la percepción de los procesos de continuidad y cambio indicados en el párrafo anterior. Sin embargo, ello no implica que se deba desatender el lugar ocupado por la inversión norteamericana, de vital importancia por cierto para explicar lo ocurrido en este período. Como indicamos previamente, la Gran Guerra favoreció el posicionamiento de Estados Unidos como principal potencia financiera a nivel internacional, en detrimento del lugar que había ocupado hasta entonces Gran Bretaña. En estos años fue cuando se originaron las complejas relaciones externas de Argentina con estas dos potencias anglosajonas. La potencia industrial estadounidense era en ese entonces la mayor del mundo y constituía además una de las principales fuentes de las inversiones en Argentina. El inconveniente era que Estados Unidos, a diferencia de lo que había sucedido con Gran Bretaña, estaba lejos de ser un comprador natural de los productos que exportaba Argentina, puesto que su producción no solo alcanzaba para el autoabastecimiento, sino que además colocaba una parte significativa de ella en el mercado externo. Por tal motivo, al que se añadía la tendencia proteccionista norteamericana, Gran Bretaña continuó siendo el mercado más importante para los productos argentinos de exportación, en tanto que Estados Unidos se posicionó como la fuente de importaciones más destacada. Según plantea Míguez, este último país solo absorbía el 9 por ciento de las exportaciones argentinas,

12 Por *joint-ventures* se entiende un acuerdo entre dos o más compañías para contribuir con recursos a un negocio común. Esos recursos pueden ser materia prima, capital, tecnología, conocimiento del mercado, ventas y canales de distribución, personal, financiamiento o productos. Los socios continúan operando sus negocios o empresas de manera independiente a la nueva empresa común, o *joint-ventures*.

mientras que en el caso de Gran Bretaña esa cifra ascendía al 25 por ciento. De ese modo, puede explicarse bien que el saldo comercial en la década de 1920 fuera favorable con Gran Bretaña en más de 500 millones de dólares, mientras que con Estados Unidos era muy desfavorable y superaba 1.000 millones de dólares. En lo que refiere a las cuentas de capitales la situación era inversa, ya que los ingresos provenían de Estados Unidos y las salidas de fondos se orientaban a Gran Bretaña (2008, pp. 319-320). En las postrimerías de esa década la relevancia de este último país como mercado de los productos argentinos se hacía cada vez más preponderante, tendencia que se acentuó más aún con la crisis de 1930, como se verá en el próximo capítulo.

1.2.5. El desarrollo industrial y los inicios de la sustitución de importaciones

Como ya mencionamos anteriormente, la política fiscal desplegada por el Estado en los últimos decenios del siglo XIX favoreció en gran medida el desarrollo de ciertas industrias locales. En palabras de Roy Hora (2010, pp. 224-225), desde 1880 el aumento de la demanda de productos elaborados permitió un salto cualitativo en las formas y la escala de la actividad manufacturera, la cual por primera vez adquirió carácter fabril: entonces aparecieron las plantas industriales de tamaño considerable, organizadas a partir de la división del trabajo y que aplicaban procesos de producción estandarizados. Según se ha estimado, en el período 1880-1914 el valor agregado por la producción de manufacturas creció casi quince veces, en tanto que entre 1880-1913 el incremento de la industria superó la tasa del 9 por ciento anual, promedio muy cercano al que alcanzó la agricultura (11 por ciento anual). Vale agregar, además, que si bien en diversas zonas se produjeron manufacturas para el mercado interno, más de dos tercios del capital que se invirtió en industria se hallaba localizado en Buenos Aires y sus inmediaciones por una serie de razones: era el mayor mercado de consumo, contaban con medios de movilidad (ferrocarril), allí se concentraban los trabajadores calificados y los empresarios accedían a los insumos importados a través del puerto. Pues bien, ahora nos interesa centrarnos en lo que sucedió con la industria luego de la Gran Guerra.

A los efectos de abordar de manera atinada esa problemática, optamos por hacer nuestro un interrogante formulado por Pablo Gerchunoff y Horacio Aguirre (2006, p. 8): "¿Hubo durante esos años un salto de calidad en el proceso de industrialización?". La pregunta por cierto no es nueva, ya que ha motivado una importante literatura que trató de

brindar respuestas sobre esa cuestión, la cual no podremos repasar en su extensión en esta apretada síntesis.[13] Solo diremos que las interpretaciones al respecto fueron desde las que sugerían un impulso de las actividades manufactureras cual prolongación de aquello que venía sucediendo antes del conflicto bélico (Díaz Alejandro, 1975), a las que descreían no solo del salto de calidad sino inclusive de la existencia entre fines del siglo XIX y la etapa posterior a 1918 de una verdadera industrialización, hipótesis más conocida por la famosa idea de la *demora* (Di Tella y Zymelman, 1967). Para brindar algunas respuestas al interrogante, nos centraremos en los planteos de Gerchunoff y Aguirre, quienes llaman al período 1918-1928 (coetáneo al de los gobiernos radicales) la "década del veinte desfasada" (2006, p. 10).

En línea con la tesis inicialmente defendida por Carlos Díaz Alejandro (1975), estos autores afirman que desde las postrimerías del siglo XIX y los inicios del XX la industria argentina se desarrollaba a ritmo acelerado como resultado del eslabonamiento hacia atrás de la producción exportadora. Pero además, señalan que el colapso comercial causado por la guerra y la crisis de posguerra extendieron las condiciones favorables para la producción manufacturera local. La industria se expandió de manera muy fuerte (incluso más que la ganadería) y ese crecimiento, a diferencia de lo sucedido hasta ese momento, se orientó a la producción de bienes que anteriormente se importaban. Por ese entonces, los precios de los productos industriales se elevaron mucho más que los de los productos agropecuarios, causando así el deterioro en los términos de intercambio, con el consecuente descenso en la capacidad de compra de bienes importados y la caída en la rentabilidad de quienes producían para exportar. Es por eso que los autores hacen allí alusión a "las dos caras de Jano": a la vez que descendían los términos de intercambio, los incentivos para producir manufacturas aumentaban notablemente; tenía lugar así un proceso de empobrecimiento e industrialización. Entre 1918-1923, aproximadamente, se dio esta situación, mientras que desde 1924 (y hasta 1928) el deterioro en los términos de intercambio comenzó a revertirse y la producción agropecuaria se logró recuperar. El primer período fue un *anticipo* de lo que vendría luego de 1930, la industrialización por sustitución de importaciones, el segundo período, en cambio, un *déjà-vu*, el retorno a la forma en que se había desarrollado el país hasta la Gran Guerra (Gerchunoff y Aguirre, 2006, pp. 23-24).

Los datos estadísticos existentes para la década de 1920 dan cuenta de un gran crecimiento industrial, del orden del 100 por ciento con

13 Para acceder a un estado de la cuestión completo sobre esta temática, se recomienda revisar los trabajos realizados por Gerchunoff y Aguirre (2006) y Regalsky (2010-2011).

relación a 1913. Su participación en el producto total, que entre 1911-1914 se estimaba en un 15,5 por ciento, alcanzó el 18,4 por ciento entre 1928-1930. Si bien el sector de alimentos, bebidas y tabacos era el más importante, la información que brinda el censo de 1935 sugiere que el dinamismo se acentuó en la industria textil algodonera y en la metalmecánica. Además, otros rubros se desarrollaron mediante la radicación de filiales de compañías extranjeras, algunas de origen europeo y la mayoría norteamericanas. Entre ellos se destacaban: farmacéutica, perfumería, química y de artículos eléctricos y metálicos. No obstante, las inversiones más considerables se localizaron en la industria frigorífica, en las plantas de armado de automóviles, en la fabricación de cemento Portland y en la extracción y destilación de petróleo. En lo que refiere a cemento y petróleo, a fines de los años veinte la producción nacional cubría el 50 por ciento de la demanda interna, siendo fundamental en el último producto la inauguración en 1925 de una destilería de la empresa estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales (Regalsky, 2011, pp. 199-201).

Las pesquisas realizadas en las décadas del sesenta y el setenta del siglo pasado, de las cuales las citadas más arriba forman solo una pequeña parte, constituyeron la base de los estudios que se llevaron a cabo después, entre los años ochenta y noventa, en los cuales se advierte una clara tendencia a modificar la percepción que se tenía respecto de la naturaleza de los actores y de las políticas estatales. En particular se avanzó mucho en lo que respecta a dos temáticas: la naturaleza y características de los empresarios, por un lado, y la política arancelaria (forjada al calor de las crisis económicas de las décadas de 1870 y 1890) con su incidencia en la esfera político-social, por otra.[14] En la actualidad, ese impulso no se interrumpió y los nuevos abordajes, de carácter bastante más micro, se concentraron en los estudios sobre las empresas, los empresarios y el consumo, todos ellos bien importantes para comprender la evolución industrial en la entreguerras, pero también para compararla con los decenios posteriores (Regalsky, 2010-2011, pp. 90-105).

1.2.6. Las economías del interior

Durante el *boom* agroexportador de fines del siglo XIX y comienzos del XX, la región pampeana había sido la más favorecida, pero no la única que experimentó un desarrollo económico significativo. Por su parte, las provincias de Mendoza y San Juan fueron testigos de la expansión y complejización de la producción vitivinícola, a la vez que en Tucumán

14 En relación con este último tema, véase Rocchi (1999).

ocurrió algo similar con la explotación de la caña de azúcar. Cabe señalar, que las agroindustrias en la etapa analizada en este capítulo estaban en el interior del país, entre ellas la industria molinera, la vitivinicultura y la azucarera.[15] Ello se puede ver con claridad en los censos de 1895 y 1914, ya que brindan información elocuente sobre la relevancia industrial de las regiones cuyana y norteña, sin duda las más importantes en términos de capital invertido y mano de obra ocupada. En orden de importancia le seguían también los frigoríficos y la industria molinera. La producción de vino y azúcar, en especial, eran alternativas regionales de desarrollo económico que usufructuaron por cierto el mercado interno y (protección mediante) lograron obtener una considerable porción del crecimiento económico y demográfico que propiciaba la pujante actividad agroexportadora.

La etapa comprendida entre las décadas de 1870 y 1890 representó para Mendoza una transformación a nivel agrario y productivo, que dio lugar a la decadencia del modelo de acumulación basado en una agricultura subordinada al engorde de ganado orientado a la exportación a Chile, así como también a la producción de cereales y harinas para ser intercambiados por ganado en algunas zonas de cría. La economía que se impondría de manera paulatina se caracterizó por la especialización vitivinícola, de base capitalista, orientada a la elaboración de vinos para atender la creciente demanda interna. Como han planteado especialistas en el tema, dicha transformación provocó cambios sustanciales en la región, entre ellos la creación de un gran oasis al sur de Mendoza y la progresiva desestructuración del espacio binacional (Argentina-Chile) con la especialización en la producción vitivinícola. Esta nueva economía, además de alterar el "ámbito regional", estuvo signada por el predominio del capital productivo respecto del mercantil, por la intervención del Estado como promotor de dicha actividad, el crecimiento demográfico a través del aporte inmigratorio, el desarrollo de los mercados de trabajo y de tierras y la creciente urbanización provincial. La expansión de la soberanía del Estado argentino y la integración económica del territorio nacional también incidieron en el proceso (véase Richard-Jorba, 1998).

Esta agroindustria modificó, desde luego, el paisaje del agro con los viñedos, bodegas y un cambio tecnológico muy significativo. Además, la vitivinicultura motorizó en gran medida la emergencia de nuevas actividades industriales, razón por la cual se planteó el desarrollo de un "brote" industrial a fines del siglo XIX que favoreció la emergencia, tanto en Mendoza como en San Juan, de industrias inducidas (como la

15 En lo que respecta a la industria molinera durante el período abordado en este capítulo, se pueden ver los trabajos de Martirén y Rayes (2016) y Martirén (2017).

metalúrgica) y derivadas (por ejemplo, la producción de alcohol) (Pérez Romagnoli, 2006).[16] En lo que respecta a los procesos de innovación, se realizaron investigaciones que dan cuenta de las iniciativas estatales en cuanto a formación de técnicos especializados (por ejemplo, enólogos) y de producción y difusión de conocimientos aplicables a la vitivinicultura. Esta cuestión ha sido estudiada a nivel de las instituciones estatales mendocinas y de sus vinculaciones con la burocracia técnica y los empresarios, así como también atendiendo a la contratación de técnicos foráneos y a la incidencia de los saberes de inmigrantes del viejo continente (especialmente franceses) en la producción vitivinícola (ver Rodríguez Vázquez, 2013; Rodríguez Vázquez y Barrio, 2013). Durante el período 1901-1903 el sector sufrió su primera gran crisis, razón por la cual en ese contexto el empresariado se intentó asociar a nivel gremial, temática sobre la que también existen valiosos aportes.[17]

La producción azucarera en Tucumán se remonta a la época colonial, pero sin embargo a fines del siglo XIX experimentó una importante transformación, proceso que lideraron inicialmente empresarios que integraban la burguesía regional y tenían sólidos vínculos políticos a nivel nacional. Desde esa posición, lograron negociar medidas ventajosas al efecto de colocar la producción de azúcar en el mercado de la región pampeana. Entre aproximadamente 1876 y 1895 tuvo lugar el llamado "despegue azucarero argentino" y en ese lapso Tucumán se conectó (a través del ferrocarril) con las principales ciudades, se erigió un régimen aduanero proteccionista para desestimular la importación de otros azúcares y se otorgaron exenciones impositivas para facilitar el acceso a maquinaria de importancia para el sector (Campi, 2000). La puesta en funcionamiento de decenas de ingenios en Tucumán en esas décadas permitió un notable aumento de la producción de azúcar. De este modo, la agroindustria azucarera tucumana, junto con la vitivinicultura cuyana, se posicionó como una de las industrias más pujantes del interior argentino. En lo que respecta al origen de la élite azucarera y al papel de los empresarios en el plano social y político existen interesantes análisis que permitirían conocer aspectos del tema que en estas páginas no podemos profundizar.[18] Si bien existían algunos aportes previos sobre el análisis de empresas azucareras, un estudio reciente se focaliza, y lo hace desde la denominada *business history*, en explorar el rol de las empresas como organizaciones y ofrece una interesante mirada de los empresarios en relación con sus firmas. Abordar las empresas "desde adentro" permite

16 Para ampliar sobre este tema, véase Pérez Romagnoli (2008 y 2010).
17 Consultar Barrio (2010).
18 Consultar, entre otros, Campi y Bravo (2000) y Herrera (2011).

demostrar no solo cómo permaneció la propiedad y el control dentro del núcleo original de socios, sino además el desenvolvimiento de empresas familiares tucumanas con unidades fabriles de mediana escala, característica esta última que compartieron muchas de las fábricas azucareras de Tucumán. Durante la etapa comprendida entre 1895 y 1930 esos empresarios azucareros presentaron una muy importante capacidad de adaptación y permanencia dentro del sector y mantuvieron, al menos hasta esa última década, la mayoría de los ingenios tucumanos bajo su control. A pesar de la heterogeneidad de las firmas, dicha agroindustria permaneció dominada por empresarios que integraban la burguesía azucarera tucumana (Moyano, 2015).

El cultivo e industrialización de la caña de azúcar, de acuerdo a los especialistas, tuvo dos epicentros: uno localizado en el área pedemontana tucumana y otro en el valle del río San Francisco, en Salta y Jujuy. Aunque también se desarrolló, por un breve período entre fines del siglo XIX y los albores del XX, en Santiago del Estero. Sin embargo, los epicentros presentaron importantes diferencias derivadas de la densidad demográfica y a su vez tuvieron ritmos de expansión disímiles. Ya al promediar el siglo XIX Tucumán contaba con una elevada densidad demográfica, con presencia de pequeñas y medianas propiedades y con una importante mercantilización de la producción agrícola y pecuaria de la región. En cambio, en las tierras bajas salto-jujeñas predominaba la gran hacienda, lo que se conjugaba con la escasa población de esa zona de frontera y con la producción campesina signada por actividades de subsistencia de las comunidades indígenas. A ello se añadían las diferencias étnicas y culturales de la población, ya que en Tucumán en su mayoría eran mestizos y criollos y en Salta y Jujuy indígenas de procedencia andina y chaqueña. La expansión de la agroindustria azucarera además fue dispar en ambos casos. Tucumán inició antes la modernización y especialización productiva, razón por la cual hacia 1890 ya funcionaban 35 ingenios en esa provincia, mientras que en Salta por ese entonces había uno y en Jujuy tres, todos similares a los tucumanos en cuanto a la tecnología utilizada. Pocos años después, en la segunda mitad de dicha década, el azúcar importado fue desalojado del mercado doméstico y Tucumán concentró marcadamente la producción nacional: para 1900 representaba el 85,5% del azúcar argentino, cifra que resulta elocuente. Desde luego, ello fue posible por el mayor potencial demográfico que tenía Tucumán, pero también por la temprana conexión ferroviaria con el Litoral y las características de la elite tucumana, tema que como ya indicamos ha sido trabajado con bastante profundidad (Campi, 2000).

Si bien no podemos abordar aquí estos procesos de la manera en que merecerían, sí conviene al menos mencionar brevemente lo que aconteció con estas y otras actividades productivas en el interior del país en la etapa de entreguerras. En particular, vale la pena destacar la importancia de los cultivos industriales: entre 1914-1929 la superficie que ocupaban se incrementó en un 80 por ciento (y los rendimientos lo harían aún más), con lo cual su participación en el valor de la producción agrícola nacional pasó del 25 al 35 por ciento (Regalsky, 2011, p. 197). La producción vitivinícola y la azucarera seguían siendo las más importantes, en el caso de la primera superando los ocho millones de hectolitros a fines de la década de 1920. En lo que respecta a la segunda, aunque Tucumán siguió teniendo una importancia central, adquirieron mayor participación los ingenios que se crearon en las provincias de Jujuy y Salta, con lo cual incrementaron su participación del 15 a 25 por ciento en el período 1920-1930. El empleo de tecnología en las diversas actividades productivas, la formación de técnicos especializados y la incorporación de variedades foráneas (como por ejemplo la de la caña de Java luego de 1914) resultaron esenciales para el impulso de estos cultivos industriales.

El algodón, por su parte, se expandió en el Chaco a partir de las tierras que eran liberadas mediante la explotación del quebracho colorado. El cultivo de algodón, en su mayoría destinado a la exportación, ascendió notablemente: el área sembrada en 1916 era de 3.000 hectáreas, cifra que pasó en 1917 a 11.775, en 1920 a 23.860 y en 1925 a 110.000 hectáreas. La cantidad de algodón bruto procesado era hacia 1914 de 2.600 toneladas, mientras que en 1925 alcanzó las 103.000 toneladas (Barsky y Gelman, 2005, p. 256). La explotación del algodón en Chaco y los sembradíos de yerba, té y tabaco en las provincias de Misiones y Corrientes, se constituyeron así en opciones válidas para que los inmigrantes (algunos incluso con experiencias previas en otras zonas del país) se trasladaran con sus familias en busca de tierras para cultivar. Pero no solo el norte argentino brindó opciones de este tipo, puesto que en esos años también emergió en el alto valle del Río Negro un área importante de producción frutícola. La utilización de las aguas de los ríos Limay y Neuquén fue posible a partir de la realización de obras de embalse e irrigación, fomentadas por el Estado nacional desde 1910 y concretadas una década después. La colonización se llevó a cabo a través de compañías privadas que instalaron numerosas familias de propietarios en las chacras. En 1929 el sistema de riego estaba ya casi finalizado, pero aún no habían sido puestas en producción todas las tierras. Entonces, la superficie irrigada alcanzaba las 53.044 hectáreas y estaba repartida en

1.690 unidades, con un promedio cada una de 31,4 hectáreas (Barsky y Gelman, 2005, pp. 258-259).

Lo que aconteció a nivel económico entre los años finales de la década de 1920 y los primeros de la siguiente tuvo una incidencia indudable en los cultivos industriales, razón por la cual el Estado impulsó políticas específicas cuya evolución impactó de manera significativa en los desarrollos regionales.

Bibliografía citada

Bandieri, S. (Coord.) (2001). *Cruzando la cordillera... La frontera argentino-chilena como espacio social: siglos XIX y XX*. Neuquén: CEHIR-UNCo.

Bandieri, S. (2005). La posibilidad operativa de la construcción histórica regional o cómo contribuir a una historia nacional más complejizada. En S. Fernández y G. Dalla Corte (Comps.) *Lugares para la historia: espacio, historia regional e historia local en los estudios comparados* (pp. 91-117). Rosario: UNR Editora.

Banzato, G. (2007). Introducción al dossier: Acceso y tenencia de la tierra en Argentina. Enfoques locales y regionales, siglos XVIII-XX. En *Mundo agrario. Revista de Estudios Rurales*, 7 (14), pp. 1-13.

Banzato, G. (Dir.) (2013). *Tierras Rurales. Políticas, transacciones y mercados en Argentina, 1780-1914*. Rosario: Prohistoria.

Barbero, M. I. y Rocchi, F. (2004). Cultura, sociedad, economía y nuevos sujetos de la Historia: empresas y consumidores. En B. Bragoni, *Microanálisis. Ensayos de historiografía argentina* (pp. 103-143). Buenos Aires: Prometeo.

Barbero, M. I. (2006). La historia de empresas en Argentina: trayectoria y temas en debate en las últimas dos décadas. En J. Gelman (Comp.) *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y perspectivas* (pp. 153-169). Buenos Aires: Prometeo.

Barrio, P. (2010). *Hacer vino. Empresarios vitivinícolas y Estado en Mendoza (1900-1912)*. Rosario: Prohistoria.

Barsky, O. y Djenderedjian, J. (2003). *Historia del capitalismo agrario pampeano, tomo I. La expansión ganadera hasta 1895*. Buenos Aires: Siglo XXI-UB.

Barsky, O. y Gelman, J. (2005). *Historia del agro argentino. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires: Sudamericana.

Blanco, G. y Banzato, G. (2009). *La cuestión de la tierra pública en Argentina. A 90 años de la obra de Miguel Ángel Cárcano*. Rosario: Prohistoria.

Campi, D. (2000). Economía y sociedad en las provincias del norte. En M. Z. Lobato (Dir.) *Nueva Historia Argentina. Tomo 5. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)* (pp. 71-118). Buenos Aires: Sudamericana.

Campi, D. y Bravo, M. C. (2000). Élite y sistema de poder en Tucumán a fines del siglo XIX. Una aproximación al problema. En *Secuencia*, 47, pp. 75-104.

Caravaca, J. (2011). *¿Liberalismo o intervencionismo? Debates sobre el rol del Estado en la economía argentina. 1870-1935*. Buenos Aires: Sudamericana.

Cortés Conde, R. (1979). *El progreso argentino*. Buenos Aires: Sudamericana.

Daireaux, G. (2005). *Las dos patrias*. Buenos Aires: Librería Histórica.

Devoto, F. (2003). *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.

Díaz Alejandro, C. (1975). *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Buenos Aires: Amorrortu.

Di Tella, G. y Zymelman, M. (1967). *Las etapas del desarrollo económico argentino*. Buenos Aires: Eudeba.

Djenderedjian, J. (2008a). *Historia del capitalismo agrario pampeano, tomo IV. La agricultura pampeana en la primera mitad del siglo XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI-UB.

Djenderedjian, J. (2008b). *Gringos en las pampas. Inmigrantes y colonos en el campo argentino*. Buenos Aires: Sudamericana.

Djenderedjian, J. (2008c). La colonización agrícola en Argentina, 1850-1900: problemas y desafíos de un complejo proceso de cambio productivo en Santa Fe y Entre Ríos. En *América Latina en la Historia Económica*, 30, pp. 129-157.

Djenderedjian, J. (2011). El proceso económico. En R. Fradkin y J. C. Garavaglia (Coords.) *Argentina. La construcción nacional. Tomo 2, 1830-1880* (pp. 125-176). Lima: MAPFRE-Taurus.

Djenderedjian, J., Bearzotti, S. y Martirén, J. L. (2010). *Historia del capitalismo agrario pampeano, tomo VI. Expansión agrícola y colonización en la segunda mitad del siglo XIX*. Buenos Aires: Teseo-UB.

Gerchunoff, P. y Llach, L. (1998). *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*. Buenos Aires: Emecé.

Gerchunoff, P. y Aguirre, H. (2006). *La economía argentina entre la gran guerra y la gran depresión*. Buenos Aires: CEPAL.

Gerchunoff, P., Rocchi, F. y Rossi, G. (2008). *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas, 1870-1905*. Buenos Aires: Edhasa.

Halperin Donghi, T. (2005). *Una nación para el desierto argentino*. Buenos Aires: Prometeo.

Herrera, C. (2011). Estrategias de inversión y prácticas de transmisión patrimonial en el siglo XIX. Los Frías, una familia de la élite tucumana (Argentina). En *América Latina en la Historia Económica*, 36, pp. 93-122.

Hora, R. (2010). *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lluch, A. (2006). El mundo del fiado. Crédito, comerciantes y productores rurales (1897-1930). En *Anuario IEHS*, 20, pp. 409-439.

Lluch, A. (2013). *Marca registrada…* Reflexiones sobre el uso de las marcas comerciales, el consumo y la comercialización de bienes en el mundo rural argentino (1900-1930). En *Mundo Agrario*, 13 (26), junio. En línea: http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/

Lluch, A. y Lanciotti, N. (2012). Las empresas europeas en Argentina: condicionantes, destinos de inversión y cambios organizativos entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. En *Desarrollo Económico*, 52, pp. 119-146.

Martirén, J. L. (2016). *La transformación farmer. Colonización agrícola y crecimiento económico en la provincia de Santa Fe durante la segunda mitad del siglo XIX*. Buenos Aires: Prometeo.

Martirén, J. L. (2017). La industria harinera pampeana durante la gran expansión agraria, 1880-1914. Avances historiográficos y agenda pendiente. En S. Bandieri y S. Fernández (Coords.) *La historia argentina en perspectiva local y regional. Nuevas miradas para viejos problemas* (pp. 351-379), Tomo 3. Buenos Aires: Teseo.

Martirén, J. L. y Rayes, A. (2016). La industria argentina de harina de trigo en el cambio de siglo. Límites y alcances, 1880-1914. En *H-industri@*, 18 (10), pp. 1-27.

Míguez, E. J. (2008). *Historia Económica de la Argentina. De la Conquista a la crisis de 1930*. Buenos Aires: Sudamericana.

Moyano, D. (2015). *Desde la empresa. Firmas familiares y estructura empresarial en la industria azucarera tucumana, 1895-1930*. Buenos Aires: Prometeo.

Pérez Romagnoli, E. (2006). Las industrias inducidas y derivadas de la vitivinicultura moderna en Mendoza y San Juan (1885-1914). En R. Richard-Jorba y otros *La región vitivinícola argentina. Transformaciones del territorio, la economía y la sociedad (1870-1914)* (pp. 133-180). Buenos Aires: Bernal.

Pérez Romagnoli, E. (2008). *Los guardianes de Baco. Artesanos toneleros e industrias de recipientes de vino en Mendoza y San Juan, Argentina (1885-1930)*. Rosario: Prohistoria.

Pérez Romagnoli, E. (2010). *Más allá del vino. Industrias derivadas de la vitivinicultura moderna en Mendoza y San Juan. Dinámicas de una región en formación (1885-1930)*. Rosario: Prohistoria.

Priamo, L. (2005). *Memorias de la Pampa Gringa. Recuerdos de Primo Rivolta, Luis Bellini y Camila Cugino de Priamo*. Buenos Aires: Bernal.

Rayes, A. (2014). Sobreviviendo en el cambio. Las exportaciones argentinas de lanas y cueros en tiempos de cereales y frigoríficos, 1890-1913. En *Quinto Sol. Revista de historia*, 18, pp. 67-88.

Regalsky, A. (2010-2011). Los comienzos de la industrialización en la Argentina, 1880-1930. Una aproximación historiográfica. En *Anuario digital*, 2, pp. 75-106.

Regalsky, A. (2011). El proceso económico. En E. J. Míguez (Coord.) *Argentina. La apertura al mundo. Tomo 3, 1880-1930* (pp. 151-206). Lima: MAPFRE-Taurus.

Richard-Jorba, R. (1998). *Poder, economía y espacio en Mendoza (1850-1900): del comercio ganadero a la agroindustria vitivinícola*. Mendoza: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo.

Richard-Jorba, R. y otros (2006). *La región vitivinícola argentina. Transformaciones del territorio, la economía y la sociedad (1870-1914)*. Buenos Aires: Bernal.

Rocchi, F. (1999). El imperio del pragmatismo: intereses, ideas e imágenes en la política industrial del orden conservador. En *Anuario IEHS*, 14, pp. 99-129.

Rocchi, F. (2000). El péndulo de la riqueza: la economía argentina en el período 1880-1916. En M. Z. Lobato (Dir.) *Nueva Historia Argentina. Tomo 5. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)* (pp. 15-69). Buenos Aires: Sudamericana.

Rodríguez Vázquez, F. (2013). *Educación y vitivinicultura. Formación de recursos humanos y generación de conocimientos técnicos en Mendoza (1890-1920)*. Rosario: Prohistoria.

Rodríguez Vázquez, F. y Barrio, P. (2013). De Bourdeaux a Mendoza: la influencia francesa en la vitivinicultura moderna (1904-1918). En A. de Arce y G. Mateo (Comps.) *Migraciones e identidades en el mundo rural* (pp. 269-297). Buenos Aires: Imago Mundi.

Sabato, H. (1989). *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires. La fiebre del lanar, 1850-1890*. Buenos Aires: Sudamericana.

Sesto, C. (2005). *Historia del capitalismo agrario pampeano, tomo II. La vanguardia ganadera bonaerense, 1856-1900*. Buenos Aires: Siglo XXI-UB.

Bibliografía sugerida

Cortés Conde, R. (1997). *La economía argentina en el largo plazo (siglos XIX y XX)*. Buenos Aires: Sudamericana.

Frid, C. y Lanciotti, N. (Coords.) (2012). *De la expansión agraria al desarrollo industrial: la economía de Santa Fe entre 1850 y 1970*. Rosario: Prohistoria.

Gallo, E. (2004). *La pampa gringa. La colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*. Buenos Aires: Edhasa.

Gelman, J. (Comp.) (2006). *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y perspectivas*. Buenos Aires: Prometeo.

Girbal-Blacha, N. (1980). *Los centros agrícolas en la provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires: FECIC.

Girbal-Blacha, N. (1982). *Historia de la agricultura argentina a fines del siglo XIX (1890-1900)*. Buenos Aires: FECIC.

Regalsky, A. (1986). *Las inversiones extranjeras en la Argentina (1860-1914)*. Buenos Aires: CEAL.

CAPÍTULO 2

La economía argentina entre 1930 y 1943: efectos de la crisis y avance del Estado

Leonardo Ledesma

Introducción

Cuando en la tarde del 28 de octubre de 1930 el dirigente radical Remigio Lupo escribía una carta a Marcelo T. de Alvear cuyo destino era París, comenzaba diciendo: "La situación política y económica del país continúa confusa, grave [...] nadie sabe adónde va ni adónde lo llevarán los acontecimientos" (Carta de Remigio Lupo a Marcelo T. de Alvear, 28 de octubre de 1930. En Botana, Gallo y Fernández, 1997, p. 95). Y esta sensación de desasosiego era un tanto generalizada por aquellos días. Hacía poco más de un mes que el presidente Hipólito Yrigoyen había sido derrocado por lo que sería el primer golpe de Estado en Argentina. Pero también, en el último año se habían vivenciado un sinnúmero de dificultades dada la penosa situación económica en la que se encontraba el país. La desocupación comenzaba a alcanzar cifras un tanto alarmantes y la situación en las zonas rurales no era mucho más alentadora. Parecía tenderse un oscuro manto de sospecha sobre la política y la economía argentina.

Los años treinta constituyen una de esas décadas que signaron a la Historia de la humanidad por la desesperanza que parecía no encontrar solución. Después de la agonía de la Primera Guerra Mundial, los años veinte habían traído algo de tranquilidad y bonanza pero que terminó bien pronto junto a la década. El mundo se encaminaba hacia otra catástrofe y estaba siendo vivida como tal. Particularmente en América Latina y en Argentina, la crisis de 1929 y la depresión que comenzó desde entonces estuvieron asociadas a un acuciante problema del sector externo pero que tenía su correlato interno. Países que habían emergido al mundo a través de la especialización en la producción de bienes primarios se encontraban ahora dependientes de un maltrecho contexto internacional. Las ventas habían disminuido junto con los precios de los bienes exportables y el precio de las importaciones, aunque se había reducido, no lo había hecho a un ritmo tan acelerado como los primeros. A ello

se sumaba una retracción en las inversiones extranjeras que planteaban en el horizonte cercano una posible crisis en la Balanza de Pagos. Si este contexto no se consideraba crítico, pues entonces la palabra crisis pierde un tanto su significado.

Y esta concepción de malestar fue sin dudas la que tuvieron los gobiernos argentinos sobre el período, a juzgar por la batería de medidas por las que se buscó una salida al negativo panorama. Poco a poco comenzó a virar el pensamiento económico hacia posiciones menos ortodoxas aunque todavía subsistían reservas respecto a soluciones demasiado osadas. Considerando ese contexto, en este capítulo se propone desandar algunas de las propuestas que los gobiernos argentinos aplicaron frente a la crisis. Para ello, se consideran en primer lugar las dimensiones de una crisis que era económica pero que también tenía su arista política. Luego, se plantea el impacto de la crisis en la economía nacional y se examinan las medidas aplicadas en el corto y mediano plazo. Se toman en cuenta las políticas monetarias y fiscales y se subrayan los ámbitos de intervención estatal. Se delimitan algunos aspectos que estuvieron involucrados en el cambio de orientación en las funciones estatales. Como parte de esas medidas se destaca también la creación del Banco Central de la República Argentina.

Los años treinta constituyen un período sobre el que recae un fuerte debate. Sea respecto al papel del Estado en la economía o respecto a los modelos de crecimiento y de desarrollo. Por tanto, a la luz de las discusiones historiográficas, la industria y las actividades agropecuarias también son motivo de un particular abordaje. Se enmarcan los acuerdos comerciales bilaterales –con un énfasis especial en el Pacto Roca-Runciman– y se propone un abordaje respecto al cambio de concepción por el que se transitará en los años treinta respecto al rol de la industria como fuente de crecimiento económico. El capítulo se cierra con un apartado en el que se sintetizan los principales argumentos esbozados.

2.1. El mundo entra en crisis: Estados Unidos y la depresión mundial

Mucho se ha citado en la Historia económica mundial la percepción del vicepresidente norteamericano Coolidge, apenas unos meses antes del derrumbe de la economía mundial.[1] Sin embargo, desde 1929 Estados Unidos y el mundo se sumergirían en una crisis económica sin

1 En efecto, en su último mensaje al Congreso en 1928, Coolidge aventuraba: "el país puede contemplar el presente con satisfacción y el futuro con optimismo" (citado en Paul Johnson, 1988, p. 235).

precedentes en la historia del capitalismo moderno. Si bien habían existido crisis propias de la dinámica del sistema –como la que tuvo lugar en 1873 y a la que paradójicamente los contemporáneos de habla inglesa denominaron *Great Depression*– la inaugurada en 1929 parecía no encontrar salida hasta los años finales de la década de 1930.

La crisis tuvo una dimensión financiera asociada con el quiebre de la bolsa de Wall Street en New York en octubre de 1929. Pero algunas señales anteriores indicaban que en el terreno de la economía, no todo andaba bien. Los indicadores disponibles marcaban una caída en la actividad productiva, afectada por una demanda en declinación, stocks abundantes y crédito caro. Sin embargo, para algunos investigadores las políticas monetarias –en particular respecto a las tasas de interés– explican el freno económico. En primer lugar, desde 1927 se venían registrando importantes aumentos en el precio de las acciones que habrían desencadenado un proceso especulativo que se vio favorecido, al tiempo, por la posibilidad de acceder a créditos baratos. Como lo retrataría el actor estadounidense Groucho Marx (Julius Henry Marx), al optimismo en los negocios y en las ganancias que deparaba la bolsa, un día terminó sin más:

> Pronto un negocio mucho más atractivo que el teatral atrajo mi atención y la de mi país. Era un asuntillo llamado mercado de valores (...) si uno compraba ochenta mil dólares de acciones, sólo tenía que pagar en efectivo veinte mil. El resto se le dejaba a deber al agente (...) El mercado siguió subiendo y subiendo y lo más sorprendente del mercado, en 1929, era que nadie vendía una sola acción. La gente compraba sin cesar (...) El fontanero, el carnicero, el panadero, el hombre del hielo, todos anhelantes de hacerse ricos, arrojaban sus mezquinos salarios –y en muchos casos, sus ahorros de toda la vida– en Wall Street. Un día concreto, el mercado empezó a vacilar. Unos cuantos de los clientes más nerviosos fueron presas del pánico y empezaron a descargarse (...) Al principio las ventas se hacían ordenadamente, pero pronto el pánico echó a un lado el buen juicio y todos empezaron a lanzar al ruedo sus valores. Luego el pánico alcanzó a los agentes de Bolsa (…) y los agentes empezaron a vender acciones a cualquier precio (...) un martes espectacular, Wall Street tiró la toalla y se derrumbó. Eso de la toalla es una frase adecuada, porque para entonces todo el país estaba llorando. El día del hundimiento final, mi amigo, Max Gordon me telefoneó desde Nueva York. Todo lo que dijo fue: ¡Marx, la broma ha terminado! (Marx, 1980, p. 177).

Más allá de lo impresionista que pueda resultar el relato de Groucho Marx, lo cierto es que la bolsa como fuente de negocios constituyó toda una apuesta de inversión en aquellos días newyorkinos. El mayor

inconveniente devino cuando la especulación fue la base sobre la que se estructuró el negocio bursátil. Como una respuesta a esa especulación, la Reserva Federal aumentó la tasa de descuento[2]; una decisión que trascendió las fronteras norteamericanas en tanto contribuía a disminuir la corriente de créditos hacia el exterior, atrayendo, al tiempo, capitales especulativos hacia la propia economía estadounidense. Como consecuencia de la aplicación de estas medidas, el flujo de capital norteamericano hacia el exterior cayó de 1.337 millones de dólares en 1927 a 1.251 en 1928 y a 671 en 1929 (Kindleberger, 1985). La interrupción de los préstamos afectó de manera severa a varios países deudores en Europa y en América Latina y dentro de ésta, golpeó con dureza a la economía argentina. Pero no fue todo.

El crack de Wall Street desencadenó una crisis de confianza en el conjunto del sistema que posteriormente fue entendida como "pánico de la liquidez" y la reducción de gastos se extendió rápidamente a todos los sectores de la economía afectando a los niveles de producción y a los precios. Las disminuciones de precios generaron quiebras, retiro de depósitos en los bancos y mayores restricciones al consumo. Y como un efecto dominó, el descenso del consumo impactó negativamente sobre las decisiones de inversión agravándose aún más la situación de crisis.

El retroceso de la actividad económica norteamericana produjo además graves consecuencias internacionales pues, como un intento de salvaguardar a la economía interna, las autoridades del gobierno de Estados Unidos redujeron la oferta de préstamos al extranjero y aplicaron políticas comerciales restrictivas[3] que tuvieron como efecto una rápida disminución de las importaciones –fundamentalmente de materias primas– contribuyendo a un derrumbe en los precios internacionales. No obstante las medidas paliativas, el producto nacional norteamericano cayó cerca de un 30% y el desempleo pasó de 5 a 23% (Gerchunoff y Llach, 1998, p. 111). La miseria, las enormes filas de desocupados buscando empleo y hasta la emergencia de precarias casillas llegaron hasta el corazón mismo de New York, en el *Central Park*. Una sociedad que venía de disfrutar los "dorados años veinte" no podía menos que sorprenderse

2 La tasa de descuento constituye un mecanismo empleado para determinar el valor en moneda actual del dinero pagado o recibido en un futuro. Por ejemplo, a un pago anual de $100 y con una tasa de descuento del 10%, el valor actual del pago sería de $90.

3 Uno de los ejemplos más emblemáticos fue la promulgación en junio de 1930 del arancel Smoot-Hawley que elevaba las tarifas proteccionistas de los Estados Unidos a niveles nunca antes vistos. Esta política conllevó a que otros Estados aplicaran represalias que trajeron aparejadas una mayor depresión comercial. Para una profundización sobre este tema, véase Zamagni (2016).

frente a ese panorama ensordecedor. Y sin embargo, pese a la gravedad, parecía no encontrarse una salida.[4]

La crisis movilizó una cadena de acontecimientos donde los países más afectados fueron los exportadores de materias primas. Como consecuencia de la retracción comercial, la mayoría de los países latinoamericanos abandonaron el patrón oro. Las deudas atrasadas llevaron a la restricción de nuevos créditos –y a la demanda del pago de las deudas contraídas– y a una contracción monetaria. El conjunto del sistema financiero quedó sometido a una severa presión. A la disminución de los precios de las materias primas también siguió una disminución del precio de las importaciones pero, éstas últimas lo hicieron a un ritmo menor y en menor intensidad. De acuerdo con Bulmer Thomas (1997), entre 1928 y 1932 el valor unitario de las exportaciones latinoamericanas cayó en más del 50% (1997, p. 12). La Argentina, comenzó a sufrir así los embates de un mundo que parecía hacer tambalear todas las estructuras sobre las que se apoyaba la sociedad hasta entonces conocida.

2.2. La sociedad argentina en crisis I: golpe de Estado y las consecuencias políticas

Cuando se desencadenaron los hechos en Estados Unidos, la sociedad argentina atravesaba algunos tiempos de turbulencia vinculados fundamentalmente a cuestiones internas. En una carta enviada el 30 de junio de 1929, Luis Etchevehere –quien sería gobernador de Entre Ríos por el partido radical entre 1931 y 1935–, exponía a Marcelo T. de Alvear, quien se encontraba en París en ese momento:

> Creo que, moralmente, el gobierno del Dr. Yrigoyen ha terminado y que la única cuestión a este respecto es la de descubrir la forma menos violenta de que termine materialmente. Creo que sus propios amigos de él piensan lo mismo, bien que discrepan –según se afirma con verosimilitud– sobre quién ha de sucederle. La cosa le parecerá extraña, pero mirándola bien, no deja de ser lógica (…) Todo esto unido a un malestar económico

4 Tanto la crisis y sus consecuencias fueron motivo de discusiones profundas –entre los contemporáneos y entre los investigadores *ex post*– así como los factores que explican las causas. Mientras que para unos se trataba de la conjunción entre una crisis cíclica y otra estructural (Varga, 1973) o de la incompatibilidad entre los modos de acumulación y de regulación en un capitalismo de tipo monopólico (Aglietta, 1978), para otros era una consecuencia de las trabas a la libre competencia (Robins, 1934), o por el contrario, la falta misma de un mayor intervencionismo (Keynes, 1936). Otros en cambio, sostuvieron la responsabilidad de políticas ineptas de la Reserva Federal respecto a las políticas monetarias (Friedman y Schwartz, 1963), la negativa norteamericana para desempeñar el rol de líder hegemónico mundial luego de la Primera Guerra Mundial (Kindleberger, 1985) y hasta las consecuencias debidas a las políticas que tendieron a aferrar a los países al patrón oro (Temin, 1995). Para una síntesis sobre los debates, véase Aldcroft (2003).

> bastante intenso, promueve una reacción popular demasiado rápida y movida para no provocar preocupaciones. Manifiestamente la opinión pública busca al hombre para la tarea y mucho me temo que a seguir así las cosas, concluya por prenderse mal (Carta de Luis L. Etchevehere a Marcelo T. de Alvear, 30 de julio de 1929. En Botana, Gallo y Fernández, 1997, p. 14).

Esta misiva, un tanto profética, reflejaba el panorama político y económico de la Argentina cuando se cerraba la década del veinte. Los conflictos allí mencionados desembocarían en el primer golpe de Estado de la historia argentina. Es que a una imagen un tanto desgastada de Hipólito Yrigoyen –erosión que provenía incluso desde las mismas filas del radicalismo como se explicita en la concepción del mismo Etchevehere– se agregaban cuestionamientos desde distintos espectros del mundo político y militar. Por una parte, a la oposición de los socialistas independientes y de los demócratas progresistas se agregaban las de los socialistas y comunistas. Este descontento replicaba en las universidades y en los periódicos cuyas críticas fueron haciéndose cada vez más recurrentes. Además, el clima político internacional estaba de por sí enrarecido y no terminaban de resultar incómodos los gobiernos antidemocráticos. Así como Leopoldo Lugones hacía su llamamiento a la "hora de la espada", en Europa, por doquier grupos nacionalistas no sólo aceptaban sino que reclamaban regímenes que aunque poco democráticos propusieran una reivindicación para aquellos países que, según consideraban, habían recibido un trato injusto tras la Primera Guerra Mundial.[5]

La idea de poner fin al gobierno democrático del presidente Yrigoyen y que circulaba entre la ciudadanía encontró recepción en el Ejército; una institución descontenta con el tratamiento que Yrigoyen había proporcionado al gasto en material bélico que había caído de 42 a 16 millones de pesos entre 1928 y 1929 (Gerchunoff y Llach, 1998, p. 108). Pero las posturas al interior de las fuerzas armadas –e incluso del Ejército– no eran homogéneas. La admiración del general José Félix Uriburu por líderes militares de corte antidemocráticos como Primo de Rivera en España y Benito Mussolini en Italia contrastaba con la posición un tanto más alejada del fascismo –pero tampoco democrática– del general Agustín Pedro Justo. A inicios de 1930, Uriburu comenzó una serie de conspiraciones que culminarían en septiembre con el golpe de Estado. Para entonces, como ya lo vislumbraba Etchevehere, por antipatías políticas y porque ya comenzaban a hacerse sentir los efectos de la crisis, el golpe no

5 Sobre este tema, ver Evans (2005), Fritzsche (2006), Weitz (2009), Paxton y Flórez (2005), Gentile (2004) y Sternhell (1994).

encontró mayores resistencias entre la sociedad civil; hecho que terminó por conformar un golpe de carácter cívico-militar. En efecto, la columna revolucionaria se integró con grupos civiles mal armados, convocados por los partidos opositores y algunos diarios como Crítica, acompañados por adolescentes del Colegio Militar y una escasa tropa de línea; tanto Uriburu como Justo eran ya militares retirados (De Privitellio, 2001, p. 99). No obstante, la Argentina no fue una excepción en este movimiento donde la política viraba hacia un costado antidemocrático. En América Latina pudieron contarse al menos 17 golpes de Estado entre 1929 y 1933 (Gerchunoff y Llach, 1998, p. 108).

Una vez en el poder, existieron desavenencias entre los jefes del Ejército. Si Justo se orientaba hacia una legalidad sin Yrigoyen, Uriburu y sus seguidores anhelaban una reforma sistémica más estructural: reemplazar el sistema de partidos por uno de tipo corporativista, similar al que Mussolini había implantado en Italia. Pronto estos desacuerdos se conjugaron con el retiro del apoyo por parte del radicalismo antipersonalista. El triunfo radical de 1931 en Buenos Aires y la oposición con el Partido Demócrata Progresista demostró al gobierno anticonstitucional de Uriburu que el clima político distaba mucho de ser afín. Así, se produjo el llamado a elecciones que contó con la abstención radical dada la impugnación a la candidatura de Marcelo T. de Alvear. Sin el radicalismo, la fórmula de Justo (aliado de los conservadores) no tuvo competidores de fuste y derrotó a la fórmula Lisandro de la Torre-Nicolás Repetto (*Alianza Civil* conformada por demoprogresistas y socialistas) en unas elecciones por lo demás cuestionables. Con la presidencia de Justo (1932-1938) se inauguraba dentro de la historia política argentina el período de la *Restauración Conservadora*. En términos prácticos, el concepto viene a significar un retorno a las políticas y a los estilos políticos imperantes en la historia nacional con anterioridad a 1912. Por entonces, las elecciones y la participación política se desenvolvían en un oscuro entramado atravesado por las restricciones a las libertades civiles y el fraude electoral; prácticas que constituyeron toda una característica en la década de 1930 en Argentina. A propósito de las elecciones de noviembre de 1931, el periódico socialista *La Vanguardia* reportaba:

> En su afán de 'superarse' y 'robar' la elección, (los presidentes de mesa) sumaron en algunos casos todos los sobres enviados por la Junta Electoral, poniendo dentro otras tantas boletas oficiales. Ha sido tanta la torpeza de los presidentes sin escrúpulos que luego de meter 300 votos en la urna, recién leyeron que en la mesa sólo votaban 260 o 280 (*La Vanguardia*, 1931, p. 1)

Como antaño, el fraude abarcaba diversas modalidades que iban desde el secuestro de libretas, el uso de las libretas de personas ya fallecidas, la falsificación de las actas electorales –como mencionaba *La Vanguardia*– o incluso las amenazas a los votantes en el lugar de la mesa. Pese a estas prácticas, ni la Constitución liberal ni la Ley Sáez Peña fueron suprimidas.

No cabe duda de los réditos que esta práctica confirió a Justo, primero y a los grupos conservadores, después. No obstante, si en algún aspecto el clima político de entonces se distanció de las viejas prácticas fraudulentas fue en su denominación pues ahora el fraude era concebido como "patriótico"; adjetivo que intentaba demarcar que solo un grupo era el más apto para gobernar y que por tanto, cualquier práctica o vicio en los comicios redundaba en un beneficio general para el país. Las prácticas políticas y la crisis que azotaba a la Argentina ya para 1932 hicieron que los contemporáneos vivenciaran esos años como un tiempo desordenado y en el que las expectativas parecían no tener cabida dentro de las formas de existencia material. En 1934, Enrique Santos Discépolo plasmó esta sensación en un tango que denunciaba los males de la sociedad argentina y en el que se consideraba al siglo XX como al siglo "cambalache".

En el plano económico, la administración de Justo procurará capear la crisis económica empleando políticas que evidenciaban un verdadero desapego de la ortodoxia. Quizá ello imprimió, al menos en este terreno, un tono novedoso a su gobierno. Los años treinta se agotaron con la presidencia de Roberto Ortiz (1938-1940) sucesor de Justo quien, si al menos había accedido al poder en elecciones fraudulentas, pronto se propuso y retornar a un sistema lo más democrático posible. Pero su crítico estado de salud lo obligó a dejar el poder en 1940 asumiendo su vice, Ramón Castillo (1940-1943), un conservador catamarqueño que procuró retornar a las fraudulentas prácticas electorales. Sin embargo, el comienzo de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) configuró un nuevo escenario. Para entonces los viejos líderes del mundo de la política ya no estaban (Hipólito Yrigoyen había muerto en 1933, Lisandro de la Torre se había suicidado en 1939, Ortíz murió en 1942, el mismo año en que también murió Marcelo T. de Alvear) por lo que, esa ausencia y las repercusiones de la Guerra allanarían el camino para un nuevo golpe de Estado en 1943, donde gradualmente comenzará a destacar la figura del general Juan D. Perón. No obstante, los años treinta ya habían encontrado a un Perón colaboracionista de Uriburu primero y luego, a raíz de la desorganización y otras contras, de Agustín P. Justo.

2.3. La sociedad argentina en crisis II: impacto de la crisis económica internacional

Como se ha indicado, la crisis implicó una disminución del comercio mundial y una retracción de la inversión de capital. En un período breve se extendió a todo el mundo capitalista, mientras la Unión Soviética veía pasar la crisis sin dificultad acusando un crecimiento industrial que para 1932 duplicaba al registrado antes de la crisis.[6] En el resto de los países, la crisis condujo a una prolongada caída de la actividad económica –de allí la denominación "depresión"– que se conjugaba con altas tasas de desempleo y con una paralización del consumo. Casi todos los países se volvieron hacia el interior de sus fronteras buscando proteger la propia economía nacional. El fortalecimiento de las barreras arancelarias, el abandono del patrón oro –con algunas tardías excepciones como Francia y Holanda– y el establecimiento de acuerdos bilaterales fueron la característica más distintiva de los años treinta y reforzaron la ya acusada paralización del comercio internacional. La crisis golpeó con dureza sobre todo en aquellos países que tenían un alto nivel de apertura comercial y que vieron reducir el precio y el volumen de sus exportaciones. La Argentina, se encontraba entre estos países.

El impacto de la crisis se sintió especialmente en la caída de los valores de las exportaciones –fundamentalmente en los precios del cereal y de la carne– y en las dificultades para obtener capitales y divisas que permitieran sostener las importaciones.

Cuadro 1: Sector externo y términos de intercambio comercial

Año	*Exportaciones (en millones de dólares)*	*Importaciones (en millones de dólares)*	*Términos de intercambio comercial*
1928	1029	806	100
1929	918	819	91,9
1930	516	613	87,3
1931	426	339	64,7
1932	335	215	66,4

Fuente: Elaboración propia con base en Winograd (1984)

6 Para una profundización sobre los resultados del proceso industrializador en la Unión Soviética, véase Nove (1973) y Hobsbawm (2003).

Una caída en el precio y en el volumen de los bienes comercializables en el extranjero imponía una presión sobre la Balanza Comercial.[7] Esa presión se agravaba debido al desfase entre el precio de las exportaciones e importaciones –términos de intercambio–. Y a ello se agregaba que la restricción en las importaciones privaban al Estado de una importante fuente de recaudación como eran los ingresos por la vía de los aranceles aduaneros; aspecto que presionaba sobre el presupuesto público. Finalmente y si bien los precios de las exportaciones e importaciones se derrumbaron –aunque más rápidamente los primeros que los segundos– hubo un precio que se mantuvo: el tipo de interés nominal fijo sobre la deuda externa pública y privada. Mientras los precios caían, el tipo de interés real sobre esta deuda (principalmente bonos del gobierno) subía, aumentando la carga fiscal y de la Balanza de Pagos.[8] La deuda constituyó un asunto de primordial atención para un gobierno preocupado por preservar su buena imagen como cliente en el mercado internacional de capitales (Bulmer Thomas, 1997). En una situación internacional menos crítica, el gobierno argentino podría esperar una salida a las dificultades con la ayuda de préstamos internacionales. Pero, en este contexto, el flujo de capitales se había hundido junto con la economía internacional.

Las dificultades internas se tradujeron en una enorme desocupación, cabal reflejo de la depresión en Argentina. El país "del trabajo" donde las posibilidades de un empleo habían alentado a un enorme movimiento migratorio entre 1880 y 1914,[9] era ahora un país en el que la desocupación rondaba el 28%[10] (Gerchunoff y Llach, 1998). En las zonas rurales, propietarios, arrendatarios y trabajadores, debido a los bajos precios de los productos agrícolas, tuvieron dificultades y migraron a las ciudades

7 El concepto Balanza Comercial designa a las operaciones del comercio exterior de una nación durante un período de tiempo determinado. Cuando la cantidad de ventas supera a la cantidad de compras, se habla de superávit comercial o saldo positivo. Por el contrario, cuando la cantidad de compras realizadas en el extranjero supera a la cantidad de ventas su saldo es negativo o deficitario.

8 La Balanza de Pagos es un registro contable en el que se vuelcan las transacciones económicas internacionales durante un tiempo determinado. Allí se contabilizan los ingresos (entradas de moneda extranjera) y los pagos (salidas de moneda extranjera). Su estructura cuenta con tres bloques de registro: Cuenta Corriente, Cuenta Capital y Cuenta Financiera más una partida de "errores y omisiones" de carácter residual y cuya misión es saldar el conjunto de la balanza. Para mayores detalles véase Mochon y Beker (2008).

9 Sobre esta temática véase el capítulo 1 de esta obra.

10 Las cifras de desocupación en la Argentina de la Gran Depresión son motivo de discusión. Investigadores como Korol (2001) sostienen que aún no se dispone de cifras seguras sobre el tema y que si algunos estiman una cifra cercana al 28%, otros investigadores plantean guarismos más bajos, incluso inferiores al 10% para el mismo período (2001, p. 23-24). Una postura prudente consideraría a estas cifras en algún lugar entre las cifras extremas. Mayores detalles en Korol (2001).

en busca de nuevas oportunidades.[11] En especial, la mayoría de los migrantes se concentró en Buenos Aires, Rosario y Córdoba (Girbal-Blacha, Zarrilli y Balsa, 2001), donde no eran favorables ni las condiciones de empleo ni las de viviendas y servicios públicos.[12] Y si bien el costo de vida mostró algún descenso, los salarios también disminuyeron pero a un ritmo más acelerado lo que redundó en un deterioro de las condiciones de vida.[13] Los consumos de bienes prescindibles se redujeron y la población cada vez en menor medida accedió a los entretenimientos.

Para enfrentar esta situación los gobiernos de los años treinta aplicaron, desde el punto de vista monetario, una serie de maniobras que se orientaron a la búsqueda de fuentes de financiamiento que no estuvieran ligadas al comercio exterior, el mantenimiento de la inconvertibilidad monetaria (ya aplicada en los últimos tiempos del gobierno de Yrigoyen) y la creación de un ente monetario que al tiempo que centralizara, regulara las políticas monetarias a nivel nacional. Desde el plano fiscal, las políticas implementadas incluyeron un mayor grado de presencia estatal en la escena económica, medidas tendientes a disminuir las importaciones que no fueran particularmente necesarias, políticas destinadas a sostener y regular la producción agropecuaria y la búsqueda de senderos que permitieran –sino alentar al menos conservar– la relación con los mercados tradicionales, en especial el británico, principal comprador de los bienes argentinos.

2.4. Las medidas económicas: control de cambios, política monetaria y política fiscal

Como en tiempos de crisis previas, los gobiernos argentinos estuvieron dispuestos a priorizar el equilibrio externo por sobre el interno. Eso se traducía en un fiel cumplimiento de las obligaciones exteriores. Pero en un contexto el que los precios de los bienes exportables estaban en un declive mayor al registrado para las importaciones –términos de intercambio deteriorados–, las necesidades de divisas se acentuaron significativamente. Sin embargo, en los años iniciales de la crisis, la Argentina contaba con un volumen de reservas en oro que permitió hacer frente a

11 Respecto del despoblamiento rural, un ejemplo del proceso para La Pampa se encuentra en el capítulo 4 de esta misma obra.

12 Los movimientos de población del campo a la ciudad provocaron cambios importantes en la fisonomía de aquellas ciudades a las que se dirigían pues el aluvión demográfico, en ocasiones, colapsó la infraestructura necesaria para albergar a una creciente población. Para un análisis más detallado, véase Devoto (2007).

13 Un análisis sobre el comportamiento de los salarios nominales y el costo de vida puede encontrarse en Ledesma (2017).

los pagos exteriores, al menos hasta 1931 (Gerchunoff y Llach, 1998, p. 115). La aplicación de esta medida perseguía el objetivo de evitar una abrupta depreciación del peso frente al oro pese a que incluso ya se había abandonado la convertibilidad en 1929. La consecuencia directa de esta medida fue una sangría de divisas que generó algunos problemas a la economía nacional. La preferencia por la liquidez –si cabe el concepto– se volvió moneda corriente y repercutió en el sistema bancario toda vez que los retiros en efectivo presionaran hacia la disponibilidad del crédito y, por tanto, hacia la iliquidez.

Bajo estas circunstancias, el gobierno de Uriburu permitió a distintas casas bancarias la emisión monetaria sin respaldo a través de la Caja de Conversión.[14] Desde entonces, el gobierno emitió dinero que tendió a paliar la situación crediticia aunque fuera a costas de la depreciación del peso. La Caja de Conversión fue reflotada entonces –había sido suspendida en 1929 por el gobierno radical– como un intento de atemperar la depreciación sin tener que restringir el crédito y conservar reservas. Así, desde noviembre de 1931, la Comisión de Control de Cambios centralizó todas las operaciones con divisas. Se fijó un tipo de cambio (12,85 pesos por libra) que regía a todas las operaciones de divisas con el exterior. Los exportadores debían depositar el dinero obtenido del comercio exterior en bancos autorizados y la Comisión distribuía esas divisas siguiendo un orden establecido de prioridades. En la cima del sistema estaban las obligaciones de los gobiernos nacional, provinciales y municipales, luego las importaciones de materias primas y de bienes de consumo indispensables, las remesas de inmigrantes, las mercaderías no esenciales y, por último, las divisas para deudas comerciales atrasadas (Gerchunoff y Llach, 1998).

Si bien la aplicación del Control de Cambios surtió algunos efectos esperados –tales como la disminución de la salida de divisas y la depreciación del peso– alentó el surgimiento de mercados paralelos de divisas en el que, frente a la escasez, se ofrecían divisas a un tipo de cambio más alto. Tampoco se logró cubrir la suma que demandaban las importaciones apelando solo a los ingresos de exportación. Y, como un agregado, el gobierno debía lidiar con una ajustada situación en un presupuesto público que se mostraba cada vez más deficitario. En este sentido, la crisis iniciada en 1929 impactó en el presupuesto no solo por el lado

14 La Ley N° 2241 de 1890 había creado la institución financiera que dio origen a la Caja de Conversión. Entre sus funciones centrales destacaba la organización y control de las emisiones y circulación monetaria con independencia del gobierno nacional. Por entonces, la Caja de Conversión operaba como órgano centralizador de las políticas monetarias y actuaba en conjunto con el Banco de la Nación Argentina, creado por la Ley N° 2841 de 1891. Para mayores detalles sobre el rol de la Caja de Conversión, véase Regalsky e Iglesias (2014).

de los gastos sino también por el de la contracción de los ingresos. La reducción de las importaciones disminuyó la recaudación obtenida por la vía aduanera; un aspecto particularmente crítico si se considera que la fuente principal de divisas en un país agroexportador provenía del comercio externo. En sintonía con la ortodoxia económica de la primera mitad de los años treinta, el gobierno de Uriburu visualizaba en el corto plazo la pronta adecuación a un presupuesto, que si no estuviera equilibrado –esto es, gastos igual a ingresos–, al menos disminuyera su estado deficitario. Desde esta concepción se comandaron una serie de esfuerzos dirigidos a reducir gastos y a aumentar ingresos. En el primero de los casos, se buscó disminuir los gastos del Estado y para ello, una de las primeras víctimas fueron los salarios de los empleados públicos. También se achicó la inversión pública pero aun así, no se abandonó el pago de la deuda.[15] Con respecto a los ingresos, se aplicaron tasas arancelarias a bienes que hasta entonces estaban libres de impuestos y se incrementaron otros impuestos ya existentes. Al tiempo, se buscaron fuentes alternativas de recaudación. Las tasas de correos y telégrafos se duplicaron, se creó un nuevo impuesto a las transacciones de empresas, se estableció un gravamen al combustible y se creó un impuesto al ingreso que comenzó a recaudarse en 1932.[16] Si bien un principio de equidad social vertebraba el impuesto –con retenciones mayores en la medida en que los ingresos eran más altos–, solo se aplicó sobre los empleados de comercio y los oficinistas (Gerchunoff y Llach, 1998).

A partir de 1932, el gobierno de Justo continuó con la misma orientación en términos de política fiscal. No obstante, mientras no se produjera la recuperación económica o al menos el comercio internacional no diera señales de respiro, el déficit presupuestario continuó capeando la escena macroeconómica. Sabido es que frente a estas situaciones las autoridades monetarias tienen algunas opciones si buscan financiar un presupuesto deficitario. Justo y sus ministros escogieron la salida menos costosa política y administrativamente: la emisión monetaria. Pero el año 1933 traería algunas novedades en lo relativo a las políticas económicas argentinas. Y el cambio comenzó por el mismo gabinete. A mediados de ese año, Federico Pinedo reemplazó en el Ministerio de Hacienda a Alberto Hueyo, el ministro de la crisis. La llegada de Pinedo prometía

15 Para 1932, tanto la deuda externa como la interna ocupaban un 29% de los gastos del gobierno. La prioridad del gobierno argentino por mantener una buena reputación recrudeció por entonces cuando Bolivia, Perú y Chile declararon una moratoria que terminó impactando negativamente en los títulos argentinos en Londres y New York. Mayores detalles en Gerchunoff y Llach (2007).

16 Sin embargo, a partir del año 1936 la aplicación del impuesto fue mejorada y ello redundó en un aumento de la recaudación. Ya no sólo se gravaban los ingresos personales sino que, en una proporción mayor, las rentas y los dividendos fueron objeto impositivo.

algunos cambios de rumbo en el terreno de las políticas públicas, ¿cuáles fueron esas medidas que aplicó la nueva administración?

En parte, las nuevas medidas implicaron una profundización de las anteriores. Respecto al mercado cambiario, fue desdoblado en uno oficial –en el que las divisas provenían de las exportaciones tradicionales– y en otro libre. Solo las importaciones autorizadas podían participar del mercado oficial y los deudores de aquellos países contemplados en convenios o pactos bilaterales (Inglaterra, Alemania, Holanda, Bélgica, Suiza, España y Brasil). Del mercado libre participaban las exportaciones no tradicionales –definidas como tales por el destino cuanto por el tipo de producto–, las exportaciones a países limítrofes y las inversiones extranjeras en Argentina. De algún modo, esta orientación perseguía el objetivo de fomentar el desarrollo de las industrias exportadoras (Gerchunoff y Llach, 1998, p. 132). Sin embargo, debido a los acuerdos bilaterales entre Argentina e Inglaterra desde 1933 este país gozo de privilegios vedados para el resto de los socios comerciales de la Argentina y el ingreso de los productos ingleses continuó disfrutando de privilegios arancelarios. A nivel del mercado interno, estas dispensas tendían a mantener en un bajo precio a los bienes ingleses ganando en competencia tanto entre los bienes locales como entre otros productos extranjeros.

Finalmente, a partir de 1934 en el mercado oficial pasaron a cotizarse dos tipos de cambios: uno comprador y otro vendedor. Este mecanismo habilitaba a la Comisión de Cambios a comprar moneda extranjera a un valor menor respecto al valor con el que los vendía a los importadores que contaban con permisos.[17] Esto le daba al gobierno un margen de ganancias que, por un lado, permitió destinar algo de auxilio a los productores agrícolas y ganaderos; un sector económico que estaba sufriendo una doble consecuencia: crisis agroclimáticas que arruinaban cosechas y precios internacionales bajos para los bienes primarios. Por otro lado, el gobierno empleó parte de ese margen para el pago de la deuda externa y también para constituir un fondo de reservas en el exterior. Para hacer frente a la deuda interna, se refinanciaron los títulos nacionales; algo que también se aplicó a las deudas en moneda extranjera. En algún punto esta voluntad que manifestaba el gobierno argentino por cumplir con las obligaciones externas ayudó a mantener alto el crédito nacional a niveles no alcanzados por ningún país latinoamericano. Pero la profundización de las medidas también abarcó a los gastos estatales y

17 A nivel interno, los tipos de cambios fijados implicaron una devaluación del peso que si bien benefició a los exportadores su mayor peso recayó sobre los salarios lo que hizo que desde el socialismo se alzaran fuertes críticas sobre estas medidas. Para mayores detalles sobre los debates y las propuestas políticas del Partido Socialista entre los años 1930 y 1950, véase Graciano (2007)

una comisión de racionalización comenzó a simplificar los procedimientos administrativos y a eliminar a los organismos superfluos. Además, acompañando a esta racionalización se simplificó el sistema impositivo interno. A partir de 1935 entonces estas medidas de ordenamiento presupuestario permitieron reavivar la inversión pública cuyo destino central fue el desarrollo de la red vial. También aumentó el gasto y el empleo público. Parecía vislumbrarse la tan ansiada recuperación. Sin embargo, parafraseando a Tulio Halperín Donghi (1985), lo que parecía una recuperación definitiva no fue más que una canción de otoño en primavera.

En efecto, a partir de 1934 los términos de intercambio argentinos habían iniciado una recuperación y los capitales extranjeros habían comenzado a llegar de nuevo al país. La producción había vuelto a crecer y en 1935 ya se habían superado los niveles anteriores a la crisis. Tanto el déficit de la Balanza de Pagos como la falta de reservas se habían revertido y esta fue la canción sonante hasta 1937 pues a partir de entonces se produjo una nueva recesión mundial que volvió a azotar a la economía argentina. Reaparecía el problema de la crisis en la Balanza de Pagos a la que se agregaba el sostenimiento de la actividad interna tras la breve recuperación. Frente a estas problemáticas el gobierno respondió con una política monetaria laxa, por la que se alentó el crédito y se buscó estimular por esa vía al sector agrícola. Se reforzó el control de cambios devaluando el tipo oficial y ampliando los requisitos y permisos de importación. Y aunque las medidas tuvieron un positivo efecto en la economía nacional, cuando esos efectos comenzaron a ser visibles, se abrió paso la nueva situación internacional desencadenada a partir de 1939: el mundo marchaba hacia una nueva guerra mundial.

2.5. El Banco Central

Las problemáticas económicas que presentó la depresión en los años treinta colocaron en el centro del debate a la necesidad de contar con un organismo que centralizara las políticas monetarias. Y aunque la idea de la creación de un banco al que remitieran las decisiones y desde el cual se regulara la actividad monetaria no era nueva –se contaban ya algunos antecedentes previos durante el primer gobierno de Yrigoyen–,[18] la crisis

18 El proyecto yrigoyenista planteaba la creación de un banco de capital estatal –el Banco de la República– cuyas funciones serían emitir moneda, bonos y títulos, fomentar el crédito comercial, industrial y agrario, controlar los cambios internacionales, regular las tasas de interés y el *clearing* bancario, realizar descuentos y redescuentos de letras y pagarés. El banco podría regular la cantidad de dinero y crédito y proveer liquidez en épocas de recesión para suavizar lo más álgido del ciclo económico. Sin embargo, el contexto político en el que el proyecto fue enviado para su tratamiento no era propicio para la aprobación de una medida de estas características. Con una

imprimió un nuevo impulso para la creación de un Banco Central. Hasta entonces, el control de la liquidez y de la solidez bancaria, las políticas de redescuentos –préstamos a los bancos– y el manejo de los títulos del gobierno eran funciones que realizaban distintos organismos pero cuya centralización en una sola institución, según se pensaba, permitiría evitar incoherencias transitadas.

La estructura y organización del Banco de Londres fue considerada como un faro para la estructuración del Banco Central Argentino. De allí que en 1932, Sir Otto Niemeyer, director del Banco de Inglaterra, visitara la Argentina –invitado por miembros del Poder Ejecutivo Nacional– con el propósito de analizar y proponer los pasos para el establecimiento de una autoridad monetaria general. El proyecto de Niemeyer, presentado en 1933, contemplaba la creación de un banco que emitiera los billetes, regulara el crédito y las reservas bancarias, mantuviera la estabilidad del peso, actuara como agente financiero y decidiera la aprobación de los empréstitos (Gerchunoff y Llach, 1998, p. 137). Dicho banco sería una sociedad anónima, administrada por particulares para salvaguardarse de las presiones del gobierno. En ese mismo año, Pinedo, Ministro de Hacienda, envió al Congreso una serie de leyes por las que se creaba el Banco Central de la República Argentina. Y aunque el proyecto enviado parecía seguir de cerca el proyecto ideado por Niemeyer aparecían algunas diferencias. En el esquema del Ejecutivo, se proponía un mayor contralor sobre los bancos, se preveía la absorción de fondos en períodos de bonanza económica, se restringía el monto de divisas con que el banco podía contar como reserva y era más liberal en cuanto a la política de redescuentos respecto a lo que había sugerido el experto inglés.

La ley propuesta por Pinedo fue sancionada finalmente en 1935, junto con la ley de bancos y otras que apoyaban la renovación financiera. Tal como lo han sintetizado Gerchunoff y Llach (1998, p. 137), los objetivos de la nueva institución eran:

1. Concentrar reservas para moderar las consecuencias de las fluctuaciones de las exportaciones y de las inversiones de capitales extranjeros sobre la moneda, el crédito y las actividades comerciales
2. Regular la cantidad de crédito y los medios de pago, adaptándolos al volumen real de los negocios
3. Promover la liquidez y el buen funcionamiento del crédito bancario y controlar a los bancos y

mayoría conservadora en la cámara de senadores, el proyecto chocó con una férrea oposición política y nunca fue tratado. Mayores detalles sobre el proyecto yrigoyenista en Rapoport (2013)

4. Actuar como agente financiero y aconsejar al gobierno en la emisión de préstamos y en las operaciones de crédito.

La conducción del banco recayó en un directorio compuesto por catorce miembros de los cuales el gobierno nombraría a tres, incluyendo el presidente y el vicepresidente. Por su parte, los bancos dispondrían de siete lugares en la mesa y otros sectores de la economía –independientes del gobierno y del sistema bancario– de cuatro integrantes. Raúl Prebisch fue designado como director; un elemento que si por un lado imprimía profesionalismo, por el otro, no alcanzaba a acallar las críticas que despertaba la conformación de la reciente institución financiera (Korol, 2001). El hecho de que en el directorio participaran extranjeros, que el organismo actuara con demasiada independencia del gobierno e incluso que pudiera implementar una política monetaria demasiado anticíclica –y por lo tanto inflacionaria– fueron algunas de las críticas que se levantaron. Por otra parte, los sectores más alejados del gobierno realizaban críticas más bien opuestas a las anteriores pues el mayor poder que el gobierno tendría en el manejo monetario se juzgaba perjudicial y presto a posibles abusos. No obstante y más allá de las críticas, la capacidad de regular la cantidad de dinero desde un ente centralizado dotaba por fin a la Argentina de una herramienta útil, aunque su aplicación dependiera de las preferencias e intereses de sus accionistas, que no necesariamente reflejaban los del conjunto de la población. Conducido por Prebisch en los primeros años de su funcionamiento, el Banco Central de la República Argentina pudo realizar políticas contracíclicas e, incluso, rescatar con reservas disponibles parte de la deuda externa (Rapoport, 2013). Asimismo, se contaba desde entonces con una institución que contribuiría a maniobrar de una forma más ordenada la política monetaria frente a los nuevos desajustes que en el futuro se evidenciaran en la Balanza de Pagos.

2.6. El Pacto Roca-Runciman: "comprar a quien nos compra"

Como se ha indicado en apartados anteriores, la depresión de los años treinta mostró uno de sus peores rostros en el comercio exterior. Como un intento de apaciguar la caída en los volúmenes de exportación y para proteger a los productores locales, casi todos los Estados a nivel mundial aplicaron políticas arancelarias que ralentizaron aún más a un comercio que de por sí entraba paralizado en los años treinta. El librecomercio fue reemplazado entonces por pactos bilaterales y en las naciones que contaban con dominios coloniales, se agudizó la política

de mantener o profundizar esos mercados preferenciales. Inglaterra fue el ejemplo a nivel mundial pues rápidamente en 1932, cerró filas y en la Conferencia de Ottawa se estableció un acuerdo por el que las partes integrantes del imperio británico gozarían de tarifas limitadas inaugurándose así la era del "libre comercio imperial". El resto de las naciones que comerciaban con Inglaterra quedaban por fuera de los acuerdos de Ottawa padeciendo severas restricciones a sus exportaciones.

La Argentina se encontraba dentro del grupo de países que más perjudicados salían del acuerdo pues, prácticamente, desde los inicios de la inserción del país a la economía internacional Inglaterra era sino el más importante, uno de sus principales socios comerciales. Y aunque tras la Primera Guerra Mundial de manera gradual comenzaron a crecer las inversiones norteamericanas, el comercio con Inglaterra se contaba entre los más importantes sea por el volumen de ventas, sea por el tipo de bienes comercializables.[19] Y tan relevante era este comercio que durante los años veinte, los intercambios permitieron alcanzar una situación de superávit comercial con aquel país. Este superávit era compensado parcialmente con el déficit comercial que presentaba el comercio entre Argentina y Estados Unidos. En términos concretos, los ingleses compraban más bienes argentinos que los norteamericanos y ello por razones comerciales pero también por razones de competitividad con el país del norte. La crisis mostró las tensiones de este comercio triangular y en este sentido debe concebirse el pacto bilateral entre la Argentina e Inglaterra; un intento argentino por revitalizar un deprimido comercio exterior.

Cuando comenzaron a aplicarse las primeras restricciones aduanales, los exportadores ingleses las vieron con resabios. Sencillamente no podían aceptar que en un país con el que tenían un significativo déficit comercial se empeorara aún más la situación limitando las importaciones desde Inglaterra. Y a ello se sumaron las pretensiones de algunos sectores locales, en especial, de aquellos que exportaban productos ganaderos. Un acercamiento con el gobierno inglés en el que se ofrecieran alternativas frente a las restricciones impuestas tras la Conferencia de Ottawa[20] aparecía como una viable y lucrativa solución, ¿Cómo seducir entonces a los compradores ingleses? La alternativa pasó por un manejo de la política arancelaria. A cambio de recuperar el mercado inglés, podían ofrecerse privilegios a las importaciones desde Inglaterra aunque ello significara un impacto negativo sobre las manufacturas locales. Y este fue, en efecto,

19 Para mayores detalles sobre las relaciones comerciales argentinas durante este período remitimos al capítulo 1 de esta obra.

20 La Conferencia de Ottawa fijó un sistema de cuotas decrecientes para las carnes argentinas en el mercado inglés. Mayores detalles en Alhadeff (1985).

el corazón del pacto firmado por Julio A. Roca (hijo), vicepresidente de la nación por entonces y el *British board of trade*, sir Walter Runciman concretado en mayo de 1933.[21] Para los ganaderos argentinos se trataba fundamentalmente de privilegiar una relación comercial sobre la que se sustentaba una buena parte del comercio exterior, un ideario que se resumía en la fórmula "comprar a quienes nos compra". Para el gobierno inglés se trataba de una imperdible oportunidad para aumentar el volumen de sus negocios y posicionarse más competitivamente en el mercado argentino respecto al resto de los inversores. En este punto, los ingleses eran conscientes del poder que tenían en la negociación; un aspecto que se conjugó con el temor de los ganaderos argentinos. Entre los puntos más sobresalientes del tratado se destacan:

1. Permitir que el 85% de la cuota total de carnes exportadas correspondiera a frigoríficos ingleses y solo un 15% restante a compañías argentinas toda vez que usaran buques ingleses para su traslado.
2. Destinar todo el dinero obtenido a la compra de productos británicos.
3. No reducir las tarifas de los ferrocarriles ingleses.
4. Mantener libres de derechos de aduana al carbón y a otros productos británicos destinados a abastecer a los ferrocarriles y a la industria textil.
5. Resguardar los intereses de los frigoríficos británicos limitando el avance de los norteamericanos.

Como se evidencia, el pacto proponía una discriminación positiva hacia los productos y capitales ingleses en tanto gozarían de una privilegiada situación arancelaria. Además, los ingleses demandaron una solución al problema de los fondos bloqueados –o deudas en libras de importadores argentinos– que el control de cambios había impedido girar a Inglaterra. A cambio de ello, el mercado inglés de carne permanecería abierto a los productos ganaderos argentinos. Esta orientación fuertemente ganadera en los considerandos del pacto habilitó un sinnúmero de críticas al punto tal que desde algunos círculos comenzó a hablarse de una "vacunocracia". En el seno del Congreso, Lisandro de la Torre denunció el tratado bajo la sospecha de un acuerdo espurio por cuanto

21 Ya durante el último gobierno radical se habían procurado reafirmar los lazos comerciales con Inglaterra. En 1929 la misión D'Abernon buscó el compromiso de un intercambio adicional entre las dos naciones por 100 millones de pesos. Si bien la propuesta fue rechazada en el congreso constituyó un antecedente que se consideraría en 1933. Para una profundización sobre las medidas de política economía durante los gobiernos radicales véase Gerchunoff (2016).

era evidente el trato especial conferido a los productos ingleses. Según el senador demoprogresista:

> El informante decía ayer: 'el gobierno inglés quiere' o 'el gobierno inglés no quiere' (…) y eso que el gobierno inglés quiere o no quiere se refiere a cosas que pertenecen a la República Argentina y deberían ejecutarse por el gobierno argentino. El gobierno inglés dice (…) no le permito que fomente la organización de compañías individuales que le hagan competencia a los frigoríficos extranjeros. En estas condiciones no podría decirse que la Argentina se haya convertido en un dominio británico porque Inglaterra no se tomó la libertad de imponer a los Dominios británicos semejantes humillaciones. Los Dominios británicos tienen cada uno su cuota y la administran ellos (…) la Argentina es la que no podrá administrar su cuota. Lo podrá hacer Nueva Zelanda, lo podrá hacer Australia. Lo podrá hacer Canadá, lo podrá hacer hasta África del Sur. Inglaterra tiene respeto a esas comunidades de personalidad internacional restringida que forman parte de su Imperio, más respeto que por el gobierno argentino. No sé si después de eso podremos seguir diciendo ¡Al gran pueblo argentino, salud! (Rosa, 1965).

Es claro que el pacto Roca-Runciman privilegió ante todo el interés ganadero y que otorgó concesiones muy amplias a Inglaterra; aspecto que así como lo había hecho Lisandro de La Torre, también denunciarían otros intelectuales del período. En este sentido, cabe la visión de que las autoridades argentinas fueron algo débiles en las negociaciones (Gerchunoff y Llach, 1998) y más aún a la hora de aplicar las cláusulas del tratado. En relación a lo pactado, las demandas inglesas se cumplieron en mayor medida que los intereses argentinos e Inglaterra amplió su importancia en el mercado local, tal como se evidencia en el siguiente cuadro:

Cuadro 2: Relación comercial anglo-argentina, 1927-1939 (en porcentajes)

Año	*Importaciones de Argentina*	*Exportaciones de Argentina*
1927	19.4	28.2
1930	19.8	36.5
1933	23.4	36.6
1936	23.6	35.0
1939	22.2	35.9

Fuente: Elaboración propia con base en Lewis (1975, p. 115)

También se respetó la prioridad prometida a Inglaterra en el mercado cambiario. Sin embargo, el fiel cumplimiento de lo establecido no impidió que los temores en la relación bilateral recrudecieran. En 1936, el *Board of trade* planteó la posibilidad de gravar las carnes argentinas como una respuesta a una crisis por la que estaba atravesando la ganadería británica. Un año más tarde, se efectivizó el impuesto sobre las carnes argentinas además de limitarse la cantidad. Pero, el Estado argentino también se mostró esquivo en algunos aspectos. Uno de ellos, referido a los privilegios arancelarios, no fue del todo respetado y cuando se elevaron los aranceles de forma generalizada los productos ingleses no quedaron exentos e incluso capitales ingleses perdieron algunas licitaciones públicas en esos años. Finalmente, el pacto Roca-Runciman se recostó, a nivel interno, sobre un sector productivo que la crisis había golpeado duramente. Sin dudas, esta fue una alternativa que dinamizaría al sector rural. Pero no fue la única que alentó el gobierno argentino. Pronto, se crearon una serie de regulaciones internas que procurarían socorrer a los productores agropecuarios. Este, en efecto, será el tema del próximo apartado

2.7. La intervención estatal: producción, juntas reguladoras y comercio interno

Así como los años treinta marcaron un quiebre en los aspectos políticos, también en los aspectos económicos se imprimió un significativo cambio. Sea desde la aplicación de políticas monetarias que frenaran los efectos negativos de la crisis, sea desde el conjunto de políticas fiscales destinadas a controlar el déficit presupuestario, lo cierto es que los años treinta marcan una nueva arena sobre la que el Estado comenzará a desenvolverse desde un rol mucho más activo. En este sentido, los efectos de la crisis dieron paso a la consolidación de un Estado de tipo intervencionista en la economía y que se esforzaba por auxiliar a la Argentina agroexportadora, otorgando un lugar complementario a la industria. Como ya se ha mencionado, el sector dominante del patrón productivo argentino estaba atravesando un período crítico; una penosa situación que, pese a la lenta recuperación de los precios internacionales de las materias primas a partir de 1934, parecía empeorarse en el plano interno. Se ha indicado también que el Estado argentino, presionado por el sector ganadero y por una situación internacional desfavorable, alentó la firma del pacto bilateral anglo-argentino en el que el campo tomaba la delantera. Se demostraba con ello que el agro seguía desempeñando un papel significativo para reorganizar la economía del país (Barsky y

Gelman, 2001). El agro representaba el epicentro de la economía argentina de los años treinta y de allí que se destinaran medidas orientadas a fomentar la producción y el cuidado de los productores agropecuarios a nivel interno. De manera inmediata a la crisis, el campo fue motivo de la atención de un gobierno que –si bien indirectamente alentaba a las manufacturas– no dejaba de considerar que la rueda maestra de la economía se encontraba en los bienes exportables tradicionales. Así, fueron éstos bienes los que recibieron un especial cuidado del gobierno tanto desde los aspecto macro cuanto desde lo microeconómico; disposiciones que se agregaban a las medidas financieras orientadas a ordenar el sistema monetario argentino –el control de cambios, la creación del Banco Central de la República Argentina y la creación del Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias–.[22]

Vinculado a la producción agropecuaria, el intervencionismo estatal argentino de los años treinta se efectivizó a través de la creación de Juntas Reguladoras de la Producción y abarcó a un amplio abanico de producciones. Autores como Sidicaro (2006) sostienen que las Juntas Reguladoras fueron el producto de una particular relación entre políticos y empresarios que poco a poco fueron colonizando las entidades corporativas. Para otros en cambio, se trata de un proceso más complejo que incluía no solo a políticos y empresarios sino también a productores, frigoríficos y consumidores, el parlamento y el Poder Ejecutivo Nacional (Smith, 1986; Hora, 2007). Más allá de los actores sobre los que recaen las actuaciones, lo cierto es que estas entidades se crearon con un fuerte sentido de contralor e impactaron de lleno en el mercado de factores pero también en el de consumo. Las actividades productivas reguladas fueron la carne, los granos, el vino, la yerba mate, la leche, el azúcar y el algodón; actividades que también suministraban una buena parte de las demandas internas.[23] A diferencia de las otras medidas intervencionistas, el proceso de creación de estos organismos se inició por decretos que –en algunos casos como el de la carne, la yerba y el vino– finalmente cristalizaron en leyes específicas.[24]

22 El Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias se creó por Ley N° 12157 con la intención de servir de apoyo al Banco Central en las operaciones financieras.

23 Como señala Persello (2006), el proceso de creación de estas entidades reguladoras de la producción incluye también una cantidad importante de comisiones, subcomisiones y direcciones. En 1938 ya existían 17 comisiones que se hacían cargo de diferentes actividades: del aceite, del azúcar, de la industria lechera, del extracto de quebracho, de productos alimenticios, de controlar rotulados, para combatir el sorgo de Alepo, de condonación de deudas y semillas, para el abaratamiento del costo de los alimentos, del estudio de la tierra, protectora de la fauna americana, de fomento del caballo de guerra, nacional de bosques, de fomento de la piscicultura, de enseñanza agrícola y de oceanografía y pesca marítima.

24 En octubre de 1933 se sancionó la Ley N° 11747 creando la Junta Nacional de Carnes después de un largo debate parlamentario. El comercio de granos quedó en manos de una Junta reguladora

Estas juntas obtenían sus recursos de impuestos sobre su comercio, producción y cultivo. Pero en otros casos –como los granos, la leche y el algodón– se incorporaron a partir de la sanción, en abril de 1935, de la Ley N° 12160 de creación del Banco Central e Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias que permitía al poder ejecutivo crear organismos sustentados con las diferencias de cambio provenientes de la exportación. En el caso del algodón, en 1938 se discutió un proyecto de ley que no tuvo sanción y en el del azúcar, cuya elaboración estaba reglada por la Comisión Nacional surgida del laudo Alvear de 1928 y una serie de decretos posteriores, la iniciativa legislativa para crearla fracasó en 1939. A lo largo de la década fueron permanentemente modificadas a través, nuevamente, de decretos o leyes en la medida en que, por un lado, todo el proceso se estructuró a partir del ensayo/error y las fluctuaciones económicas obligaban a tomar medidas correctivas. Por otro lado, se debió también a que diferentes sectores de la producción avanzaron en su agremiación y fortalecieron sus posibilidades de elaborar demandas y de llegar al gobierno y, finalmente, por las diferentes perspectivas que sustentaron los equipos que fueron ocupando los ministerios de Agricultura y de Hacienda (Persello, 2006).

El orden en que los diferentes sectores productivos fueron incorporados a la actividad directa del estado respondió al peso, la capacidad de negociación y de llegada al gobierno de las demandas que formulaban las corporaciones involucradas. Y aunque no era nuevo algún tipo de involucramiento del Estado en el mercado –la Primera Guerra Mundial había mostrado ya algunos ejemplos de situaciones y/o producciones en las que el Estado intervenía–, la novedad de los años treinta no residió tanto en la intervención estatal para salvar algún circuito productivo amenazado, ni en la aparición de demandas esgrimidas por los organismos de representación de intereses sectoriales para que ésta se produzca. Lo nuevo

de carácter transitorio –creada por decreto del 28 de noviembre de 1933 y ratificada en 1935 por la Ley N° 12160– encargada de la compra a los productores y la venta a las casas comercializadoras. En septiembre de 1935 el ministro de agricultura, Luis Duhau, envió al Congreso un proyecto de ley para dar carácter estable a la junta reguladora de la industria lechera, creada por decreto N° 40140 del 12 de mayo de 1934. En diciembre de 1934, por Ley N° 12137 se creó la Junta Reguladora de Vinos. En octubre de 1935, la Ley N° 12236, estableció la Junta Reguladora de la Yerba Mate recuperando el modelo ya implementado para el caso del vino. Para el azúcar y el algodón, producciones que de hecho no escapaban a la acción reguladora del Estado a través de comisiones creadas a tal efecto, se contempló la posibilidad de cristalizar la junta por vía legislativa. En la industria azucarera, protegida prácticamente desde sus orígenes por barreras aduaneras, se inició una cierta regulación a partir del laudo dictado por el presidente Alvear y de la constitución de la Comisión Nacional del Azúcar. La ley a dictarse determinaba la cantidad total de azúcar a elaborarse y fijaba cuotas por zona de producción y por ingenio, vinculando a este último a un número determinado de cañeros. La junta reguladora del algodón, se puso en funcionamiento a partir de dos decretos –N° 59802 y N° 61640, de abril y mayo de 1935– que reglamentaban el artículo 5° de la ley 12160. Mayores detalles en Persello (2006).

por entonces fue la magnitud y extensión que adquirió la intervención y fundamentalmente su cristalización en instituciones de carácter permanente. En tales instituciones la presencia corporativa era evaluada como central puesto que se la vinculaba al *know how* necesario para elaborar e implementar políticas públicas.[25] Y por lo general, en la composición de los organismos participaban técnicos del ministerio (o representantes del gobierno nacional), entidades asociadas al tipo de producción (como la Sociedad Rural Argentina para el caso de la carne o las entidades agrarias para el de los granos) y otros miembros considerados "expertos" en la comercialización interna y externa del bien, fueran agentes individuales (productores) o colectivos (instituciones). En todos los casos, la propuesta era que los organismos a crearse con carácter autárquico y heterogéneos en su composición estuvieran presididos por el ministro de Agricultura (Persello, 2006).

En general, los objetivos que perseguían los organismos se vincularon con el mejoramiento de la calidad de la producción –de modo de lograr una mejor adecuación a las necesidades de los mercados consumidores– un aumento de la competitividad y la propaganda externa, el logro de precios retributivos y un ordenamiento normativo. En algunos casos, como en el de la comisión de granos, se investía al organismo con poder de policía del comercio habilitándola para controlar a las casas comercializadoras, el transporte y almacenaje y los tipos y zonas de establecimientos. Si bien estas medidas buscaban ayudar a unos deprimidos precios de los bienes, también fue considerado el mercado interno.

Desde otro plano, en el mercado interno se procuró observar el abastecimiento de los bienes básicos de consumo. Si se había aplicado una política de precios mínimos en el ámbito de la producción, también fue orquestada una política de precios máximos y regulaciones al comercio interno. En este sentido, se estructuraron un conjunto de Comisiones de control y de fijación de precios que procuraban mirar al otro lado del canal de la comercialización, es decir, al consumo. Así, desde los inicios de la década, el gobierno en sus distintos niveles –nacional, provincial y municipal– diseñó una serie de políticas que tenían entre sus objetivos controlar el precio de los bienes básicos de modo tal que los rangos de accesos quedaran medianamente asegurados. Los bienes de mayor atención fueron la carne, el pan (la harina) y la leche. También resultaron de particular atención el salario nominal, los alquileres y el precio de otros bienes prescindibles aunque para estos últimos solo se formularan

25 Sobre la temática de la vinculación entre sectores técnicos y la formulación de políticas públicas, un excelente ejemplo se muestra en el capítulo 5 de esta obra, especialmente ajustada al caso pampeano.

informes y se sugirieran alternativas de control desde los principales órganos administrativos como el Departamento Nacional del Trabajo,[26] el Ministerio del Interior y el Ministerio de Agricultura. Las preocupaciones de las autoridades pronto se encontraron con un nuevo desafío cuando el mundo se encaminó hacia una nueva guerra mundial.

2.8. La industria en los años treinta

Hablar de la industria durante los años treinta implica adentrarse en un nutrido debate. Habitualmente se ha considerado a este período como al momento determinante en la transición de un tipo de crecimiento económico *hacia afuera*, basado en la exportación de materias primas, a un desarrollo hacia adentro, sostenido por la industrialización por sustitución de importaciones (ISI). Esta interpretación, por lo demás difundida, ancla su argumentación en el impresionante crecimiento manufacturero de los años treinta; aspectos que las estadísticas reflejan de manera cabal. Al examinar esos datos, resulta indudable el surgimiento de nuevas fuerzas económicas, sociales y políticas que darían un perfil muy diferente al tradicional modelo basado en la agroexportación. Máxime si se consideran las dificultades que encontraron las exportaciones en un mundo cerrado al comercio internacional. Comparado con aquellos períodos previos en los que tuvieron lugar distintos estímulos a las manufacturas –la Primera Guerra Mundial constituye un notable ejemplo–, en los años de la depresión, el desarrollo industrial ya no se correspondía solo con las agroindustrias (frigoríficos, molinos, ingenios y bodegas). Sobre los treinta, habían florecido industrias manufactureras para satisfacer al consumo interno, entre ellas las textiles, metalúrgicas, de vidrio, papel, caucho y de aparatos eléctricos (Bulmer Thomas, 1997). A ello ayudaron las medidas de corte monetario y fiscal que se aplicaron por entonces. En especial, la depreciación del peso, el control de cambios y las tarifas aduaneras contribuyeron a una caída en las importaciones que competían con las industrias locales dándose lugar a la "industrialización por sustitución de importaciones" (ISI). El sistema discriminatorio de cambios y los privilegios arancelarios para productos británicos favorecieron especialmente a la producción de artículos que competían con los norteamericanos.[27] Para 1939, el sector industrial argentino era

26 Un análisis de las estadísticas e informes provenientes del Departamento Nacional del Trabajo en la década de 1930 puede verse en Lanata Briones (2012).

27 Como consecuencia de los mayores niveles que alcanzaban las barreras arancelarias se vio alentada la inversión extranjera directa proveniente de Estados Unidos. Muchas empresas decididas a saltar los impuestos y las trabas cambiarias se instalaron en Argentina, por ejemplo Ducilo, Philco, Goodyear, Firestone, Johnson & Johnson y Ponds y se orientaron fundamentalmente a captar el

un 35% mayor que en 1930, representaba un 22,5% de la producción total y había alcanzado en importancia a las actividades agropecuarias (Gerchunoff y Llach, 1998, p. 142). Las ramas industriales que se vieron más estimuladas fueron aquellas que mayormente se beneficiaron de las trabas arancelarias, como se indica en el siguiente cuadro.

Cuadro 3: Producción industrial por ramas (tasas de crecimiento)

BIENES	PERÍODO: 1925/29-1939	PERÍODO 1937/39-1950
MAQUINARIA Y ARTEFACTOS ELÉCTRICOS	40.5	8.7
PRODUCTOS DE CAUCHO	39.0	3.0
DERIVADOS DE PETRÓLEO	12.6	5.0
PRODUCTOS TEXTILES	10.8	9.1
VEHÍCULOS Y MAQUINARIA, EXCLUIDA LA ELÉCTRICA	8.3	8.3
METALES	5.1	5.4
ALIMENTOS Y BEBIDAS	2.1	2.6
TABACO	0.5	4.9
CONFECCIONES	-0.4	4.4
PRODUCTOS QUÍMICOS	-0.4	7.7
PAPEL Y CARTÓN	-1.7	6.3
ARTÍCULOS DE CUERO	-2.2	7.2
IMPRENTA Y PUBLICACIONES	-2.2	6.4
PIEDRAS, VIDRIOS Y CERÁMICAS	-2.5	6.3
OTRAS MANUFACTURAS	0.1	5.1
ARTESANÍAS	s/d	3.7
TOTAL	3.4	5.0

Fuente: Elaboración propia a partir de Díaz Alejandro (1975, p. 220).

mercado interno. También, como indican Lluch y Lanciotti (2010), muchas firmas construyeron sofisticadas redes de distribución. En particular, empresas del rubro de productos de consumo masivo apelaron a ventajas de propiedad otorgadas por "activos "intangibles" tales como patentes, marcas, capacidades tecnológicas y de *management*, como también a sus habilidades para competir en base a la diferenciación de sus productos. Numerosos informes contemporáneos puntualizaban –además de capacidad de liderazgo industrial y disponibilidad de créditos– cómo la innovación en los métodos distributivos y publicitarios fue decisiva en el éxito de los intereses norteamericanos desde los años veinte (2010, p. 8). Mayores detalles en Lluch y Lanciotti (2010).

Mientras que las actividades ligadas a la exportación tradicional disminuyeron o aumentaron con lentitud, las ramas que competían con las importaciones y fueron sustituyéndolas resultaron ser las más dinámicas. Las maquinarias y los artefactos eléctricos, los neumáticos, la extracción y el refinamiento de petróleo y los tejidos de algodón se contaron entre las más expansivas. También creció en importancia la elaboración de algunos alimentos que antes se importaban como las conservas de frutas, los tomates y los aceites comestibles (Gerchunoff y Llach, 1998).

Sin embargo, este aliento conferido a las manufacturas no implicó en modo alguno un viraje hacia un modelo de desarrollo basado en la industrialización. Los vestigios de un compromiso con la producción de bienes primarios y con el desarrollo *hacia afuera* sobrevivieron y el comercio exterior continuó dependiendo en gran medida de las materias primas tradicionales –el Pacto Roca-Runciman constituye un categórico ejemplo de esta orientación–. No sería sino hasta la década de 1940 cuando se generen políticas públicas específicamente orientadas al desarrollo industrial. En los años treinta, el aliento a las manufacturas buscó sobre todo –y como se ha indicado en apartados anteriores– atender al desequilibrio externo y a una difícil situación en la Balanza de Pagos tras los embates de la crisis comenzada en 1929. Esto demanda comprender al clima proindustrial como a una parte de las estrategias para hacer frente a la crisis y no como un objetivo específico de las políticas oficiales. Las políticas industrializantes de este período responden entonces a lo que Gerchunoff y Llach (1998) denominan como "keynesianismo pasivo" o "política anticíclica inconsciente".

No obstante la tendencia agropecuaria en las políticas públicas argentinas de los treinta, sobre su final, la década dejaba en claro un nuevo papel del Estado en la economía. Las medidas tomadas en términos de políticas fiscales –gastos e inversión, modificación de las fuentes de recaudación y tarifas arancelarias– y de políticas monetarias –Control de Cambios, abandono de la convertibilidad, creación del Banco Central– marcaron un quiebre en el papel que desempeñaba el Estado hasta entonces.[28] También, las intervenciones macro y microeconómicas destinadas a regular la producción, apoyar el consumo de bienes básicos e incluso los gravámenes a los ingresos marcaron el devenir de las políticas económicas de los períodos siguientes. Esas medidas tuvieron un punto inicial en los peores años de la década del treinta.

28 La idea de un Estado mínimo, no interventor en la vida económica, ha comenzado a ser revisada en los últimos tiempos. Rocchi (2000) ha planteado que en términos de política fiscal, el Estado se habría mostrado activo desde por lo menos, los años finales del siglo XIX.

2.9. El Plan Pinedo y la Segunda Guerra Mundial

Cuando se desató la Segunda Guerra Mundial en 1939 el mundo asistió a una nueva convulsión. Hay quienes sostienen enfáticamente que la recuperación definitiva de las economías centrales se debió a los comienzos del rearme para la guerra[29] (Brown, 1956; Aldcroft, 1985). Para otros en cambio el gasto estatal y las políticas fiscales no constituyen los elementos medulares de la recuperación y establecen una prioridad a las políticas monetarias (Friedman y Schwartz, 1963; Romer, 1992). Más allá de las discusiones sobre el significado de la Segunda Guerra Mundial respecto a la recuperación de la depresión de los años treinta, no hay dudas de que representó una nueva y difícil coyuntura para los países que tradicionalmente habían dependido del comercio exterior. Para la Argentina, implicaba una nueva situación en la que era esperable –tal como había acontecido con la Primera Guerra Mundial– una paralización del comercio exterior. Con crudeza, los años treinta habían puesto de manifiesto la fuerte dependencia de un país que había crecido *hacia afuera*. En este esquema, una disminución de las exportaciones tenía claras consecuencias negativas sobre la Balanza Comercial y si esta condición se acompañaba por una disminución en la llegada de capitales entonces asomaba el peligro de la Balanza de Pagos. En este sentido, el estallido de la Segunda Guerra Mundial significó un nuevo y rudo golpe para quienes todavía confiaban en un retorno a la normalidad que había interrumpido la crisis de 1930; normalidad que se basaba en la expansión del comercio exterior. En paralelo, los inicios de la década de 1940 antepusieron una nueva preocupación política y que tendría un costado militar: la polémica entre aliadófilos y neutralistas. En este contexto, los primeros embates del conflicto se tradujeron en pesimismo y emergió el temor de una nueva depresión. Frente a esta posibilidad, el Poder Ejecutivo Nacional presentó ese mismo año un Plan de Reactivación Económica que aunque fue derrotado en el Congreso dio cuenta del viraje en las políticas económicas argentinas.[30] El Plan fue defendido por el Ministro de Hacienda Federico Pinedo, de allí que también se denomine ese programa como "Plan Pinedo".

Su significado radica en ser el primer documento del Estado en el que se consideraba la posibilidad de modificar parcialmente la estrategia

29 Una interesante síntesis sobre el debate puede encontrarse en Romer (1992).

30 El 14 de noviembre de 1940 el Poder Ejecutivo (PEN) envió a la Cámara de Senadores, con amplia mayoría oficialista, un programa de reactivación económica firmado por el vicepresidente de la Nación en ejercicio de la presidencia, Ramon Castillo y por sus ministros de Agricultura, Daniel Amadeo y Videla, y de Hacienda, Federico Pinedo.

del desarrollo económico. El plan constituía todo un programa en el que se procuraba conciliar la industrialización con la economía abierta, fomentar las relaciones comerciales de la Argentina con los Estados Unidos –y con los países limítrofes– y crear un mercado de capitales. La idea de fortalecer el mercado interno y de posicionarlo en el centro del crecimiento económico es, sin dudas, la idea rectora del plan.

El Poder Ejecutivo procuraba generar respuestas inmediatas a los problemas que impondría la Segunda Guerra Mundial en el sector externo, en el nivel de la actividad económica, en el marco institucional de la economía (el grado de intervención estatal) y, consecuentemente, en el nivel de precios. Partía de un diagnóstico que consideraba estas cuatro áreas y proponía además facultar con amplias atribuciones al Banco Central pues se autorizaba un manejo un tanto más discrecional de la política monetaria y los medios para facilitar la creación de un mercado de capitales de largo plazo. Basándose en el diagnóstico de escasez de financiación a mediano y largo plazo para las actividades urbanas que lo requerían, el Estado asumía ahora el papel de promotor y garante del financiamiento para paliar situaciones de desempleo cíclico real o potencial. Se proponía también la creación de un organismo de financiación del Banco Central con atribuciones para convertir depósitos de corto plazo (radicados en los bancos) en préstamos a quince años para las industrias y a veinticinco años para la construcción. Los destinos de los préstamos se enumeraban taxativamente: el desarrollo de las industrias –especialmente de aquellas que extrajeran o elaboraran materias primas nacionales, denominadas por esto mismo como "industrias naturales"–; la promoción de construcciones económicas, especialmente para empleados y obreros, también con uso preferente de materiales del país y, por último, compras de excedentes de productos invendibles en los mercados externos habituales, a realizar por entes públicos (Llach, 1984, p. 523).

Existía la preocupación de que a consecuencia del control de las importaciones y de las facilidades de financiación se produjera una industrialización exagerada. Para contrarrestar cualquier tendencia excesiva en la diversificación industrial se sugería considerar la sustitución de importaciones pero con especial cuidado respecto a las provenientes de países clientes de la Argentina que podrían disminuir la capacidad de venta en el extranjero. Asimismo, el Plan proponía un desarrollo industrial exportador y especializado en las materias primas nacionales. Se esperaba de este modo impedir el florecimiento de las "industrias artificiales" (las que demandaban materias primas que no se hallaban dentro del territorio nacional). Finalmente, el Plan proponía también alentar a

la construcción pero todo ello sin desconocer la importancia de las exportaciones agrícolas. Tal como expresaba Pinedo:

> La vida económica del país gira alrededor de una rueda maestra, que es el comercio exportador. Nosotros no estamos en condiciones de reemplazar esa rueda maestra por otra, pero estamos en condiciones de crear al lado de ese mecanismo algunas ruedas menores que permitan cierta circulación de la riqueza, cierta actividad económica, la suma de la cual mantenga el nivel de vida de este pueblo a cierta altura (frase pronunciada por Pinedo en el debate parlamentario, citada en Llach, 1984, p. 521).

Como parte del Plan, se creó la Corporación para la Promoción del Intercambio, una entidad que buscaba fomentar el comercio con Estados Unidos e impulsar la exportación de productos agrarios no tradicionales, de manufacturas e incluso de productos mineros a través de incentivos cambiarios.[31] Se trataba de vender las divisas provenientes de la exportación de artículos nuevos a quienes desearan importar productos sujetos a restricciones. De este modo, a la vez que se promovían las exportaciones de origen industrial se facilitaba el incremento de las compras a los Estados Unidos, país del que provenían la mayor parte de las importaciones restringidas.

La propuesta del ministro Pinedo fue intensamente discutida. Entre las entidades empresariales las posiciones fueron muy diversas: la Unión Industrial Argentina (UIA) manifestó su apoyo, la Sociedad Rural Argentina y la Bolsa de Comercio apoyaron el Plan con más reservas, poniendo especial énfasis en la necesidad de limitar la industrialización a las materias primas nacionales y de promover decididamente las exportaciones. Pero la Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa (CARBAP) y la Confederación de Asociaciones Rurales del Centro y Litoral Oeste (CARCLO), entidades representativas de los criadores de ganado, se opusieron tenazmente a todo lo que no fuera la compra de cosechas. Algo similar ocurrió con la Federación de Entidades Defensoras del Comercio y de la Industria en tanto expresaba el temor de que el Plan beneficiara solo al sector agrario. Reclamaban el desarrollo del mercado interno con un fuerte sentido regional, coincidiendo en este punto con la Federación Gremial del Comercio y la Industria de Rosario (Llach, 1984, p.529).

31 La Corporación para la Promoción del Intercambio fue fundada por Decreto N° 78466 el 29 de noviembre de 1940. Su directorio estaba integrado por los principales ejecutivos de las empresas norteamericanas radicadas en la Argentina que actuaban como compradores de divisas. Pero también estaban representados los grandes consorcios multinacionales como Tornquinst, Bemberg, Bunge y Born y Leng Roberts entre otros. Mayores detalles en Kabat (2013).

Los partidos políticos también tomaron actitudes diferentes. En el Senado, donde el oficialismo tenía mayoría, el Plan fue aprobado con la sola oposición de los tres representantes radicales. Los legisladores de la Concordancia, no se mostraron mayoritariamente apasionados con el programa y procedieron a aprobarlo previa eliminación de sus aspectos más industrialistas. El socialismo adoptó una tradicional actitud crítica hacia el emisionismo y a lo que consideraban como un "proteccionismo espurio". Sin embargo, en la Cámara de Diputados, controlada por el radicalismo, el Plan no llegó a tratarse por la negativa del sector a considerar proyecto alguno del PEN. Y en este punto, es claro el triunfo de la política sobre la economía. Por más afable y conveniente que resultara el Plan, el radicalismo no estaba dispuesto a dejar pasar las irregularidades que se habían vivido en aquellos días en las fraudulentas elecciones de Santa Fe (en donde había sido asesinado Risso Patrón, general retirado y militante radical). Tampoco, pasarían por alto el fraude que se había consolidado en las elecciones de Mendoza cuando el 5 de enero de 1941 fuera asesinado el diputado provincial radical Ernesto Matons. Frente a este panorama, los legisladores radicales se opusieron a cualquier consideración proveniente del Ejecutivo hasta tanto no fueran intervenidas ambas provincias.

El devenir de la historia económica argentina vino a marcar *ex post* que el Plan Pinedo había considerado situaciones conflictivas a nivel internacional que finalmente no tuvieron lugar. Durante la Segunda Guerra Mundial el país no solo mantuvo los mercados tradicionales de exportación –aunque las ventas se debieron cobrar en libras "bloqueadas" que podían usarse solo para compras en el Imperio británico; un aspecto que tomaría particular relevancia en los años del peronismo–. También se logró colocar un mayor volumen de exportación en mercados como el norteamericano y en los países que demandan abastecimiento mientras el país del norte se abocaba a la guerra.

Finalmente, el Plan Pinedo es una muestra del cambio de percepción respecto al lugar que podían ocupar tanto la industria como el Estado en un plan de desarrollo económico. Si durante los años treinta las intervenciones del Estado en materia económica se habían guiado por la voluntad de atender a los desequilibrios fiscales, resulta evidente que la propuesta de fomento industrial incluida en el Plan tiene rasgos de una política económica consciente y dirigida específicamente al fomento de la actividad industrial. Claro que aún no se trata del reemplazo absoluto y radical de un modo de desarrollo basado en la agroexportación hacia uno más bien dirigido por las industrias. No obstante, estas ideas ingresan en el terreno de las discusiones. Paulatinamente, van instalándose en

los debates económicos las ideas mercadointernistas. Como se verá en el capítulo siguiente, fue el peronismo el movimiento que logró consagrar una política industrial fuertemente orientada hacia el mercado interno y con el trasfondo de una economía política adversa al comercio exterior. Y si bien ello estuvo en relación con objetivos políticos vinculados a los intereses del peronismo se insertan en una estructura que fue madurando durante los años treinta.

2.10. A modo de cierre

Los años treinta marcan en la historia económica argentina un período en el que se ponen a prueba los principales resortes de la política y de la economía nacional. A una época turbulenta que se inaugura con la crisis de 1929 en Estados Unidos continúan una seguidilla de acontecimientos que bien le valieron a estos años el concepto de "depresión". Y es que la sensación de los contemporáneos no distaba mucho de lo que hoy nos muestran las estadísticas. Si por un lado comenzó un período en el que las Fuerzas Armadas se sintieron capaces de adentrarse en la política abandonando el mundo de los cuarteles, también los sectores sociales que no se habían sentido a gusto con los procesos democratizadores previos tuvieron un momento en el que sintieron que todo retornaba a un viejo estadio en el que la política y su mundo podían volver a ser puestos en su lugar. Desde esta concepción es que se plantea la Restauración Conservadora; un momento cuasi coyuntural dentro del marco institucional argentino en el que todo era válido para sostener a quienes se consideraban a sí mismos como los más aptos para gobernar. El fraude y las maniobras electorales espurias daban paso a una concepción muy limitada de la representatividad política.

No fueron menos las problemáticas que se plantearon desde el punto de vista económico. El hundimiento de la economía golpeó a un país que dependía de lo que lograba colocar en el exterior. La economía argentina parecía haber seguido el rumbo aconsejado por David Ricardo y se había insertado en el comercio mundial aprovechando sus ventajas comparativas. Si los productos intensivos en tierra habían sido durante tanto tiempo la principal fuente de la riqueza nacional, ¿por qué abandonarlos ahora cuando parecía que el país más lo necesitaba? Sin embargo el problema no era la intención de abandono –que nunca fue planteada durante los peores años de la crisis– sino la posibilidad de encontrar mercados que aceptaran los productos argentinos tal y como lo habían hecho hasta la década de 1920. La crisis inaugura así un nuevo escenario donde las respuestas parecían residir en un mayor grado de intervención

estatal. La profundidad de la crisis y la imposibilidad de una rápida recuperación demandaban un cambio de rumbo. Pero la clase dirigente argentina y los expertos que la rodeaban juzgaron prioritaria la situación externa (las obligaciones de la deuda, sobre todo) y fueron desbordados por una preocupación: mantener el equilibrio presupuestario o, al menos, disminuir el déficit fiscal. Las medidas que en términos de políticas económicas aplicó el Estado argentino estuvieron condicionadas por esta percepción. Desde la política monetaria –abandono del patrón oro, implantación del control de cambios, emisión monetaria, manejo de las tasas de interés y del crédito y la creación del Banco Central– y fiscal –política arancelaria e impositiva y manejos del presupuesto estatal– hasta la institucionalización de las juntas reguladoras, se buscó continuar con un modelo que se comprendía, podía llevar a la nación a un estado de crecimiento económico sostenido. La problemática externa, tal vez, era concebida como pasajera.

Sin embargo, las políticas económicas adoptadas tuvieron la contracara de permitir un desarrollo industrial que estuvo orientado a la sustitución de importaciones. En un mundo en el que los precios de las materias primas declinaban aceleradamente –o al menos más rápidamente que el precio de las importaciones–, las compras en el exterior representaban una verdadera sangría de divisas. Las barreras arancelarias actuaron protegiendo a los productores locales y una temprana industria afloró. Pero este florecer no constituyó una política industrializante directa y consciente. Fue más bien una consecuencia de medidas que se destinaban a otros fines. Si para algunos los años treinta marcan el inicio de un camino hacia el desarrollo por una vía industrial, el pacto Roca-Runciman está allí para anunciar que la prioridad continuaba en el campo. Y era tan importante esta fuente de recursos que todavía en 1940, el Plan Pinedo respetaba el lugar que ocupaba el sector en tanto que "rueda maestra de la economía".

En estos años, la industria y sus logros comenzarán un proceso de reacomodamiento dentro del esquema económico nacional que finalmente tomará cuerpo institucional cuando algunos años después sea desde el Estado cuando se busque con políticas específicas un aliento a la industria argentina. Para entonces, el contexto argentino habrá cambiado significativamente. El peronismo y el régimen estructurado por Perón marcarían un nuevo jalón dentro de la historia económica argentina que todavía tiene repercusiones en nuestros días. Pero este ya será el tema del próximo capítulo.

Bibliografía citada

Aglietta, M. (1978). *Regulación y crisis del capitalismo*. Madrid: Siglo XXI.

Aldcroft, D. (1985). *De Versalles a Wall Street 1919-1929*. Barcelona: Crítica.

Aldcroft, D. (2003). *Historia de la economía europea, 1914-2000*. Barcelona: Crítica.

Alhadeff, P. (1985). Dependencia, historiografía y objeciones al Pacto Roca. En: *Desarrollo Económico*, 25(99), pp. 447-458.

Balán, J. (1978). Una cuestión regional en la Argentina: burguesías provinciales y el mercado nacional en el desarrollo agroexportador. En *Desarrollo Económico*, 18 (69), pp. 49-87.

Barsky, O. y Gelman, J. (2001). *Historia del agro argentino. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires: Sudamericana.

Brown, E. C. (1956). Fiscal policy in the 'thirties: a reappraisal. En *American Economic Review*, 46, pp. 857-879.

De Privitellio, L. (2001). La política bajo el signo de la crisis. En A. Cataruzza (Dir.). *Nueva Historia Argentina. Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)* (pp. 97-142). Buenos Aires: Sudamericana.

Devoto, F. (2007). La inmigración de ultramar. En S.Torrado (Comp.). *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo centenario. Una historia social del siglo XX*. Tomo I (pp. 531-48). Buenos Aires: Edhasa.

Díaz Alejandro, C. (1975). *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Buenos Aires: Amorrortu.

Esteso, R. L. (1988). *Algunos elementos para el análisis de las relaciones entre el Estado Federal y las Provincias (1)*. Buenos Aires: Fundación Friedrich Ebert.

Evans, R. (2005). *La llegada del Tercer Reich. El ascenso de los nazis al poder.* Barcelona: Península.

Friedman, M. y Schwartz, A. (1963). *A monetary history of the United States, 1867-1960*. Princeton: Princeton University Press.

Fritzsche, P. (2006). *De alemanes a nazis, 1914-1918*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Gentile, E. (2004). *Fascismo: historia e interpretación* (Vol. 248). Alianza Editorial.

Gerchunoff, P. y Llach, L. (1998). *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*. Buenos Aires: Emecé.

Gerchunoff, P. (2016). *El eslabón perdido. La economía de los gobiernos radicales (1916-1930)*. Buenos Aires: Edhasa.

Girbal-Blacha, N., Zarrilli, A. y Balsa, J. (2001). *Estado, sociedad y economía en la Argentina (1930-1997)*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Graciano, O. (2007). Los debates y las propuestas políticas del Partido Socialista de Argentina, entre la crisis mundial y el peronismo, 1930-1950. En *Revista Complutense de Historia de América*, 33, pp. 241-262.

Hora, R. (2002). *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860– 1945*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Hobsbawm, E. (2003). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.

Johnson, P. (2000). *Tiempos modernos. La historia del siglo XX desde 1917 hasta nuestros días*. Buenos Aires: Javier Vergara editor.

Kabat, M. (2013). La Corporación para la Promoción del Intercambio y las exportaciones no tradicionales, 1941-1946. En *Revista de Historia Americana y argentina*, 48 (2), pp. 71-105.

Keynes, J. M. [1936] (2014). *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. México: FCE.

Kindleberger, C. (1985). *La crisis económica 1929-1939*. Barcelona: Crítica.

Korol, J. C. (2001). La Economía. En A. Cataruzza (Dir.) *Nueva Historia Argentina. Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)* (pp. 17-47). Buenos Aires: Sudamericana.

Lanata Briones, C. (2012). New estimates on the standard of living of workers of the city of Buenos Aires, 1933-1945. III Congreso Latinoamericano de Historia Económica y XXIII Jornadas de Historia Económica. Mesa general 3: Crecimiento, Desigualdad y Estándares de Vida. San Carlos de Bariloche, 23 al 27 de octubre de 2012. Disponible en: http://www.aahe.fahce.unlp.edu.ar/Jornadas/iii-cladhe-xxiii-jhe/

Ledesma, L. (2017). Condiciones y niveles de visa en el interior de Argentina. Territorio Nacional de La Pampa, primera mitad del siglo XX. En A. Lluch (Ed.). *Desarrollo, políticas públicas e instituciones: la experiencia de La pampa en una visión de largo plazo* (pp. 193-220). Santa Rosa: EdUNLPam.

Lewis, C. (1975). Anglo-Argentine Trade, 1945-1965. En D. Rock (Ed.) *Argentina in the twentieth century*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

Llach, J. (1984). El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo. En *Desarrollo Económico*, 23 (92), pp. 518-558.

Lluch, A. y Lanciotti, N. (2010). Las empresas extranjeras en la economía argentina: determinantes, factores de atracción y modalidades de organización (1924-1960). En XXII Jornadas de Historia Económica. AAHE, Universidad de Río Cuarto. Río Cuarto, 21 a 24 de septiembre.

Lorenzutti, J. (1996). *Dinero, política y bancos: historia del Banco Central de la República Argentina, 1935-1995*. Buenos Aires: Ediciones Dunken.

Mateu, A. M. (1994). Bancos, créditos y desarrollo vitivinícola. En *Cuadernos de Historia Regional*, 17, pp. 113-162.

Miralles, G. (2013). Estrategias y tramas empresariales del sector frutícola en el Alto Valle del Río Negro (1930-2005). En *Estudios Rurales*, 3 (4), pp. 1-12.

Mochon F. y Beker, V. (2008). *Economía, principios y aplicaciones*. Buenos Aires: Mc Graw Hill.

Moyano, D. (2012). Firmas familiares, empresariado e industria azucarera en Tucumán (1895-1945). En *Población y sociedad*, 19 (2), pp. 218-230.

Nove, A. (1973). *Historia económica de la Unión Soviética*. Madrid: Alianza.

Ospital, M. S. (2013). Políticas públicas para la fruticultura en Argentina, 1930-1943. En *América Latina en la Historia Económica*, 20 (1), pp. 78-97.

Paxton, R. y Flórez J. (2005). *Anatomía del fascismo*. Barcelona: Península.

Persello, A. (2006). Partidos políticos y corporaciones: las juntas reguladoras de la producción, 1930-1943. En *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 29, pp. 85-118.

Rapoport, M. (2013). *En el ojo de la tormenta. La economía política argentina y mundial frente a la crisis*. Buenos Aires: FCE.

Regalsky, A. e Iglesias, M. (2014). Banca pública y banca privada en la Argentina en la era de la Caja de Conversión, 1890-1930. En: XIV Jornadas de Historia. La economía argentina, del comercio virreinal a la nación exportadora. Buenos Aires.

Robins, L. (1934). *The Great Depression 1929-1934*. Londres: Macmillan.

Rocchi, F. (2000). El péndulo de la riqueza. La economía argentina en el período 1880-1916. En: M. Lobato (Dir.) *Nueva Historia Argentina*.

El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916). Tomo V (pp. 15-69). Buenos Aires: Sudamericana.
Romer, C. (1992). What ended the Great Depression? En *The Journal of Economic History*, 52 (4), pp. 757-784.
Rubins, R. y Cao, H. (1996). Economías regionales y crisis económica. En *Realidad Económica*, 141, pp. 33-55.
Sidicaro, R. (1995). Los conflictos entre el Estado y los sectores socioeconómicos predominantes en la crisis del régimen conservador (1930-1943). En W. Ansaldi *et al*., *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946* (pp. 303-348). Buenos Aires: Biblos.
Smith, P. (1986). *Carne y política en la Argentina*. Buenos Aires: Hyspamérica.
Sternhell, Z. (1994). *El nacimiento de la ideología fascista*. México: Siglo XXI.
Temin, P. (1995). *Lecciones de la Gran Depresión*. Madrid: Alianza Editorial.
Varga, E. [1935] (1996). *La crisis económica y social*. Madrid: Editorial Sociales.
Weitz, E. (2009). *La Alemania de Weimar.* Barcelona: Turner.
Winograd, C. (1984). *Open Economy and predetermined Exchange rate. What do we learn?*. Buenos Aires: Estudios Cedes.
Zamagni, V. (2016). *Una historia económica. Europa de la Edad Media a la crisis del euro*. Barcelona: Crítica.

Fuentes

Botana, N., Gallo, E. y Fernández, E. (1997). *Serie Archivo Alvear. 1. Crisis de 1930*. Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella.
La Vanguardia, 16 de septiembre de 1931, Buenos Aires.
Marx, G. (1980). *Groucho y yo*. Barcelona: Tusquets.
Rosa, J. M. (1965). *Historia Argentina*, tomo 10. Buenos Aires: Oriente.

Bibliografía sugerida

Cattaruzza, A. (Dir.) (2001). *Nueva Historia Argentina. Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Tomo VII. Buenos Aires: Sudamericana.
De Jong, G. M. (2010). *La fruticultura patagónica del Alto Valle: conflictos de una actividad económica ineficiente en la era del capital tecnológico*. Buenos Aires: La Colmena.

Gerchunoff, P. y Llach, L. (1998). *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*. Buenos Aires: Emecé.
Rapoport, M. (2013). *En el ojo de la tormenta. La economía política argentina y mundial frente a la crisis*. Buenos Aires: FCE.
Zamagni, V. (2016). *Una historia económica. Europa de la Edad Media a la crisis del euro*. Barcelona: Crítica.

CAPÍTULO 3

La economía política del primer peronismo (1943-1955)

Federico Martocci

Introducción

Hace poco más de una década, Claudio Belini y Marcelo Rougier, historiadores especializados en la etapa del primer peronismo, llamaban la atención respecto de la escasa relevancia que tuvieron los estudios sobre la economía y la política económica durante el período 1946-1955, incluso luego de la revitalización de las investigaciones historiográficas que aconteció una vez concluida la última dictadura militar. En tal sentido, los aspectos más visitados sobre dicho período, al menos hasta los albores del siglo XXI, no habían sido los económicos, sino los políticos y sociales. Por esa razón, de acuerdo a sus opiniones, tuvieron tanto peso en la historiografía posterior aquellas interpretaciones que, desde la visión de los economistas, analizaban negativamente la experiencia económica peronista (consultar Di Tella y Zymelman, 1967; Ferrer, 1968; Díaz Alejandro, 1975). A su vez, durante la década del noventa aparecieron trabajos de síntesis que abordaban la historia económica argentina en el largo plazo, pero en lo que refiere al peronismo no diferían sustancialmente de los planteos de Aldo Ferrer o Carlos Díaz Alejandro y hacían hincapié en las contradicciones de la política económica y en el carácter "cerrado" de la economía (ver Gerchunoff y Llach, 1998). Sin embargo, desde hace algunos años la agenda de temáticas vacantes que identificaron los historiadores citados arriba se comenzó a desbrozar con el avance del nuevo siglo. De ese modo, la política industrial, el desarrollo de las finanzas, el sistema crediticio, las iniciativas oficiales en materia agropecuaria, el desempeño de las empresas públicas y las complejas relaciones entre el Estado, su burocracia y los empresarios se convirtieron en tópicos centrales para la historiografía económica argentina (Belini y Rougier, 2006, pp. 351-367).

La proliferación de investigaciones sobre el período explorado en este capítulo ha sido tan abundante que resulta imposible (y tampoco es nuestro objetivo) repasar en pocas páginas los postulados más importantes al

respecto. Entre los aspectos explorados se destacan aquellos que focalizan en la incidencia del peronismo en materia política y social, aunque recientemente se ha planteado la necesidad de cambiar en cierta forma la matriz analítica con que se aborda el proceso histórico (Acha y Quiroga, 2012). Pese a que las recientes líneas de análisis brindan interpretaciones novedosas, es elocuente que los estereotipos continúan vigentes en lo que respecta al rol disruptivo del peronismo en términos económicos. Aquí intentaremos, tomando como base los aportes de referentes en la materia, ofrecer un panorama de la economía política del primer peronismo. Para ello, partimos de la perspectiva de Rougier (2012) sobre la inexistencia de una directriz económica homogénea entre 1946 y 1955. En cambio, él identifica una política inicial, en la que la redistribución del ingreso, la iniciativa por la nacionalización, la expansión del crédito y el gasto público y el impulso por las manufacturas ocupan un lugar central; y una etapa posterior, que comienza entre fines de la década del cuarenta e inicios de la siguiente, signada por el problema de la escasez de divisas y la inflación. Centremos la atención ahora en el contexto histórico que le permitió a Juan Domingo Perón llegar a la presidencia de la nación.

3.1. El golpe de Estado de 1943 y el ascenso político de Juan Domingo Perón

El 4 de junio de 1943 tuvo lugar, en un contexto de creciente desprestigio de la gestión de Ramón Castillo, el segundo golpe de Estado de la historia argentina. Quien lo encabezó fue Arturo Rawson, pero a los pocos días fue desplazado por Pedro Ramírez, a su vez destituido en febrero de 1944 por Edelmiro J. Farell. Los militares no tenían un proyecto de gobierno, pero el Grupo de Oficiales Unidos (GOU) presentaba un plan que era bastante concreto. Esa logia militar, conformada poco tiempo antes del golpe con la participación de capitanes, coroneles y tenientes coroneles (algunos de los cuales habían participado del golpe de Uriburu), se oponía a la candidatura de Robustiano Patrón Costas y pretendía restarle fuerza a los generales cercanos a Estados Unidos. La idea era evitar la presión norteamericana para quebrar la neutralidad argentina en el marco de la Segunda Guerra Mundial, así como también combatir la intromisión del poder político en el Ejército, eliminar el conflicto social y controlar las actividades comunistas. Entre los miembros del GOU estaba el coronel Juan Domingo Perón, que accedió en principio a la Secretaría de Guerra y luego, durante la gestión de Farell, a la Secretaría de Trabajo y Previsión (desde donde realizó una importante política social y arbitró las relaciones entre obreros y patrones).

La oposición política de inmediato (luego de la disolución de partidos políticos, la implantación de la enseñanza religiosa y la intervención de universidades) asoció al gobierno con el fascismo. La tenaz neutralidad del gobierno ante el conflicto bélico hizo mucho más férreas esas posturas. Recién a inicios de 1944 Ramírez cortó las relaciones diplomáticas con Alemania y Japón; y en marzo del año siguiente, cuando el conflicto bélico estaba prácticamente definido, Farell le declaró la guerra a Alemania. En cambio, pese a las críticas de sectores de la izquierda al gobierno y a Perón, las medidas sociales que este último impulsó desde la Secretaría de Trabajo (regulación de las relaciones de trabajo entre propietarios y obreros rurales, jubilaciones, pensiones y vacaciones pagas, indemnización por accidentes laborales) le sirvieron para obtener el apoyo de muchos trabajadores. También intentó conquistar la simpatía de los empresarios, motivo por el cual atizó el fantasma del comunismo; sin embargo, no obtuvo resultados favorables en ese sentido. La formación de la Unión Democrática en septiembre de 1945, donde se núcleo la oposición política, dio lugar a la Marcha por la Libertad y la Constitución y generó un clima de presión que precipitó desacuerdos en las filas castrenses. El 8 de octubre de ese mismo año Perón renunció a sus cargos, fue detenido y enviado a Martín García. Luego de la concentración popular del 17 de octubre de 1945 en la Plaza de Mayo, realizada para pedir la liberación de Perón y la restitución en sus cargos, ese militar recuperó su libertad y acrecentó enormemente su significación política. Ese fue el día, parafraseando a Mariano Plotkin (2007), "que se inventó el peronismo".

Las elecciones estaban programadas para el 24 de febrero de 1946. Los diversos sectores sociales y políticos que apoyaban a Perón conformaron el Partido Laborista, en el que confluyeron trabajadores, miembros de la UCR-Junta Renovadora y nacionalistas del Partido Patriótico. La oposición se abroqueló en la Unión Democrática y recibió el apoyo de la Sociedad Rural Argentina (SRA) y la Unión Industrial Argentina (UIA). En la elección triunfó la fórmula Juan Domingo Perón-Hortensio Quijano y poco después el Partido Laborista fue disuelto por orden de Perón, en un claro intento por subordinar a los sectores sindicales que habían motorizado su creación. A partir de ese momento, el líder del peronismo gobernó durante dos mandatos consecutivos, lo cual fue posible por la reforma constitucional de 1949. No obstante, la segunda presidencia fue interrumpida en 1955 a raíz de un nuevo golpe de Estado autodenominado Revolución Libertadora.

3.2. La situación económica luego de la guerra

Los militares argentinos tomaron el poder cuando la Segunda Guerra Mundial se comenzaba a definir en favor de los aliados que luchaban contra el Eje. Alemania, Italia y Japón fueron finalmente derrotados y, a nivel internacional, ya se habían empezado a pensar las iniciativas para atender los problemas económicos y así evitar los errores que se cometieron luego de la Primera Guerra Mundial y en la etapa de entreguerras. Ese fue uno de los objetivos centrales de la conferencia de Bretton Woods, donde se diseñaron políticas y se crearon instituciones que apuntaban en ese sentido. Sin embargo, Perón se mostraba escéptico al respecto y descreía bastante de las promesas de fundar un nuevo orden económico internacional, cuya base residiría en la libre convertibilidad de las monedas y en el restablecimiento del comercio multilateral. Su experiencia le permitía avizorar "oscuros nubarrones" en el panorama económico de posguerra, a la vez que los numerosos ejemplos en diversos países colocaban ante sus ojos una realidad inapelable: los roles del Estado se ampliaban en todo el mundo y eso implicaba mayor intervención (Gerchunoff y Antúnez, 2002, pp. 129-133).

En lo que respecta a la situación económica en Argentina al promediar la década del cuarenta, según advierten Claudio Belini y Juan C. Korol (2012, pp. 113-114), cabe señalar que continuaba siendo la más rica y diversificada de América Latina y tenía el ingreso per cápita más alto del subcontinente. Las reservas del Banco Central eran de 1.700 millones de dólares, fruto del superávit comercial que provocó la reducción de las importaciones. En el transcurso de la guerra, además, la estructura económica argentina se había transformado: el sector primario dejó de ser el motor de la economía, mientras que la industria manufacturera se convertía en el sector más dinámico. El país alcanzó beneficios con el incremento de los precios internacionales de sus productos primarios, pero el volumen de esas exportaciones se redujo progresivamente. Ese rol de proveedor (incluso de otros países latinoamericanos) permitió que Argentina tuviera superávit en todas las áreas comerciales y, mediante la colocación de productos en el área del dólar, que acumulara divisas de libre disponibilidad. A diferencia de lo ocurrido después de la Primera Guerra Mundial, al finalizar la Segunda en el país las divisas eran abundantes y lo que faltaba eran bienes, en especial los esenciales para mantener en funcionamiento el aparato productivo. La falta de productos manufacturados aceleró la industrialización sustitutiva en un contexto en el que los intercambios disminuyeron a raíz de la guerra. A pesar de ello, la

economía debió afrontar inconvenientes causados por la dificultad para importar bienes de capital y la escasez de insumos y combustibles.

La paz, en contra de ciertos pronósticos, permitió la recuperación del comercio mundial, situación que puso en un primer plano la incidencia que tendría la competencia externa en el desempeño de las industrias recientemente instaladas. Este tema para los contemporáneos no pasaba inadvertido, incluso a mediados de esa década eran muchos (sectores militares, economistas, empresarios) los que opinaban a favor de un cambio en la orientación económica nacional. Desde algunas perspectivas, después de una etapa de altos precios internacionales para los productos primarios en la coyuntura posbélica, se experimentaría un descenso de esos precios. Esta lectura de la realidad instaba a alentar la industrialización a fin de que la economía no sea tan vulnerable ante las fluctuaciones del mercado. La necesidad de alentar las exportaciones de productos con valor agregado y de industrializar sin "cerrar" la economía era defendida por un grupo de economistas, discípulos de Alejandro Bunge, que tuvieron mucha injerencia en la toma de desiciones durante los inicios del gobierno peronista (Belini, 2006), tema sobre el que volveremos más adelante.

3.3. La primera presidencia de Perón (1946-1952)

3.3.1. La política económica y la transformación del Estado

Tal como señala Marcelo Rougier (2012, pp. 18-19), "durante los primeros años de la experiencia peronista no existió un cuerpo teórico definido que actuara como guía y sustento de las medidas económicas que se implementaban, y muchas de ellas resultaron de decisiones tomadas como respuesta a coyunturas previas a la gestión de gobierno y otras particulares que se fueron presentando". Más bien, agrega este autor, el accionar oficial en materia económica se enmarcó en un ambiente intelectual signado en líneas generales por la gran difusión de las ideas de John M. Keynes luego de la crisis económica de 1929, por el impacto del *New Deal* implementado por Franklin Roosevelt en Estados Unidos, por el programa intervencionista de William Beveridge en Gran Bretaña, por los planes soviéticos de industrialización acelerada y por los ejemplos que brindaba el fascismo italiano en la materia. De acuerdo a las investigaciones de Rougier (2012, pp. 196-197), la "política económica del peronismo" no fue uniforme ni tampoco contempló una estrategia de desarrollo de largo plazo. En cambio, su objetivo principal fue la distribución del ingreso a favor de los trabajadores, razón por la cual en

ocasiones se subordinó la economía a la dinámica política. En las páginas siguientes centraremos la atención en el período que va de 1946 a 1952 con el fin de analizar, por un lado, la etapa de intenso crecimiento desde la asunción de Perón hasta fines de 1948 y, por otro lado, el período de crisis que se inicia aproximadamente en 1949, como resultado de los problemas del sector externo y la inflación, y concluye en 1952.

La política económica peronista, además de redistribuir el ingreso, se proponía la expansión del mercado interno y el crecimiento industrial. Para alcanzar esos objetivos el presidente de la nación llevó a cabo reformas institucionales que extendieron el papel del Estado y fortalecieron su capacidad para reorientar la composición y la distribución del ingreso nacional (Belini y Korol, 2012, p. 115). Sin atender a dichas reformas no es posible explicar ese "mundo feliz" al que refieren Pablo Gerchunoff y Damián Antúnez (2002, pp. 139-141) cuando exploran la etapa 1946-1949, caracterizada por el aumento de los salarios reales y el notable cambio distributivo. A comienzos de 1946, antes de la asunción de Perón, el gobierno encabezado por Farell dispuso la nacionalización del Banco Central y de los depósitos de las instituciones crediticias privadas. De esta forma, el gobierno obtuvo el control del Banco Central, comenzó a garantizar los depósitos del sector privado y brindó al Banco Central instrumentos fundamentales para regular tanto el volumen como la orientación del crédito. La reforma permitió además que ese Banco ejerciera dirección sobre los bancos Hipotecario Nacional, de la Nación y de Crédito Industrial, así como también respecto de la Caja Nacional de Ahorro Postal. En síntesis, el gobierno lograba así un manejo más discrecional de la política monetaria y crediticia, con lo cual estimularía la actividad económica. Asimismo, se creó el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI), institución que monopolizó, especialmente, el comercio de exportación de cereales (y de productos pecuarios, en menor medida) y que ejerció control sobre las importaciones de materias primas y de equipamientos para la industria y el agro, temática sobre la que ampliaremos en otro apartado. El accionar del IAPI le permitió así al gobierno captar una parte de la renta agraria, a través de la nacionalización del comercio exterior (con precios en alza de los productos primarios), y disponer de esos recursos para fomentar el pleno empleo e incrementar el gasto público. Este último fue financiado, especialmente, a partir de la emisión monetaria, del crédito público y de la colocación de títulos de la deuda en las Cajas de Jubilación. Como han planteado Belini y Korol (2012, p. 115), el gasto público entre 1946 y 1955 experimentó un incremento que, a precios constantes, alcanzó al 60% de acuerdo a los datos brindados por la CEPAL.

3.3.2. El Primer Plan Quinquenal (1947-1952)

Como ya señalamos, el IAPI fue un instrumento esencial para el gobierno puesto que permitía la redistribución del ingreso del sector agrícola hacia el sector industrial. A su vez, hay quienes destacaron también que la reorientación de esos ingresos tuvo como corolario la disminución del área sembrada a raíz del desaliento que provocaba entre los productores la fijación de precios para las cosechas. Ahora bien, para explicar la acción planificadora es preciso tener en cuenta otro elemento importante, como lo era para ese entonces el carácter asumido por la nueva estatalidad. Estudios recientes dan cuenta de la existencia de un Estado "planificador" e "informado", ello es, basado en capacidades administrativas que contribuían a reordenar el perfil productivo así como las relaciones entre capital y trabajo, y que además demandaba información precisa tanto para diseñar planes globales como para entablar negociaciones sectoriales (González Bollo, 2014, p. 221). Para obtener esos datos se levantó el Cuarto Censo General de la Nación, en 1947, que superó ampliamente en cobertura geográfica a los tres censos nacionales anteriores y contó con el apoyo logístico de las Fuerzas Armadas y suscitó notable interés a nivel social. En lo que respecta a los actores específicos, cabe mencionar la participación de José Figuerola, especialista en estadística y relaciones laborales de origen español que, además de tener un papel central en la realización de dicho Censo, dirigió la Secretaría Técnica de la Presidencia (ex Consejo Nacional de Posguerra). El desempeño de actores como Figuerola ha comenzado a se explorado por la historiografía a partir del estudio de los dirigentes peronistas de "segunda línea".[32] Fue en el ámbito de la Secretaría Técnica, conjuntamente con algunos otros organismos públicos, donde se delineó el Primer Plan Quinquenal (1947-1951).

Dicho Plan incluía varias medidas que ya estaban en marcha en algunas áreas y contemplaba objetivos que eran muy ambiciosos (y adolecían de cierta vaguedad), entre los cuales destacaban la transformación de la estructura económica y social y el logro de la "independencia económica", concepción esta muy presente en el discurso oficial de la época. De ese modo, se pretendía contribuir a elevar la calidad de vida de la población, a generar infraestructura en las áreas de salud, vivienda y educación, al rescate de la deuda externa y la nacionalización de los servicios públicos. Allí estaban contempladas las inversiones necesarias para garantizar la provisión de materias primas, combustibles y equipos

32 En relación con esa temática, consultar las obras compiladas por Rein y Panella (2013; 2017).

para el funcionamiento de la economía. El Plan daba cuenta de la concepción peronista sobre la nacionalización y la "independencia económica" (Rougier, 2012, pp. 61-62). Esta última se declaró oficialmente el nueve de julio de 1947 luego de la compra de los ferrocarriles británicos, tema que ampliaremos en el apartado siguiente. Pero, al mismo tiempo, a partir del Primer Plan el gobierno explicitó su intención de orientar la economía hacia el mercado interno y fomentar la industrialización. Pese a las acciones tendientes a alentar las industrias ya existentes y las nuevas, así como también las producciones destinadas a la defensa nacional, la implementación de la política se tornó dificultosa por la falta de indicaciones claras sobre los mecanismos a utilizarse para alcanzar los objetivos del Plan. Por ejemplo, la producción de hilados de algodón se incluyó como industria con apoyo oficial, pero no se diseñó desde el Estado una política sectorial. Peor ocurrió con la industria cementera, puesto que no fue objeto de previsión oficial en el Plan a pesar de que el gobierno peronista proyectaba importantes obras públicas (Belini, 2009, p. 199).

Los proyectos económicos del Primer Plan debieron afrontar los inconvenientes derivados de la carencia de estadísticas confiables, solo en parte subsanada a partir del Censo de 1947, ya que la elaboración del Plan se retrotraía a mediados del año anterior. Como advirtió Belini, entre las industrias existentes que se promovieron estaban las que usaban materias primas nacionales y se orientaban al mercado interno (textil, química y del papel), así como las que requerían insumos importados y producían artículos para la defensa y el consumo local (metalúrgica y del caucho). El fomento de las industrias nuevas también estaba contemplado, como señalábamos antes, entre ellas la del acero y del automóvil. La promoción no se limitó a las llamadas "industrias naturales" y además contemplaba la exportación de algunas manufacturas. No obstante, los instrumentos que permitirían alcanzar los objetivos no se especificaban, simplemente se sugería que los logros llegarían con las nuevas atribuciones que se le otorgarían al Poder Ejecutivo con la sanción de los proyectos de ley de Fomento Industrial y de Reforma Aduanera, con lo cual se incrementaría la intervención estatal en el fomento de la industrialización. Al igual que sucedió con la elaboración de políticas públicas en la década del treinta y con la política industrial durante la dictadura de 1943, la política industrial del peronismo estuvo a cargo de las secretarías Técnica y de Industria en el transcurso de 1946 y ello implicó el protagonismo de la burocracia estatal. Los sectores económicos involucrados no tuvieron, pese a la retórica inicial de Perón sobre el tema, una participación relevante en el diseño del Primer Plan Quinquenal.

Esa nula participación de los empresarios sin duda se vincula con la escasa tolerancia del gobierno a las críticas sobre su planificación (planteadas desde *La Nación* y *La Prensa* pero también en *La Vanguardia* y *La Hora*), y también a los conflictos que enfrentaban a los sectores de la UIA con el peronismo en la posguerra, situación que llevó por cierto a la intervención oficial de dicha entidad (Belini, 2014, pp. 35-54). Sin embargo, algunos empresarios apoyaron al gobierno y se sumaron al equipo económico, como Miguel Miranda y Rolando Lagomarsino, quienes alcanzaron posiciones de gran relevancia. El primero de ellos, por caso, estuvo al frente del Banco Central nacionalizado y del IAPI, situación que denota su trascendencia en el manejo de la economía durante los primeros años del gobierno de Perón.

3.3.3. Las nacionalizaciones de los servicios

Detrás de las iniciativas en materia económica, el tópico de la "nacionalización" (y "lo nacional") tenía un peso específico en el discurso oficial. Veamos un ejemplo que ilustra al respecto. Una propaganda del gobierno, en la que se difundía el Primer Plan Quinquenal, rezaba: "La pujanza de un pueblo fuerte en un gigantesco paso hacia la recuperación nacional" (véase Gerchunoff y Antúnez, 2002, p. 143). La disponibilidad de divisas en los momentos iniciales del gobierno y la desconfianza ante las inversiones externas, advirtió Rougier (2012, p. 63), llevó a que la "nacionalización" se tradujera en una política que apuntaba más a la "argentinización" que al efectivo control estatal. Por cierto, a comienzos de la gestión de Perón se fomentó la creación de sociedades mixtas, a partir de empresas existentes o de reciente fundación, con el fin de estimular la activa participación del capital privado (nacional o extranjero), como sucedía en otros lugares del mundo. Cabe señalar que, sin embargo, el proceso de nacionalización acaecido en la etapa peronista debe ser entendido, de acuerdo a ese historiador, como una continuidad (con características específicas) de las ideas y actividades tendientes al estatismo que se hallaban en expansión desde los años treinta. En tal sentido, el peronismo no representó un "punto de ruptura" en la constitución de un "Estado empresario", ya que la tendencia favorable a la estatización formaba parte desde hacía tiempo de las ideas de sectores que eran afines al gobierno e incluso de grupos militares con intereses en la industria bélica (Rougier, 2012, p. 64).

Dicho esto, es imposible negar el importante papel que le cupo al gobierno en lo que refiere a la marcada expansión del rol empresarial del Estado. Entre 1946 y 1950 se nacionalizaron, como ocurría en muchos

otros países del mundo, empresas de transporte y algunas industriales, pese a que inicialmente Perón mostró cierta desconfianza ante la transferencia de empresas privadas al Estado (porque prefería las sociedades mixtas). La primera nacionalización se llevó a cabo en agosto de 1946, cuando se adquirió la Unión Telefónica, filial local de la International Telephone and Telegraph Corporation, por la que se pagó una suma de 95 millones de dólares. Luego se anunció la conformación de una sociedad mixta en la que participó el Estado, los empleados telefónicos y el capital privado nacional: la Empresa Mixta Telefónica Argentina (EMTA). Las sospechas de un déficit considerable y la falta de información sobre la actividad económica de EMTA colocó a la firma en una situación difícil y, finalmente, a inicios de 1948 la empresa fue disuelta y los servicios se transfirieron al Estado (Belini y Korol, 2012, pp. 126-127).[1] Este no fue, sin embargo, el único intento de empresa mixta que fracasó. Perón apoyó, además, un proyecto por el cual la Standard Oil se asociaría a Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), pero debió abandonar esa iniciativa por la oposición que generó en las propias filas peronistas y en el seno de la UCR (con el diputado Arturo Frondizi a la cabeza). A este se sumó luego el fracasado proyecto de constituir una sociedad mixta entre ingleses y el Estado argentino, al que se opusieron sectores peronistas, radicales y nacionalistas. La situación derivó, fuertes críticas mediante, en la nacionalización de los ferrocarriles británicos en 1947, evento que el gobierno se encargó de celebrar.

Algunas nacionalizaciones fueron el resultado de procesos previos, como el de las empresas inglesas de transporte de pasajeros. En 1946 el régimen militar encabezado por Farell inició un juicio de expropiación de las líneas de colectivos de la Corporación de Transportes de la Ciudad de Buenos Aires, en 1948 el gobierno peronista intentó en cambio liquidar la Corporación, pero luego de extensas negociaciones en 1952 creó la empresa estatal Transportes de Buenos Aires S.A. El gobierno también compró la flota de la Compañía Argentina de Navegación Dodero y en 1949 creó con ella dos empresas públicas: la Flota Argentina de Navegación Fluvial y la Flota Argentina de Navegación de Ultramar. En cuanto al transporte por aire, en 1950 se conformó la empresa estatal Aerolíneas Argentinas, luego de frustrantes experiencias de varias sociedades mixtas en las que predominaron el déficit y los problemas operativos.

El sector industrial tampoco fue ajeno a las nacionalizaciones. En 1947, según detallan Belini y Korol, el gobierno creó la Dirección

1 Para ampliar sobre esta empresa, véase Belini (2015).

Nacional de Industrias del Estado (DINIE), donde se incorporaron numerosas empresas metalúrgicas, químicas, eléctricas, farmacéuticas y de la construcción que habían pertenecido a capitales alemanes. A su vez, se sumaron fábricas químicas y textiles instaladas por el Estado en los años treinta y algunas firmas inglesas que se habían nacionalizado junto con los ferrocarriles. DINIE funcionó como un holding público y proyectó instalar nuevas industrias, en tanto que el Estado fundó nuevas impresas para desarrollar diferentes actividades. En 1947 creó la Sociedad Mixta Siderurgia Argentina (SOMISA) y en 1952 convirtió la Fábrica Militar de Aviones (radicada en Córdoba) en otra empresa, denominada Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado (IAME), cuyo rol en el desarrollo de la industria automotriz fue muy importante (Belini y Korol, 2012, pp. 128-129).

Por su parte, Rougier concluye en que si bien es innegable que con el peronismo tuvo lugar una clara expansión de las actividades estatales en el área de los servicios, a la vez "resulta difícil afirmar que el gobierno llevara adelante una integrada y coherente estrategia de nacionalización o accediera con ello a la pregonada "independencia económica"" (Rougier, 2012, p. 72). En cambio, destaca este autor, la mayor injerencia del Estado en actividades económicas generó la necesidad de financiar las inversiones y el funcionamiento de las empresas con recursos públicos. Lograr el pleno empleo era un objetivo vital para el gobierno, razón por la cual la economía muchas veces quedaba a merced de la política. En la etapa que va desde 1946 a 1949 no resultaban preocupantes para el gobierno de Perón el incremento en los gastos y el creciente déficit fiscal, pero el agotamiento de las reservas y la creciente inflación se convertirían en las problemáticas a resolver.

3.3.4. La política social

La alianza política que le permitió a Perón acceder a la presidencia de la nación fue construida en una coyuntura particular: el militar que formaba parte del régimen que se instauró en 1943, a quien el 17 de octubre posicionó como actor político indiscutible, debía presentarse como una opción electoral viable cuando aún hacía muy poco tiempo que el Eje había perdido la Segunda Guerra Mundial. La principal base de apoyo que tenía, los trabajadores, la conquistó a través de su desempeño al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión, ámbito desde el que impulsó una política social sustentada en la aplicación de las leyes sociales existentes y la obtención de reivindicaciones de carácter laboral. A su vez, ciertos líderes sindicales de tendencia socialista y comunista fueron desplazados

y sustituidos por otros dirigentes de posturas afines a la negociación con el Estado. Las reivindicaciones obtenidas por los trabajadores durante los años previos a la elección presidencial le permitían a Perón plantear cosas como esta en el acto donde se proclamó su candidatura: "En nuestra patria no se debate un problema entre libertad y tiranía, democracia o totalitarismo [...] lo que en el fondo del drama argentino se debate es, simplemente, un partido de campeonato entre justicia social e injusticia social" (citado en Torre, 2002, p. 37).

Al acceder a la presidencia, Perón continuó dándole prioridad a las demandas de los trabajadores y promovió la sindicalización, en un marco signado por la pérdida de independencia del movimiento obrero y, en muchos casos, la persecución de militantes de la izquierda política. En este sentido, la intervención de los gremios más díscolos y la clausura de diarios como *La Vanguardia* (órgano de prensa del Partido Socialista) son muestras elocuentes del accionar oficial. De hecho, la reforma constitucional de 1949, realizada en un contexto económico crítico que se abordará más adelante, incorporó los derechos sociales pero no reconoció el derecho a huelga. La Confederación General del Trabajo (CGT) logró posicionarse como la principal organización representativa de los trabajadores y ello además unificó al movimiento obrero, aunque el costo que pagaron los sindicatos fue alto: la pérdida de autonomía.

En los años peronistas se conjugaron el intervencionismo estatal, la sustitución de importaciones y la justicia social, al punto que esto último, eje central del discurso de Perón, muchas veces marcó el ritmo de las desiciones en materia económica. Esto tuvo su correlato en la mejora del nivel de vida de los trabajadores a partir de la fijación del salario mínimo, el congelamiento de alquileres, el otorgamiento de créditos y planes de vivienda, la estipulación de precios máximos para los artículos de consumo popular, la construcción de escuelas, colegios y hospitales públicos, el fomento del turismo popular y la organización del sistema de seguridad social. De esta manera, según plantea uno de los referentes en el estudio del peronismo, desde el gobierno nacional "se otorgó una dignidad hasta entonces desconocida a los valores y prácticas del mundo del trabajo" (Torre, 2002, p. 49). El nuevo patrón distributivo, el despliegue de políticas monetarias y crediticias expansivas, el incremento del gasto público y el favorable desempeño de algunos sectores industriales (como las fábricas de cocinas y calefones a gas) alentaron una notable expansión del mercado interno. El acceso de los trabajadores a productos de consumo que hasta entonces estaban fuera de su alcance fue posible, especialmente, a partir del incremento de los salarios reales. Sin embargo, el período 1946-1955 no fue homogéneo al respecto, ya que desde 1949

la contracción de la economía y el deterioro de los términos del intercambio provocaron la reducción del consumo y la inversión. Al mismo tiempo, las exportaciones argentinas se redujeron y perdieron valor, con lo cual se desequilibró la balanza comercial, problemática que afectará a la economía nacional durante toda la década siguiente. A dicho desequilibrio se le sumó el aumento de la tasa de inflación, que al menos en parte se originaba en las políticas monetarias y crediticias expansivas y en los programas de inversión en el contexto del Primer Plan Quinquenal (Belini y Korol, 2012, pp. 139-142). Esa situación afectó severamente el salario de los sectores que integraban la principal base electoral de Perón. Luego de la elección en la que fue reelecto presidente, un equipo económico renovado implementó el llamado Plan de Estabilización de 1952, que analizaremos detenidamente más adelante, cuyo impacto en el bolsillo del trabajador fue notorio, entre otras cosas, por el congelamiento de los salarios. La austeridad se convirtió entonces en la consigna principal del gobierno, atrás había quedado la etapa de mayor esplendor del régimen peronista.

3.3.5. La política industrial peronista

En los últimos años, la historiografía avanzó notablemente en la investigación de la política industrial del primer peronismo. Actualmente, se conoce mucho más sobre el tema que hace dos décadas atrás, ya que se evaluaron los alcances reales del proceso, se analizaron los instrumentos empleados para el desarrollo industrial, así como también la aplicación efectiva y el carácter a veces errático que presentó esa política. De ese modo, los planteos generales, como el de Díaz Alejandro (1975) que identificaba como único objetivo de las políticas peronistas el reaseguro del pleno empleo (en tanto respuestas tardías a la Gran Depresión), dejaron paso a líneas más fructíferas de investigación que se concentran en el período peronista. Ello permite pesquisar no solo en qué medida el Estado favoreció el crecimiento y la diversificación industrial en esos años, sino además la distancia entre los objetivos iniciales y los logros concretos o las características (e incidencia práctica) de la relación entre el gobierno, la burocracia estatal y los sectores empresariales.

Uno de los máximos exponentes de esta renovación es Claudio Belini, que parte del estudio de seis casos específicos, las industrias siderúrgica, automotriz, cementera, textil, de electrodomésticos y de maquinaria agrícola, para demostrar fehacientemente que, en contra de lo que se pensó durante mucho tiempo, la política industrial peronista no tuvo un carácter autarquizante. Además, su investigación da cuenta de que, si

bien el gobierno de Perón marcó un cambio concreto en la orientación de las políticas públicas en materia industrial, los instrumentos utilizados para alentar el crecimiento del sector manufacturero no constituyeron un conjunto ordenado de manera coherente para lograr que ciertas industrias seleccionadas se desarrollen en el marco de una política general. A los efectos de explicarlo sintéticamente, los créditos, el control físico de importaciones, los tipos de cambio preferenciales para introducir materias primas y maquinarias y para exportar manufacturas o el incremento de los aranceles y la intervención estatal no son en sí mismos una política industrial. A ello se sumaba la imprecisión de las indicaciones oficiales para alcanzar los objetivos, situación que incrementó la autonomía relativa de la burocracia a cargo de poner en marcha esas políticas (Belini, 2009).

Dicho historiador identificó dos etapas en cuanto a la orientación de la política industrial del gobierno peronista. La primera, entre 1946 y 1950, caracterizada por una política sectorial carente de un "enfoque abarcador" y por la "utilización errática" de los instrumentos crediticios, cambiarios y para arancelarios. En esta etapa el estímulo más importante fue el crédito, pero la industria debió hacer frente a la competencia generada por las importaciones, en un contexto de disponibilidad de divisas y desactualización de los aforos de la tarifa aduanera. La segunda, iniciada en 1950 e interrumpida en 1955 a causa del derrocamiento de Perón, incluyó la derogación de los aforos, la fijación de nuevos derechos que incrementaron la protección aduanera y la revisión de los permisos de cambio para reducir las importaciones de aquellos bienes de consumo producidos por la industria local (por ejemplo, textiles y electrodomésticos) y redireccionar las divisas existentes a la compra de insumos y maquinarias. El Segundo Plan Quinquenal, como se verá más adelante, acentuó esa orientación e intentó establecer ciertas prioridades, entre las que estaban el desarrollo de la siderurgia, el impulso a la industria metalmecánica y la producción de químicos básicos.

Ahora bien, si focalizamos en la primera etapa y la vemos desde una perspectiva histórica, se advierten bien las deudas del peronismo con el régimen instaurado en 1943. Aún durante la guerra, sectores empresariales, de las Fuerzas Armadas y economistas e ingenieros vinculados con Alejandro Bunge se mostraban favorables a proteger desde el Estado a las industrias surgidas en el contexto bélico. Un grupo de estos últimos, cuyo principal líder era Emilio Llorens, accedió a puestos expectantes durante la dictadura militar de 1943 y, desde allí, comenzó a delinear la política sectorial (Belini, 2006). En esos años, los militares convirtieron a la Dirección General de la Industria en Secretaría de Industria

y Comercio, en 1944, y ese mismo año fundaron el Banco de Crédito Industrial, institución que tenía como objetivo resolver la carencia de crédito a mediano y largo plazo orientados a la industria. Con el fin de reducir las inseguridades inherentes a una economía dependiente del mercado externo, al asumir la presidencia Perón apoyó la orientación proindustrialista y ello se hizo evidente con el Primer Plan Quinquenal, a pesar de que en su implementación se desdibujaron ciertas propuestas iniciales e incluso que miembros del grupo Bunge (luego de abandonar sus puestos técnicos en el Estado a escasos meses de presentado el Plan) señalaron algunos de sus puntos débiles. Entre los más salientes estaban la desconexión entre los proyectos y la carencia de previsiones en lo que respecta al impacto de las inversiones planificadas (Belini, 2014, pp. 48-49).

Otro aspecto importante que aquí merece destacarse es el del financiamiento del sector industrial, tema sobre el que se produjeron excelentes estudios. En tal sentido, el accionar del mencionado Banco de Crédito Industrial tuvo una trascendencia notable y, al mismo tiempo, compleja. Rougier (2001), por su parte, ha demostrado que, en contra de las intenciones formuladas por el gobierno en cuanto al crédito industrial, el Banco rápidamente asumió un perfil comercial, ya que concentró la mayoría de sus préstamos a corto plazo, es decir, a financiar los gastos de evolución de sus clientes. Asimismo, de su pesquisa se desprende que la institución no implementó una política selectiva y que buena parte de sus créditos fueron a parar a las grandes empresas, no a las pequeñas y medianas. Noemí Girbal-Blacha (2003), al abordar esta temática, señaló además que en lo referido a la distribución del crédito el interior del país no estaba entre las prioridades del Banco, ya que las principales actividades financiadas se concentraban en la ciudad de Buenos Aires. Las cifras son muy elocuentes: las empresas de la Capital Federal y el conurbano recibían, en 1946, un 61,9% del total de préstamos otorgados por ese Banco, cifra que en 1952 ascendía al 62,9%, para descender recién en 1954 al 48,4% (Girbal-Blacha, 2003, p. 52). Finalmente, cabe agregar que otra parte importante de los créditos del Banco no fue destinada a las actividades manufactureras, sino al pago de salarios y aguinaldos de la Corporación de Transportes y al IAPI. Los préstamos a este último se otorgaban para financiar convenios bilaterales, realizar compras del sector público en el exterior, cubrir gastos operativos de empresas estatales, financiar grandes obras (como el gasoducto desde Comodoro Rivadavia) o la nacionalización de los servicios públicos. Pero también se le brindaban créditos al IAPI para realizar compras en el exterior con el fin de abastecer al mercado interno de productos para el mantenimiento de las

diferentes actividades industriales (Rougier, 2012, pp. 84-85). Veamos a continuación cuáles eran las funciones del IAPI y qué características presentó en este período la relación entre el gobierno y los sectores del agro.

3.3.6. El sector agrario y la creación del IAPI

El IAPI vino a reemplazar a la Corporación para la Promoción del Intercambio que había creado Federico Pinedo en el marco de su Plan de Reactivación Económica de 1940.[2] Con el empresario Miguel Miranda al frente, el IAPI se convirtió, hasta 1949, en "un poder autónomo y multifacético dentro del aparato del Estado", según la expresión de Gerchunoff y Antúnez, 2002, p. 144). El IAPI financió diversas actividades, como por ejemplo la venta de productos argentinos a países europeos y la importación de cemento, maquinaria de transporte, caucho, madera y arpillera para colocarlos en el mercado interno a precios de promoción. Asimismo, participó en la compra de los ferrocarriles de propiedad británica, subsidió precios de artículos de consumo masivo y otorgó créditos a las empresas públicas (también a firmas privadas) y a los ministerios para contribuir a las inversiones que se habían previsto en el Primer Plan Quinquenal.[3] El IAPI, debido al rol que cumplió en la transferencia de ingresos del sector primario exportador al sector urbano, nunca fue visto con demasiado beneplácito por los hombres (y especialmente por las grandes entidades representativas) del agro.

La literatura es clara en delimitar dos etapas en lo que refiere a la vinculación del gobierno peronista con el sector agrario. La primera, que va desde la asunción de Perón (y se remontaba a 1943) hasta las postrimerías de la década del cuarenta, signada por el desaliento de la producción agropecuaria a causa del descenso de sus ingresos en beneficio del sector industrial, de los consumidores y del Estado. Sin lugar a duda, el rol protagónico en dicha etapa lo tuvo el IAPI, que a partir de 1946 monopolizó el comercio exterior y se convirtió en eje del proceso redistributivo que favoreció a los empresarios industriales, sin por ello excluir al agro, bien vale aclarar, de los beneficios del crédito (Girbal-Blacha, 2002). Como sugerimos previamente, la bibliografía que investigó las causas del descenso de la producción agrícola entre los años cuarenta y cincuenta centró la atención en aquellas políticas económicas orientadas al agro pampeano que se impulsaron desde 1943. Por esa razón, en consonancia con el planteo de Díaz Alejandro (1975), colocaron el foco en

2 En relación con el denominado Plan Pinedo, véase el capítulo 2 de esta obra.
3 En lo que refiere al IAPI, se puede consultar el clásico trabajo de Novick (1986).

el proceso de estatización y centralización de la economía, en el escaso incentivo para la producción agropecuaria, en la pérdida de mercados de exportación, en la descapitalización del sector rural (cuyo correlato era además la falta de mecanización y tecnificación) y, según algunos autores, en el erróneo empleo de las divisas acumuladas en el exterior (Barsky y Gelman, 2005, pp. 305-306).

La distancia entre los sectores más concentrados del agro y el peronismo residía, a su vez, en el discurso agrarista fuertemente crítico del latifundio que predominó en la etapa 1946-1948, en las expropiaciones de tierras realizadas por el gobierno y, además, en la significación conferida a la consigna, esgrimida muchas veces por el propio Perón, "la tierra para el que la trabaja". Sin embargo, aquí tampoco el accionar del gobierno peronista fue uniforme, puesto que dicho discurso crítico a partir de 1949 se morigeró y perdió la centralidad que tuvo en los años previos, con el objetivo de reducir la tensión con los terratenientes y estimular la actividad agropecuaria. En ese marco, la retórica oficial se concentró en las bondades de la ley de Arrendamiento sancionada en 1948, que ahora era presentada como la solución para el problema agrario (Balsa, 2015, pp. 50-67). ¿Qué había sucedido? En 1949, luego de una abundante demanda de alimentos por parte de los países europeos en la inmediata posguerra, cayeron marcadamente los precios internacionales de cereales y carnes. Ante la falta de divisas, era prioritario que los problemas del agro pasaran a un primer plano. Uno de los más importantes consistía en el estancamiento (que se remontaba a los años treinta) y la caída de la producción de granos en la región pampeana. Así las cosas, la combinación de dificultades internas y externas obligó al gobierno a tomar medidas al respecto: allí comenzó la denominada "vuelta al campo", o sea, la segunda etapa en la relación entre Perón y el sector agrario, que será abordada en este mismo capítulo.

3.3.7. Dos problemas de gobierno: la inflación y las sequías

En 1948, especialmente durante la segunda mitad del año, el gobierno de Perón se topó con grandes temas que lo desvelarían. Por un lado, los elocuentes síntomas del cambio ocurrido en los mercados internacionales de alimentos y materias primas a raíz del aumento de la producción europea para autoconsumo y del accionar de los Estados Unidos mediante el Plan Marshall. Esa situación se reflejó de inmediato en el descenso de los volúmenes y la caída del valor (especialmente de cereales) de las exportaciones argentinas. Ello se combinó con el incremento de las importaciones, muchas de ellas del área del dólar, a causa del crecimiento

industrial. El resultado fue la aparición de saldos negativos en la balanza comercial, con lo cual la estrategia de transferir ingresos desde el sector rural a la industria se convertía en un problema. Por primera vez, este tipo de crisis (que luego adquirió carácter cíclico y fue bautizada como de *stop and go*)[4] afectó a la economía argentina. Por otro lado, a fines de ese mismo año el frente interno sufrió el incremento de los precios. Sin duda, la inflación se convirtió en uno de los principales problemas del gobierno, puesto que incidía directamente en el bolsillo del trabajador, de modo que pasó a ser prioritario contenerla sin afectar el empleo y los salarios. En dicho contexto, Miranda quedó "a un costado del camino", según la expresión de Gerchunoff y Antúnez (2002, p. 161), y en materia económica la toma de desiciones fue delegada a un grupo de economistas con formación universitaria, encabezado por Alfredo Gómez Morales,[5] que se hizo cargo de la cartera de Finanzas, la presidencia del Banco Central y el liderazgo del Consejo Económico Nacional.

De acuerdo con el planteo de Rougier, hacia 1948 la inflación había superado el 30% anual y quedó en evidencia que su comportamiento ya no se vinculaba con la tendencia general de la posguerra en el ámbito internacional, sino con el funcionamiento interno del proceso económico nacional. Entre las causas de la inflación este historiador destaca la rigidez estructural de una economía en crecimiento, la volatilidad de los precios de las exportaciones de materias primas y la injerencia que tuvieron los efectos monetarios provocados por la reforma financiera y la política salarial. El aumento de los créditos, que constituían el principal recurso para estimular el desarrollo industrial, siempre fue mayor al crecimiento de los depósitos, situación que derivó en la expansión del dinero circulante, es decir, en un exceso de oferta monetaria. Entre 1946 y 1948 la impactante expansión de los medios de pago para garantizar la fluidez monetaria superó en demasía al crecimiento de la economía. Sin embargo, ello no era preocupante para el gobierno porque, según su percepción (basada en la "teoría del dinero cualitativa o keynesiana"), el creciente proceso inflacionario se resolvería una vez "madurada" la política industrial vigente. Pero la aceleración de ese proceso obligó a implementar medidas tendientes a reducir el circulante, los gastos de capital y los subsidios a empresas estatales, sin por ello afectar los gastos corrientes o apelar a la reducción de empleados públicos. Estos "paños fríos" para la economía mostraban la tónica racionalizadora (de corte ortodoxo) del gobierno que, a contracorriente de las declaraciones oficiales, en la práctica no fue demasiado exitosa. En 1949 la inflación se

4 Consultar Gerchunoff y Llach (1998).

5 Para ampliar sobre el desempeño de este economista, véase Rougier y Stawski (2017).

aceleró, entre otras cosas, porque los créditos para el sector industrial se moderaron solo en parte y se incrementaron marcadamente aquellos destinados al agro (Rougier, 2012, pp. 122-133). De esta manera, el gobierno procuró paliar el grave problema, a sabiendas de que no era posible tomar medidas más drásticas hasta asegurarse el triunfo electoral. Por esa razón, el Plan de Estabilización se implementó recién en 1952, como veremos en el próximo apartado.

El segundo problema del gobierno peronista en esos años fueron las sequías, que si bien no alcanzaron la magnitud del problema abordado previamente, tuvieron un peso considerable e incidieron en las líneas de acción definidas para el agro así como también en las futuras investigaciones sobre la producción agrícola en espacios marginales de la región pampeana, como veremos más adelante. Algunos autores han referido al proceso de sequías como las "señales del cielo" que perjudicaron aún más la economía argentina y contribuyeron a reducir el volumen de las exportaciones agropecuarias. La sequía fue particularmente intensa en las campañas 1949-1950 y 1951-1952, razón por la cual las exportaciones totales en 1949 apenas superaron el 70% de lo exportado en 1948 y las de 1952 estuvieron un 25% por debajo de las realizadas en 1949. La carestía de granos fue tan notoria que el propio gobierno instó a elaborar el pan con mezcla de centeno y mijo, una situación muy llamativa para muchos consumidores habituados a comer pan blanco (Gerchunoff y Antúnez, 2002, p. 165). Las consecuencias de la adversidad climática no permitieron que se visibilizara concretamente el "cambio de rumbo" emprendido por el gobierno para mejorar la producción agropecuaria entre fines de la década del cuarenta e inicios de la siguiente. El tema era central si se pretendía aumentar las exportaciones para resolver el estrangulamiento que generaba en la economía la carencia de divisas. A pesar de que el fenómeno demoró la puesta en marcha efectiva de las nuevas iniciativas oficiales hacia el agro y de que afectó a una enorme zona del centro del país, todavía el accionar del gobierno nacional y de las autoridades provinciales ante esta problemática no fue debidamente estudiado por la historiografía, por eso lo retomaremos al tratar el tema de la "vuelta al campo".

3.4. La segunda presidencia de Perón (1952-1955)

3.4.1. La solución a la crisis: el Plan de Estabilización de 1952

Si entre 1949 y 1952 el gobierno había logrado capear la situación generada por la crisis del comercio exterior y el aumento inflacionario,

en 1952, luego del triunfo en la elección, "las nuevas ideas [económicas] cobrarían mayor cuerpo y encontrarían una base de sustento teórico muy diferente" (Rougier, 2012, p. 137). La política original del peronismo, centrada en la expansión monetaria, salarial y fiscal y la transferencia de los ingresos del agro hacia el sector industrial, había concluido. Ese año fue implementado el Plan de Estabilización (o Plan de Emergencia), a partir del cual se sistematizaron las medidas aplicadas desde fines de 1948 y se aplicaron otras nuevas, con el fin de lograr una solución definitiva a los problemas vigentes: la carencia de divisas y el aumento de los precios. Las medidas que se tomaron pretendían atender esas cuestiones, por eso se priorizó el aumento de la producción agropecuaria, la disminución de las importaciones y, especialmente, la austeridad tanto en el gasto público como en el consumo. El propio Perón planteó, al anunciar el Plan en 1952, que "la regla debe ser ahorrar, no derrochar" (ver Gerchunoff y Antúnez, 2002, p. 173). La reducción del gasto público se combinó con el extremo control sobre los precios (a través de las campañas contra el agio) y el congelamiento de los salarios por dos años. Esto último apuntaba a reducir el consumo y a dominar la presión sobre los precios. Las tarifas públicas y los precios, asimismo, se congelaron por ese mismo plazo temporal. El gobierno de Perón no aplicó, en cambio, ninguna modificación en cuanto a la estrategia fiscal.

Eran dos los frentes que debía atacar el gobierno en esa coyuntura, por ello la austeridad en el interno se conjugó con el establecimiento de tipos de cambio favorables a las exportaciones agropecuarias y restricciones a ciertas importaciones. Si el fomento del ahorro y la austeridad en el consumo apuntalaban el incremento de los precios, era claro que el incremento de la producción primaria favorecía la obtención de divisas, tan necesarias en ese momento. El contexto de aplicación del Plan de Estabilización además permitió que emergieran algunas críticas, formuladas en el plano teórico, a la política económica del gobierno peronista en los primeros años. Estas centraban la atención en la excesiva inversión de bienes de capital, favorecida por una política "demasiado laxa" en materia monetaria y crediticia, que había llevado al agotamiento de la fase expansiva. Si bien algunos puntos de esa teoría no tenían mucho asidero en el caso de la economía peronista, otros puntos de las tesis (los efectos adversos de la expansión monetaria) eran centrales para explicar la consecuencia interna de la crisis (Rougier, 2012, pp. 145-146). Ahora bien, pero como el ahorro interno no podía resolver todos los problemas, según advierten Gerchunoff y Antúnez (2002, p. 177), el gobierno en ese marco se comenzó a mostrar "más permeable" hacia la inversión extranjera. Ante la disyuntiva de continuar apostando al nacionalismo o evitar

que esa postura ideológica entrara en contradicción con la defensa del nivel de vida de sus votantes, el gobierno depuso su posición inicial e impulsó la Ley de Inversiones Extranjeras, normativa que el Congreso de la Nación sancionó en 1953. Para resolver los problemas de la hora, Perón matizó sus críticas a los sectores más concentrados del agro argentino y al capital foráneo, temas que trataremos en los próximos apartados.

3.4.2. La vuelta al campo, o cómo se redefinió la política agraria

Como ya señalamos, el desequilibrio de la balanza comercial se convirtió en el principal problema económico desde los albores de los años cincuenta. El estancamiento de la agricultura pampeana, que se inició en la década del cuarenta, debía ser revertido para mejorar los saldos exportables y así obtener divisas para equilibrar dicha balanza. Para ello, el gobierno de Perón optó por la "vuelta al campo", política a partir de la que procuró, desde fines de la década del cuarenta, ofrecer condiciones más óptimas para la producción del agro. Con ese objetivo se incrementaron los créditos para el sector rural, mejoraron los precios al momento de la siembra y estimularon la industria de máquinas e implementos para el campo. Sin embargo, el "cambio de rumbo" no causó respuestas inmediatas debido a las sequías mencionadas previamente. Por esa razón, fue recién en 1952 cuando comenzó el proceso que dio lugar al incremento de la producción agrícola (Barsky y Gelman, 2005, p. 309).

Según Rougier (2012, p. 114), en ese marco se inició una política más activa de sustitución de importaciones a través del establecimiento de limitaciones cuantitativas y control de cambios. La iniciativa beneficiaba, en especial, a la importación de maquinaria y repuestos así como a la de equipos agrícolas para favorecer la mecanización del agro. A su vez, Belini plantea que, luego de una etapa inicial donde el gobierno impulsó la importación de maquinaria agrícola, el Estado llevó a cabo por primera vez una política que sentó las bases para el desarrollo de ese sector. Hasta promediar el siglo XX, el agro argentino se abastecía mayormente de maquinaria importada, y la política oficial desde 1946 intentó agilizar la introducción de equipos, situación que se acentuó a partir de 1949 por el interés del gobierno para aumentar las exportaciones primarias. El Banco Central entonces estableció prioridad de cambio para maquinaria agrícola, pero la orientación importadora se modificó en 1951 cuando se declaró de "interés nacional" la industria de maquinarias e implementos agrícolas y se dio paso a la política oficial de promoción industrial mediante cuotas de importación para los productos que competían con los fabricados en el país, exención de derechos sobre maquinarias y permisos

de cambio para adquirirlas. Al iniciarse el Segundo Plan Quinquenal, tema que veremos próximamente, el gobierno impulsó una política para el desarrollo de la industria del tractor y la maquinaria agrícola, aunque la necesidad de incrementar las exportaciones lo obligó también a alentar las importaciones de este tipo de maquinarias. Si bien dicha situación no fue resuelta y generó tensión, se realizaron acciones para planificar de manera más ordenada ese sector. El Estado desde 1952 promovió la fabricación de tractores, pero si al comienzo la tarea fue encarada por el propio gobierno, a partir de 1954 esta se delegó a empresas extranjeras (Hanomag, Fiat, Deutz y Fahr) que, por cierto, obtuvieron importantes créditos de la banca oficial y el monopolio del mercado (Belini, 2009, pp. 90-105).[6]

El golpe de timón llevado a cabo por el gobierno supuso, a su vez, una política crediticia más favorable para el sector agropecuario. Como señala Girbal-Blacha (2003, p. 50), desde la década del cincuenta el sistema bancario aumentó el apoyo crediticio a favor de la reactivación del agro, rebajó los intereses de las operaciones, generalizó el crédito rural de habilitación (de bajo interés y largo plazo de reintegro) y acordó además créditos preferenciales a las cooperativas con el fin de bajar el costo de intermediación comercial. Ello puede verse, agrega esta historiadora, a partir del ejemplo del Banco de la Nación Argentina, que incrementó su cartera agraria de 990 a 1.730 millones de pesos en un contexto en el que la cartera agropecuaria del sistema bancario a nivel nacional se aproximaba a los 5.000 millones de pesos. Pero también el propio IAPI explicitaba en sus memorias el "cambio de rumbo" que, en lo referido al organismo, incidió incluso en la modificación de su política de precios y de comercialización así como en el ingreso de representantes del comercio y del agro en su directorio. La institución liderada por Miranda hasta 1949, en los años siguientes comenzó a subsidiar las exportaciones de productos primarios fijando precios más altos que los del mercado internacional (con lo cual sus cuentas arrojaron déficit), al mismo tiempo que el tipo de cambio importador correspondiente a maquinarias y otros insumos para el agro se mantenía estable para evitar así el incremento de los costos (Rougier, 2012, pp. 115-116). En ese contexto, la memoria institucional del IAPI planteaba que se había pasado de una política de precios "razonablemente remuneradores" a otra de "estímulo" (Kabat, 2015, pp. 292-293). Por estas razones, los autores hablan de un "IAPI pro agrario" para caracterizar esta etapa, situación que coincidió con la limitación de sus funciones: a partir de la modificación de la carta

6 Para un abordaje de largo plazo sobre la industria del tractor, véase Raccanello (2013).

orgánica del Banco Central, en 1949, el organismo quedó afuera del sistema financiero, por ende ya no atendería los requerimientos crediticios de los ministerios o las Fuerzas Armadas y no se utilizarían sus potenciales beneficios para ampliar la capacidad prestable de los bancos (Gerchunoff y Antúnez, 2002, pp. 168-169). Fue en el escenario institucional posterior a 1949 cuando emergieron las quejas de los industriales sobre la política del IAPI y el reclamo por una vuelta a la situación previa. Esa línea de acción, por el contrario, recibió el apoyo parcial de algunos sectores agrarios, entre los que se destacaban los cooperativistas. Como planteó recientemente la historiografía, si bien en la memoria colectiva tienen un peso central los primeros tres años del accionar del IAPI, es importante no perder de vista que su desempeño no puede desvincularse de las desiciones políticas tomadas por el gobierno en las diversas coyunturas económicas (Kabat, 2015, p. 321).

Las políticas oficiales en materia agropecuaria no se replicaron, sin embargo, de manera homogénea en todo el espacio nacional. En este sentido, los casos regionales arrojan sobrados elementos para enriquecer y complejizar el análisis. El ejemplo de La Pampa, un espacio que en términos productivos era marginal en la región pampeana, es bien elocuente. Para 1953, cuando el peronista Salvador Ananía asumió la gobernación de la provincia (luego de la primera elección para ese cargo en la historia pampeana), ya la "vuelta al campo" hacía tiempo que estaba en marcha. Sin embargo, el escaso tiempo que tuvo para gestionar y las dificultades propias de lidiar con un Estado en formación impidieron que algunas iniciativas para el agro se concretaran.[7] A diferencia de lo que sucedía en la pampa húmeda, la crisis de la agricultura cerealera en la provincia Eva Perón, como se denominó a La Pampa entre la provincialización de 1951 y la llamada Revolución Libertadora, se retrotraía a la década del treinta a raíz de una sucesión de sequías que provocaron un grave proceso erosivo en la región. Ya los gobernadores entre esa década y la siguiente reclamaron la creación de instituciones para instruir al productor y llevar a cabo estudios agronómicos. No obstante, fue recién en los años cincuenta, en el marco de la "vuelta al campo", cuando esas iniciativas se concretaron. En la gestión de Ananía se promulgó legislación específica que protegía al suelo de la erosión, se crearon instituciones educativas, experimentales y de extensión orientadas al agro y se fomentó la puesta en producción agrícola bajo riego de aquellas tierras aledañas al río Colorado (previendo para eso la expropiación de algunos predios). La relevancia que tenía la producción primaria en la provincia

7 En lo que refiere a la conformación del peronismo en La Pampa y al plan de gobierno de Ananía, puede consultarse el trabajo de Alonso (2015).

llevó al gobierno a crear, en 1954, un Ministerio de Economía y Asuntos Agrarios. Ese mismo año se fundó la Estación Experimental de Anguil, dependiente del Ministerio de Agricultura y Ganadería de la Nación, agencia en la que se realizaron posteriormente numerosos estudios sobre la conservación del suelo. Para ello fue central el aporte del Instituto de Suelos y Agrotecnia, creado en 1944 por el gobierno militar, cuyos técnicos se especializaban en manejo del suelo. Ananía logró materializar demandas oficiales precedentes durante el "cambio de rumbo" del gobierno nacional, y a su vez careció de tiempo para testear el impacto de esas acciones a nivel regional (Martocci, 2017).

3.4.3. El Segundo Plan Quinquenal (1953-1957)

La industrialización halló un obstáculo en la carencia de divisas, situación que a su vez afectó el crecimiento del sector luego de la caída de Perón. Esa problemática, tal como puede verse en los objetivos del Segundo Plan Quinquenal, fue considerada a la hora de planificar las prioridades oficiales para el período 1953-1957. A diferencia de lo ocurrido con el Primer Plan, en el Segundo el acento se colocó en la acción económica, que de acuerdo a las proyecciones insumiría poco más del 32% de los gastos, y no en la defensa militar y la acción social (Belini y Korol, 2012, p. 144). En el plano económico, el Segundo Plan pretendía fomentar la producción primaria para generar así mayor saldo exportable, así como también alentar la mecanización agraria, apoyar al sector rural con créditos oficiales y generar estudios para producir ciencia y tecnología orientadas al campo, aspectos que analizamos en el apartado anterior. Con el objetivo de incentivar la producción agropecuaria, el IAPI fijó mejores precios de compra y con antelación para incidir en las potenciales desiciones de los productores.

En cuanto a la producción industrial, Belini (2009, pp. 201-202) advirtió que el Segundo Plan acentuó algunas líneas de acción que ya se desplegaban desde 1950, entre las que estaban la derogación de los aforos, el establecimiento de derechos que elevaron la protección aduanera y la administración de permisos de cambio para reducir aquellas importaciones de bienes producidos por la industria local. Se procuraba reservar así el marcado interno para la industria argentina. Además, este Plan reconoció que la escasa integración de la estructura industrial constituía el problema central, razón por la cual se planteó una jerarquía de prioridades, a saber, el desarrollo de la siderurgia, la industria química y el fomento de la industria metalmecánica. En esta etapa, el gobierno empezó a alentar la exportación de manufacturas mediante

tipos de cambio preferenciales, hecho que rectificaba la política anterior que imponía cuotas a las exportaciones con el fin de abastecer la demanda interna. Al mismo tiempo, siguió vigente el régimen de industrias de "interés nacional", que aseguraba a las empresas beneficiadas las divisas necesarias para importar (a tipo de cambio preferencial) maquinarias e insumos. El caso tal vez de mayor éxito fue el de la industria de la maquinaria agrícola, sector que era prioridad, tal como señalamos, a raíz de la "vuelta al campo".

El lugar conferido a la industria pesada en la planificación estatal para el período 1953-1957 motivó además la inversión pública en SOMISA, la DINIE y el IAME, ya que el desarrollo de esos sectores permitiría eliminar (o reducir) los estrangulamientos que afectaban a la industria por las dificultades presentes en la importación de insumos (Belini y Korol, 2012, p. 145). Sin embargo, pese a los cambios de la política sectorial y al desarrollo de industrias de bienes durables y de capital, el gobierno no logró resolver un problema ya presente en el Primer Plan: la falta de canales de comunicación entre los empresarios y el Estado que permitieran elaborar e implementar políticas consensuadas. La parte del Segundo Plan que competía a la industria fue definida, una vez más, en el ámbito de los ministerios de Asuntos Técnicos y de Industria y Comercio, situación que deja al descubierto el carácter esquivo de aquellos intentos por incrementar la influencia de empresarios en la toma de desiciones. Ni siquiera eso se logró con la Confederación General de la Industria (CGI), creada en 1951, que fue reconocida por el gobierno como interlocutor legítimo (Belini, 2014, pp. 127-141). Otro tema que estaba contemplado en el Plan, pero quedó trunco, era el referido a la provisión de energía eléctrica y al enorme gasto que insumía la importación de combustibles. En cuanto a infraestructura, el Plan incluía la construcción de oleoductos entre Salta y San Lorenzo y Bahía Blanca y Plaza Huincul, la instalación y ampliación de destilerías, la construcción del gasoducto entre Campo Durán y Buenos Aires, el incremento de la producción de carbón mineral en Río Turbio y la erección de centrales hidroeléctricas y térmicas, entre otras actividades. La concreción de esos proyectos, como señala Rougier (2012, pp. 169-170), requería de la activa participación del capital privado, ya sea nacional o extranjero. En ese contexto, se sancionó la Ley de Inversiones Extranjeras en 1953, hecho que, en palabras de dicho historiador, consumó el cambio de la política económica, ya que si bien no implicaba un contraste rotundo con la política inicial del gobierno al respecto era difícil de conjugar con la "independencia económica" declarada en la Constitución de 1949. Veamos en las páginas siguientes los alcances de esa Ley y su influencia

en materia de explotación del petróleo, tema que suscitó encendidos debates políticos.

3.4.4. La Ley de Inversiones Extranjeras y la cuestión del petróleo

Las proyecciones formuladas en el Segundo Plan Quinquenal hacían necesaria la existencia de divisas para invertirlas en equipos e infraestructura, pero la evolución de las exportaciones y las dificultades para obtener créditos de organismos internacionales (como el Banco Mundial) obligaron al gobierno a buscar otra alternativa. La apertura al capital extranjero, mediante la aprobación de la Ley de Inversiones Extranjeras (14222) en 1953, fue la opción que adoptó el gobierno a pesar de la inquietud que generó desde un primer momento en las propias filas peronistas. Como han planteado Belini y Korol (2012, p. 148), la ley estableció un sistema de control sobre las inversiones extranjeras a cambio del cual se garantizaba, una vez transcurridos los dos años de instalación, el derecho de transferir las utilidades hasta el 8% del capital registrado y, a partir de los diez años, la repatriación del capital. Ahora bien, la normativa no logró, agregan estos autores, atraer el interés del capital extranjero: en el período 1953-1955 las inversiones alcanzaron los 12 millones de dólares, de los cuales 8 millones correspondían a las maquinarias de la planta de Industrias Kaiser Argentina, la fábrica de automóviles que en 1955 fundó Kaiser Motors en asociación con el IAME.

Por su parte, Rougier destaca que, si bien la ley beneficiaba a aquellos capitales extranjeros que se orientaban a la industria y a la minería, no se establecieron pautas que de manera explícita promovieran una u otra área. El objetivo principal, en cambio, era resolver el problema del sector externo, por eso sí se especificaba que la inversión debía contribuir a la "realización del desarrollo económico previsto en los planes de gobierno, traduciéndose directa o indirectamente en la obtención o economía de divisas" (Rougier, 2012, pp. 171-172). Entre las empresas que se radicaron en Argentina posteriormente se cuentan las que producían tractores antes mencionadas, las químicas de origen alemán (Bayer y Siemens) y norteamericano (Merck y Monsanto), la automotriz Mercedes Benz y también estaba interesada la compañía Standard Oil, a través de una subsidiaria, pero esta última negociación trajo aparejado un gran debate sobre el tema.

El Segundo Plan incluía entre sus objetivos prioritarios el autoabastecimiento de combustibles, puesto que su importación insumía una abundante cantidad de divisas. Ya a comienzos del gobierno de Perón se consideró la asociación entre YPF y la Standard Oil, como mencionamos

antes, pero en la década del cincuenta se avanzó mucho más en esa línea. En 1955, el gobierno firmó un precontrato con la California Argentina de Petróleo (propiedad de la Standard Oil a la que se denominaba "la California") en el que autorizaba a esta última a explotar 50.000 kilómetros cuadrados de tierra en Santa Cruz por un término de cuarenta años. Durante ese período la empresa podía construir y usar caminos, embarcaderos y aeropuertos, así como perforar, extraer y explotar el petróleo allí existente. Ello ocurrió en un marco en el que las divisas empleadas para adquirir los combustibles habían pasado del 7% del total de las importaciones a más del 20% entre los primeros años del gobierno peronista y 1953 (Rougier, 2012, p. 175). La aprobación final del contrato dependía del Congreso; cuando fue enviado allí recibió numerosas críticas, tanto de sectores del propio peronismo como de la oposición radical. Entre los integrantes de la UCR resaltó la voz de Arturo Frondizi, quien ese mismo año publicó el libro *Petróleo y política*, donde planteaba que YPF estaba en condiciones de abastecer las necesidades argentinas en materia de petróleo. Gerchunoff y Antúnez (2002, p. 188) afirman que, en ese momento, "el antiimperialismo y la autosuficiencia económica ya no eran banderas exclusivas del peronismo. Desde el radicalismo, por ejemplo, se criticaba a la conducción económica no por excesivamente estatista y nacionalista, sino por todo lo contrario".

Sin embargo, cabe destacar que esta no fue la única alternativa del gobierno de Perón para atender los problemas externos, ya que también existieron tentativas para vincularse con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y aminorar por esa vía la falta de divisas y sus consecuencias. Estas iniciativas fracasaron (en parte por la desconfianza de Estados Unidos respecto del gobierno nacional) y recién luego de la autodenominada Revolución Libertadora la Argentina trabaría relación con los organismos financieros de carácter internacional, tema que escapa a los objetivos de este capítulo. Centremos, por último, la atención en los factores que explican el derrocamiento de Perón.

3.4.5. Los conflictos políticos y la caída de Perón

El gobierno peronista, hacia 1953, había logrado sortear los inconvenientes más importantes en materia económica. No obstante, visto de manera retrospectiva, a partir de ese momento se incrementarían sin cesar los conflictos políticos. Si estos últimos no son debidamente atendidos, la caída de Perón en 1955 es prácticamente inexplicable. En este sentido, la historia económica tiene un papel mucho más subsidiario que la historia política para desandar analíticamente la trama de la

Revolución Libertadora. Es por ello que Gerchunoff y Antúnez plantean, sin titubeo alguno, que "aquella tormenta política que culminó con el derrocamiento de Perón y que dejaría heridas tan profundas no tuvo mucho que ver con la economía. Se podrá escribir la historia de muchas maneras distintas, y sin embargo esa afirmación será difícil de discutir" (2002, p. 197). Un dato a todas luces esclarecedor brindado por estos autores es que el año 1955 terminaría con un crecimiento del 7% y que la Argentina se expandiría al 5% anual entre 1953 y 1958. Por supuesto que esto último los contemporáneos no podían saberlo, ya que no escrutaban la historia sino que la estaban escribiendo.

Un punto que todavía el gobierno no había podido resolver para ese entonces era el referido a la implementación de reformas en la organización del proceso laboral, que estaba directamente vinculado con el aumento de la productividad y constituía un vector en el marco del Segundo Plan Quinquenal. Para atender este tema el gobierno realizó, al decir de Rougier (2012, p. 178), "los últimos ajustes a la nueva política económica". A dos años del Plan de Estabilización, y con una economía relativamente equilibrada, el gobierno debió hacer frente a la renegociación salarial y a las huelgas y movilizaciones de algunos gremios. Para el gobierno era vital encauzar la situación institucionalizando el conflicto y descomprimiendo la puja distributiva. Con ese objetivo se convocó en el mes de octubre de 1954 al Congreso Nacional de la Productividad y el Bienestar Social, que se realizó en marzo de 1955, cuyos protagonistas centrales fueron los sindicatos y los empresarios de la Confederación General Económica (CGE), creada en 1952. Más allá de que el gobierno lo presentó como una muestra de la conciliación entre trabajo y capital, en el Congreso los acuerdos fueron escasos y las propuestas de los empresarios eran resistidas por los líderes sindicales. El logro del gobierno fue contener la potencial estampida salarial (y su injerencia a nivel inflacionario), pero no obtuvo de la CGT una aprobación para avanzar sobre los cambios que pretendía, junto con los empresarios, en la organización laboral. Sin embargo, ese no era para 1955 el problema principal.

Lo que ocupaba entonces la atención oficial era el acalorado conflicto con la Iglesia Católica, que pasó de ser un punto consistente de apoyo (evidente ya durante la dictadura de 1943) a convertirse en una fuerte opositora de Perón. Sin duda, el peso que adquirió luego de su muerte la figura cuasi religiosa de Eva Perón, el desplazamiento de la Iglesia de sus espacios tradicionales de intervención pastoral (entre mujeres y niños), la pretensión oficial de delinear un "cristianismo peronista" independiente (y a veces en contra) de la tradición católica y, especialmente, la supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas, la promoción del divorcio

vincular, la prohibición de las procesiones religiosas y los proyectos para escindir claramente a nivel constitucional la Iglesia del Estado fueron elementos que incentivaron las críticas. Durante junio de 1955 tuvo lugar, primero, una masiva procesión del Corpus Christi en la que, pese a las prohibiciones, se congregaron católicos y diversos sectores políticos de la oposición; luego de ello, y con el apoyo de sectores rebeldes de la Marina y la Fuerza Aérea, se produjo el bombardeo a la Plaza de Mayo que pretendía atentar contra la vida de Perón. El mismo día del ataque, en el que murieron cientos de personas, por la noche fueron incendiadas y saqueadas en el centro porteño varias iglesias (Torre, 2002, pp. 69-71).

A pesar del intento de conciliación llevado a cabo por Perón, la oposición siguió cuestionando al gobierno, en especial, su estructura represiva. La tregua, que incluyó la decisión de Perón (rechazada por la CGT en un enorme acto en la Plaza de Mayo) de abandonar el gobierno, no apaciguó el conflicto político. Más aún, el presidente retiró la renuncia y, en un famoso discurso, dijo que se iniciaba una "vigilia en armas" y que por cada peronista que cayera, caerían cinco de los opositores. La declaración terminó de convencer a los militares que aún estaban indecisos y el 16 se septiembre de ese año se produjo el golpe de Estado. Así comenzaba una compleja etapa de la historia política de la Argentina, pero en términos económicos existió cierta continuidad: los gobiernos que controlaron los designios del país en las décadas siguientes tuvieron que enfrentar los mismos problemas estructurales de la economía, tema que, por cierto, escapa a los fines de este libro y ameritaría un tratamiento específico.

Bibliografía citada

Acha, O. y Quiroga, N. (2012). *El hecho maldito. Conversaciones para otra historia del peronismo*. Rosario: Prohistoria.

Alonso, A. F. (2015). *El peronismo en La Pampa. Conformación partidaria y construcción estatal, 1945-1955*. Rosario: Prohistoria.

Balsa, J. (2015). Las discursividades sobre la cuestión agraria durante el peronismo clásico. En O. Graciano y G. Olivera (Coord.) *Agro y política en Argentina, Tomo II. Actores sociales, partidos políticos, e intervención estatal durante el peronismo, 1943-1955* (pp. 19-92). Buenos Aires: CICCUS.

Barsky, O. y Gelman, J. (2005). *Historia del agro argentino. De la Conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires: Mondadori.

Belini, C. (2006). El grupo Bunge y la política económica del primer peronismo, 1943-1952. En *Latin American Research Review*, 41 (1), pp. 27-50.

Belini, C. (2009). *La industria peronista. Políticas públicas y cambio estructural, 1946-1955*. Buenos Aires: Edhasa.

Belini, C. (2014). *Convenciendo al capital. Peronismo, burocracia, empresarios y política industrial, 1943-1955*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Belini, C. (2015). La gestión estatal de las telecomunicaciones: la Empresa Mixta Telefónica Argentina y Teléfonos del Estado, 1946-1956. En A. Regalsky y M. Rougier (Eds.) *Los derroteros del Estado empresario en la Argentina. Siglo XX* (pp. 147-182). Buenos Aires: EDUNTREF.

Belini, C. y Rougier, M. (2006). Los dilemas de la historiografía económica sobre el peronismo: certezas dudosas, vacíos persistentes. Aportes para la construcción de una agenda de investigación. En J. Gelman (Coord.) *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y perspectivas*, (pp. 351-369). Buenos Aires: Prometeo.

Belini, C. y Korol, J. C. (2012). *Historia económica de la Argentina en el siglo XX*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Di Tella, G. y Zymelman, M. (1967). *Las etapas del desarrollo económico argentino*. Buenos Aires: Eudeba.

Díaz Alejandro, C. (1975). *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Buenos Aires: Amorrortu.

Ferrer, A. (1968) [1963]. *La economía argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*. México-Buenos Aires: FCE.

Gerchunoff, P. y Llach, L. (1998). *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*. Buenos Aires: Ariel.

Gerchunoff, P. y Antúnez, D. (2002). De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo. En J. C. Torre (Dir.) *Los años peronistas (1943-1955), Nueva Historia Argentina, Tomo VIII* (pp. 125-205). Buenos Aires: Sudamericana.

Girbal-Blacha, N. (2002). Políticas públicas para el agro se ofrecen. Llamar al Estado peronista (1943-1955). En *Mundo Agrario. Revista de Estudios Rurales*, 3 (5), segundo semestre, pp. 1-17.

Girbal-Blacha, N. (2003). *Mitos, paradojas y realidades en la Argentina peronista (1946-1955). Una interpretación histórica de sus decisiones político-económicas*. Buenos Aires: Bernal.

González Bollo, H. (2014). *La fábrica de las cifras oficiales del Estado argentino (1869-1947)*. Buenos Aires: Bernal.

Kabat, M. (2015). Agro, industria y peronismo. Un análisis de su relación a través del accionar del IAPI. En O. Graciano y G. Olivera (Coord.)

Agro y política en Argentina, Tomo II. Actores sociales, partidos políticos, e intervención estatal durante el peronismo, 1943-1955 (pp. 269-321). Buenos Aires: CICCUS.

Martocci, F. (2017). Las políticas estatales para el agro pampeano entre 1953 y 1973: iniciativas oficiales, formación de recursos humanos e investigación científica. En A. Lluch (Ed.) *Desarrollo, políticas públicas e instituciones. La experiencia de La Pampa en una visión de largo plazo* (pp. 67-111). Santa Rosa: EdUNLPam.

Novick, S. (1986). *IAPI: Auge y decadencia*. Buenos Aires: CEAL.

Plotkin, M. B. (2007). *El día que se inventó el peronismo. La construcción del 17 de Octubre*. Buenos Aires: Sudamericana.

Raccanello, M. (2013). Del Segundo Plan Quinquenal a la Convertibilidad: la industria del tractor frente a los cambios estructurales de la economía. En M. Rougier (Comp.) *Estudios sobre la industria argentina. 2* (pp. 135-173). Buenos Aires: Lenguaje claro Editora.

Rein, R. y Panella, C. (Comps.) (2013). *La segunda línea. Liderazgo peronista 1945-1955*. Buenos Aires: Pueblo Heredero-EDUNTREF.

Rein, R. y Panella, C. (Comps.) (2017). *Los indispensables. Dirigentes de la segunda línea peronista*. San Martín: UNSAM EDITA.

Rougier, M. (2001). *La política crediticia del primer peronismo*. CEEED-UBA: Buenos Aires.

Rougier, M. (2012). *La economía del peronismo. Una perspectiva histórica*. Buenos Aires: Sudamericana.

Rougier, M. y Stawski, M. (2017). Alfredo Gómez Morales. Las tentativas de "racionalizar" la economía peronista. En R. Rein y C. Panella (Comps.) *Los indispensables. Dirigentes de la segunda línea peronista* (pp. 51-69). San Martín: UNSAM EDITA.

Torre, J. C. (2002). Introducción a los años peronistas. En J. C. Torre (Dir.) *Los años peronistas (1943-1955), Nueva Historia Argentina, Tomo VIII* (pp. 11-77). Buenos Aires: Sudamericana.

Bibliografía sugerida

Berrotarán, P. (2003). *Del plan a la planificación. El Estado durante la época peronista*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Berrotarán, P., Jáuregui, A. y Rougier, M. (Eds.) (2004). *Sueños de bienestar en la Nueva Argentina. Las políticas públicas durante el peronismo, 1944-1955*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Graciano, O. y Olivera, G. (Coords.) *Agro y política en Argentina, Tomo II. Actores sociales, partidos políticos, e intervención estatal durante el peronismo, 1943-1955*. Buenos Aires: CICCUS.

Lattuada, M. (1986). *La política agraria peronista (1943-1983)*. Buenos Aires: CEAL.

Regalsky, A. y Rougier, M. (Eds.) (2015). *Los derroteros del Estado empresario en la Argentina. Siglo XX*. Buenos Aires: EDUNTREF.

SEGUNDA PARTE

Problemáticas económicas en clave regional

CAPÍTULO 4

La pampa en producción: productores y trabajadores rurales, c. 1890-1930. Una mirada desde el consumo

Leonardo Ledesma

Introducción

En un temprano informe elaborado en 1892 por expertos del Departamento de Agricultura, los trabajadores resultaron un objeto de particular atención.[1] Significativamente, esa atención no estuvo puesta en huelgas o consideraciones organizativas de un sector social que aumentaba su número a pasos agigantados desde 1880. Por el contrario, el consumo y la alimentación fueron los temas sobre los que recayó la mirada de los expertos. Desde ese momento, el mundo rural constituirá el centro de las publicaciones emanadas desde ese órgano con una referencia explícita a la producción, el consumo y los estándares de vida. Es que la llegada de inmigrantes ultramarinos comenzaba a delinear un nutrido mundo de trabajadores que, a la luz de la orientación productiva que estaba tomando la Argentina, se dirigían cada vez en mayor medida a los ámbitos rurales. Como había advertido Alberdi en *Bases y puntos de partida*:

> Con un millón escaso de habitantes por toda población en un territorio de doscientas mil leguas, no tiene de nación la República Argentina sino el nombre y el territorio. Su distancia de Europa le vale el ser reconocida nación independiente. La falta de población que le impide ser nación, le impide también la adquisición de un gobierno general completo (Alberdi, [1852] 2008, p. 55).

Y, efectivamente, sobre el último tercio del siglo XIX el Estado nacional comenzó a estimular la llegada de inmigrantes como una forma de paliar la escasez de población que había mostrado el Primer Censo Nacional de 1869. Paralelamente, se orquestaron estrategias y se aunaron intereses para terminar con la problemática de las "fronteras internas".

1 Departamento de Agricultura (1892).

El eufemismo vendría a significar una serie de campañas y conquistas de expoliación a los pueblos originarios y que permitieron la ampliación de la frontera productiva[2]. Miles de hectáreas se incorporaron así a la lógica productiva capitalista y engrosaron la ya abultada disponibilidad del factor tierra. Desde Córdoba y San Luis hacia el sur, se estructuraron jurídica y políticamente fracciones con poca o nula autonomía política. Los Territorios Nacionales se constituyeron entonces en el reducto legal que dependió del gobierno central hasta por lo menos la mitad del siglo XX. Entre estos, por las condiciones naturales, por interacciones económico-sociales y por voluntades políticas, el Territorio Nacional de La Pampa se amalgamó como un área marginal a la lógica económica de la pampa húmeda. La ganadería y la agricultura constituirán entonces las principales orientaciones productivas de, al menos, una franja en la que era posible una agricultura de secano.

Los datos censales son elocuentes al respecto. De una cifra que apenas alcanzaba los 12.000 habitantes en 1887, pronto la población se duplicó y en 1895 se contabilizaron poco más que 25.000 habitantes; un número que treparía hasta superar los cien mil en 1914. Entre quienes arribaron a estas tierras se contaban una proporción importante de inmigrantes cuyas manos cada vez en mayor medida se ocuparon en los trabajos rurales. Este proceso fue acompañado y sostenido por el ingreso del ferrocarril, la extensión del comercio y el surgimiento de pueblos y ciudades que poco a poco comenzarían a bridar los servicios propios del mundo urbano; elementos todos que tuvieron un impacto para nada desdeñable sobre las condiciones de vida de la población urbana y rural. Así, La Pampa ingresó en el fenómeno de la "modernización" y fue posible ver la extensión de los servicios de salud, educación y también, claro, la circulación de una amplia variedad de bienes que estaban disponibles para su consumo toda vez que el consumidor contara con el dinero para adquirirlos. Entre ellos, productores (propietarios y arrendatarios) y trabajadores no solo vieron ampliar sus opciones gracias a un creciente mercado sino que incluso pudieron construir estilos de vida que caracterizarían su andar por el novel Territorio.

Este capítulo trata sobre esos usos pero también de la significación del consumo de estos sectores sociales, entendiendo que el consumo es un puente que conecta aspectos económicos con otros tantos condicionantes de índole social y cultural. Y aunque comparado con otros espacios –las áreas rurales de Buenos Aires, por ejemplo– los consumos adquirieron rasgos casi marginales, bien vale la pena analizar estos

2 Para profundizar sobre el impacto económico de la inmigración en Argentina y sobre la ampliación de la frontera productiva, véase el capítulo 1 de esta obra.

comportamientos pero concibiéndolos como a una aproximación a las condiciones y niveles de vida. Para ello, el capítulo se estructura en cuatro apartados. En el primero de ellos, se brinda un sucinto panorama sobre la puesta en producción de la franja este del Territorio Nacional de La Pampa –comprendida entre el meridiano V° y la isohieta de los 500 mm anuales– y se describen las principales características de los ciclos productivos entre los años finales del siglo XIX y la década de 1930. En un segundo momento, se examina el mundo de los productores rurales en relación con las orientaciones productivas. Se busca con ello trazar un resumido panorama que permita dar cuenta de las estrategias adoptadas en torno al desarrollo productivo. En un tercer apartado se procura delinear el mundo de los trabajadores y para ello se aborda la estructura ocupacional de La Pampa entre c. 1890 y los años treinta. En este punto se busca alcanzar una comprensión de la conformación del mundo del trabajo a partir de identificar cuáles fueron los oficios que tuvieron una mayor importancia dentro de las labores agropecuarias para, en un cuarto apartado, analizar los consumos tanto de los productores como de los trabajadores. Se procura allí destacar las principales diferencias en las estructuras de los consumos y se concibe que esta diferenciación puede dar cuenta de los grados de accesos y "no accesos" que tuvieron sendos grupos sociales. Se incluye también una somera descripción sobre el trabajo femenino rural y sobre las mujeres consideradas como sujetos de consumo. Finalmente, un último apartado procura clausurar el capítulo brindando un resumen de las principales formulaciones esbozadas.

4.1. El Territorio Nacional de La Pampa y su incorporación a la economía capitalista

La necesidad de ampliación de la frontera productiva de la pampa húmeda, tras la estructuración de una economía capitalista en Argentina, llevó a la incorporación del Territorio de La Pampa al Estado Nacional[3]. Como lo ha planteado Maluendres (2001), este espacio surgió como una extensión del oeste bonaerense. El *boom* del lanar –proceso situado a nivel nacional a mediados del siglo XIX– generó el desplazamiento del

3 Los límites administrativos de los Territorios Nacionales reconocen un antecedente legislativo en la Ley N° 28 o Ley de Nacionalización de los Territorios Nacionales de 1862 por la que las provincias existentes no podían reclamar ningún nuevo territorio. A través de esta ley, el Estado nacional se antepuso a los reclamos provinciales. Los Territorios Nacionales se rigieron por la Ley N° 1532 de 1884 y se caracterizaron por una dependencia directa del gobierno central. Para mayores detalles sobre las características políticas del Territorio Nacional de La Pampa véase Moroni, Folco, Lanzillotta, Zink y Bergia (2014). Para una síntesis respecto a los aspectos económicos y sociales véase Lluch y Moroni (2010).

ganado vacuno hacia los bordes por la expansión de la frontera y a menudo se piensa que esto fue una condición necesaria para el comienzo de la andadura productiva de las nuevas tierras. Sin embargo, los rasgos fundamentales del funcionamiento de la economía rural en el espacio pampeano no solo se explican por factores externos, pues, estuvieron condicionados por la asimétrica disponibilidad de los factores de producción, cuya característica central se resume en la ecuación: abundancia de tierras y escasez de fuerza de trabajo y capital (Maluendres, 2001, p. 25). La forma en la que interactuaron estos elementos ayuda a comprender las bases de sustentación del complejo proceso del funcionamiento de la economía rural. Junto a estos, cabría agregar todo un conjunto de factores económicos, sociales, étnicos y políticos como elementos estructurantes de un área que se articularía bajo la lógica productiva predominante con las zonas de la pampa húmeda.[4]

Dentro del período abordado en este capítulo se reconocen dos períodos productivos. El primero, caracterizado como casi exclusivamente ganadero-pastoril (Colombato, 1995) que se extendió desde mediados de la década de 1880 hasta la primera década del siglo XX. El segundo, fundamentalmente cerealero hasta la segunda década del siglo XX y mixto a partir de entonces. Esto implica que en los años finales del siglo XIX y hasta el primer quinquenio del siglo XX la base económica la constituyó la ganadería cuya zona central de explotación estaba localizada en las mejores tierras del II, III y IV Departamento[5] (Lluch, 2008, p. 140). El momento del cambio productivo se iniciaría con el siglo XX cuando tenga lugar la expansión de la agricultura cerealera (Colombato, 1995). A partir de entonces y tal como lo sostiene Lluch (2008, p. 149) se produjo un descenso en la existencia ganadera global –en especial durante la fiebre agrícola de 1912-1920–, para recuperar terreno frente a la agricultura a inicios de los años treinta, cuando se produzca un nuevo cambio de lógica productiva.

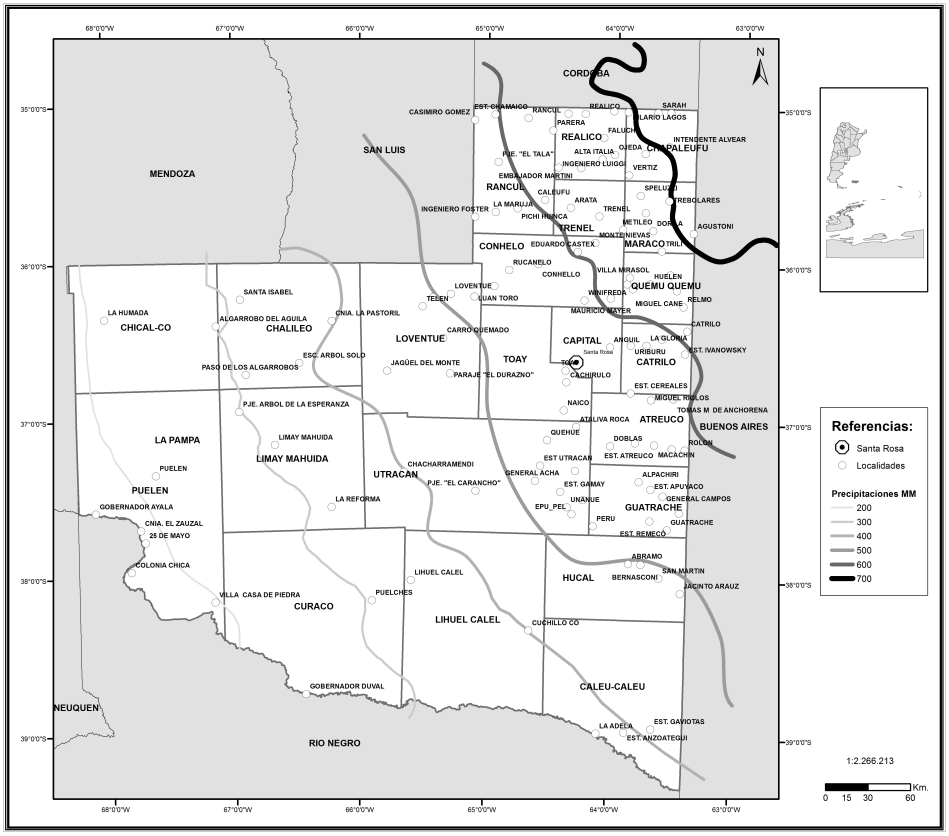
Al acotar el análisis al que podríamos denominar el subespacio del Este pampeano se debería mencionar la existencia de dos zonas con características propias: el sureste productivo, donde la marginalidad de la oferta natural es más pronunciada y el noreste donde a las condiciones ecológicas se agrega un proceso de poblamiento diferencial, proyectándose ambas particularidades en el conjunto económico-social. No

4 Sobre este tema véase Maluendres (2001).

5 La importancia de la ganadería a lo largo de este período quedó registrada en los documentos oficiales. En numerosas memorias de gobernación se explicita el desarrollo de la ganadería y su importancia para la vida económica del recientemente creado Territorio Nacional. Un ejemplo de estas consideraciones se encuentra en la memoria del gobernador Eduardo G. Pico en 1894. Véase Lluch (2005).

obstante, ambas zonas poseen rasgos comunes que las distinguen como franja productiva del resto del Territorio, siendo en este sentido, zona integrante de un conjunto espacial con el suroeste de la provincia de Buenos Aires. No obstante, a pesar de compartir características generales debe considerarse que el Territorio Nacional de La Pampa forma parte de la "periferia" del sistema espacial pampeano, como contraste a las actividades que tienen lugar en la pampa húmeda. Además, cabe destacar las marcadas diferencias internas del Territorio, en especial aquellas que se derivan del heterogéneo régimen pluviométrico, tal como se evidencia en el mapa.

Mapa 1: La Pampa con isohietas



Debe mencionarse también al ferrocarril como a uno de los factores centrales, dinamizantes en la economía de la región. Uno de los indicadores claves de su efecto puede encontrarse en la reducción de los costos y en los patrones de utilización de la tierra, puesto que el ferrocarril constituyó un elemento de valorización de las mismas (Gaignard,

1989, p. 412). En la memoria del Ministerio del Interior presentada al Congreso de la Nación en 1911 se mencionan las posibilidades que acarrearía el ferrocarril para los Territorios. Decía el ministro:

> la construcción de las líneas férreas que autorizó la Ley número 5559, se lleva adelante y se trabaja con empeño (...) Terminadas estas líneas la economía de los territorios habrá sufrido una gran transformación. Dándole una base económica para su desarrollo, se habrá logrado triplicar la producción á la vez que se habrá conseguido atraer un considerable aumento de población, que dará motivo á la subdivisión de la tierra y á la implantación de nuevas fuentes de explotación (Memoria del Ministerio del Interior, 1911, p. 54).

A la vez, en esta región el ferrocarril actuó como un potenciador de la actividad pastoril primero y cerealícola después. La disponibilidad de transporte y la salida de cargas que significó la llegada del ferrocarril hacen que se lo considere como a un elemento con claros efectos multiplicadores. Nuevamente sería en las Memorias del Ministerio del Interior que se presentaran ante el Congreso en 1913 cuando se continúen halagando las consecuencias progresistas que tendría el Ferrocarril para el Territorio. En esta oportunidad se sostenía que:

> este territorio no tiene los grandes ríos navegables del Norte, pero sus comunicaciones terrestres son superiores, por la configuración de su suelo, la construcción de las vías férreas avanza allí á pasos de gigante. Las líneas del F. C. Oeste y del Pacífico irradian sus ramales y ponen en contacto los centros agrícolas del Territorio con los puertos de Bahía Blanca y de la Capital. Dos millones de hectáreas cultivadas contra 200 mil que existían algunos años atrás, dicen a las claras más de lo que pudiera manifestarse en largas consideraciones (Memoria del Ministerio del Interior, 1913, p. 129).

En efecto, y tal como lo evidencian los documentos, el avance del riel conllevaba dos procesos centrales para la economía de la región: la subdivisión de las grandes propiedades (mediante el arriendo y la venta) y lo que no es menor, el ingreso de migrantes interprovinciales y transoceánicos. Ambos mecanismos influirán en el impulso de la expansión cerealera.[6] La

6 Los estudios realizados por Maluendres (2001) para la franja Este –desde el meridiano V° hasta la isohieta de los 500 mm– del entonces Territorio Nacional de La Pampa, plantean un crecimiento más que espectacular en el transcurso de las dos primeras décadas del siglo XX. Si en 1900 la superficie sembrada con trigo alcanzaba las 13.300 hectáreas, para mediados de la década de 1920 superaría el millón de hectáreas cultivadas. Mayores detalles en Maluendres (2001).

importancia del elemento poblacional ha quedado registrada en sucesivos recuentos llevados a cabo por el gobierno nacional y por el territoriano. De acuerdo al primer recuento que hiciera esa gobernación bajo la administración de Ayala en 1887, eran 12.022 los habitantes del Territorio. Sin embargo, apenas unos ocho años después, el II Censo Nacional de Población de 1895 registraba un total de 25.914 habitantes de los cuales, solo un 17,5% eran extranjeros (II Censo Nacional, T2 1895, p. 643); elemento que demuestra que en principio, los primeros movimientos de repoblación estuvieron marcados por migraciones internas antes que interoceánicas. Esta realidad había cambiado significativamente cuando tuvo lugar un nuevo recuento de población en 1914, motivo del levantamiento del III Censo Nacional de Población. Por entonces, la cantidad total de habitantes era de 101.338 habitantes siendo extranjeros un 35,7% de esa población censada (III Censo Nacional, T2, 1914, pp. 261-264). Este significativo aumento de la población registrado en el período intercensal 1895-1914 plantea una tasa anual de crecimiento cercana al 8%; fenómeno que haría del Territorio Nacional de La Pampa un caso excepcional en cuanto a la cantidad de población recepcionada considerando al conjunto de los espacios de incorporación reciente al Estado nacional. Entre los extranjeros, se contaban españoles, italianos, franceses, ruso-alemanes quienes gradualmente pasaron a ser los pobladores habituales de los campos, las estaciones de trenes y los comercios de las pequeñas localidades que iban surgiendo (Di Liscia y Lluch, 2014). En 1920, la población del Territorio Nacional de La Pampa continuaba en franco ascenso y alcanzó los 122.535 habitantes. A partir de entonces el crecimiento demográfico en La Pampa comienza un lento pero constante proceso de desaceleración. Si bien la población en 1935 ascendía a 175.077 pobladores, para 1942 esa cifra se había retrotraído a 167.352 habitantes (Ander Egg, 1957, p. 27). Así, los años treinta marcan un nuevo ciclo en la historia demográfica de La Pampa por cuanto tendrá lugar un continuo despoblamiento rural (Di Liscia y Lluch, 2008, p. 121).

Debe mencionarse que la zona Este de La Pampa –menos de la tercera parte del conjunto territorial– concentró la población, los granos y los ganados.[7] Esta situación se advierte ya sin dudas para 1920. Y estas características, propias de la zona productiva, le otorgarán una dinámica propia

7 En efecto, la zona conformada por los actuales departamentos de Chapaleufú (y parte de Realicó), Maracó (y parte de Trenel), Quemú Quemú (y parte de Conhelo), Catriló y parte de Atreucó, consiguió insertarse con relativo éxito en el modelo económico dominante, lo que se tradujo en un significativo proceso de crecimiento económico y modernización.

que la distinguirán del resto del Territorio.[8] Tal como lo sostiene Comerci (2008, p. 21), esta subregión se posicionó en la zona de "mayor desarrollo capitalista relativo" que se caracterizó por presentar un alto desarrollo del potencial productivo y elevado peso del proceso capitalista en las actividades económicas, materializado en la producción agropecuaria empresarial con mano de obra asalariada. Asimismo, su orientación productiva hacia el mercado internacional determinó ingresos altos que repercutirán en las condiciones de vida de la población. Se configuró así de modo paulatino un tipo particular de estructura económico-social sobre la que interactuarán factores de alto impacto en la demanda y la oferta de bienes y servicios, en las condiciones de existencia e incluso en las formas específicas en las que se desenvolvería la vida y el trabajo cotidiano.

En esta subregión, la expansión agrícola –con una comercialización al 80% de la producción– y la demanda de bienes y de servicios originó una estructura social compleja (Lluch, 2014). En este proceso de diferenciación socio-espacial también desempeñaron un papel relevante el resultado de las diferentes estrategias productivas empleadas por los productores, la disponibilidad de capitales para afrontar el proceso productivo y una ubicación geográfica "privilegiada". Si bien distintos factores estructurales tuvieron un peso importante en obstruir los canales de acceso a la propiedad, también contribuyó proceso técnico de trabajo en la producción cerealera. En tal sentido la vinculación entre productividad y distintos niveles de frontera tecnológica explican una parte de este proceso (Maluendres, 2001, p. 30).

La estratificación que puede evidenciarse entre los productores llevaría a plantear una adaptación de los actores sociales a los mecanismos del sistema de mercado. Tal participación estuvo marcada por dos grandes estrategias por parte de los productores: la concentración de la producción en un solo rubro –como medio orientado a la maximización del beneficio–, y la diversificación productiva –cuyo objetivo fundamental era la minimización de riesgos–. De este modo, y especialmente para los productores, el cálculo capitalista del beneficio resulta central para explicar el funcionamiento de esta economía. Pero antes de continuar con esta idea, conviene adentrarse en el proceso de conformación de la estructura de tenencia de la

8 En contraposición, la zona oeste del Territorio no consiguió responder a los requerimientos del modelo primario exportador dominante y quedó rezagada a la marginalidad económica y al atraso. Se caracterizó por un tipo de producción controlado por mano de obra familiar, por la práctica de ganadería extensiva, por poseer escasa disponibilidad de recursos productivos y financieros y grandes dificultades para acumular excedentes. Para una mayor profundización sobre la diferenciación y complejidades que presenta el territorio pampeano puede consultarse Comerci (2008).

tierra y en las distintas orientaciones productivas que caracterizaron a La Pampa entre los años finales del siglo XIX y los años treinta.

4.2. El mundo de los productores: estructura y orientaciones productivas en la pampa temprana

Las condiciones naturales de La Pampa, la dotación de factores –y sus modificaciones– y las prácticas de los agentes económicos modelaron la estructura agraria pampeana. Como ya se ha indicado, en los años finales del siglo XIX miles de hectáreas se incorporaron al proceso productivo nacional. El proceso de expropiación de la tierra (fundamentalmente a través de las campañas de expoliación a los Pueblos Originarios) y su posterior disponibilidad alentó una política de distribución de tierras en las que intervinieron el Estado (tierras fiscales), agentes económicos individuales y colectivos, como las compañías colonizadoras. El patrón distributivo de la tierra así como su privatización estuvieron regulados por las Leyes Nacionales N° 947 o Ley de Distribución de Tierras de 1878,[9] la Ley de Remate Público N° 1265 de 1882[10] y la Ley N° 1628 o Ley de Premios al Ejército Expedicionario de 1885.[11]

Sobre la base del supuesto de un temprano agotamiento del mercado de tierras –derivado de la entrega, concesión y dominio temprano– existió toda una construcción historiográfica que tendía a concebir la existencia del latifundio y la escasez del recurso al momento de la llegada de la inmigración europea.[12] No obstante, renovados estudios históricos han venido a complejizar esta mirada anclada en la concentración y han destacado una gran heterogeneidad respecto a la tenencia y explotación de la tierra que incluyó estrategias que se extienden desde la ocupación informal hasta la existencia de pequeñas explotaciones asentadas en los márgenes de la pampa húmeda.[13] No obstante, un rasgo característico se encuentra en la rápida apropiación de la tierra. Al comenzar la década de 1890 el mercado de tierras ya daba cuenta de un importante dinamismo (Cortés Conde, 1979).

9 La legislación respecto a la distribución y posterior venta de las tierras que hasta 1879 estaban fuera del alcance del Estado nacional fue concebida incluso antes de la ocupación efectiva. La Ley N° 947, por ejemplo, ofrecía obligaciones que daban lugar al derecho desde una legua cuadrada (2.500 has) y prohibía hacer adjudicaciones inferiores a un lote (10.000 has).

10 A través de la denominada Ley de Remate Público se preveía vender las tierras todavía disponibles en 1882 por medio de remates en Buenos Aires y en las embajadas de París y Londres.

11 La Ley de Premios distribuyó tierras entre soldados y oficiales del Ejército en proporción a su rango jerárquico.

12 Sobre este tema véase, entre otros, Gaignard (1989).

13 Sobre este tema la bibliografía es abundante. Una síntesis de las discusiones puede encontrarse en Zeberio (1993), Míguez (2006) y Barsky y Djenderedjian (2006).

En la actual provincia de La Pampa, particularmente en la subregión del Este, tuvo lugar la explotación de la tierra de la mano de compañías colonizadoras –como la *Jewish Colonization Association*– o colonizadores individuales, propietarias o subarrendadoras que parcelaron la tierra con el objeto de venderla o arrendarla. Y aunque no existieron trabas en el acceso, solo una parte de los productores accedió a la propiedad. A ello contribuyó la gradual elevación del precio de la tierra definido por la puesta en producción, el ingreso del ferrocarril y la llegada de inmigrantes. En este sentido, el arrendamiento fue una solución tanto para los propietarios cuanto para los productores. Respecto a los primeros, el arriendo era una estrategia que permitía una rápida puesta en producción y control de la tierra. Para los segundos, posibilitó afrontar los riesgos del mercado aunque fuera a costa del endeudamiento constante (Olmos, 2014). Más allá del acceso a la propiedad, lo que exhibe la temprana puesta en producción de la tierra fue una variedad de formas en cuanto al acceso al recurso, dependiendo más de la búsqueda de excedentes antes que de la propiedad. Estudios como los realizados por Maluendres (1995), ponen de manifiesto que en zonas marginales y bajo una organización familiar, la dispersión espacial de las explotaciones y el aumento de extensiones permitían sortear las contingencias climáticas reduciendo riesgos y posibilitando la obtención de ingresos escalonados a lo largo del año productivo. Asimismo, habría resultado más rentable el arrendamiento de tierras que la dedicación de cuantiosas sumas de dinero para adquirir el recurso. No obstante, cuando las condiciones lo permitieron, los productores optaron por combinar ambas formas. Además, existieron otros factores no netamente económicos que incidieron en las decisiones de los productores en sus vínculos con la tierra. Ejemplo de ello era la condición de inmigrantes y las expectativas de retorno que los conducía a no movilizar capitales (Olmos, 2014). Así es que en el Territorio Nacional de La Pampa pudo verse cómo se asistía a un temprano reparto de las tierras y a una también rápida valorización de las mismas. En ello impactó el proceso de ocupación efectivo tras la incursión militar y en el que se combinaron distintas formas de acceso al recurso.

Al este de la isohieta de los 500 mm anuales tuvo lugar la práctica generalizada del sistema de arrendamiento. Autores como Maluendres (1995) sostienen que entre las principales razones se encuentra el precio de la tierra que resultó inaccesible para el común de los chacareros, la exigua disponibilidad de capitales de los agricultores para iniciar el proceso productivo y la escasa generalización de sistemas de explotación alternativos como la mediería. Junto a estos, cabría mencionar la

coexistencia de propietarios (pequeños y medianos) que alternaban contratación de mano de obra y empleo de mano de obra familiar para la explotación productiva. Los inicios del siglo XX marcarían el carácter racional de esta práctica en tanto la estructura productiva pampeana del este se tornaba cada vez más cerealera. En 1914, el III Censo Nacional revelaba que de un total de 7.341 explotaciones, el 59% de los productores se dedicaban a la agricultura mientras que un 39% hacían negocios con la ganadería (III Censo Nacional, T5, 1914, p. 82). Del total de esas explotaciones censadas, el 53% eran arrendadas, aunque el censo no indica la posibilidad de combinación entre propiedad y arriendo; una estrategia de acceso al recurso que ha sido destacada por recientes estudios (Djenderedjian, Bearzotti y Martirén, 2010). No obstante, un dato emerge como revelador: las explotaciones arrendadas en un 80% se destinaban a la agricultura donde predominaban las pequeñas explotaciones[14] (entre 101 y 500 has); rasgo típico de la estructura productiva pampeana y cerealera, en general (Zeberio, 2000). Para el caso de la ganadería, solo un 27% eran arrendadas, predominando en esta actividad explotaciones de entre 1.001-5.000 y 5.001-10.000 hectáreas ubicadas más hacia el oeste (III Censo Nacional, T5, 1914, pp. 274-281). Ello obedece a las características ambientales de La Pampa, pues las unidades de mayor tamaño se encontraban en las zonas de menor valor por hectárea, propicias para la ganadería extensiva y con mayores unidades económicas necesarias. Ello diluye la imagen de concentración de la tierra como consecuencia de factores puramente institucionales (Olmos, 2014).

Hacia la segunda década del siglo XX ya se evidencia una tendencia al aumento en la subdivisión de tierras a juzgar por las 12.416 explotaciones censadas (recuérdese que para 1914 este número era de 7.341). Acorde a los estudios locales, en parte, la subdivisión habría respondido a una dinamización de las ventas y el arriendo y en parte a la puesta en práctica de mecanismos de herencia y reproducción social en una sociedad que transitaba su segunda generación (Olmos, 2014). En cuanto a la producción –y aunque continuaría predominando la agricultura–, de acuerdo a los estudios trazados por Lluch (2014), se evidenciaron tres períodos relativamente diferenciados: un ciclo, entre 1918/19 y 1929/30 marcado por la diversificación productiva como respuesta a la inviabilidad del monocultivo triguero (característico de una primera etapa situada en torno a los años 1905 y 1918) y una profundización en la diversificación productiva (maíz, centeno y cebada), entre 1929/30 y 1937 basado en explotaciones mixtas y con una recuperación de la ganadería

14 Para la franja Este, la Unidad Económica de producción (UEP) oscila entre las 250 hectáreas para el área norte y las 400 hectáreas para el sur.

en los años treinta (Lluch, 2014). No obstante, los años treinta muestran un panorama un tanto desalentador respecto a la producción global del Territorio Nacional de La Pampa.

Las deficientes prácticas agrícolas de manejo de los suelos, la deforestación excesiva y la irregularidad pluviométrica se conjugaron con sequías recurrentes, voladuras de suelos, fracasos de cosechas y caída de precios y provocaron un intenso proceso de despoblamiento rural, acentuado en el sudeste de la región (Araoz, 1988). Ello se reflejó en la orientación productiva del espacio por cuanto disminuyó la superficie sembrada con cereales –en especial con trigo– y aumentó la actividad ganadera –particularmente ovina–. La estructura de las explotaciones reflejaba estos cambios. El Censo de 1937 muestra que las unidades productivas agrícolas rondaban el 30%, cerca del 40% eran ganaderas y un 25% mixtas (Censo Nacional Agropecuario, T4, 1937, pp. 354-355). Al cerrarse la década de treinta, el peso del arriendo era aún predominante. De un total de 12.416 explotaciones censadas, la cantidad de propietarios rondaba un 28% del total, un 62% se encontraban bajo régimen de arriendo y un 10% fueron registradas bajo "otras formas" (Censo Nacional Agropecuario, T4, 1937, pp. 354-355).

Desde una visión en conjunto y al considerar el período 1914-1937 se evidencia una estructura de explotación de la tierra basada fundamentalmente en el arriendo; un rasgo que lejos de mostrarse cristalizado en las primeras décadas del siglo XX se incrementó hacia 1937. Tampoco fue un rasgo predominante de la agricultura pues, en la ganadería, también fue una práctica difundida. Este rasgo trae aparejadas otras dinámicas respecto a la explotación, entre ellas, la contratación de mano de obra. Y en efecto, según los análisis de Olmos (2014), el 69% de la población que trabajaba en tareas rurales pertenecían a las propias familias de los productores; un rasgo típico del mundo chacarero pampeano.

4.3. Trabajadores rurales y estructura ocupacional

Como desde hace un tiempo se ha indicado en la historiografía agraria, tanto la estructura productiva como la ocupacional muestra un grado de heterogeneidad en la que se combinan formas de trabajo familiar con contratación de mano de obra. Acorde con el tamaño de las explotaciones y con el mayor o menor grado de éxito económico, los productores pendularon en el mercado de trabajo rural, actuando en ocasiones como demandantes y en otras como oferentes de mano de obra. En el Territorio, bien puede plantearse la afirmación de Míguez (2000) por cuanto el grupo social que integraba la categoría "trabajadores" estuvo

compuesto por asalariados temporarios y permanentes que provenían de los movimientos migratorios interoceánicos y que se sumaban a un conjunto de migrantes internos. En este aspecto, muchos inmigrantes venían con escaso capital y estuvieron dispuestos a realizar cualquier tarea a fin de lograr un rápido mejoramiento económico. Por esta razón, se adaptaron rápidamente a las condiciones del mercado local que exigía abundante fuerza de trabajo, poco calificada o dispuesta a realizar tareas de baja cualificación. No obstante, la importancia conferida –incluso historiográficamente– a los inmigrantes como fuerza laboral debe comprenderse en el marco de su inserción sobre una matriz social a la que se integraron pero que no reemplazaron (Zeberio, 2000, pp. 322-323).

La base profundamente agraria de la producción pampeana se vio reflejada en la estructura ocupacional que caracterizó a la vida territoriana. El impresionante crecimiento demográfico que se operó en estas tierras sobre los años finales del siglo XIX y los comienzos del XX repercutieron en un mercado de trabajo que se hallaba por entonces ávido de brazos. Hasta por lo menos la década del veinte, la población fue abrumadoramente rural, tal como se evidencia en el siguiente cuadro:

Cuadro 1: Cantidad de población y población rural en el Territorio Nacional de La Pampa (1895-1942)

Fecha	Cantidad total de población	Población rural	Población rural (en %)
1895	25.914	23.541	90.84
1912	88.683	57.517	64.86
1914	102.198	55.591	54.39
1920	126.928	49.421	38.93
1935	175.077	86.789	49.58
1942	167.352	68.255	40.78

Fuente: elaboración propia a partir de Ander Egg (1957, pp. 26-27).

El patrón de asentamiento fue gradualmente respondiendo a las principales actividades productivas y aunque no resulta del todo clara la división entre lo urbano y lo rural, no hay dudas de que las tareas rurales concentraron la mayor parte de las ocupaciones de la población. Según el II Censo Nacional de 1895, de entre ese 90.84% de población rural, un 61% estaba ocupado en alguna actividad (II Censo Nacional, T2, 1895, p. 709). Entre estas, la que mayor cantidad de trabajadores

concentraron fue la de jornaleros, pues representaron más del 26% del total de la población ocupada en alguna actividad; un tipo de actividad en la que se realizan distintas tareas. Siguieron a esta ocupación, en importancia cuantitativa, las de productores ganadores (10,72%), pastores y cuidadores de ganado (4,80%), trabajadores especializados (3,14%) y comerciantes con poco más que el 1,6% (II Censo Nacional, T2, 189, pp. 706-709).

Para el año 1914, cuando se levantó el III Censo Nacional de Población, fue notorio el crecimiento de la población que vivía ahora en zonas urbanas; un impacto que se revela en la gran cantidad de pueblos y ciudades –o centros con funciones urbanas básicas– que asistieron a su fundación por aquellos años iniciales del siglo XX y en un crecimiento exponencial de las profesiones vinculadas al comercio,[15] la industria, la construcción, el empleo público, la educación y la salud (III Censo Nacional, T4, 1914, pp. 349-352). Paralelamente, en el mundo rural el aumento demográfico tendió a engrosar la cantidad de personas que se dedicaban al trabajo como jornaleros. Y mientras la región ingresaba de lleno en la lógica cerealícola, abandonando la ganadería como actividad exclusiva, se registró un doble movimiento ocupacional que ilustró esta tendencia: una disminución de la población ocupada en tareas ganaderas y un notable aumento en las ocupaciones vinculadas con el sector agrícola.

Los años veinte mostraron una continuidad en la tendencia al engrosamiento de la población urbana; una cuestión que también se reflejó en el incremento de las actividades asociadas con la industria y la manufactura, el comercio y los ya considerados como servicios públicos (Censo General de los Territorios Nacionales, 1920, p. 160). No obstante la importancia atribuida a lo urbano, el crecimiento de las actividades económicas propias de estos ámbitos se realizaba de manera lenta, o al menos, no tan acelerada como hubiesen esperado las autoridades territoriales. Entre los comentarios vertidos en el Censo Territorial de 1920, respecto a estos rubros se establecía:

15 En particular aumentó el número de propietarios de comercios y de dependientes, sobre todo en los rubros almacén, carnicería, verdulería, panadería, fideerías, peluquerías, relojerías, fotografías y constructores de obras. Asimismo, el III Censo Nacional evidencia un incremento en aquellos oficios de carácter netamente urbano como telegrafistas, tenedores de libros y tipógrafos. Dentro del rubro salud también se expresa un significativo aumento pues en 1914 se registraron 35 farmacéuticos, 20 parteras y 30 médicos. Finalmente, la difusión de la educación por aquellos años tuvo su correlato en la cantidad de profesionales que se dedicaban a esta actividad. Si para 1895 se contabilizaban 13 maestros para 1914 eran 277 de las cuales en un 60,6% eran mujeres (III Censo Nacional, T4, 1914, p. 352). Para mayores detalles sobre la evolución de la estructura comercial, industrial y financiera véase Lluch (2014).

> las industrias propiamente dichas fabriles y manufactureras han crecido en número, con el aumento de la población, pero no en importancia. Salvo en lo referente a molinos harineros (…) las demás formas de esa actividad económica se han desarrollado lentamente y con tendencia a satisfacer necesidades de orden puramente local, en la mayor parte de los casos (Censo General de los Territorios Nacionales, 1920, p. 36).

En los ámbitos rurales continuó primando la demanda de mano de obra para las tareas agrícolas –particularmente revistieron importancia los oficios de alambradores, peones, bolseros, estibadores, foguistas, maquinistas y boyeros– pero también para la ganadería. En este último caso, los peones, domadores, caballerizos, esquiladores y cuidadores de hacienda fueron los más destacables desde un punto de vista cuantitativo (Censo General de los Territorios Nacionales, 1920, p. 106). Tal como se ha mencionado en el apartado anterior, toda esta estructura ocupacional debe leerse a la luz de un mundo de productores que mayoritariamente eran arrendatarios de pequeñas y medianas explotaciones por lo que, incluso, muchos de ellos estacionalmente habrían sido considerados, para las cifras oficiales, como trabajadores rurales.[16]

Los años veinte, tanto para quienes contrataban mano de obra como para quienes la ofrecían, marcan un período de estancamiento pues, a juzgar por los documentos disponibles, se ralentiza la dinámica observada en años anteriores. Ello en parte fue una consecuencia de la situación por la que atravesó el país y la región durante la Primera Guerra Mundial y su final y por la llegada al límite de la extensión de la frontera productiva (Lluch, 2014). Dentro de los estudios rurales, subyace aún el interrogante vinculado al impacto que pudo tener en este proceso la gradual incorporación de maquinaria,[17] no obstante, los años treinta marcarían una tendencia crítica. A los ya mencionados factores internos (despoblamiento, crisis agroclimáticas y agotamiento del suelo) se agregaría el impacto de la crisis económica y que tuvo en vilo a los argentinos hasta mediados de la década. De acuerdo con los datos censales, el sector agrícola resultó ser el más afectado y la mala situación no discriminó

16 No obstante, cabría plantear la diferencia entre aquellos que solo contaban con la venta de sus servicios como único medio para procurarse la subsistencia y aquellos que además tenían la posibilidad de obtener otros beneficios por medio de la participación como productores agropecuarios. Sobre el carácter del chacarero y su empleo como categoría histórica y analítica se yergue una importante discusión historiográfica. Al respecto véase García (1964), Fuchs (1965), Asinari (1973), Murmis(1978), Arcondo (1980), Boron y Pegoraro (1984), Bonaudo y Godoy (1985), Grela (1985), Pérez Brignoli (1985), Archettiy Stolen Kristi Mascali (1986) y Ansaldi (1993), entre otros.

17 Algunos estudios regionales han planteado un impacto temprano de la maquinización de las tareas agrícolas en el mercado de trabajo. Véase Folco (2014). Sin embargo, algunas evidencias plantearían un efecto más tardío, sobre los años treinta. Véase Bil (2009).

entre propietarios, rentistas, productores arrendatarios y trabajadores. Específicamente en este último grupo, los datos disponibles para los últimos años de la década del treinta y comienzos de la siguiente marcan un descenso en las ocupaciones rurales y, en particular, en el grupo de los jornaleros que hasta entonces había mostrado un continuo crecimiento. El mundo urbano ahora mostraba la contracara de lo que sería un mundo rural en desalojo pues aumentaron significativamente todos los oficios vinculados a las profesiones liberales, la construcción, la manufactura y el ascendiente universo de los servicios.

4.4. Consumos diferenciados en el mundo rural

Mirado en su conjunto, este trabajo plantea una apuesta por analizar el mundo del trabajo desde una vertiente que escapa a los temas tradicionales de análisis. Como lo indica Suriano (2006), a comienzos de los años ochenta comenzó a abrirse una nueva etapa en los estudios sobre la clase obrera y los trabajadores argentinos que permitiría alentar la posibilidad de la conformación de una "nueva historia de los trabajadores" basada en el planteo de temas y preocupaciones que hasta ese momento habían estado ausentes de la agenda de problemas.[18] Esos temas referían a la experiencia de la clase obrera, las condiciones de existencia material, la importancia del lugar de trabajo, el rol desempeñado por el Estado, la vida cotidiana, las comunidades, la etnicidad, las simbologías y las ritualidades. Este movimiento renovador centraba su atención en aspectos sociales y culturales tratando de superar aquella vieja historia contada por los militantes que se centraba fundamentalmente en la narración cronológica de la organización sindical y las huelgas.

Los nuevos temas no solo renovaban los enfoques. Formulaban nuevos interrogantes, incorporaban fuentes no transitadas y/o efectuaban relecturas de las tradicionalmente utilizadas. Los nuevos enfoques vinieron a proponer entonces una verdadera renovación historiográfica que también supuso una renovación metodológica. Comenzó a prestarse atención a temas que excedían al movimiento obrero organizado para centrarse en las condiciones de existencia material de los trabajadores en el período agroexportador (Iñigo Carrera, 2006). Esta forma de encarar el estudio del mundo del trabajo, al desplazar el centro de atención desde el lugar de trabajo al área de consumo y a las experiencias por fuera del campo o del taller, intentaba efectuar una mirada más amplia sobre los

18 Incluso, gran parte de los relatos históricos referidos a los trabajadores se elaboraban por fuera del mundo académico. No obstante, dos fueron las excepciones. Véase Panettieri (1967) y Godio (1972).

trabajadores con el objeto de interpretar el proceso de conformación de la identidad obrera. En este sentido, se apuntaba a tratar de aprehender no tanto al sector más consciente y visible para el historiador –por lo general organizado en sindicatos y protagonistas de las luchas gremiales que en definitiva era solo una pequeña porción–, sino al conjunto de los trabajadores. Para ello, se comenzó a proponer un abordaje de las condiciones de vida de los mismos a través del análisis de la alimentación, la vivienda, la salud, el uso del tiempo libre, la inestabilidad (e inseguridad) laboral o los espacios de sociabilidad cultural (Suriano, 2006, p. 292).

Integrar el consumo como dimensión de análisis implica entonces buscar una comprensión de aquellos aspectos que, aunque dejados de lado hasta los años ochenta y noventa, resultan característicos de la vida de los productores[1] y trabajadores pampeanos y que en gran parte han permanecido ocultos en los estudios sobre la temática.[2] El consumo es concebido como algo más que el solo aspecto material de la vida económica, constituyéndose en uno de los vasos comunicantes que permiten comprender comportamientos sociales y culturales. Sin embargo, las áreas del interior de Argentina han quedado al margen de los análisis históricos. El análisis esbozado en este capítulo pretende contribuir a llenar en parte este vacío historiográfico.

4.4.1. El consumo de los productores

El consumo como acto económico está fuertemente vinculado con aspectos sociales y culturales. No obstante, desde el punto de vista de las diferencias sociales, las adquisiciones y prohibiciones hablan de que la práctica del consumo opera como un fenómeno de diferenciación social por cuanto puede demarcar, reforzar y legitimar posiciones sociales. Es significativa, en este plano, la relación que se produce entre el costo económico de los artículos y su valor simbólico; una relación que, fundamentalmente, es social. Puesto que el valor monetario no es el único determinante simbólico del consumo, las convenciones y valoraciones sociales son, en efecto, el ente regulador de la valoración de los artículos.

1 Hasta el momento no existen en la historiografía nacional estudios que analicen el consumo de productores rurales desde la perspectiva planteada en este capítulo.

2 Incluso, esta afirmación aplica al estudio del consumo como objeto de estudio histórico. El consumo pues, es un área relativamente nueva en Argentina y los primeros estudios históricos se remontan a la década de 1990, cercanos al denominado *consumerism*. Para una profundización sobre los estudios que analizan el consumo en el período 1880-1930 véase Rocchi (1998) y Rocchi (1999) aunque sendas contribuciones focalizan la mirada solo en Buenos Aires. Dos estudios destacan por sus análisis centrados en el "interior". Entre ellos, Remedi (1998) y Arcondo (2002). Una notable y temprana excepción lo constituye el trabajo de Marshall (1981), a quien remitimos para mayores detalles.

Así, determinados bienes pueden ser consumidos por sectores sociales de élite y valorarse positivamente (por ejemplo, el alcohol) y recibir una valoración opuesta cuando la práctica se halla en los sectores sociales más bajos, asociando su uso a sus consecuencias patológicas, por ejemplo. En este sentido, el mismo producto/consumo sufre un proceso de resignificación valorativa en función del *status* del consumidor y de las pautas culturales en las que se inscribe (Douglas e Isherwood, 1990).

Los análisis trazados para la franja Este del Territorio Nacional de La Pampa arrojan pistas claves para comprender cómo este proceso se evidencia entre los pobladores rurales. En el ámbito de los productores, las estructuras de sus consumos delatan una preferencia por bienes secundarios[3] antes que básicos[4] y genéricos. Cuando se observa el consumo de bienes genéricos, especialmente en el rubro almacén, se advierte un comportamiento que tiende a la preferencia por la adquisición de bienes que presentan mayores calidades o se corresponden con distintas marcas dentro de la gama de las posibilidades existentes (por ejemplo, en el caso del café o la yerba). Estos bienes, comparativamente a los genéricos presentan un precio mayor. Esta característica permite plantear que la diferencia también estuvo presente incluso a la hora de adquirir lo indispensable. En este plano, un elemento sin dudas condicionante fue el acceso al crédito, entendido como cuentas a fin de mes[5] donde los productores rurales eran considerados sujetos de créditos –aunque con grados desiguales según el respaldo económico que tuvieran– a diferencia de los dependientes o trabajadores rurales.

Los análisis de cuentas corrientes de almacenes de ramos generales permiten plantear una diferenciación en términos no solo de la tipología de bienes adquiridos por los productores sino también, de sus cantidades.[6] Dentro de las demandas en el rubro tienda, por ejemplo,

3 Se denominan secundarios a aquellos productos que pese a su grado de utilidad pueden o no estar entre los productos de consumo de todos los sectores sociales y sin los cuales no peligraría la reproducción de la vida. Estos productos no están orientados a la satisfacción directa de las necesidades más apremiantes y son factibles de sustitución por otros productos en caso de no poder ser adquiridos. No obstante su no adquisición (frente a una anterior regularidad en la compra) podría ser percibida como una degradación del nivel de vida. Los artículos secundarios no constituyen la opción más económica en términos monetarios y permiten a sus demandantes distinguirse a partir de su adquisición.

4 La categoría de bienes básicos o estratégicos agrupa a un conjunto de productos cuya función se orienta a cubrir las más elementales necesidades. Por lo general, dichos artículos pertenecen a la categoría de bienes no duraderos, son de difícil sustitución y se encuentran dentro del consumo regular de los sujetos, independientemente del sector social al que correspondan. También se incluye en esta categoría a los bienes básicos que no poseen marcas distintivas.

5 Sobre el concepto de fiado véase Lluch (2004).

6 Hacemos la salvedad de que los datos han sido calculados a partir de la reconstrucción de sesenta y cinco cuentas corrientes de chacareros sobre un total de ciento treinta cuentas reconstruidas, procedente de distintos almacenes de ramos generales para todo el Territorio Nacional de La

la orientación es similar a la observada entre los productos del rubro almacén pues la propensión está puesta en productos considerados *de primera*, *especiales*, o confeccionados con géneros que los tornan más onerosos por sobre otras opciones más económicas. En el rubro bazar, las adquisiciones dan cuenta de una orientación hacia artículos de loza o enlozados y hacia productos y enseres domésticos prescindibles (candelabros de bronce, por ejemplo). En el rubro perfumería, son características las adquisiciones de productos empaquetados, perfumes, lociones y esencias. Por último, las demandas en el rubro ferretería, repuestos y herramientas son uno de los factores típicos de las cuentas corrientes de este sector social. Integran estas demandas: implementos agrícolas, repuestos de maquinarias –*Mc. Cormick* y *Deering*– artículos destinados a la construcción y herramientas menores. No obstante, no todo era marcas, pues, los productores rurales también adquirieron bienes genéricos allí donde no existía disponibilidad de otras ofertas.[7] Ello es particularmente claro para el caso de la galleta. Y entre los productores, la modalidad más usual fueron las compras de bolsas de galleta de entre 40 a 49 y entre 50 a 59 kilogramos. Las mismas consideraciones cabe plantear para las compras de arroz, fideos y el azúcar. Este patrón de adquisiciones plantea una tipología de acceso a los bienes indispensables vinculada a las "grandes compras" que puede encontrarse en las cuentas corrientes de productores a lo largo de la franja Este del Territorio Nacional de La Pampa.[8]

4.4.2. El consumo de los trabajadores rurales

Como se planteó en el apartado anterior, no todos los pobladores rurales podían acceder a una cuenta corriente en un almacén de ramos generales y ello limitaba no solo el acceso al crédito sino, fundamentalmente,

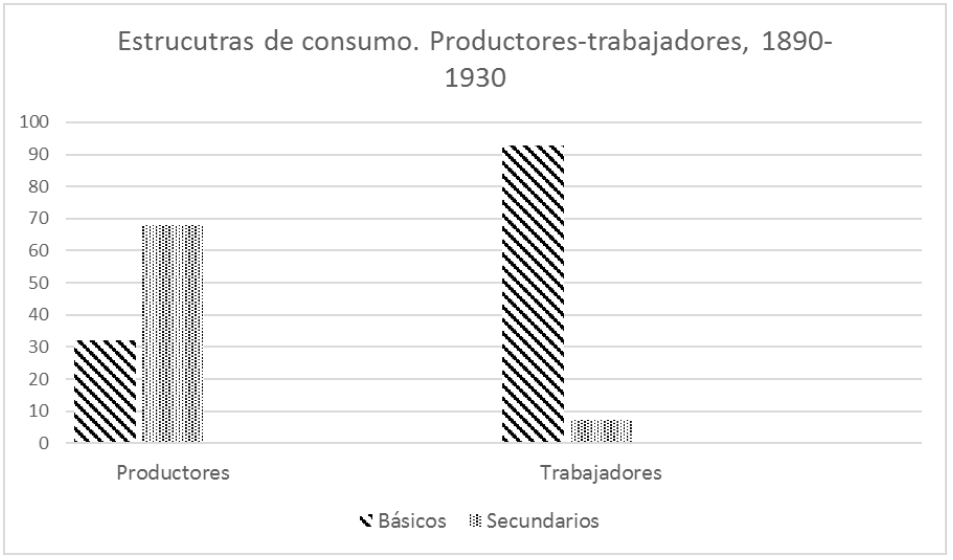
Pampa. Las cuentas que aquí consideramos han sido seleccionadas tanto por los amplios detalles que presentan en torno a la demanda de productos cuanto por su estacionalidad, sus cantidades y sus precios. Entendemos que este recorte no nos permite dar cuenta de la totalidad del consumo de los medianos y grandes productores. Sin embargo, la intención del análisis ha sido ilustrar una tipología de patrones de consumo que estudios posteriores permitirán profundizar.

7 De acuerdo con las consideraciones de Rocchi (1999), en el interior del país, el comerciante mediaba en la relación entre la oferta y el consumidor coartando, en ocasiones, las posibilidades de elección de éstos últimos. Sobre la base de distintos criterios, los comerciantes seleccionaban productos de determinadas marcas o calidades que luego vendían a granel en los almacenes de ramos generales. Para mayores detalles véase Rocchi (1999).

8 Los registros comerciales consultados corresponden a un almacén de ramos generales del Departamento VIIa y luego Toay (con disponibilidad de datos entre 1890 y 1930), del Departamento III y luego Atreucó (con datos a partir de 1900 y hasta 1930), del Departamento II y luego capital (con datos para la década del veinte). Para mayores detalles sobre la nominación de los almacenes véase la sección de fuentes al final del capítulo.

al consumo. Cuando se analizan las cuentas corrientes de los trabajadores rurales aparecen rasgos diferenciadores en relación con las cuentas de los productores propietarios/arrendatarios. En primer lugar, tal como lo ha planteado Lluch (2004), las relaciones entre comerciantes y trabajadores estaban mediatizadas por el empleador, quien disponía cantidades y plazos. Al tiempo, los empleados eran sujetos de baja calificación para el crédito, estableciéndose la vinculación comercial central entre comerciantes y patrones. Finalmente, los rasgos crediticios presentan cuatro características centrales: 1) débitos a fin de mes; 2) utilización marginal de la cuenta caja; 3) diferenciados límites en el crédito y 4) pagos en caja y acreditaciones en trabajo. En segundo lugar, la demanda en términos agregados se orientó –en mayor medida que en el caso de los chacareros– hacia los productos propios del rubro almacén (70%), luego hacia los artículos de tienda (16%) y si se considera a los jabones en barra como integrando el rubro perfumería, hacía allí con el 16% del total de la demanda. El siguiente gráfico ilustra estas consideraciones:

Grafico 1: Estructuras de consumo: productores y trabajadores rurales



Fuente: elaboración propia a partir de Libros Diarios, Auxiliares de Venta e Inventarios Casa Santalla (Departamento Atreucó), Libros Diarios almacén Calchahué (Departamento Toay), Libros diarios almacén Winifreda (Departamento Capital), distintos años.

En general, al observar la dinámica de la demanda se observa un rápido punto de saturación en las muestras en tanto y en cuanto las mercaderías (galleta, azúcar, yerba, fideos, té, arroz y café) y las ropas más usuales, parecen ser los productos de demanda común. No se encuentran variedades importantes de productos ni artículos cuyos precios denoten una preferencia por alguna cualidad o marca en particular. En consecuencia, el consumo de estos sectores tendería a la homogeneidad; materializándose las distancias verticales además de en su composición, en el volumen del consumo cotidiano y en la calidad de los comestibles. Dentro del rubro almacén, la característica está dada por el consumo de bienes básicos y genéricos. Las adquisiciones responden a un patrón de *pequeñas compras*, es decir, en cantidades reducidas (por ejemplo, en la galleta, mayormente esta se adquirió en cantidades que oscilaban entre los 2 y los 15 kilogramos). Los bienes aparecen detallados en base a su cualidad (largo, ancho, fino, amarillo, molida) o al tipo (francés, alemán, negro, colorado). En cuanto al rubro tienda, los productos más recurrentes fueron las alpargatas, las medias, bombachas, pañuelos, camisas y la compra de telas para la confección hogareña de las prendas y siempre con una orientación hacia productos más económicos. En el rubro perfumería, la mayor proporción estuvo representada por las barras de jabón y es marginal la demanda en el rubro ferretería.

Es lícito plantear entonces que en nuestro contexto de análisis el consumo da cuenta de la diferenciación social, bien sea a través de modalidades de adquisición de productos, bien por los patrones observados en sus demandas. Si bien todas las sociedades hacen alguna distinción categórica entre lo necesario/necesidad y el lujo, la distinción también puede operar en el terreno de lo necesario. En este aspecto, un mayor acceso a los bienes de consumo se transmuta en una mayor distancia con respecto a la necesidad al tiempo que se transforma en un mecanismo de distinción por la vía de la adquisición. Tal como lo sostiene Bourdieu (2002), la afirmación de un poder sobre la necesidad dominada contiene siempre la reivindicación de una superioridad legítima sobre los que continúan dominados por los intereses y las urgencias ordinarias. En un caso tienen lugar los *gustos de libertad*, en el otro, los *gustos de necesidad*.

4.4.3. Mujeres que trabajan y consumen

Hasta el momento, la historiografía económica nacional no ha considerado el rol desempeñado por las mujeres en la esfera del consumo rural y este vacío historiográfico se ve reflejado a nivel regional. Tal como

lo sostiene Hériz Saracibar (2004), hasta fechas avanzadas del siglo XX las mujeres han integrado la esfera privada del consumo. Esto ha llevado, por un lado, a considerar su rol indiscutible como "reinas y ángeles del hogar" pero, por otro lado, los estudios se han sustraído al plano de sus desempeños en las funciones como madres, esposas y amas de casa. De esta comprensión se han derivado una serie de presunciones que terminan por justificar esta acusada invisibilización de las mujeres en la esfera económica (Todaro y Rodríguez, 2001).

El estudio de las mujeres y de sus puntos de vista viene desarrollándose desde hace por lo menos tres décadas (Barrancos, 2005). Se han generado nuevos conceptos y metodologías que han permitido producir nuevos conocimientos para mejorar la comprensión de las diferentes dinámicas –entre ellas las de género– que participan en la generación y en los cambios de los procesos sociales, políticos y económicos. Sin embargo, a diferencia de otras disciplinas y ámbitos sociales, la economía ha sido resistente a incorporar la variedad de las experiencias de las mujeres (Todaro y Rodríguez, 2001, p. 9). De este modo, al incluir a las mujeres en el análisis histórico y al considerarlas como sujetos activos desde el plano del consumo, no proponemos sólo una ampliación temática, sino un enriquecimiento de los marcos teóricos y conceptuales. Se entiende con ello que se puede lograr una mejor y más adecuada comprensión del consumo como esfera de análisis. ¿Qué información aportan los registros comerciales sobre las mujeres del Territorio Nacional de La Pampa?

4.4.4. Género y trabajo en los ámbitos rurales

Los documentos oficiales presentan una categorización de los oficios que tiende a englobar a ciertas ocupaciones en la esfera masculina y a otras únicamente en el ámbito femenino. Sin embargo, cabe aclarar que ciertos segmentos ocupacionales serían compartidos por ambos géneros. A la vez, tanto en los ámbitos rurales como en los urbanos existieron oficios que fueron exclusivamente desarrollados por mujeres y otros por hombres. Esto daría cuenta de una división genérica en el mercado de trabajo, pero ¿pueden sin embargo reconocerse esferas laborales en las que las mujeres destacaran cuantitativamente?

De manera aproximativa, se podría plantear que ciertas esferas laborales parecerían prestarse más a las ocupaciones femeninas, quizá por la carga ideológica de determinados roles. De esta manera, los espacios en los que podrían desempeñarse se verían restringidos a ocupaciones asociadas a las funciones de madre, esposa y ama de casa (Hériz Saracibar, 2004). Los hombres habrían dominado los espacios públicos y de este

modo, las mujeres se habrían convertido en las "reinas" del hogar (Tercer Censo Nacional T1, 1914, p. 265). Con ello se consolidarían, al mismo tiempo, dos ideales de género: para las mujeres la maternidad se delineaba como la meta y el fin de sus vidas[9] (Di Liscia y otros, 1994); los varones en cambio asumirían la función de productor, proveedor y actor fundamental de la vida política (característica que se evidencia en los datos censales para 1914 a partir del predominio del 100% de hombres en los empleos públicos y militares), alejados del *mundo feminizado del hogar* (Moreno Claverías, 2004, p. 121).

Aunque la visión de las mujeres trabajadoras en el mundo rural es parcial y borrosa, no hay dudas de que estuvieron presentes en el trabajo de los pequeños y medianos productores agrícolas y ganaderos. A pesar de que este es un campo predominantemente masculino, las mujeres aparecen en los registros bajo la forma de peonas de campo, labradoras, hiladoras-tejedoras, puesteras, jornaleras y horticultoras.[10] Prácticamente se desenvolvían en los trabajos rurales sin diferencia alguna respecto a los hombres; tal como lo manifestaba Anais Vialá en la *Narración de mi vida 1884-1937*: "nuestro padre no nos ocupaba solamente en cuidar animales. Fuimos también grandes aradoras y sembradoras y trabajadoras en las cosechas: ningún trabajo de la chacra nos era desconocido" (citado en Lasalle, 2000, p. 45).

Sin embargo, y pese a lo pintoresco de las descripciones, estas profesiones podrían presentar una situación de doble subordinación: por un lado, reflejarían un tipo de acatamiento sexual y, por otro, acentuarían la relación de dependencia. Otra podría ser la situación de las mujeres hacendadas, estancieras, chacareras, propietarias, rentistas y prestamistas,[11] quienes por su particular situación –posesión de tierras o capital–, podrían quedar exentas, al menos, de algunas de las anteriores formas de sujeción.[12] De este modo, estas últimas se habrían podido constituir como sujetos sobre los que recayó la función de control hacia

9 De acuerdo con Billorou (2000, p. 395), las actividades que concentrarían un mayor número de mujeres serían las vinculadas a los rubros textil, docente, servicio doméstico, comercio, sanidad y costura a domicilio. Mayores detalles en Billorou (2000).

10 Para un análisis más detallado sobre el peso de las mujeres en la estructura ocupacional puede consultarse Ledesma y Folco (2014).

11 Respecto de la obtención de beneficios a partir de rentas existen datos que demuestran un rol protagónico de las mujeres. Por ejemplo, en el Departamento Atruecó, el almacén de ramos generales "La Victoria" registra cuentas corrientes pertenecientes a mujeres en las que se realizaban préstamos de dinero cobrando intereses por ello. Véase por ejemplo AHP. Fondo Santalla. Libro Auxiliar de Ventas Nº 15, folio 525.

12 Al respecto también se han encontrado cuentas corrientes pertenecientes a mujeres cuyas estructuras de consumo las vincularían al sector de los chacareros (amplios márgenes de crédito, retiros en efectivo y consumo con orientación a productos secundarios). Véase por ejemplo AHP. Fondo Santalla. Libro Auxiliar de Ventas Nº 15.

los dependientes; fenómeno que habría sido ocasionado, en parte, por la libertad de la que gozarían ante la ausencia masculina.[13] El tímido ingreso de las mujeres en el mercado laboral del Territorio despertaba signos de descontento y se pensaba que el trabajo femenino tendría negativas consecuencias sociales. El diario *El Imparcial* de Intendente Alvear, el 31 de marzo de 1917, dedicaba todo un artículo al "rol de la mujer", donde se planteaba:

> La mujer ha sido creada para compañera del hombre sobre la tierra, participando de sus goces y alegrías, y de sus amarguras y penas. Ella es la creadora del hogar y de la familia, y por ella el hombre sacrifica su vida y todo lo que vale y puede; pero en cambio la mujer tiende a emanciparse, a conquistar los mismos atributos del hombre, las mismas libertades, y el mismo poder y fueros. Vemos por nuestras calles y plazas, hombres rotosos, menesterosos y, en ciertos casos lo que llamamos atorrantes (…) Recordamos que al principio del empleo de la mujer, solo lo hacían las que verdaderamente precisaban trabajar para el sustento de la familia por no tener hombres que pudieran hacerlo pero luego poco a poco se fue generalizando, llegando a tomar proporciones sorprendentes en la actualidad (…) Así pues tenemos (…) al hombre en las bajas tareas de la casa, haciendo un guisote, camino del mercado con la canasta de compras, sentadito remendando la ropita y sacudiendo el polvo de los viejos muebles, y hasta podrá ir con una cañita a pescar mojarritas, y esto mientras que la mujer está en sus tareas de oficinista oyendo de vez en cuando los requiebres de algún joven tenorio (…) pero este no es el verdadero destino de la mujer y cuanto mas se eleve ésta mas grande será su caída, ella se producirá porque en su grandeza se ensorbebecerá contra su mismo destino y no reconocerá la autoridad del hombre como superior a ella, consecuencias que traerán forzosamente una revolución social que volverá a colocarla en su verdadero puesto esto es, compañera del hombre, conservadora del hogar y de la familia que es para lo que ha sido creada (*El Imparcial*, 31 de marzo de 1917, año 1, Nº 6, Intendente Alvear).

Oficios netamente desempeñados por mujeres pertenecieron a la esfera de la confección: bordadoras, costureras, lavanderas, modistas y planchadoras–plegadoras. La relación entre las tareas domésticas al interior del hogar y la posibilidad de aportar una ayuda monetaria para el núcleo familiar parecen conjugarse en este estilo de ocupaciones que registran un alto índice en las cédulas censales de 1914 (Tercer Censo

13 Desde el plano de la habilitación al crédito las mujeres que poseían una cuenta corriente abierta en un almacén de ramos generales solían realizar pagos y retiros de mercaderías a nombre de peones y subordinados. Algunos ejemplos pueden encontrarse en AHP. Fondo Santalla. Libro Diario de Ventas Nº 11, folios 70; 80; 98; 125; 130; 355; 525; AHP. Fondo Santalla. Libro Diario de Ventas Nº 12, folio 56, entre otros.

Nacional) y de 1920 (Censo Territorial). Del mismo modo, el servicio doméstico desplegado por mujeres para garantizar la reproducción de las personas y el funcionamiento social cotidiano incluyó tareas como la limpieza de una casa, el cuidado de niños, la compra y preparación de alimentos y el lavado y planchado de prendas (Ledesma y Folco, 2014).

Las cuentas corrientes de las trabajadoras de la confección en los ámbitos rurales, cuando son posibles de detectar directamente por el nombre de la titular, presentan una estructura de demanda demostrativa de su oficio. En ocasiones, las cuentas solo registran retiros de productos de la sección tienda: telas, botones y parches, cuestión que sería un indicador de las actividades ocupacionales de su titular. A modo de ejemplo, se presenta la siguiente reconstrucción parcial de una cuenta corriente de un almacén del Departamento Atreucó para los años 1928-1929:

Cuadro 2: Reconstrucción parcial. Cuenta Carmen Arhex

Fecha	Cantidad	Detalle	Debe	Haber	F°
1928					
Noviembre 3	1/2	metro terciopelo	2,50		255
	3	metros puntilla	1,50		255
	1	metro entredós	0,20		255
	1	Flor	1,50		255
21	1/2	metro opal	0,75		255
		Caramelos	0,20		255
1929					255
Mayo 23	s/.	Boleta N° 1748 Mercaderías	5,00		255
29	"	" " 2196 "	3,50		255
Julio 5	"	" " 468 "	2,00		255
31	"	" " 2954 "	1,50		255
Agosto 25	"	" " 2770 "	0,80		255
Septiembre 11	"	" " 840 "	3,60		255
14	"	" " 1106 "	0,20		255
	"	" " 1141 "	4,00		255
23	"	" " 11772 "	5,55		255
Noviembre 15	"	" " 1425 "	4,80		255
20	"	" " 1815 "	1,20		255
		Pasa al Mayor N° 1 folio 18	38,80		255

Fuente: elaboración propia a partir de AHP. Fondo Santalla. Libro Auxiliar de Ventas Nº 26.

Sin embargo, en los libros comerciales tanto el número de cuentas cuanto el número de mujeres en general es reducido. La ausencia de mujeres como titulares de una cuenta corriente es un rasgo notable en el conjunto de las cuentas. A modo de ejemplo, si consideramos la totalidad de las cuentas corrientes abiertas en uno de los principales almacenes de ramos generales del Departamento Atreucó entre 1917 y 1923 se observa que sobre un total de 866 cuentas abiertas 830 pertenecieron a hombres (95.8%), 20 a mujeres (2.3%) y 16 a organizaciones, sociedades y asociaciones (1.8%).[14] Se evidencia de esta manera la desigualdad genérica en torno a la titularidad de las cuentas corrientes. Esta característica distribución genérica del crédito es factible de comprobar con insignificantes variaciones a lo largo del período que abarca este capítulo. Respecto de las mujeres que poseían cuentas corrientes se observa que algunas de ellas habrían pasado a ser titulares de las mismas en tanto que herederas directas una vez fallecido el titular. En estos casos están registradas bajo la denominación "viuda de".

En una economía como la que se ha descrito debe entenderse que las personas pueden entablar relaciones contractuales una vez que esté demostrada su capacidad para solventar sus gastos, sea con la propiedad de algún capital o bajo la garantía de algún patrón –chacarero– o sujeto que funcione como habilitante y que genere la confianza necesaria como para autorizar las compras a plazos. En consecuencia, y tal como lo sostiene Moreno Claverías (2004), a causa de la división sexual del trabajo y la especialización de las mujeres en las obligaciones domésticas, estas se convertirían en sujetos económicamente dependientes del varón que las tutelaba –padre, hermano o marido– por lo que la propiedad o el capital en sus manos carecía de sentido (2004, p. 121). Sin embargo, esta situación no se traduce en términos de una ausencia del consumo en las mujeres. Toda vez que fueron titulares de cuentas corrientes, fue posible establecer un patrón de consumo en función de la posición social que ocupaban. Aquellas que no estaban incluidas en los registros comerciales tendrían acceso al consumo por la vía de la cuenta del titular-tutor. Asimismo, tal ausencia puede vincularse a una desigualdad en el acceso al consumo donde la mujer aún no es considerada como un sujeto demandante y en consecuencia la desigualdad se haría manifiesta también en esta esfera (Hériz Saracibar, 2004). Así las cosas, entre 1890 y 1930, período que se ha considerado en este capítulo, las mujeres se situaron en el cruce de la producción, la reproducción y el consumo.

14 Los datos han sido calculados sobre la base de AHP. Fondo Santalla. Libros Auxiliares de ventas Nº 15 y 16.

En la gestión del mantenimiento de la unidad familiar, el consumo de bienes perecederos era fundamental y esta actividad –acceder a los bienes, manipularlos y distribuirlos– estuvo en manos de mujeres (Moreno Claverías, 2004, p. 125). Asimismo, las mujeres en ocasiones se encargaban de adquirir los productos alimenticios que no eran producidos en el ámbito hogareño lo que les otorgaba un rol central como *organizadoras del consumo doméstico* (Billorou, 2000, p. 234). La tarea primordial de decidir qué se consumía, de preparar los alimentos y de llevarlos finalmente a la mesa era desempeñada por mujeres. Este rol central que ocupaban en torno a la cotidianeidad del hábito alimentario no pocas veces fue motivo de interés en términos de políticas públicas. En épocas de crisis, el papel doméstico de las mujeres no dejaba de formar parte de los intereses estatales. Con posterioridad a 1930 se gestionaron numerosos programas sociales que otorgaban un papel privilegiado a la mujer como organizadora y reguladora del consumo (Billorou, 2000, p. 396).

Sin embargo, estas funciones han quedado veladas en la gran mayoría de los documentos. La misma informalidad de las actividades domésticas, pero también el rol tutelar desempeñado por los hombres, hacen más difícil hallar documentación que permita mayores detalles. Aquí se sostiene que las relaciones de las mujeres –de todos los grupos sociales– con la propiedad, la posesión y el consumo estuvieron determinadas por las relaciones de género establecidas (Domínguez Martín, 2000, pp. 179-205). Y para ello existían una multitud de factores –legales, económicos, sociales y culturales– que obstaculizaban la actuación de las mujeres como sujetos económicos y, por tanto, como sujetos públicos de consumo.

4.5. Palabras finales

En este capítulo se ha intentado brindar un panorama general respecto del mundo rural del Territorio Nacional de La Pampa y en el período histórico en el que la Argentina ingresaba de lleno al mercado mundial como un país productor de materias primas. Se ha mencionado que la actual provincia de La Pampa se insertó en la lógica productiva predominante de la pampa húmeda –aunque un tanto marginalmente dadas sus condiciones naturales e institucionales– tras las campañas de conquista y expoliación a los pueblos originarios que habitaban estas tierras. La incorporación de La Pampa significó que miles de hectáreas comenzaran a producir ganadería (primero) y cereales (después) delimitándose así toda una orientación productiva. Dentro de esta lógica ingresaron productores y trabajadores que condujeron la puesta en marcha de

tal proyecto económico al tiempo que desarrollaron todo un conjunto de estrategias para reducir riesgos –en algunos casos– y buscar la subsistencia –en otros–. Desde este plano, el ámbito rural del Territorio Nacional de La Pampa se nos aparece como un mundo en constante cambio donde no es tarea fácil encontrar una estructura productiva cristalizada. Sea en torno a la labor de las tierras, sea respecto del mercado de trabajo, los hombres y mujeres que poblaron la temprana pampa encontraron en las tareas rurales una buena opción de conseguir el bienestar. Claro que las condiciones en las que se desenvolvió la vida rural para unos y para otros no fue similar. Mientras los productores/chacareros orientaron sus consumos hacia bienes más caros e incluso pudieron darse el placer de consumir bienes para nada imprescindibles, parecería que el consumo de los trabajadores se orientó más bien hacia la subsistencia. En este sentido, tanto el acceso a la propiedad como el acceso al crédito y al consumo marcaron panoramas disímiles donde pudo encontrarse la diferencia pese a que los productos para consumo fueran similares, al menos, en el renglón de los genéricos. En el mundo femenino, la imposibilidad de acceder al crédito y al consumo estuvo atravesada por un componente ideológico que las arrojó a la esfera privada de sus hogares. Algunas corrieron mejor suerte toda vez que desapareciera el tutelaje masculino y encontraran la posibilidad de ser protagonistas de sus finanzas. Otras, quienes se empleaban, debieron resistir a la desigualdad signada por la dependencia laboral pero también por la falta de libertad económica. En este sentido, las trabajadoras de la pampa se encargaron de las actividades domésticas y de las profesiones que significaban una suerte de prolongación de esas tareas pero también se emplearon en distintos oficios rurales que no estaban en relación con aquello que ideológicamente se esperaba.

En el mundo rural pampeano, la estructura ocupacional muestra un panorama en el que las tareas rurales estuvieron entre los oficios más demandados y que el mercado de trabajo respondió a los vaivenes productivos. Cuando tuvo lugar una orientación productiva ganadera –como en los años finales del siglo XIX–, florecieron los oficios vinculados a esta actividad. Cuando fue la agricultura la actividad económica fundamental, hacia allí se dirigieron los trabajadores. En especial, dada su importancia cuantitativa reflejada en distintas estadísticas y censos, el sector de los jornaleros fue el que mayor cantidad de población recibió; un aspecto que parece caracterizar al mundo de los trabajadores hasta la década del veinte cuando gradualmente comience a tomar importancia la población urbana. Los análisis para los años treinta plantean un desplazamiento de población rural hacia las ciudades y pueblos pampeanos,

acompañando un proceso de crisis rural. Desde entonces, las profesiones urbanas asistieron a un constante ascenso.

La historia de los trabajadores de La Pampa aún demanda que se llenen ciertos vacíos. La propuesta presentada en este capítulo pretende constituir un aporte en ese sentido pues, en definitiva, la existencia de los y las trabajadores/as excedió al lugar de trabajo. Contar esas otras historias hace que se puedan conocer algunos de los aspectos que tradicionalmente habían sido puestos en un segundo plano.

Bibliografía citada

Ansaldi, W. (1993). La pampa es ancha y ajena. La lucha por las libertades capitalistas y la construcción de los chacareros como clase. En: M. Bonaudo y A. Pucciarelli (Comps.) *La problemática agraria. Nuevas aproximaciones.* (pp. 71-101). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Aráoz, F. (1988). *La Pampa central entre dos mundos.* Santa Rosa: Biblioteca pampeana.

Archetti, E. P., y Stölen, K. A. (1975). *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Arcondo, A. (1980). El conflicto agrario argentino de 1912. Ensayo de interpretación. En *Desarrollo económico*, 20 (79), pp. 351-381.

Arcondo, A. (2002). *Historia de la alimentación en Argentina. Desde los orígenes hasta 1920*. Córdoba: Ferreyra editor.

Asinari, A. (1973). Aportes para la historia rural. Surgimiento del movimiento campesino: el Grito de Alcorta en Córdoba. En Instituto de Estudios Americanistas, Homenaje al doctor Ceferino Garzón Maceda. Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba: Dirección General de Publicaciones.

Barrancos, D. (2005). Historia, historiografía y género. Notas para la memoria de sus vínculos en la Argentina. En *La Aljaba*, *9*, Santa Rosa, pp. 49-72.

Barsky, O. y Djenderedjian, J. (2006). Problemas y desafíos de una gran cuestión abierta. La historiografía agraria pampeana del siglo XX. En Gelman, (Comp.). *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y Perspectivas*. (pp. 247-267). Buenos Aires: Prometeo-AAHE.

Barsky, O. y Pucciarelli, A. (1991). Cambios en el tamaño y en el régimen de tenencia de las explotaciones agrarias pampeanas. En: O.

Barsky (Comp.). *El desarrollo agropecuario pampeano*. (pp. 309-453). Buenos Aires: INDEC-INTA-IICA-GEL.

Bil, D. (2009). Mercado y fabricación de maquinaria e implementos agrícolas en la Argentina (1870-1940). *Cuadernos de Historia. Serie Ec. y Soc*. (11), CIFFyH-UNC, Córdoba, pp. 7-32.

Billorou, M. J. (2000). 'Cómo es fácil preparar cualquier comida, sin tener mucha ciencia ni mucho tiempo disponible'. La cocina de la salud (1951-1955). En *Mujeres en Escena. Actas de las quintas jornadas de Historia de las mujeres y estudios de género*. Instituto interdisciplinario de estudios de la mujer. Facultad de Ciencias Humanas. UNLPam.

Bonaudo, M., y Godoy, C. (1985). Una corporación y su inserción en el proyecto agro-exportador: la Federación Agraria Argentina (1912-1933). En: *Anuario de la Escuela de Historia*, (11), pp. 151-215.

Borón, A., y Pegoraro, J. (1981). *Las luchas sociales en el agro argentino*. División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

Bourdieu, P. (2002). *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. México: Taurus

Colombato, J. (1995). La quimera del trigo. En: J. Colombato (Coord.). *Trillar era una fiesta. Poblamiento y puesta en producción de La Pampa territoriana*. Tomo 1. Instituto de Historia Regional. Santa Rosa: Universidad Nacional de La Pampa.

Cortés Conde, R. (1979). *El progreso argentino*. Buenos Aires: Sudamericana.

Djenderedjian, J., Bearzotti, S. y Martirén J. (2010). *Historia del Capitalismo agrario pampeano. Expansión agrícola y colonización en la segunda mitad del siglo XIX*. Tomo 6. 2. Buenos Aires: Teseo-Universidad de Belgrano.

Di Liscia, M. H. y otros. (1994). *Acerca de las mujeres. Género y sociedad en La Pampa*. Santa Rosa: FEP.

Di Liscia, M. S. y Lluch, A. (2014). La población pampeana y sus transformaciones. En: A. Lluch, y C. Salomón Tarquini, C. (Eds). *Historia de La Pampa. Sociedad, política, economía. Desde los poblamientos iniciales hasta la provincialización (ca. 8000 AP a 1952)* (pp. 113-128). Santa Rosa: EdUNLPam.

Douglas, M. e Isherwood, B. (1990). *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*. México: Grijalbo-CNCA.

Folco, G. (2014). ¡Están dando la biaba!...El conflicto obrero rural en el Territorio Nacional de La Pampa 1914-1921. En *Razón y Revolución*, 27, pp. 115-141.

Fuchs, J. (1965). *Argentina: su desarrollo capitalista*. Buenos Aires: Editorial Cartago.

García, J. M. (1964). *Reforma agraria y liberación nacional*. Buenos Aires: Porve.

Gaignard, R. (1989). *La pampa argentina*. Buenos Aires: Solar-Hachette.

Grela, P. G. (1985). *El grito de Alcorta*. Buenos Aires: CEAL.

Godio, J. (1972). *El movimiento obrero y la cuestión nacional. Argentina: inmigrantes, asalariados y lucha de clases, 1880-1910*. Buenos Aires: Erasmo.

Hériz Saracibar, I. (2004). El nacimiento de la sociedad de consumo en España: cambios en la esfera privada de las mujeres, 1959-1965. En *VII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea: Memoria e identidades*. Santiago de Compostela: España.

Iñigo Carreras, N. (2006). La historia de los trabajadores. En J. Gelman, (Comp.). *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y Perspectivas*. (pp. 271-284). Buenos Aires: Prometeo-AAHE.

Lasalle, A. (2000). Más vale dos veces viuda que mal casada. Recuperando fuentes: La Narración de mi vida, 1884-1937 de Anais Vialá. En *Mujeres en Escena. Actas de las quintas jornadas de Historia de las mujeres y estudios de género*. Instituto interdisciplinario de estudios de la mujer. Facultad de Ciencias Humanas. UNLPam.

Ledesma, L. y Folco, G. (2014). Trabajo, condiciones materiales y resistencias en el mundo obrero rural del Territorio Nacional de La Pampa. En: A. Lluch y C. Salomón Tarquini. (Ed). *Historia de La Pampa. Sociedad, política, economía. Desde los poblamientos iniciales hasta la provincialización (ca. 8000 AP a 1952)*. (pp. 233-320), Santa Rosa: EdUNLPam.

Lluch, A. (2004). *Comercio y crédito en La Pampa a inicios del siglo XX. Un estudio sobre el papel económico de los almacenes de ramos generales*. Tesis Doctoral. Programa InterUniversitario de doctorado en Historia. Sede Facultad de Ciencias Humanas. Tandil. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Inédita.

Lluch, A. (2014). La economía desde la ocupación capitalista a la crisis del '30 y los años posteriores. En: A. Lluch y C. Salomón Tarquini (Ed.). *Historia de La Pampa. Sociedad, política, economía. Desde los poblamientos iniciales hasta la provincialización (ca. 8000 AP a 1952)* (pp. 131-161). Santa Rosa: EdUNLPam.

Lluch, A. (2014). Apuntes sobre la estructura comercial, industrial y financiera de La Pampa. En: A. Lluch y C. Salomón Tarquini. (Ed.). *Historia de La Pampa. Sociedad, política, economía. Desde los poblamientos iniciales hasta la provincialización (ca. 8000 AP a 1952)*, (pp. 183-203). Santa Rosa: EdUNLPam.

Lluch, A. y Moroni, M. (Comp.). (2010). *Tierra Adentro. Instituciones económicas y sociales en los Territorios Nacionales (1884-1951).* Rosario: Prohistoria.

Maluendres, S. (1995). Los agricultores de los márgenes de la región pampeana: mitos y 'realidades'. El caso del Territorio Nacional de La Pampa. En: M. Bjerg y A. Reguera (Comps.) *Problemas de Historia Agraria. Nuevos debates y perspectivas de investigación* (pp. 183-209). Tandil: IEHS.

Maluendres, S. (2001). El proceso de conformación de la frontera productiva en La Pampa. En: A. M. Lasalle y A. Lluch (Comp.). *Arando en el desierto. Itinerario fotográfico de la colonización francesa de Telén. Pampa Central, 1900 – 1914* (pp. 23-34). Santa Rosa: Nexo / Di Napoli.

Marshall, A. (1981). La composición del consumo de los obreros industriales de Buenos Aires. 1930 – 1980. En *Desarrollo económico*, 21(83), pp. 351-374.

Míguez, E. (2000). La gran expansión agraria (1880-1914). En AA. VV. *Nueva Historia de la Nación Argentina* (pp. 101-127), 6. Buenos Aires: Planeta.

Míguez, E. (2006). ¿Veinte años no es nada? Balance y perspectivas de la producción reciente sobre la gran expansión agraria, 1850-1914. En: J. Gelman (Comp.). *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y Perspectivas*, (pp. 209-229) Buenos Aires: Prometeo-AAHE.

Moreno Claverías, B. (2004). Mito y realidad de la 'feminización del consumo en la Europa moderna: las pautas de consumo de las mujeres en el Penedés preindustrial. En *Arenales. Revista de historia de las mujeres. 11*(1). Universidad de Granada. Ministerio de Trabajo y Asuntos sociales. Instituto de la mujer. Granada. España, pp. 119-152.

Moroni, M., Folco, M., Lanzillota, M., Zink, M. y Bergia, M. (2014). Evolución política en el Territorio (1890-1950). En: A. Lluch y C. Salomón Tarquini (Eds). *Historia de La Pampa. Sociedad, política, economía. Desde los poblamientos iniciales hasta la provincialización (ca. 8000 AP a 1952)* (pp. 321-377). Santa Rosa: EdUNLPam.

Murmis, M. (1975). Sobre una forma de apropiación y utilización del espacio rural: el terrateniente-capitalista pampeano y un intento de transformarlo. En Murmis, Bengoa y Barsky (Eds.). *Terratenientes y desarrollo capitalista en el agro*. Quito: Ediciones Ceplaes.

Olmos, S. (2014). Estructura agraria: el camino hacia la especialización espacial. En: A. Lluch y C. Salomón Tarquini. (Eds). *Historia de La Pampa. Sociedad, política, economía. Desde los poblamientos*

iniciales hasta la provincialización (ca. 8000 AP a 1952) (pp. 163-181). Santa Rosa: EdUNLPam.

Panettieri, J. (1967). *Los trabajadores*. Buenos Aires: Jorge Alvarez.

Pérez Brignoli, H. (1985). Los intereses comerciales en la agricultura argentina de exportación: 1880-1955. En: E. Florescano (Coord.) *Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina, 1700-1955* (629-640). México: Nueva Imagen.

Pucciarelli, A. R. (1986). *El capitalismo agrario pampeano, 1880-1930: la formación de una nueva estructura de clases en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Hyspamérica.

Remedi, F. (1998). *Dime qué comes y cómo lo comes y te diré quién eres. Una historia social del consumo alimentario en la modernización argentina. Córdoba, 1870-1930*. Córdoba: Centro de Estudios históricos "Porf. Carlos S. A. Segreti".

Rocchi, F. (1998). Consumir es un placer: la industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado. En: *Desarrollo Económico*, 37(148), pp. 533-558.

Rocchi, F. (1999). Inventando la soberanía del consumidor: publicidad, privacidad y revolución del mercado en Argentina, 1860-1940. En: F. Devoto y M. Madero (Eds.). *Historia de la vida privada en la Argentina* (pp. 301-321) Vol II. Buenos Aires: Taurus.

Suriano, J. (2006). Los dilemas actuales de la historia de los trabajadores. En: J. Gelman (Comp.). *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y Perspectivas* (pp. 285-306). Buenos Aires: Prometeo-AAHE.

Todaro, R. y Rodríguez, R. (2001). Ampliar los límites de la economía. En Todaro y otros (ed). *El género en la economía* (pp. 9-12) Centro de Estudios de la Mujer. Santiago de Chile: Isis Internacional.

Zeberio, B. (2000). Un mundo rural en cambio. En: M. Bonaudo (Ed.). *Nueva Historia Argentina. Tomo IV. Liberalismo, Estado y Orden Burgués (1852-1880)* (pp. 293-362). Buenos Aires: Sudamericana.

Fuentes

Argentina. (1916). *III Censo Nacional* (1914). Buenos Aires: Talleres gráficos L. J. Rosso.

Argentina. (1940). *Censo Nacional Agropecuario* (1937). Buenos Aires: Kraft.

Argentina. (1923). *Censo General de los Territorios Nacionales*, *Tomo 1. La Pampa, Misiones, Los Andes, Formosa y Chaco*. Buenos Aires: Establecimiento de Martino.

Archivo Histórico Provincial. *El Imparcial*. Intendente Alvear. 31 de marzo de 1917, Año 1, Nº 6.
Archivo Histórico Provincial. Fondo Casa Santalla. Libro Diario de ventas. Nº 12 a 24, varios folios.
Archivo Histórico Provincial. Fondo Casa Santalla. Libro Auxiliares de ventas. Nº 19 a 26, varios folios.
Archivo Histórico Provincial. Fondo Casa Santalla. Libro Inventario Nº 1. Años 1911, 1913, 1915, 1917, 1920 y 1923.
Archivo General de la Nación. Ministerio del Interior. (1913). *Memoria del Ministerio del Interior presentada al Honorable Congreso Nacional 1912-1913*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional.
Archivo General de la Nación. Ministerio del Interior. (1911). *Memoria del Ministerio del Interior presentada al Honorable Congreso Nacional 1910-1911*. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora "Juan A. Alsina".
Alberdi, J. B. [1852] (2008). *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires: Losada.
Ander Egg, E. (1957). *La Pampa (esbozo preliminar para un estudio de su estructura socio-económica). Vol 1. Demografía*. Santa Rosa: Talleres Gráficos de la Dirección de Imprenta y Boletín Oficial de la Provincia de La Pampa.
Lluch, A. (Ed.). (2005). *Memorias de gobernadores del Territorio Nacional de La Pampa. Siglo XIX. 1*. Santa Rosa: EdUNLPam.
Ministerio de Agricultura de la Nación. Departamento de Agricultura. (1892). *Boletín Nacional de Agricultura. Órgano de la Dirección de Tierras, Inmigración y Agricultura*. Tomo XVI. Buenos Aires: Imprenta de la Dirección de Tierras, Inmigración y Agricultura.

Bibliografía sugerida

Lluch, A. y Salomón Tarquini, C. (Eds.) (2014). *Historia de La Pampa. Sociedad, Política, Economía. Desde los poblamientos iniciales hasta la provincialización (ca. 8000 AP a 1952)*. Santa Rosa: EdUNLPam.
Barsky, O. y Gelman, J. (2005). *Historia del agro argentino. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires: Sudamericana.
Lobato, M. (Dir). *Nueva Historia Argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires: Sudamericana.

CAPÍTULO 5

¿Cómo mejorar la producción agrícola en el interior argentino? El rol del Estado y de las empresas ferroviarias en la extensión rural durante las décadas iniciales del siglo XX

Federico Martocci

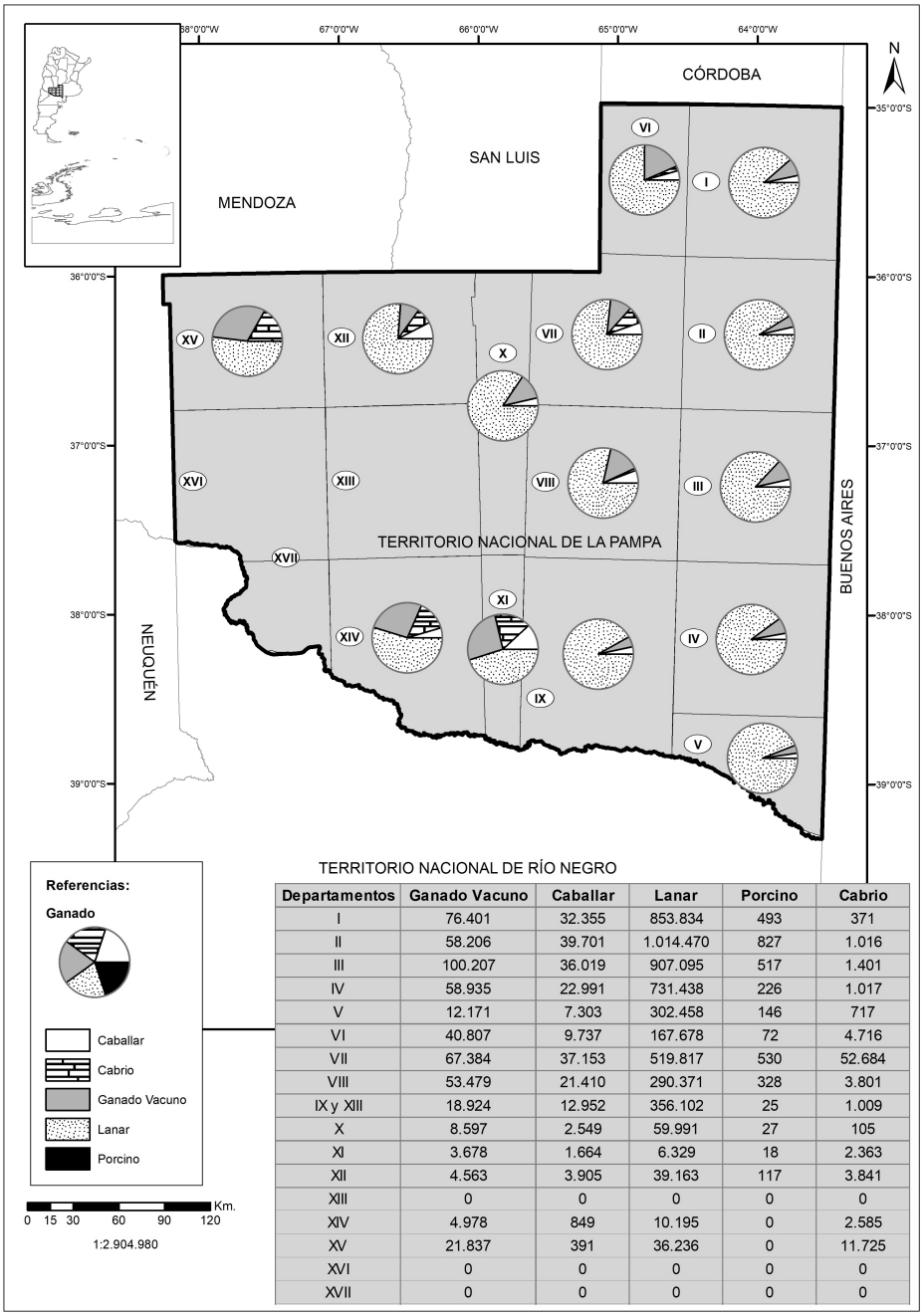
Introducción

> Para que la labor de los agrónomos regionales sea eficaz, debe ser de constante movilidad. Un territorio tan extenso como éste [en referencia al Territorio Nacional de La Pampa], en donde los problemas agrícolas son tan múltiples, reclama una consciente fiscalización técnica. La chacra experimental [de Guatraché], puede llegar a una eficiente contribución en lo que se refiere a seleccionamiento, aclimatación y perfeccionamiento cultural de las sementeras. Pero esta estación de prueba, cuyos resultados definitivos tendrán que demorar un tiempo para incorporarse a la práctica regional, necesita de la obra comprobativa (sic) de los agrónomos, cuya labor debe ser de difusión y de consejo, sobre el surco, como quien dice y no en la comodidad burocrática de la oficina (Molins, 1918, pp. 373-374).

El viajero Jaime Molins afirmó esto luego de recorrer con el agrónomo regional Roberto Godoy parte del Territorio Nacional de la Pampa en 1917. Cuando el autor del libro *La Pampa* surcó la región hacía ya más de una década que la actividad agrícola había desplazado a la ganadería en el este pampeano. Entre fines del siglo anterior y los primeros años del XX en la región predominó una economía pastoril, cuya base era la ganadería (ovina y bovina, en mayor medida), y con actividad agrícola de subsistencia (Colombato, 1995). La preponderancia del ovino respecto de los otros ganados es clara a fines del siglo XIX, especialmente en los Departamentos del este pampeano, situación que hacia 1914 se modificó en gran medida por el corrimiento de la frontera productiva y el traslado de lanares hacia zonas del centro y oeste del Territorio. Ello puede verse en los siguientes mapas con bastante claridad, donde se detallan las cantidades de cabezas de ganado en los diferentes Departamentos en 1895 y 1914. Para citar dos ejemplos que son elocuentes en ese sentido, es importante mencionar que

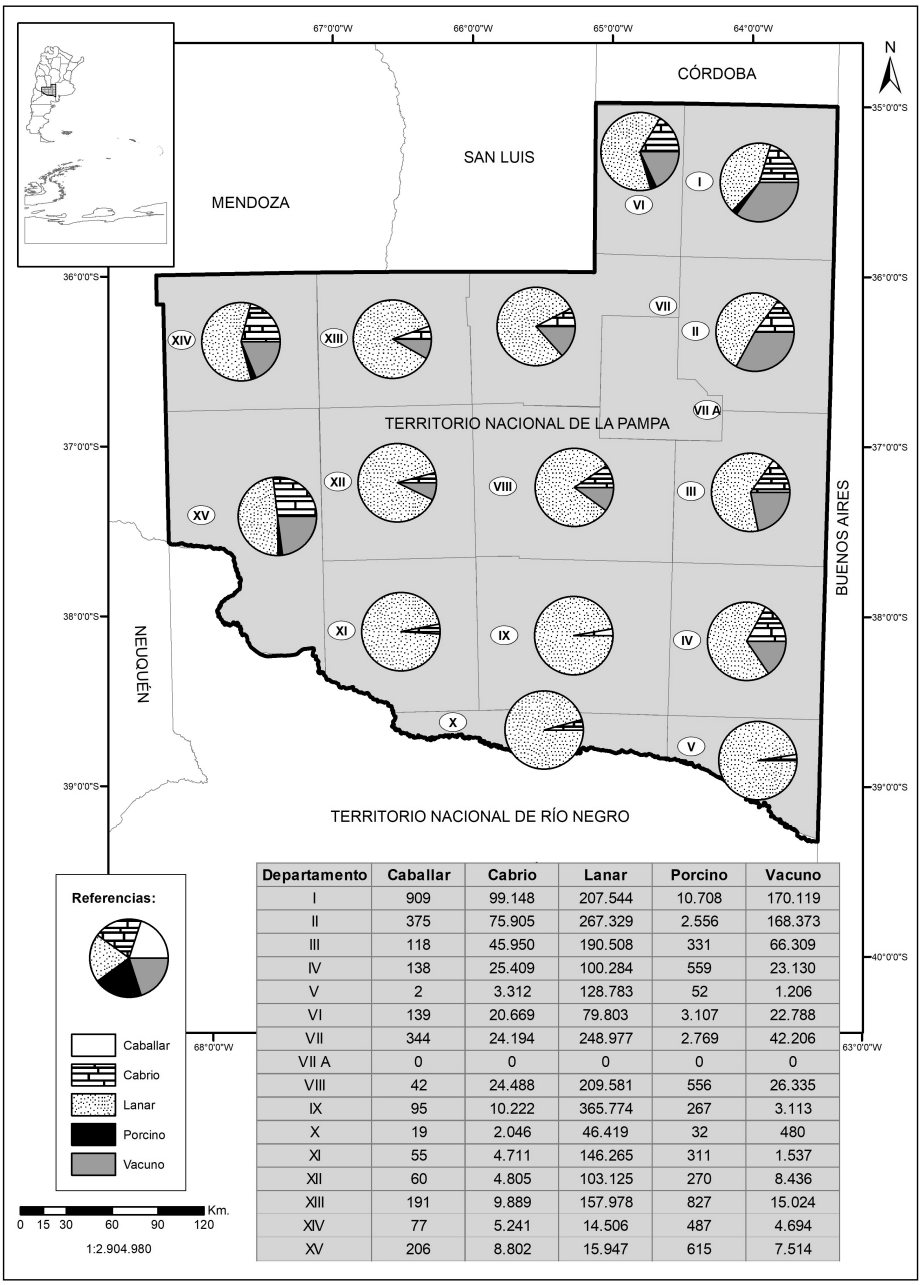
en el Departamento I los lanares descendieron de 853.834 a 207.544 entre esos años, al igual que sucedió en el Departamento II, donde los guarismos pasaron de 1.014.470 a 267.329 en dicho lapso de tiempo.

Mapa 2: Cantidad de ganado por Departamento (1895)



Departamentos	Ganado Vacuno	Caballar	Lanar	Porcino	Cabrio
I	76.401	32.355	853.834	493	371
II	58.206	39.701	1.014.470	827	1.016
III	100.207	36.019	907.095	517	1.401
IV	58.935	22.991	731.438	226	1.017
V	12.171	7.303	302.458	146	717
VI	40.807	9.737	167.678	72	4.716
VII	67.384	37.153	519.817	530	52.684
VIII	53.479	21.410	290.371	328	3.801
IX y XIII	18.924	12.952	356.102	25	1.009
X	8.597	2.549	59.991	27	105
XI	3.678	1.664	6.329	18	2.363
XII	4.563	3.905	39.163	117	3.841
XIII	0	0	0	0	0
XIV	4.978	849	10.195	0	2.585
XV	21.837	391	36.236	0	11.725
XVI	0	0	0	0	0
XVII	0	0	0	0	0

Mapa 3: Cantidad de ganado por Departamento (1914)

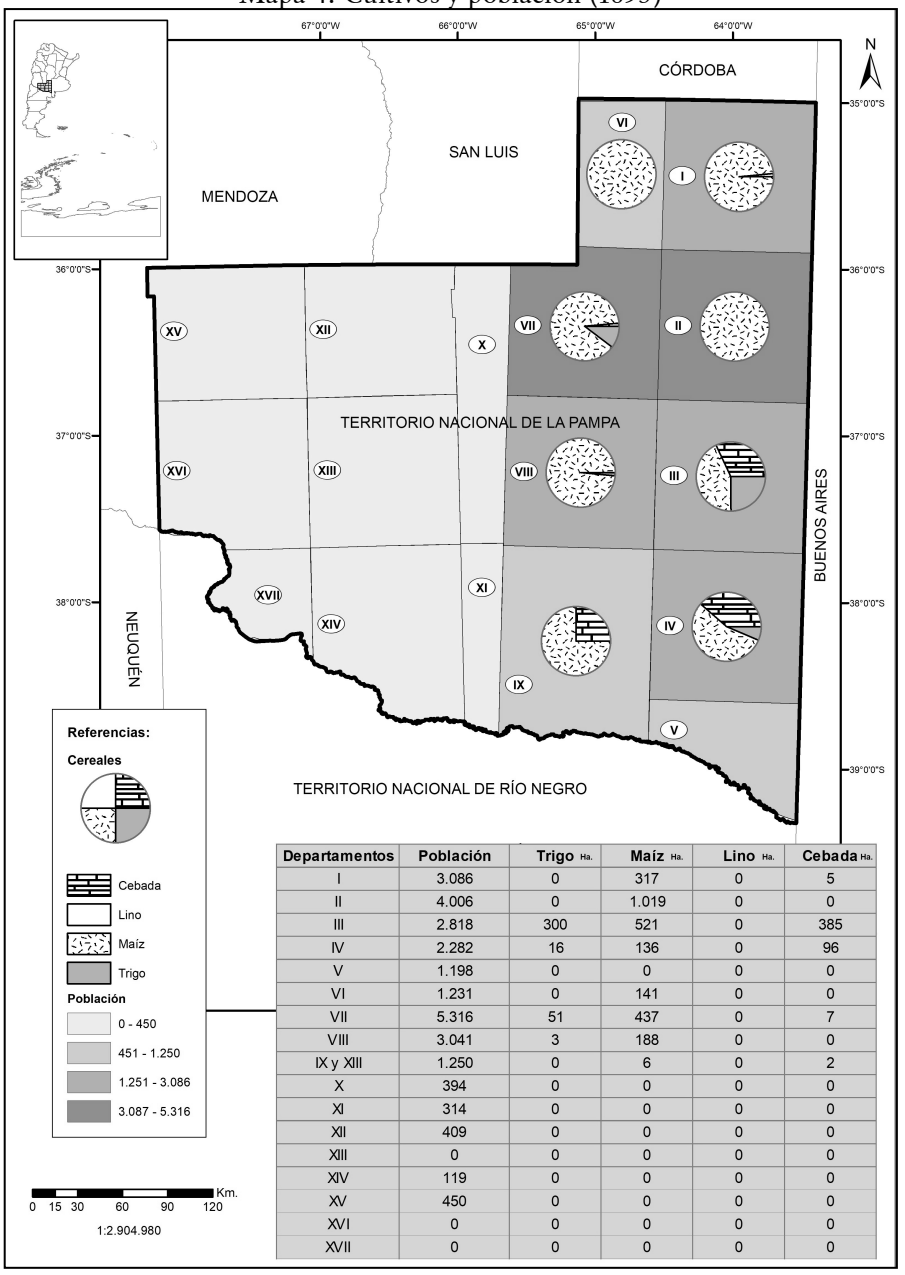


Departamento	Caballar	Cabrio	Lanar	Porcino	Vacuno
I	909	99.148	207.544	10.708	170.119
II	375	75.905	267.329	2.556	168.373
III	118	45.950	190.508	331	66.309
IV	138	25.409	100.284	559	23.130
V	2	3.312	128.783	52	1.206
VI	139	20.669	79.803	3.107	22.788
VII	344	24.194	248.977	2.769	42.206
VII A	0	0	0	0	0
VIII	42	24.488	209.581	556	26.335
IX	95	10.222	365.774	267	3.113
X	19	2.046	46.419	32	480
XI	55	4.711	146.265	311	1.537
XII	60	4.805	103.125	270	8.436
XIII	191	9.889	157.978	827	15.024
XIV	77	5.241	14.506	487	4.694
XV	206	8.802	15.947	615	7.514

En 1895 la superficie sembrada alcanzaba las 3.630 hectáreas; hacia 1900 esa cifra ascendió a 13.300, en 1906 a 100.000 y en 1915 alcanzó el millón de hectáreas (Lluch, 2008, pp. 143-144). La expansión de la actividad agrícola trajo aparejado el aumento de la población,

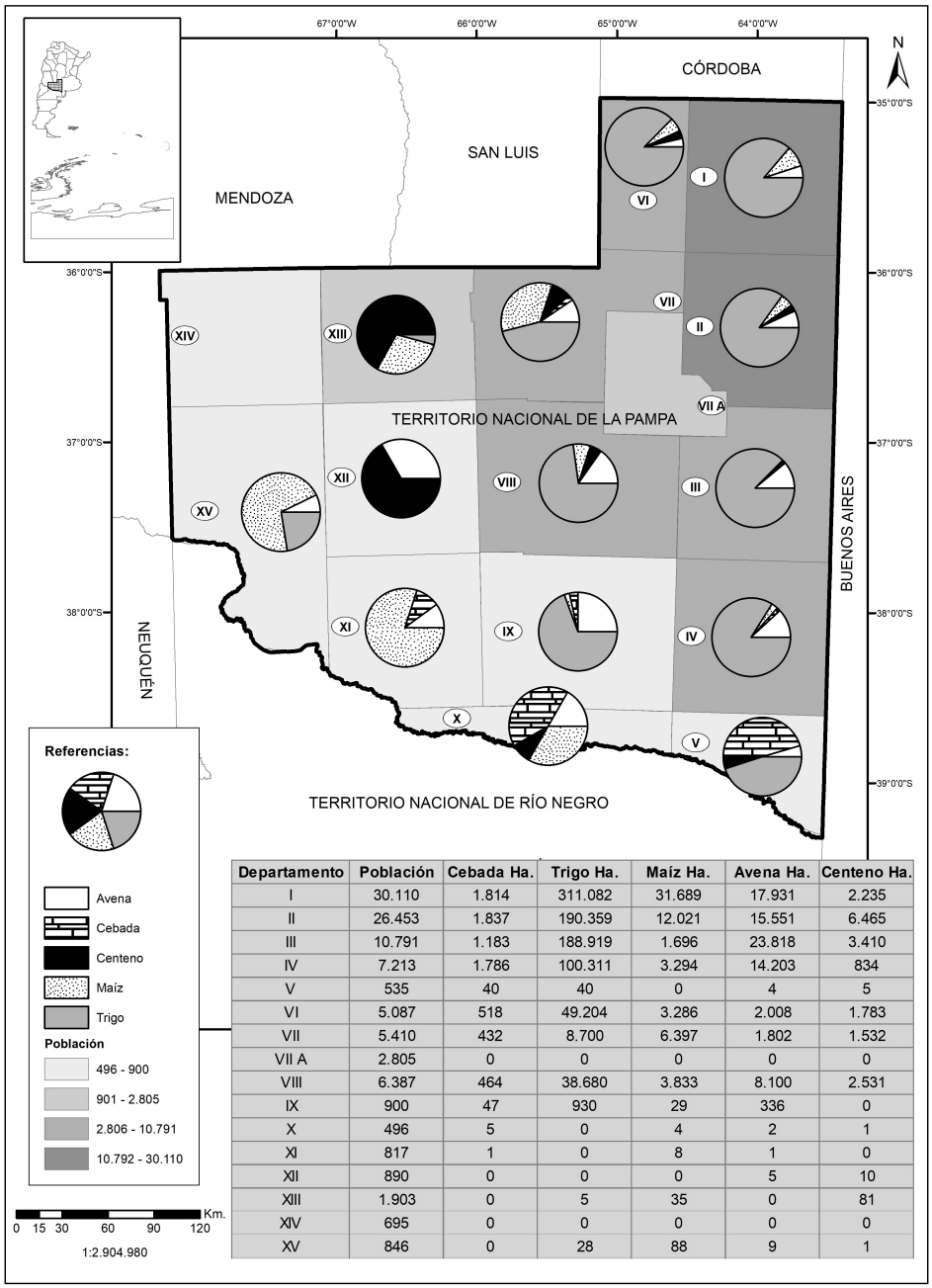
especialmente en los Departamentos del este pampeano, ya que el cultivo de cereales demandaba mayor cantidad de mano de obra que la ganadería ovina. En los siguientes mapas se advierte el predominio del este en términos demográficos, así como también la expansión de los cultivos entre 1895 y 1914, con una marcada preeminencia del trigo.

Mapa 4: Cultivos y población (1895)



Departamentos	Población	Trigo Ha.	Maíz Ha.	Lino Ha.	Cebada Ha.
I	3.086	0	317	0	5
II	4.006	0	1.019	0	0
III	2.818	300	521	0	385
IV	2.282	16	136	0	96
V	1.198	0	0	0	0
VI	1.231	0	141	0	0
VII	5.316	51	437	0	7
VIII	3.041	3	188	0	0
IX y XIII	1.250	0	6	0	2
X	394	0	0	0	0
XI	314	0	0	0	0
XII	409	0	0	0	0
XIII	0	0	0	0	0
XIV	119	0	0	0	0
XV	450	0	0	0	0
XVI	0	0	0	0	0
XVII	0	0	0	0	0

Mapa 5: Cultivos y población (1914)



Departamento	Población	Cebada Ha.	Trigo Ha.	Maíz Ha.	Avena Ha.	Centeno Ha.
I	30.110	1.814	311.082	31.689	17.931	2.235
II	26.453	1.837	190.359	12.021	15.551	6.465
III	10.791	1.183	188.919	1.696	23.818	3.410
IV	7.213	1.786	100.311	3.294	14.203	834
V	535	40	40	0	4	5
VI	5.087	518	49.204	3.286	2.008	1.783
VII	5.410	432	8.700	6.397	1.802	1.532
VII A	2.805	0	0	0	0	0
VIII	6.387	464	38.680	3.833	8.100	2.531
IX	900	47	930	29	336	0
X	496	5	0	4	2	1
XI	817	1	0	8	1	0
XII	890	0	0	0	5	10
XIII	1.903	0	5	35	0	81
XIV	695	0	0	0	0	0
XV	846	0	28	88	9	1

En ese contexto se explica la creación de un andamiaje institucional cuya finalidad era generar y difundir saberes pasibles de ser incorporados y aplicados por los agricultores locales en sus labores cotidianas. Con ese fin se instalaron estaciones experimentales en

Guatraché (1912) y General Pico (1923) para ensayar con diferentes variedades de trigos, seleccionar las más adecuadas para la zona y poner en práctica diversos métodos productivos. Pero además, se crearon agronomías regionales en Villa Alba, Santa Rosa y General Pico en el transcurso de la segunda década del siglo XX. En este capítulo nos concentraremos en la tarea de los técnicos a cargo de estas últimas y en la de ciertos ingenieros agrónomos de empresas ferroviarias, con el objetivo de conocer los medios utilizados para poner en circulación un *corpus* de conocimientos agrícolas, sus vínculos con los productores y las problemáticas surgidas en el proceso de extensión. A partir de la reducción de la escala de análisis intentaremos problematizar algunos procesos que en el primer capítulo se abordaron en general para el ámbito de la pampa húmeda, es decir, haremos hincapié en las acciones desplegadas por el Estado y el sector privado a fin de mejorar la producción agrícola en un espacio periférico en términos productivos. De esa manera, advertiremos que la expansión del cultivo cerealero en la Argentina fue mucho más compleja de lo que se supone y, por esa razón, demandó la intervención del Estado y de empresas ferroviarias interesadas en aumentar los volúmenes de carga.

Desde hace algunos decenios los historiadores argentinos desarrollaron valiosas investigaciones sobre la evolución del agro a lo largo del siglo XX, pero en ellas las políticas educativas estatales orientadas a mejorar las condiciones técnicas de los productores no ocuparon un lugar central. Este estado de cosas se modificó en los últimos años, ya que la temática fue abordada desde la historiografía tanto para la región pampeana como para otras áreas del interior del país.[1] Estos nuevos aportes complejizan el panorama investigativo, brindan imágenes precisas de las particularidades regionales y colocan en un plano central las iniciativas y limitaciones estatales y privadas en la materia.

Aquí abordaremos el accionar de los agrónomos regionales del Ministerio de Agricultura de la Nación y el de los técnicos de empresas ferroviarias en un espacio marginal de la pampa húmeda. Cuando hablamos de "marginalidad" lo hacemos a partir de los aportes realizados por Noemí Girbal-Blacha (2011), que señala la relevancia de estudiar la cuestión rural desde una perspectiva regional, es decir, centrando el análisis en espacios periféricos y no en áreas nucleares. El Territorio mencionado ocupó, por sus características climáticas y edafológicas, una posición marginal dentro de la pampa húmeda, región que pese a la aparente

1 Ver, por ejemplo, Gutiérrez (2007), Rodríguez Vázquez (2013), Moyano (2011; 2014), Djenderedjian (2014) y Martocci (2011; 2014a; 2015).

homogeneidad presentó diferencias sustanciales entre sus distintas subregiones (Barsky y Gelman, 2005, p. 142). El área en estudio, que fue denominada "pampa seca" por otro investigador (Gaignard, 1989), se incorporó de manera tardía a la producción y presentó condiciones desfavorables para la actividad agrícola, como se evidenciaría décadas después. Además, en el área comprendida entre el meridiano 5º (límite con la provincia de Buenos Aires) y la isohieta de los 500 mm a medida que se avanza hacia el sur y el oeste la capacidad productiva del suelo descendía notablemente (Maluendres, 1993). A ello se sumaban las serias limitaciones a raíz de su condición de Territorio Nacional, entre las que se destacan las dificultades para cubrir grandes distancias, la escasez de recursos materiales y la carencia de autonomía de las autoridades locales en cuanto a la toma de decisiones.

En ese contexto actuaron los técnicos itinerantes que analizaremos y enfrentaron obstáculos considerables en pos de la tarea extensiva. Primero examinaremos las tareas de los agrónomos regionales del Ministerio de Agricultura y sus fluidos vínculos con los productores para demostrar que, a pesar de dichos obstáculos, existió una sinergia para nada desdeñable entre ellos y eso da cuenta de la importancia que tuvieron esas agencias estatales en la difusión de conocimiento y tecnología aplicables al agro. Posteriormente, centraremos la atención en los técnicos que trabajaban para empresas ferroviarias, que entablaban relación con los agricultores y que difundían revistas especializadas. En ambos casos veremos que, por un lado, estos ingenieros agrónomos fueron auténticos "canales" del cambio técnico en la región (Calatayud, Pan-Montojo y Pujol, 2002) y, por otro lado, que los conocimientos no se transmitían de manera lineal sino todo lo contrario. Los productores no eran actores pasivos que se limitaban a incorporar los saberes que circulaban, ya que hacían sus propias interpretaciones, llevaban adelante sus experiencias, defendían sus ideas y, en algunos casos, cuestionaban a los agrónomos. Como veremos, el proceso de extensión en esta etapa del desarrollo agrícola regional fue mucho menos simple de lo que *a priori* podría presumirse.

5.1. Los vínculos entre ingenieros agrónomos estatales y productores agrícolas

Las agronomías regionales del Territorio se insertaron en la red institucional que se venía desarrollando en el país desde 1898, cuando el Departamento de Agricultura fundado por Sarmiento en 1871 adquirió rango de Ministerio (Gutiérrez, 2007, p. 19). Mientras que en las

estaciones experimentales se conjugó la producción y difusión de conocimientos, los agrónomos regionales centraron su labor en la divulgación. En este sentido, la normativa estipulaba que estos técnicos no podían permanecer más de diez días al mes en la oficina de la Agronomía Regional, con el fin de evitar una labor "de escritorio" e incentivar el contacto permanente con los agricultores. Tal actividad en el Territorio constituía un desafío, debido a las grandes distancias, la escasez de medios de movilidad y el defectuoso estado de los caminos. Estos técnicos brindaron instrucción agrícola mediante cursos temporarios, diferentes servicios de información, experiencias cooperativas, cátedras ambulantes y exposiciones regionales, sin dejar por ello de lado el estudio de la agricultura en cada región, haciendo hincapié en las cuestiones técnicas, económicas y de sanidad vegetal (Allen, 1929, pp. 361-366).

En lo que respecta a las tareas desplegadas por ellos en la región estudiada se destaca el dictado de conferencias sobre temáticas agrícolas, como por ejemplo rotación de cultivos, semillas aptas para la región, conservación del agua en el suelo, granja, fruticultura y avicultura. Estas podían realizarse en las chacras de los agricultores, en las cooperativas, en escuelas o en estaciones ferroviarias. Además, evacuaban consultas por correspondencia, recorrían los poblados y campos de la región, estaban en interacción con los docentes, eran activos impulsores del cooperativismo agrario, publicaban notas sobre su especialidad en la prensa pampeana y se encargaban de la distribución de textos editados por el Ministerio del ramo (Martocci, 2011).

En su obra *La educación de los agricultores por los agrónomos regionales* el ingeniero agrónomo Pedro Marotta, entonces jefe de la sección Enseñanza Extensiva, señalaba la importancia que tenían en la labor de estos técnicos las cátedras ambulantes, los cursos temporarios, la atención de consultas, la organización de exposiciones, concursos y campos experimentales cooperativos o la difusión del mutualismo rural. Para Marotta los agrónomos regionales realizarían un gran aporte a la agricultura argentina, como lo habían hecho (y hacían) en muchos países europeos y americanos.[2] Este técnico estatal destacaba la funcionalidad que revestían las cátedras ambulantes, que consistían en conferencias orales, dictadas muchas veces los domingos, a partir de las cuales los ingenieros agrónomos interactuaban directamente con los productores. A los efectos de utilizarlos en las cátedras ambulantes, los técnicos contaban con vagones de ferrocarril en los que montaban sus "salones-aulas".

2 Entre los primeros, estaba Francia, Bélgica, Italia, Alemania, Holanda y, entre los segundos, Chile, Perú, Brasil y Estados Unidos (Marotta, 1916, pp. 15-16).

El primero de ellos lo inauguró, en 1909, el agrónomo regional de Mercedes, provincia de Buenos Aires (Marotta, 1916, pp. 7-8).

Era central el contacto entre técnicos y productores, por eso, según Marotta, los primeros debían "mezclarse" con los segundos para atender las consultas. Brindar una solución a estas últimas era fundamental, aunque a veces resultaba muy difícil por las grandes distancias que debían atender los expertos. Esa situación era un inconveniente para la "efectividad" del servicio, ya que muchas veces el técnico no podía "expedirse a distancia" y necesitaba realizar una "inspección ocular" a fin de responder las consultas. Para paliar estos inconvenientes, en opinión de Marotta, la cantidad de agrónomos regionales debía ser mayor, teniendo en cuenta especialmente las extensas regiones que tenían a su cargo. Ello lo demostraba realizando una simple comparación: mientras que en Bélgica 30 agrónomos atendían una superficie que no alcanzaba los 30.000 km. cuadrados, en Argentina 20 agrónomos hacían la misma tarea en 3.000.000 de km. cuadrados (Marotta, 1916, pp. 8 y 16).

Ahora bien, a esta cuestión se le sumaba otra cuya esencia residía en la estricta relación entre ingenieros agrónomos y agricultores. Molins lo planteó claramente luego de su viaje: no siempre eran "rudos" los hombres que traía la "marejada inmigratoria" y para muchos agricultores el ingeniero agrónomo era una "figura paternal". Para que eso fuera posible, sin embargo, los técnicos estatales debían entablar buenas relaciones con los agricultores y acompañarlos "junto al arado, bajo el sol, en la cosecha, en la parva, en el troje, [...] en el consejo y en el aplauso estimulador". En definitiva, para poder llegar a los productores el ingeniero agrónomo tenía que convertirse en un agricultor más (Molins, 1918, p. 380).

Sin duda, algunos agricultores desestimaron los consejos de los agrónomos y siguieron desarrollando sus prácticas como antaño, puesto que Molins también relataba: "Hay quinteros con veinte o treinta años en el país que se han encerrado en la rutina. Duro es machacar sobre estos espíritus, blindados a todo modernismo, imbuidos de buena fe en su primitividad virgiliana" (Molins, 1918, pp. 377-378). El desinterés por los conocimientos agrícolas divulgados desde las diferentes dependencias estatales no era exclusivo de esta región ni del Territorio (Auza, 1996, p. 86). El propio director de Enseñanza Agrícola, ingeniero agrónomo Tomás Amadeo, planteaba en esa época que algunos hombres "prácticos" menospreciaban dicha enseñanza (Amadeo, 1916, p. 8). Sin embargo, no fueron pocos los agricultores que entraron en contacto con los técnicos, accedieron a materiales bibliográficos especializados, lograron desarrollar saberes de manera autónoma, realizaron sus propios ensayos

e hicieron públicas sus ideas. Lo más llamativo de todo esto es que muchos de ellos lo hicieron desde el sureste del Territorio, espacio que, según los agrónomos, se caracterizaba por la ausencia de agricultores "de profesión", es decir, de productores cuyos saberes los habilitaran para la preparación adecuada de la tierra, la selección y limpieza de semillas, la realización de la siembra en el período oportuno y la recolección ventajosa de la producción (Martocci, 2010). Al respecto, la crónica de Molins brinda, una vez más, mucha información. Como él hizo parte de su recorrido a bordo del "museo ambulante" de la Agronomía Regional, pudo documentar una serie de experiencias particulares de agricultores, o "argonautas", como prefería llamarlos.

Una de ellas era la de Pedro Oyhenard, vasco francés que desde 1885 vivía en la zona de General Acha, cuya quinta había dado un maíz piamontés que obtuvo el primer premio en la exposición universal de París en 1889. Los habitantes de esa localidad, hijos de la vieja Europa que antes de migrar trabajaban "sobre la rutina del surco" y "ajenos a todo tecnicismo agrícola", eran los hacedores de la agricultura "autóctona" que se desarrollaba en condiciones de aislamiento en esa zona. Allí no sólo se producían cereales sino además peras, manzanas y duraznos que eran famosos incluso en Buenos Aires. Si bien en General Acha la agricultura había sido obra del prodigio "silvestre", no faltaban en la región, según él, fruticultores imbuidos de los beneficios de la agricultura "científica" (Molins, 1918, pp. 43-48). Otro ejemplo era el de los agricultores de la zona de Macachín: alemanes de Rusia que vivían en la colonia La Mercedes y vascos que poblaban la colonia La Cornelia. En cuanto a los primeros, señalaba que se interesaban por "instruir a sus muchachos" y por eso cuando se hacían "reuniones educativas" no tenían inconvenientes en viajar para oír las sugerencias del agrónomo regional (Molins, 1918, p. 106). Además, muchos agricultores eran autodidactas con cierta autonomía en el proceso de conocimiento. Ello puede verse, por ejemplo, en la "simpática aventura" que un productor de Macachín le transmitió al agrónomo regional cuando le comentó el ensayo con silos de alfalfa que había emprendido luego de leer sobre la temática en una revista norteamericana (Molins, 1918, p. 376). Estas observaciones, le permitían afirmar al cronista que no siempre eran los técnicos del Ministerio de Agricultura los que tenían que enseñar, ya que muchas veces ellos aprendían de los propios agricultores.

Ahora bien, los saberes divulgados por los agrónomos regionales de manera oral en las áreas rurales adquirían mayores horizontes de circulación desde el momento en que la prensa local se hacía eco de sus actividades y promocionaba sus conferencias, reseñaba sus giras o publicaba

sus notas. El diario pampeano *La Autonomía* solía hacer comentarios sobre la labor de dichos técnicos: en enero de 1920, para citar un caso, informaba sobre el recorrido del agrónomo regional de Santa Rosa por las localidades de Naicó, Quehué, General Acha, Unanue, Perú, Abramo, Bernasconi, Jacinto Arauz y Villa Alba repartiendo bolsas para el cereal enviadas por el Ministerio a fin de evitar la especulación de los vendedores, en un contexto en el que la cosecha en esa zona del Territorio prometía muy buenos rendimientos (*La Autonomía*, 13 de enero de 1920, nº 2.680, Santa Rosa). En abril de ese mismo año nuevamente reseñó el accionar de ese técnico en su gira por el sur pampeano inspeccionando y estudiando los trigos de dicha zona, puesto que creía que la disminución de gluten y el aumento de almidón que había experimentado ese cereal se debía más a lo acontecido durante el proceso de recolección que a las características del suelo (*La Autonomía*, 19 de abril de 1920, nº 2.758, Santa Rosa). A fines de la década del veinte *La Autonomía* comenzó a publicitar los servicios que brindaba el agrónomo regional de Santa Rosa, práctica que, por cierto, continuó el diario *Gobierno Propio* durante los años treinta (*Gobierno Propio*, 26 de julio de 1932, nº 499, Santa Rosa).

El empleo de la prensa con esta finalidad no era nuevo, puesto que al menos desde 1870 se utilizaban los periódicos para difundir información sobre los métodos de labranza o ensayos de maquinarias agrícolas en las zonas rurales de Santa Fe y Buenos Aires (Djenderedjian, Bearzotti y Martirén, 2010, p. 575). *La Autonomía* publicó notas también de otros especialistas que trabajaban en el Territorio, como Juan Williamson, el agrónomo inglés que prestó servicios para el Ministerio de Agricultura junto al genetista Guillermo Backhouse en la Estación experimental de Guatraché entre 1913 y 1917 y que dirigió luego la Estación experimental de General Pico. Allí aparecieron escritos de su autoría sobre diversas temáticas agrícolas, como los métodos para combatir la carie y el carbón de trigo y las estrategias para determinar la fertilidad del suelo (*La Autonomía*, 1 de julio de 1918, nº 2.231 y 3 de enero de 1921, nº 3.004, Santa Rosa). Como puede advertirse, la prensa local era un espacio en el cual la información sobre estos temas tenía un lugar importante, por ello incluían noticias sobre las actividades de los técnicos estatales o publicaban sus escritos.[3]

Existe además otro tipo de evidencia que da cuenta del contacto entre técnicos y agricultores. Detengámonos un momento en esta cuestión a partir del análisis de un caso concreto, ya que Germán Viguier resulta ilustrativo al respecto. En 1915 este agricultor francés se radicó en la zona

3 Para ampliar al respecto, véase Martocci (2015).

de Guatraché, al sureste del Territorio, donde adquirió 55 hectáreas de tierra y se desempeñó también como arrendatario. El bagaje intelectual adquirido por Viguier en las escuelas de Francia durante los albores del siglo XX, país en el que entre 1880 y 1910 se implementaron medidas para introducir la enseñanza de la agricultura en el sistema de enseñanza primaria (Grignon, 1991, pp. 61-63), jugó con seguridad un rol central en su vida. Eso se hace evidente en el interés que demostró por la agricultura, especialmente por la genética vegetal y la experimentación agrícola. Ello lo llevó, además, a relacionarse con varios ingenieros agrónomos, algunos de los cuales desarrollaban su actividad en el Ministerio de Agricultura y otros, como veremos en el apartado siguiente, en oficinas de empresas ferroviarias. En cuanto a los primeros, se pueden mencionar sus contactos con Vicente Brunini, Carlos Girola y Domingo Dávila, dos ingenieros agrónomos destacados de esa cartera y el tercero agrónomo regional de Santa Rosa. En uno de sus manuscritos el francés afirmaba que al comenzar el trabajo carecía de los "elementarios conocimientos" sobre genética vegetal, motivo por el cual consultó para "orientarse" a los técnicos mencionados, a quienes llamaba "eminentes maestros" porque le sugirieron para leer la circular 585 del Ministerio de Agricultura y el libro de un autor español titulado *Variación y herencia en los animales domésticos y las plantas cultivadas* (Viguier, *Nociones prácticas de genética aplicadas al trigo*, s/d).

Cabe resaltar que este agricultor radicado en el sureste pampeano se interesó por la genética vegetal en el mismo momento en que la rama del conocimiento agronómico mencionada se posicionaba como saber de Estado y se formaban recursos humanos en la Argentina sobre esa especialidad. Estos últimos lo hicieron orientados por genetistas extranjeros (ingleses, alemanes, norteamericanos) que vinieron a trabajar temporalmente al país, como sucedió por ejemplo con Brunini, quien se formó bajo la influencia del inglés Backhouse, el primer genetista que contrató el Ministerio de Agricultura en 1912 para intentar mejorar las variedades de trigo (Graciano, 2017). Viguier leyó lo que los técnicos le recomendaron y seguramente el vínculo con ellos le permitió acceder a más bibliografía específica sobre temáticas agrícolas. Él leía también los folletos de la Sección Propaganda e Informes del Ministerio de Agricultura y las revistas *Nuestra Tierra*, *Revista del Ferrocarril Sud* y *Revista Mensual B.A.P.* En cuanto a los primeros, tenía en su biblioteca los títulos *La selección mecánica de las semillas de trigo* (1924), *El trigo "Kanred"* (1926), *La selección y la hibridación del trigo* (1926) y *Breves instrucciones sobre la poda para los agricultores* (1927), por citar solo algunos. A su vez, publicaba notas en dichas revistas sobre sus experiencias con diferentes

variedades de cereales, frutas y verduras e incluso redactaba manuscritos sobre horticultura y genética vegetal que siempre permanecieron inéditos. Resulta probable que debido a sus relaciones familiares este francés conociera a Williamson, que estaba casado con una de sus primas. Un dato que resulta sugestivo al respecto es que Viguier accedió al folleto *Las malezas de los trigales de La Pampa*, escrito por el agrónomo inglés a partir de su labor en Guatraché junto a Backhouse y editado luego por el Ministerio de Agricultura (Williamson, 1918a).

Otra cuestión que es importante mencionar es que el agricultor francés analizado también consultaba obras editadas en su país natal: en su biblioteca también tenía los libros *Parcs et jardins. Traité complet de la création des parcs et des jardins* y *L' arboriculture fruitière. Traité complet de la culture des arbres*, publicados en París en 1890 y 1894, respectivamente. Esto da cuenta de que en las zonas rurales del Territorio circulaba bibliografía europea referida a temas agrícolas, aspecto que destaca también Elías Marchevsky (1964, p. 189), agricultor en los campos que la Jewish Colonization Association tenía en el departamento de Atreucó (a pocos kilómetros de las localidades pampeanas de Rolón y Macachín), que leía durante las primeras décadas del siglo XX literatura rusa sobre agricultura. Es claro que ya en el siglo XIX se podía observar el contraste entre aquello que los inmigrantes habían dejado atrás (fuera el país natal u otra región argentina) y lo que encontraban. Ello implicaba que tenían literalmente que aprender otra vez a cultivar, adquiriendo para eso toda una serie de saberes específicos pasibles de ser usados en las nuevas tierras que habitaban (Djenderedjian, 2008, p. 136). Puede que algunos de estos saberes fueran copiados de los agricultores que poblaban la zona, pero también era lógico que apelaran a conocimientos previos o a bibliografía que les resultaba familiar. Esa literatura seguramente fue útil en muchos casos, pero quizás en otros resultó contraproducente porque llevó a los productores a realizar prácticas ineficaces para las condiciones del suelo pampeano.

Este tipo de saberes, adquiridos de manera empírica en el viejo continente o en alguna otra provincia argentina, formaban parte de un acervo que, según la evidencia documental, no fue sencillo desarraigar. A su vez, en ocasiones, la falta de maquinaria adecuada impulsaba a los productores a utilizar prácticas que conocían de sus lugares de procedencia. Eso fue lo que ocurrió, por ejemplo, en la colonia Narcisse Leven, ubicada al sureste del Territorio (cerca de Bernasconi) y perteneciente a la Jewish Colonization Association. Allí, según recordaba el agricultor Ezequiel Schoijet, ante las dificultades para conseguir una máquina sembradora remediaron el inconveniente de la siguiente manera: "Algunos,

chacareros ya avezados de la vieja patria, resolvieron muy pronto este problema. Sencillamente, tomaron la maleta con trigo, la echaron sobre sus hombros y, al igual que lo hicieron los 'mujiks' rusos, empezaron a echar con su diestra las semillas, sembrando 'al voleo'…" (Schoijet, 1964, p. 39).

Los agrónomos regionales afrontaron la compleja tarea de alejar a los hombres de campo de esas prácticas inveteradas, para poder luego explicar los beneficios de ciertos métodos de laboreo, difundir la variedad de trigo más adecuada para la zona o recomendar el modo más práctico para conservar la humedad del suelo. Esto último era de vital importancia, ya que la irregularidad pluviométrica afectó en gran medida el desarrollo agrícola de la región y, por ende, incidió en el rendimiento cerealero. Schoijet (1964, p. 92) daba algunas precisiones sobre dicha irregularidad a partir del registro de lluvias en Narcisse Leven: en 1909 habían caído 423 mm, en 1910 282 mm, en 1911 455 mm, en 1912 587 mm, en 1913 395 mm, en 1914 665 mm, en 1915 458 mm y en 1916 342 mm. Esta situación se hace evidente, y no solo en esa colonia sino en todo el Territorio, si atendemos por caso al rendimiento del trigo, principal cultivo en la época, como se puede advertir en el cuadro siguiente.

Cuadro 1. Cultivo de trigo en La Pampa (1912-1924)

Campañas	Hectáreas sembradas	Hectáreas cosechadas	Porcentaje cosechado	Rendimiento medio por hectáreas (kilos)
1912/1913	989.000	957.757	97	731
1913/1914	831.000	735.663	89	554
1914/1915	915.000	894.108	98	810
1915/1916	1.026.000	957.891	93	595
1916/1917	1.026.000	545.695	83	317
1917/1918	1.081.500	935.374	91	790
1918/1919	863.400	755.428	88	675
1919/1920	849.000	823.535	97	749
1920/1921	648.000	570.640	88	644
1921/1922	584.700	579.013	99	566
1922/1923	860.000	857.207	100	822
1923/1924	899.310	899.310	100	899

Fuente: *La Autonomía*, 26 de octubre de 1925, nº 4.420, Santa Rosa.

Para resolver las problemáticas que en la región presentaba el cultivo de cereales y asesorar a los agricultores, sin embargo, los técnicos

estatales no realizaron su labor en soledad: los ingenieros agrónomos de las empresas ferroviarias ejercieron, junto con ellos, una influencia destacada entre los hombres de campo. En el apartado siguiente examinaremos su accionar.

5.2. Cuando el conocimiento circulaba sobre rieles: el rol de las oficinas privadas[4]

Como señaló Osvaldo Barsky (1993, p. 54-55), los ingenieros agrónomos de las compañías ferroviarias (interesadas en la expansión agrícola para lograr volúmenes de carga más cuantiosos) tuvieron durante el período analizado un desempeño importante en la difusión de tecnología agropecuaria, debido en principio a la deficiente inversión estatal en ese rubro. A continuación, intentaremos poner en evidencia que la tarea de los técnicos de las oficinas ferroviarias en la instrucción de los productores fue significativa en el sureste pampeano. Esta se llevó adelante a partir de la realización de ensayos en estaciones experimentales, del contacto directo con el agricultor y de la divulgación de materiales de lectura, por lo general en formato de revistas. En esta ocasión, haremos hincapié especialmente en estas últimas dos cuestiones. No obstante, cabe señalar, pese a que no lo trataremos en este capítulo, que las compañías colonizadoras también solían tener sus propios ingenieros agrónomos para asesorar a los agricultores y recorrer las colonias en búsqueda de las principales problemáticas que afectaban el desarrollo de esa actividad productiva. Para el caso del Territorio pampeano, nuevamente nos remitimos a lo que relata Schoijet (1964, p. 61) sobre las visitas del ingeniero agrónomo de la Jewish Colonization Association a la colonia Narcisse Leven. Tal como demostraremos, el rol del sector privado se complementó en materia de generación y difusión de conocimiento agrícola con las actividades realizadas por las agencias y los técnicos del Estado. Si bien todavía hacen falta más estudios regionales al respecto, las evidencias permiten afirmar que el desempeño de dicho sector no fue para nada desdeñable en Argentina durante la etapa de crecimiento económico *hacia afuera*.

El propio Marotta, desde su posición de técnico estatal, reconocía la importante colaboración que les brindaban las empresas ferroviarias a los agrónomos regionales al permitirle utilizar vagones para montar sus museos y organizar las cátedras ambulantes. Como ya señalamos,

4 En este apartado se retoman ejemplos de agricultores que tratamos *in extenso* en Martocci (2014b).

esa interacción se remontaba a fines de la primera década del siglo XX, cuando Hugo Miatello como agrónomo regional de Mercedes empleó vagones de tren para instruir a los agricultores en su zona de influencia. Al promediar la década del diez, los agrónomos regionales con asiento en Bahía Blanca y Olavarría contaban con dos convoyes de la línea del Ferrocarril Sud para sus actividades, en Santa Fe ocurría lo mismo con uno del Ferrocarril Central Argentino, en las provincias de Córdoba y San Luis cedía dos para ese fin el Ferrocarril Pacífico y se estaban por inaugurar vagones de otras empresas para que los técnicos del oeste bonaerense, San Juan, Jujuy, Salta, Chaco y Santiago del Estero los utilizaran con el mismo objetivo (Marotta, 1916, p. 8). En la prensa pampeana fueron frecuentes, además, las noticias referidas a la circulación de los ingenieros agrónomos de compañías ferroviarias, cuya forma de operar era muy similar a la de los técnicos del Ministerio de Agricultura. En los vagones de tren se organizaban muestras, por ejemplo, sobre producción de cereales, selección de semillas, avicultura, fruticultura, lechería, granja y forestación. En esas ocasiones, ellos daban conferencias e informaban a los agricultores que concurrían a las estaciones de tren (Martocci, 2011).

Las empresas ferroviarias solían también editar revistas en las que podían leerse notas relacionadas con agricultura, ganadería, fruticultura, avicultura, apicultura, entre otras. Además, allí publicaban notas de ingenieros agrónomos reconocidos y difundían las actividades de las estaciones experimentales que tenían las compañías. Entre estas publicaciones se destacaban la *Revista Mensual B.A.P.* y la *Revista del Ferrocarril Sud*. Al entrar en contacto con esta literatura los agricultores podían acceder a un *corpus* de conocimiento fiable, generado en centros estatales o privados de experimentación. Claro que ello era posible siempre que supieran leer, o al menos que tuvieran a alguien que leyera por ellos (la conocida práctica de lectura en voz alta, tan usual en esa época). Estos materiales bibliográficos circularon por el Territorio pampeano y los agricultores locales pudieron leer esas revistas, ello es evidente en el sureste productivo.

Una vez más, el ejemplo de Viguier es muy claro al respecto. Este agricultor se relacionó con técnicos estatales, como vimos, pero también con agrónomos de empresas privadas. Entre estos últimos se destacaba Mario Estrada, técnico del Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico, director de la revista *Nuestra Tierra* y antiguo encargado de la oficina de Estaciones Experimentales del Ministerio de Agricultura en 1912. Estrada le propuso al agricultor francés ser corresponsal de *Nuestra Tierra* y experimentador de la oficina de agricultura del Ferrocarril

Buenos Aires al Pacífico, invitaciones que Viguier aceptó gustoso. Desde ese momento, sus notas en la publicación dirigida por dicho agrónomo y en la *Revista Mensual B.A.P.* se tornaron frecuentes. Allí exponía los resultados que obtenía en sus ensayos con frutas, verduras o cereales.

En 1922 experimentó con semillas de trigo Kanred que le había enviado Estrada para que ensayara y extrajera conclusiones sobre su adaptabilidad al suelo pampeano y su resistencia al clima de la zona. En esa oportunidad también habían recibido semillas de ese trigo otros agricultores para que ensayaran en la zona de Jacinto Arauz, localidad relativamente cercana a Guatraché. Estas semillas, el ingeniero agrónomo las recibió directamente de la Estación Experimental de Kansas (Estados Unidos), enviadas por Ricardo Videla. El Kanred era un trigo duro y de invierno que resistía el frío y rendía alrededor de 2.000 kilos por hectárea. Luego de realizar sus ensayos con esta variedad, Viguier le comentaba a Estrada cómo y cuándo había realizado la siembra, así como las particularidades de los ensayos. Los cultivos, según decía, se habían llevado adelante de maneras diferentes: doce filas se habían escarpido, tres filas se dejaron sin cuidar y tres filas habían sido abonadas con estiércol caballar. En su nota, Viguier incluía además dos cuadros: uno con cantidades de semillas sembradas, rendimientos, altura de las plantas, período de espigue y maduración; el otro con los milímetros de lluvia caídos por mes en el transcurso del ensayo. Al finalizar la nota, el agricultor advertía que el Kanred parecía tener dos grandes ventajas: no era atacado por el carbón de trigo y resistía los calores fuertes en la primavera. Sin embargo, un punto débil era la escasa resistencia al invierno pampeano, aunque quizás, agregaba, ello se podía subsanar con un plan de aclimatación. A pesar de que no lo había sembrado en la época más propicia, ese trigo parecía ser una muy buena opción para los agricultores de la zona. Para asegurarse de ello, Viguier iba a continuar con las experiencias al año siguiente y lo haría a la par de otras variedades para obtener resultados más concretos (Viguier, 1923b, pp. 43-45). Como advertimos, el agricultor realizaba sus experiencias con autonomía, sacaba sus propias conclusiones y se disponía a continuar con los ensayos, práctica que llevaba a cabo desde hacía años incluso con otros cultivos, como por ejemplo el maíz (Viguier, 1922c).

La revista *Nuestra Tierra* le otorgó un lugar central al tema del mejoramiento genético del trigo, por ello su director escribía reiteradamente sobre la labor realizada por Backhouse entre 1913-1917 en las estaciones experimentales de Pergamino, Pontaut y Guatraché. Allí destacaba por ejemplo las actividades específicas para adaptar nuevas variedades y le otorgaba relevancia a la iniciativa del Ministerio de Agricultura para

contratar al genetista inglés (Estrada, 1917, 1918, 1923). En dicha revista también se publicaban notas de Williamson (1918b, 1918c, 1918d), donde abordaba temas como el rol de las mujeres en el campo, la selección de semillas y la poda de frutales. Pero este agricultor de origen francés no consultaba solo *Nuestra Tierra*, fue además un gran lector de *Revista Mensual B.A.P.* y *Revista del Ferrocarril Sud*, material que incluyó en su biblioteca. En la primera de ellas leería seguramente con mucha atención las notas de Estrada (1926, 1927) sobre variedades de trigos, y en la segunda las noticias sobre los trabajos de investigación científica llevados a cabo en la estación experimental que el Ferrocarril Sud tenía en la localidad bonaerense de Bordenave, institución que Viguier había visitado junto a uno de sus hermanos para observar los ensayos realizados con trigo y cebada (Viguier, 1930, p. 14). En esta última revista solían aparecer también las notas del reconocido agrónomo Hugo Miatello (1927, 1930) sobre la preparación de la tierra antes de efectuar la siembra y la selección de semillas. Luis Viguier, un tío de Germán que había escrito el libro *Tratado de arboricultura. La poda práctica y el cultivo de plantas* (1920), publicó en 1927 una nota en esa revista con instrucciones precisas para efectuar la poda de perales y manzanos, actividad sobre la que su sobrino solía escribir en *Nuestra Tierra*, deslumbrado por los fantásticos rindes frutícolas en la zona de Guatraché (Viguier, 1922b).

El agrónomo regional Dávila, a quien mencionamos antes, también publicó en la *Revista del Ferrocarril Sud* una nota donde brindaba referencias generales sobre las características climáticas, edafológicas y pluviométricas del Territorio pampeano, para luego centrarse en recomendaciones específicas para los agricultores. Allí, insistía en la necesidad de arar rápidamente el rastrojo, practicar la rotación de cultivos, seleccionar la semilla mecánicamente y sembrar temprano (entre abril y mayo) los trigos Kanred y Lin Calel, ya que eran variedades que presentaban resistencia a la sequía y las heladas, a diferencia de otras como San Martín y Record que debían sembrarse tardíamente (entre junio y agosto) porque esos factores podían afectarlas negativamente (Dávila, 1930, pp. 35-39). El texto de Dávila sin duda fue leído por Viguier porque conocía al autor y lo consideraba una autoridad en la materia. El interés de este agricultor por informarse a través de estas revistas y dar a conocer sus experiencias era realmente notable, pero no excepcional en la zona de Guatraché. En un artículo suyo sobre fruticultura, Viguier citó un trabajo que su amigo Enrique Vontobel había publicado en *Nuestra Tierra*, referido a la utilización de montes frutales como reparos contra los intensos vientos pampeanos (Viguier, 1923a, p. 54). Estas cuestiones a las que ellos se referían en sus artículos sobre fruticultura eran llevadas a la práctica

además por otros pobladores de Guatraché, entre ellos Agustín Soubelet, Manuel Casanova y Albino Montironi. Hasta ese momento, los frutales no eran un cultivo demasiado usual en esa zona, motivo por el cual los buenos rendimientos obtenidos por este grupo de personas llamaban la atención de los lectores.

Estas publicaciones editadas por las empresas ferroviarias permitían que a través de la lectura los agricultores se familiarizaran con experiencias llevadas a cabo en zonas distantes y con diferentes cultivos. A partir de las notas podían acceder a las sugerencias de otros agricultores para realizar actividades específicas, como por ejemplo cuando ese agricultor francés recomendaba hacer buenos reparos con álamos, eucaliptos y acacias para proteger los frutales del viento y las heladas, elegir las mejores variedades para la zona y cuidar los frutales de manera adecuada. La socialización de sus experiencias era importante, por eso cuando sugería cómo hacer las plantaciones Viguier explicitaba que eran "indicaciones tomadas de la práctica" (Viguier, 1922a). A su vez, en ocasiones se remitía a otras notas de *Nuestra Tierra* que detallaban los cuidados para árboles frutales, como la que mencionamos antes de su amigo Vontobel y el trabajo de Estrada titulado "Temas frutícolas" (Viguier, 1923a, pp. 52-54). Ello da cuenta de que Viguier prestaba mucha atención a lo que leía en las revistas, tomaba en cuenta lo que publicaban allí los ingenieros agrónomos y remitía valiosa información obtenida en sus ensayos y en los de otros agricultores. Esa última actividad estaba contemplada en su rol de experimentador de la oficina de agricultura del Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico, con lo cual es claro que desde la empresa se pretendía generar un vínculo sinérgico con los productores que habitaban su zona de influencia.

Otro agricultor que leía y escribía en *Nuestra Tierra* era Ramón Agrasar, que vivía en la zona de Remecó, también al sureste del Territorio. Él hacía referencia a sus lecturas de la revista, al igual que Viguier. En 1922 publicó una nota donde comenzaba remitiéndose a un trabajo publicado allí cuyo título era "La cuestión agraria argentina". En su nota, Agrasar criticaba el accionar aventurero y la falta de interés manifestada por los productores agrícolas de esa región. Para él, los agricultores de esa zona debían ser instruidos mediante libros, folletos, revistas de agricultura, conferencias y exposiciones. Esa tarea, según decía, no era sencilla debido a que muchos de ellos no leían, tenían un escaso margen de cultura y se mostraban reticentes a las publicaciones especializadas (Agrasar, 1922a, pp. 233-234). Para marcar la diferencia con estos últimos, comentaba que con su hermano estaban arando un potrero de 160

hectáreas con arados de dos rejas y a la manera que sugería un ingeniero agrónomo en *Nuestra Tierra* (Agrasar, 1922b, p. 268).

Cabe señalar además que la revista dirigida por Estrada no circuló solamente en el sureste pampeano, espacio donde se desarrollaron las experiencias antes analizadas. *Nuestra Tierra* tenía suscriptores en la zona centro y norte del Territorio, hecho que se evidencia en las consultas formuladas en las páginas de esa publicación. En 1918 un poblador de Quemú Quemú consultó sobre la siembra de semillas de caupí en la región (*Nuestra Tierra*, junio de 1918, nº 37, Buenos Aires) y, a inicios de la década siguiente, numerosos habitantes de las zonas de Winifreda, Lonquimay, Ojeda y Realicó enviaron sus inquietudes sobre diversos cultivos (*Nuestra Tierra*, octubre y diciembre de 1921, nº 96 y 98, Buenos Aires). Si bien los casos de Viguier, Vontobel y Agrasar resultan muy ilustrativos respecto de la difusión de literatura especializada en las zonas rurales, las revistas de empresas ferroviarias circularon por toda la franja este pampeana, espacio en el que la expansión cerealera fue más significativa. También es claro que ellos no solo leían este material, sino que además publicaban en las revistas. En sus textos a veces dejaban ver la influencia de los autores leídos, como ocurrió por ejemplo cuando citaban notas de ingenieros agrónomos que escribían en *Nuestra Tierra*. En otras ocasiones exponían los resultados de sus experiencias, ya sea con cereales, frutas o verduras. En lo que atañe a Viguier, resultaba notoria su propensión a difundir los saberes obtenidos: esa era la finalidad que tenían sus notas en la revista de Estrada o en la *Revista Mensual B.A.P.*, pero también sus manuscritos inéditos sobre la organización, mantenimiento e instrumental del huerto. Allí, ofrecía explicaciones referidas a los animales benéficos y perjudiciales para el desarrollo de los vegetales, proponía un calendario mensual de labores para hacer durante los meses del año en relación con las condiciones climáticas de cada uno de ellos e indicaba además las características de las herramientas necesarias para el trabajo del huerto (Viguier, *La historia fenomenal del reino vegetal*, s/d).

Las experiencias recogidas en las fuentes son solo ejemplos, sin duda existieron muchos casos más de agricultores que se instruían y llevaban a la práctica esos saberes. Las revistas y los técnicos de las empresas ferroviarias contribuían a ese proceso, ya sea divulgando las investigaciones de sus estaciones experimentales privadas, instando a los agricultores a ensayar con determinados cultivos o publicando notas de técnicos que se especializaban en ciertos temas o de experimentadores aficionados. De esta manera, las empresas mencionadas no escatimaron esfuerzos (con objetivos económicos) para hacer de sus zonas de influencia vergeles de abundante producción.

5.3. Palabras finales

En este capítulo hemos intentado demostrar que los agrónomos regionales del Ministerio de Agricultura y los técnicos de las empresas ferroviarias tuvieron un rol central en lo que respecta a la difusión de conocimientos agrícolas en el Territorio Nacional de La Pampa durante las primeras décadas del siglo XX. El carácter itinerante de estos agentes hizo posible que ese *corpus* de saberes llegara efectivamente a las chacras de los productores, ubicados ellos en una zona marginal de la pampa húmeda que tenía una considerable extensión y carecía de los recursos materiales básicos para garantizar la movilidad humana. Esto último, sin duda, fue un factor que limitó, pero no obturó, la tarea de extensión de los ingenieros agrónomos estatales y privados.

A los efectos de instruir a los agricultores se organizaban muestras en los vagones de tren, los técnicos brindaban charlas informativas en estaciones ferroviarias y respondían consultas por correspondencia. Al parecer, los productores aprovechaban esos espacios para quitarse las dudas en torno a las temáticas agrícolas: algunos dirigían sus cartas a las agronomías regionales y otros optaban por enviarlas a las revistas que publicaban las empresas ferroviarias. Las diferentes actividades realizadas y los saberes divulgados alcanzaban un mayor grado de circulación a través de la prensa, cuyas páginas otorgaban un lugar destacado a esa información, como ocurría en otras regiones de la pampa húmeda desde fines del siglo XIX.

En el agro territoriano circularon diversas revistas sobre temas agropecuarios y numerosas publicaciones del Ministerio de Agricultura. El vínculo entre agrónomos y agricultores fue esencial para que estos últimos entraran en contacto con esa literatura. En el caso de Viguier, esta cuestión resulta evidente: Brunini, Girola y Dávila le habían recomendado bibliografía para leer y Estrada le propuso ser colaborador de *Nuestra Tierra* y experimentador de la oficina de agricultura del Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico. La evidencia documental que empleamos para abordar el caso del agricultor de origen francés es magnífica para estudiar esos vínculos, sin embargo no es este, como hemos advertido, el único ejemplo de productores que leían sobre estas temáticas, que llevaban a cabo sus propios ensayos y que los difundían en revistas especializadas. El análisis realizado permite advertir que la transmisión de saberes no ocurrió de manera lineal, ya que los agricultores mostraron autonomía en ese proceso y no se limitaron a oír la palabra de los agrónomos o a leer bibliografía.

Desde luego, no todos los habitantes rurales adoptaron esa actitud, puesto que muchos de ellos se mostraron reticentes a este tipo de conocimientos. Es por ello que la tarea de quienes tenían a su cargo la extensión agrícola no resultaba sencilla. Al menos tres factores incidían en ese proceso: la calidad del vínculo entre ingenieros agrónomos y agricultores, los saberes empíricos que estos últimos poseían a partir de la práctica agrícola previa y la condición de los productores ante la tierra. El tercero de los factores, que no fue analizado aquí porque merecería un estudio detenido, excedía claramente a los técnicos: quienes eran propietarios de la tierra tenían mayor margen de acción que los arrendatarios, por ejemplo, para ensayar con diferentes cultivos, máquinas y técnicas de laboreo. Los agrónomos, estatales o privados, debían procurar establecer relaciones cordiales con los agricultores para que los escucharan, desestimaran saberes adquiridos previamente (quizá inadecuados para la zona) y llevaran a la práctica los conocimientos difundidos por quienes recorrían la región con el objetivo de profesar los beneficios de la agricultura moderna.

Ahora bien, pero las experiencias exploradas desde una perspectiva micro suelen brindar, como en este caso, elementos para pensar problemas generales. Hace ya varios años Sergio Maluendres (1993, pp. 319-320) planteó que los agricultores de Guatraché presentaron cierta superioridad técnica en las tareas agrícolas a comienzos del siglo XX, corroborada a partir de los mejores rendimientos productivos respecto de aquellos que poblaban zonas rurales circundantes (General Campos y Alpachiri). Ello se debía, según su interpretación, a la cercanía con la estación experimental ubicada en Guatraché. A su vez, Fernando Rocchi (2000, pp. 62-63), al caracterizar el período agroexportador en la Argentina, asumía un tono muy cauto al considerar el papel del Estado en la economía e insistía en la enorme complejidad que presentaba entonces el accionar estatal en materia económica. La pesquisa realizada en estas páginas no solo contribuye a develar la trama relacional que se dio entre ingenieros agrónomos y agricultores, sino que además arroja pruebas categóricas de la importancia que tuvieron la experimentación y la extensión agrícola en la Argentina de las primeras décadas del siglo XX. Al acotar la escala de análisis se observa el papel que tuvo el Estado, especialmente a través del Ministerio de Agricultura, en el fomento de esas actividades (aún con financiamiento deficiente), así como el rol asumido (a partir de oficinas especializadas, técnicos y otros recursos) por las empresas ferroviarias en la modernización agrícola de sus zonas de influencia.

La intervención (e interacción) del Estado y el sector privado en la producción y difusión de conocimientos y tecnología agrícola es clara en el período durante el cual la exportación de productos primarios constituía el motor del crecimiento económico en la Argentina. Queda así de manifiesto que la instancia estatal no solo impulsó la creación de instituciones administrativas, bancarias y educativas durante la etapa de crecimiento *hacia afuera*, sino que además promovió (aunque no sin dificultades y falencias) la creación de agencias orientadas a generar un *corpus* de conocimiento científico para ser aplicado a una de las actividades económicas más importantes: la agricultura. Si bien todavía restan muchas investigaciones regionales para completar bien el panorama aquí esbozado, resulta elocuente que la organización del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, en 1956, no tuvo el carácter fundacional que algunas interpretaciones le adjudicaron al respecto. Por el contrario, el accionar de esa agencia, que se convertiría de allí en más en un modelo en el ámbito latinoamericano, fue precedido por diversas experiencias tanto estatales como privadas. La itinerancia de los ingenieros agrónomos y la afición de muchos productores por los saberes agrícolas que estudiamos en estas páginas son una clara muestra de ello.

Bibliografía citada

Agrasar, R. (1922a). El problema agrario. En *Nuestra Tierra*, 107, septiembre, Buenos Aires, pp. 233-234.

Agrasar, R. (1922b). La rehabilitación de la Pampa. Observaciones de un agricultor pampeano. En *Nuestra Tierra*, 108, octubre, Buenos Aires, p. 268.

Allen, R. (1929). *Enseñanza agrícola. Documentos orgánicos*. Sección Propaganda e Informes, Buenos Aires: Ministerio de Agricultura.

Amadeo, T. (1916). *La enseñanza y la experimentación agrícolas en la República Argentina*. Buenos Aires: Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación.

Auza, N. T. (1996). La enseñanza agraria y el modelo de país. En *Historia*, XVI, 62, junio-agosto, pp. 85-106.

Barsky, O. (1993). La evolución de las políticas agrarias en Argentina. En M. Bonaudo y A. Pucciarelli (Comp.) *La problemática agraria. Nuevas aproximaciones* (pp. 51-88). Buenos Aires: CEAL.

Barsky, O. y Gelman, J. (2005). *Historia del agro argentino. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires: Sudamericana.

Breves instrucciones sobre la poda para los agricultores (1927). Sección Propaganda e Informes. Buenos Aires: Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación.

Calatayud, S., Pan-Montojo, J. y Pujol, J. (2002). Innovación y cambio técnico en agricultura. En *Historia Agraria*, 27, pp. 15-40. Recuperado de http://www.historiaagraria.com/articulo.php?id=586&num=27

Colombato, J. (1995). La quimera del trigo. En J. Colombato (Coord.) *Trillar era una fiesta. Poblamiento y puesta en producción de La Pampa territoriana* (pp. 49-123). Santa Rosa: Instituto de Historia Regional, Facultad de Ciencias Humanas, UNLPam.

Dávila, D. (1930). Consideraciones agrícolas y ganaderas de la zona central y sur del Territorio Nacional de La Pampa. En *Revista del Ferrocarril Sud*, 60, junio, Buenos Aires, pp. 35-39.

Diario *La Autonomía*, 1918-1925, Santa Rosa, Territorio Nacional de La Pampa.

Diario *Gobierno Propio*, 1931-1932, Santa Rosa, Territorio Nacional de La Pampa.

Djenderedjian, J. (2008). *Gringos en las pampas. Inmigrantes y colonos en el campo argentino*. Buenos Aires: Sudamericana.

Djenderedjian, J. (2014). El Estado, presente. Aproximación a las políticas gubernamentales de desarrollo tecnológico, investigación y extensión rural en la Argentina de finales del siglo XIX e inicios del XX. En *Revista de Historia Americana y Argentina*, 49 (2), pp. 77-110.

Djenderedjian, J., Bearzotti, S. y Martirén, J. L. (2010). *Historia del capitalismo agrario pampeano, tomo VI. Expansión agrícola y colonización en la segunda mitad del siglo XIX*. Buenos Aires: Editorial Teseo-Universidad de Belgrano.

El trigo "Kanred" (1926). Sección Propaganda e Informes. Buenos Aires: Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación.

Estrada, M. (1917). El problema de los trigos. Siembra y germinación de nuevas ideas. En *Nuestra Tierra*, 12, diciembre, Buenos Aires, pp. 321-327.

Estrada, M. (1918). Las tierras de la Pampa. La estación agronómica de Guatraché. En *Nuestra Tierra*, 20, febrero, Buenos Aires, pp. 452-457.

Estrada, M. (1923). El mejoramiento de nuestros trigos. La labor científica de mayor alcance económico efectuada por el Ministerio de Agricultura. En *Revista Mensual B.A.P.*, 63, Buenos Aires, pp. 8-22.

Estrada, M. (1926). Aclimatación, degeneración y naturalización de los trigos. Definiciones, interpretaciones y observaciones. En *Revista Mensual B.A.P.*, 99, Buenos Aires, pp. 9-19.

Estrada, M. (1927). La semilla de trigo para la próxima siembra en las zonas del Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico. En *Revista Mensual B.A.P.*, 110, Buenos Aires, pp. 15-24.

Gaignard, R. (1989). *La pampa argentina*. Buenos Aires: Ediciones Solar.

Girbal Blacha, N. (2011). Reflexiones históricas acerca de 'la marginalidad'. En M. Ruffini y L. Blacha (Comp.) *Burocracia, tecnología y agro en espacios marginales* (pp. 19-30). Rosario: Prohistoria.

Graciano, O. (2017). Ciencia, profesión académica y burocracia en el Estado liberal. La genética vegetal y la gestión de la agricultura. En M. S. Di Liscia y G. Soprano (Eds.) *Burocracias estatales. Problemas, enfoques y estudios de caso en la Argentina (entre fines del siglo XIX y XX)* (pp. 163-186). Rosario: Prohistoria.

Grignon, C. (1991). La enseñanza agrícola y la dominación simbólica del campesinado. En R. Castel y otros, *Espacios de poder* (pp. 53-84). Madrid: Ediciones La Piqueta.

Gutiérrez, T. (2007). *Educación, agro y sociedad. Políticas educativas agrarias en la región pampeana (1897-1955)*. Buenos Aires: Bernal.

La selección mecánica de las semillas de trigo (1924). Sección Propaganda e Informes. Buenos Aires: Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación.

La selección y la hibridación del trigo (1926). Sección Propaganda e Informes. Buenos Aires: Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación.

Lluch, A. (2008). La economía desde la ocupación capitalista a la crisis del '30 y los años posteriores. En A. Lluch y C. Salomón Tarquini (Eds.) *Historia de La Pampa. Sociedad, política, economía. Desde los poblamientos iniciales hasta la provincialización (ca. 8.000 AP a 1952)* (pp. 131-161). Santa Rosa: EdUNLPam.

Maluendres, S. (1993). De condiciones y posibilidades. Los agricultores del sureste productivo del Territorio Nacional de La Pampa. En R. Mandrini y A. Reguera (Comp.) *Huellas en la tierra* (pp. 289-323). Tandil: IEHS.

Marchevsky, E. (1964). *El tejedor de oro*. Buenos Aires: Edición del autor.

Marotta, P. (1916). *La educación de los agricultores por los agrónomos regionales*. Buenos Aires: Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación.

Martocci, F. (2010). El azar y la técnica en las pampas del Sur. Agricultores, expertos y producción agrícola (1908-1940). En A. Lluch y M. Moroni (Comp.) *Tierra adentro… Instituciones económicas y sociales en los Territorios Nacionales (1884-1951)* (pp. 89-117). Rosario: Prohistoria.

Martocci, F. (2011). *Enseñar a cultivar en el Territorio pampeano. Escuelas, agronomías y estaciones experimentales (1900-1953)*. Anguil: Ediciones INTA.

Martocci, F. (2014a). La producción agrícola en los márgenes: prácticas, saberes e innovaciones en el Territorio Nacional de La Pampa (1883-1940). En *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera serie, 41, pp. 11-48.

Martocci, F. (2014b). De lectores aficionados y experimentadores confesos: la circulación de saberes agronómicos en las márgenes pampeanas durante la década del veinte. En *Revista de Historia Americana y Argentina*, 49 (2), pp. 129-153.

Martocci, F. (2015). Los circuitos del saber. Un abordaje en torno a la intermediación de conocimientos agronómicos en la pampa seca (1910-1940). En A. Lluch (Ed.) *Las manos visibles del mercado. Intermediarios y consumidores en la Argentina* (pp. 215-243). Rosario: Prohistoria.

Miatello, H. (1927). Los trigos comunes y los de pedigree. En *Revista del Ferrocarril Sud*, 27, septiembre, Buenos Aires, pp. 31-33.

Miatello, H. (1930). La tarea del momento preparatoria a las siembras de invierno. En *Revista del Ferrocarril Sud*, 58, abril, Buenos Aires, pp. 32-33.

Molins, J. (1918). *La Pampa*. Buenos Aires: Establecimiento Gráfico Oceana.

Moyano, D. (2011). La Escuela de Arboricultura y Sacarotecnia de Tucumán y su papel en el desarrollo agroindustrial de la provincia, 1880-1920. En *Travesía. Revista de Historia Económica y Social*, 13, pp. 229-246.

Moyano, D. (2014). "El azúcar se forma en el campo". El papel de las agencias estatales en la modernización de la agricultura cañera tucumana (1880-1910). En *Mundo Agrario. Revista de Estudios Rurales*, 15 (29), pp. 1-33. Recuperado de: http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/MAv15n29a04

Revista *Nuestra Tierra*, 1917-1923, Buenos Aires.

Rocchi, F. (2000). El péndulo de la riqueza: la economía argentina en el período 1880-1916. En M. Z. Lobato (Dir.) *Nueva Historia*

Argentina. Tomo 5. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916) (pp. 15-69). Buenos Aires: Sudamericana.

Rodríguez Vázquez, F. (2013). *Educación y vitivinicultura. Formación de recursos humanos y generación de conocimientos técnicos en Mendoza (1890-1920)*. Rosario: Prohistoria.

Schoijet, E. (1964). *Páginas para la historia de la Colonia Narcisse Leven*. Buenos Aires: Incograf Impresores.

Viguier, C. (1930). *Recuerdo del paseo de Bahía Blanca y del puerto Belgrano y del puerto Ing. White*. Guatraché: inédito.

Viguier, G. (1922a). Plantación de árboles en la Pampa. Formación y cuidado de los reparos. Indicaciones tomadas de la práctica. En *Nuestra Tierra*, 100, febrero, Buenos Aires, pp. 38-42.

Viguier, G. (1922b). Los perales de la Pampa. Una carta de Guatraché. En *Nuestra Tierra*, 103, mayo, Buenos Aires, p. 134.

Viguier, G. (1922c). El maíz en la Pampa. Experimento sobre cinco variedades. En *Nuestra Tierra*, 108, octubre, Buenos Aires, pp. 258-262.

Viguier, G. (1923a). Fruticultura Pampeana. Su pasado mediocre y su porvenir grandioso. Orientaciones conducentes al éxito. En *Nuestra Tierra*, 112, febrero, Buenos Aires, pp. 52-54.

Viguier, G. (1923b). Kanred. El nuevo trigo de Kansas que rinde 2.000 kilos por hectárea. En *Revista Mensual B.A.P.*, 64, marzo, Buenos Aires, pp. 39-45.

Viguier, G. (s/d). *Nociones prácticas de genética aplicadas al trigo*. Guatraché: inédito.

Viguier, G. (s/d). *La historia fenomenal del reino vegetal*. Guatraché: inédito.

Viguier, L. (1920). *Tratado de arboricultura. La poda práctica y el cultivo de plantas*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de la Compañía General de Fósforos.

Viguier, L. (1927). La poda de perales y manzanos. En *Revista del Ferrocarril Sud*, 30, diciembre, Buenos Aires, pp.26-27.

Williamson, J. (1918a). *Las malezas de los trigales de La Pampa*. Buenos Aires: Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación.

Williamson, J. (1918b). La esposa del agricultor. Rol importante de la mujer en la chacra. En *Nuestra Tierra*, 16, enero, Buenos Aires, p. 393.

Williamson, J. (1918c). Los trigos de la Pampa. En *Nuestra Tierra*, 21, febrero, Buenos Aires, pp. 467-469.

Williamson, J. (1918d). La poda de los frutales recién plantados. En *Nuestra Tierra*, 38, junio, Buenos Aires, p. 140.

Bibliografía sugerida

Colombato, J. (Coord.) (1995). *Trillar era una fiesta. Poblamiento y puesta en producción de La Pampa territoriana. Tomo I y II*. Santa Rosa: Instituto de Historia Regional, Facultad de Ciencias Humanas, UNLPam.

Gutiérrez, M. (1991). Políticas en genética vegetal. En O. Barsky (Ed.) *El desarrollo agropecuario pampeano* (pp. 669-694). Buenos Aires: INDEC, INTA, IICA, GEL.

Hora, R. (2010). *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lassalle, A. M. y Lluch, A. (Comps.) (2001). *Arando en el desierto. Itinerario fotográfico de la colonización francesa en Telén. Pampa Central, 1900-1914*. Santa Rosa: Facultad de Ciencias Humanas, UNLPam.

Mayo, C. (1980). "Riel, sociedad y frontera. El ferrocarril de la Pampa Central (1881-1887). En *Congreso Nacional de Historia sobre la conquista del desierto* (pp. 553-569). Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.

ANEXO: actividades

Actividades para el capítulo 1

1. Para explicar la etapa de crecimiento económico *hacia afuera* es imprescindible tener en cuenta los factores de la producción. Redactar un texto breve en el que se aborde la evolución de estos últimos, centrando la atención en los siguientes ejes:

- La disponibilidad de tierras
- La inversión extranjera
- El arribo de inmigrantes

2. Completar el siguiente cuadro a partir de la lectura del capítulo 1:

	Período de mayor auge	Principales innovaciones	Productos exportables
Ganadería ovina			
Ganadería bovina			
Agricultura cerealera			

3. ¿Qué características presentaba la industria local entre fines del siglo XIX y ca. 1918? A partir de dicha caracterización, ¿es correcto plantear que la industrialización argentina se retrotrae a la década de 1930 con el inicio de la ISI? ¿Por qué?

4. Consultar el texto de Gerchunoff y Aguirre (2006) para ampliar las referencias que se brindan en el capítulo 1 y, en función de las lecturas, responder: ¿A qué se refieren los autores cuando afirman que los gobiernos radicales de Yrigoyen y Alvear tuvieron que navegar "entre dos mundos" al momento de tomar decisiones en materia económica?

Actividades para el capítulo 2

1. Observar el siguiente cuadro extraído del capítulo 2 y luego explicar el impacto de la crisis de 1929/30 en Argentina.

Cuadro: Sector externo y términos de intercambio comercial

Año	*Exportaciones (en millones de dólares)*	*Importaciones (en millones de dólares)*	*Términos de intercambio comercial*
1928	1029	806	100
1929	918	819	91,9
1930	516	613	87,3
1931	426	339	64,7
1932	335	215	66,4

Fuente: Winograd (1984).

2. Elaborar un cuadro en el que se sinteticen las principales medidas tomadas por el Estado argentino para hacer frente a la crisis. Diferenciar medidas de tipo fiscal y medidas monetarias.

3. ¿Qué objetivos perseguía el pacto Roca-Runciman? ¿Por qué fue criticado?

4. En relación con el Banco Central de la República Argentina, responder:

a. ¿Cuál es la razón por la que se creó y qué funciones desempeñaba?

b. Buscar información sobre las funciones actuales del Banco Central y comparar con la respuesta anterior: ¿qué cambios se evidencian?

5. Sintetizar los principales argumentos respecto al debate sobre la industrialización en los años treinta. Considerar el Plan Pinedo.

Actividades para el capítulo 3

1. Explicar de manera sintética los aspectos centrales del ascenso de Juan D. Perón al poder, teniendo en cuenta los siguientes puntos:

- Pertenencia socio-profesional de Perón
- Contexto económico nacional e internacional
- Situación socio-económica de los trabajadores en Argentina
- Sectores sociales que se le oponían

2. El gobierno peronista implementó dos Planes Quinquenales: el contexto económico y los objetivos de cada uno de ellos fueron muy diferentes. Completar el siguiente cuadro:

	Primer Plan Quinquenal (1947-1951)	Segundo Plan Quinquenal (1953-1957)
Objetivos principales		
Destino predominante de los créditos		
Papel asignado al agro		
Industrias más beneficiadas		
Participación del empresariado		

3. La relación entre el gobierno y los sectores rurales no fue homogénea en el período 1946-1955. Identificar las diferentes etapas y caracterizarlas.

4. Elaborar un cuadro de doble entrada en el que comparen los objetivos económicos del gobierno en la etapa 1946-1948 y los que se definieron a partir de 1952 con el Plan de Estabilización.

5. A partir de la lectura de la siguiente cita del gobernador Salvador Ananía, y atentos a lo que se plantea en el capítulo 3, responder:

a) ¿En qué contexto económico nacional este gobernador decía tener "especial interés" por los "problemas derivados del agro"?

b) ¿A qué se refiere Salvador Ananía cuando plantea contribuir a una "vasta campaña de recuperación de la tierra? ¿En qué medida esta iniciativa oficial es deudora de líneas de acción previas y, al mismo tiempo, incidió luego de la Revolución Libertadora?

> Especial interés se ha concedido a los problemas derivados del agro, y se han destinado importantes volúmenes para el fomento de la producción agropecuaria, lucha contra las plagas y una adecuada política para combatir la erosión eólica y el avance del desierto. Este será el primer paso para la iniciación de una vasta campaña de recuperación de la tierra, política en la que también están empeñadas las autoridades nacionales. [...]

Fragmento del discurso de Salvador Ananía al asumir como gobernador de la Provincia Eva Perón en 1953. En *La Reforma*, 31 de diciembre de 1953, General Pico.

Actividades para el capítulo 4

Luego de la lectura del capítulo 4, resolver:

1. Caracterizar las dinámicas productivas y demográficas de la subregión este del Territorio Nacional de La Pampa entre los años finales del siglo XIX y 1930

2. Responder, ¿Qué tendencias se evidencian en la conformación de la estructura productiva (tenencia de la tierra y orientaciones productivas) en la Pampa entre los años finales del siglo XIX y 1930?

3. Elaborar una respuesta en forma de síntesis personal en la que se relacionen los ciclos productivos y la estructura ocupacional en el Territorio Nacional de La Pampa desde 1895 y hasta 1930

4. En relación con el trabajo y el consumo de productores y trabajadores rurales en La Pampa y en el período abordado en el capítulo:

a. Elaborar un cuadro comparativo en el que se consideren los rasgos más distintivos en las estructuras del consumo de los productores y trabajadores

b. ¿Qué segmentos del mercado de trabajo ocuparon las mujeres pampeanas entre 1895 y 1930? ¿Por qué se dio esta situación?

c. ¿Qué aspectos destacan en el consumo de las mujeres? Considerar las estructuras de las cuentas corrientes

Actividades para el capítulo 5

1. A partir de la lectura del capítulo 5, ¿es posible cuestionar el planteo de James Scobie en el siguiente fragmento? Elaborar un texto breve para reflexionar sobre la circulación del conocimiento agronómico en el ámbito rural y ejemplificar con algún caso abordado en el capítulo.

> "El trigo no es una planta difícil de cultivar. Crece en casi todos los climas y suelos del mundo, y requiere muy poca habilidad agrícola. Por cierto que fueron precisamente estas condiciones las que lo convirtieron en un cultivo enormemente popular en la Argentina y estimularon su cultivo extensivo después de 1890. El cereal estaba condenado a ser cultivado por chacareros que poco o nada conocían acerca de la agricultura científica, y que tenían muy pocos incentivos para mejorar sus métodos. Como se ha señalado antes, todos los elementos impulsaban al agricultor a dedicarse a un solo cultivo en la mayor superficie de tierra que pudiese roturar y a confiar en que la naturaleza hiciese el resto… hasta que llegara el momento de la cosecha. […] La agricultura se había mantenido como simple apéndice de la economía argentina durante tanto tiempo, que muy pocos se mostraron interesados en su situación, sus técnicas o su progreso".

Fragmento del libro de Scobie, J. (1968). *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino, 1860-1910.* Buenos Aires: Ediciones Solar, p. 93.

2. Completar el siguiente cuadro con las acciones estatales y privadas que se analizan en el capítulo orientadas a la extensión rural:

	Estado	Empresas ferroviarias
Iniciativas en materia de extensión rural		
Ejemplos concretos en el Territorio Nacional de La Pampa		

3. Consultar el trabajo de Lluch (2008) y luego resolver las siguientes actividades.

a) Elaborar una posible periodización sobre los ciclos productivos a nivel regional.

b) Teniendo en cuenta la periodización confeccionada en el punto anterior: ¿En cuál de esos ciclos tuvo lugar la vinculación entre ingenieros

agrónomos y agricultores que es objeto de análisis en el capítulo 5? ¿Qué intereses tenían en esa coyuntura las empresas ferroviarias y el Estado para impulsar las actividades experimentales y extensivas que se estudian en dicho capítulo?

4. Redactar un texto breve en el que explique cómo contribuye la reducción de la escala de análisis al conocimiento historiográfico sobre la producción agrícola en un espacio marginal dentro de la pampa húmeda.

Se imprimen 1000 ejemplares en la Imprenta de la Universidad Nacional de La Pampa, dependiente de la Secretaría de Cultura y Extensión Universitaria.

Auxiliares de imprenta: Danilo Hernández y Diego Mospruker

Santa Rosa, La Pampa, junio de 2018

Este libro ofrece un abordaje sucinto acerca de los procesos económicos en Argentina entre las postrimerías del siglo XIX y mediados del XX, con el objetivo de acercarle a un público amplio una síntesis de los principales estudios sobre un período importante del pasado nacional, que va del Estado liberal al intervencionismo peronista en materia económica. Esta empresa resulta útil en un contexto en el que la historiografía económica argentina se expandió notablemente, razón por la cual un texto de estas características contribuye, por un lado, a la formación de los estudiantes universitarios en una visión de largo plazo sobre la economía nacional y, por otro lado, a brindar un acercamiento a otros lectores interesados en la temática. Asimismo, esta propuesta permite conjugar a nivel analítico aquellos procesos nacionales y regionales, con el fin de problematizar algunas temáticas mediante la reducción de la escala de análisis. Si la lectura del libro permite desarticular ciertos *a priori* sobre el pasado económico argentino y potenciar así otros interrogantes, el texto habrá cumplido su cometido.

UNLPam
Universidad Nacional de La Pampa

REUN
RED DE EDITORIALES DE UNIVERSIDADES NACIONALES

ISBN 978-950-863-337-8